
MONA KASTEN
SAVE YOU
SOLO EL PERDÓN
PUEDE SALVARTE
2
Lectulandia

Ruby está destrozada: después de todo lo que han compartido, James la ha traicionado. Decepcionada, no quiere verlo nunca más. Sin embargo, lo apoya en un momento muy triste, aunque le deja algo muy claro: no está dispuesta a perdonarlo ni a darle una segunda oportunidad.

James, presionado por su padre, que quiere que se haga cargo de la empresa familiar, recibe su admisión en Oxford como una condena. Para Ruby, sin embargo, ser aceptada en la prestigiosa universidad es un sueño hecho realidad. Mientras el amor y el odio compiten por el corazón de Ruby, James lo dará todo para recuperar su confianza.

La historia de amor entre Ruby y James continúa en esta segunda y emocionante novela: una montaña rusa que pondrá tus sentimientos a flor de piel.

Mona Kasten

Save you

Solo el perdón puede salvarte

Save - 2

ePub r1.0
Titivillus 09.06.2022

Título original: *Save You*
Mona Kasten, 2018
Traducción: Andrés Fuentes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Cubierta

Save you

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A Kim

All the promises that we made,
It means nothing.

GERSEY, *It Means Nothing*

1

Lydia

James está borracho. O colocado. O ambas cosas a la vez.

Lleva tres días sin reaccionar. No hace nada salvo celebrar en el salón una especie de fiesta permanente, vaciar una botella de alcohol tras otra y fingir que no ha ocurrido nada. No comprendo cómo puede ser así. Por lo visto no le interesa en absoluto que nuestra familia se esté disolviendo definitivamente.

—Creo que es una forma de duelo.

Miro de reojo a Cyril. Es el único que sabe lo que ha sucedido. Se lo conté la noche en que James se drogó en su fiesta y se enrolló con Elaine en presencia de Ruby. Alguien tenía que ayudarme a llevar a James a casa sin que Percy o papá se enterasen del estado en que se encontraba. Puesto que nuestras familias mantienen una estrecha amistad, Cy y yo nos conocemos desde que éramos pequeños. Y pese a que papá me ha hecho prometerle que no contaré a nadie lo que le ha ocurrido a mamá antes del comunicado oficial de prensa, sé que puedo confiar en él y que guardará el secreto, incluso ante Wren, Keshav y Alistair.

No habría superado estos últimos días sin su ayuda. Ha convencido a papá para que deje tranquilo a James por un tiempo y ha hecho entender a los otros chicos que no debían hacer preguntas. Se contienen, aunque tengo la sensación de que cada día les resulta más difícil presenciar cómo James se destruye a sí mismo.

Mientras mi hermano lo hace todo para ofuscar su mente, yo solo soy capaz de pensar en cómo será mi vida de ahora en adelante. Mi madre ha muerto. La madre de Graham murió hace siete años. El pequeño que crece en mí no tendrá abuelas.

En serio. Esto es lo que continuamente me pasa por la cabeza. En lugar de estar de duelo, cavilo sobre el hecho de que mi bebé nunca experimentará el abrazo de una abuela cariñosa. ¿Qué me está sucediendo?

Pero no puedo hacer nada por evitarlo. Los pensamientos se agolpan en mi mente fuera de control, uno sigue al otro hasta que me sumerjo en escenas de terror y siento un miedo tan terrible al futuro que no puedo concentrarme en ninguna otra cosa. Es como si llevara tres días en estado de *shock*. Es probable que, cuando papá nos comunicó lo ocurrido, algo en James y también en mí se estropeara de forma fatídica.

—No sé cómo ayudarlo —susurro, mientras observo cómo James vacía su vaso de un trago.

Me duele presenciar lo mucho que sufre. No puede seguir así eternamente. En algún momento tendrá que enfrentarse a la realidad. Y, en mi opinión, solo hay una persona en este mundo que puede ayudarlo.

Por enésima vez saco el móvil y marco el número de Ruby, pero no contesta. Me gustaría estar enfadada con ella, pero no puedo. Si yo hubiera pillado a Graham con otra, tampoco querría saber nada ni de él ni de nadie de su entorno.

—¿Ya la estás llamando otra vez? —pregunta Cy con una mirada escéptica.

Cuando asiento con la cabeza, frunce el ceño con desprecio. No me sorprende su reacción. Cyril piensa que Ruby no es más que una aprovechada que tenía la vista puesta en la herencia de James. Yo sé que no es cierto, pero cuando Cyril se forma una opinión de alguien es difícil convencerlo de otra cosa. Y por mucho que me entristezca, no me lo tomo a mal, pues esta es su manera de cuidar de sus amigos.

—No hace caso a nadie. Creo que ella podría evitar que se vuelva loco por completo. —Mi voz suena extraña a mis propios oídos. Tan fría y apagada… Sin embargo, yo por dentro me siento totalmente distinta.

El dolor casi no me permite tenerme en pie. Es como si me hubieran atado y llevara días sin poder deshacer los nudos de la cuerda. Como si mis pensamientos se movieran en un tiovivo que gira y gira sin cesar y del que no logro bajarme. Para mí nada tiene sentido, y cuanta más energía gasto en luchar contra esta sensación de desamparo que crece en mí, más me envuelve ella.

He perdido a una de las personas más importantes de mi vida. No sé cómo lo superaré sola. Necesito a mi hermano gemelo. Pero James no hace más que evadirse y destruir todo aquello que se cruza en su camino. La última vez que vi a mi padre fue el miércoles. Está de viaje y se reúne con abogados y asesores para regular el futuro de las Beaufort Companies. No tiene ni un minuto libre para ocuparse del entierro de mamá. Para eso ha contratado a una planificadora

llamada Julia que ha estado entrando y saliendo de casa estos últimos días como si perteneciera a la familia.

Solo de pensar en el entierro de mamá se me contrae el estómago. Me quedo sin aire, los ojos me empiezan a escocer. Me vuelvo a toda prisa, pero Cyril se da cuenta.

—Lydia… —susurra, y me coge suavemente la mano.

Yo se la suelto y dejo la habitación sin pronunciar palabra. Los chicos no deben verme llorar. Llegará un momento en que ya no podrán contenerse y, pese a las advertencias de Cyril, empezarán a hacer preguntas. Ninguno es tonto. James nunca se había comportado así. Aunque de vez en cuando se pasa, normalmente sabe dónde están sus límites. Los otros hace tiempo que han observado que ahora no es el caso. Habla por sí mismo el hecho de que Keshav se haya puesto a retirar del mueble bar una botella de licor tras otra y que Alistair haya tirado por el váter «sin querer» el par de gramos de cocaína que todavía le quedaban a James.

Estoy impaciente por que todo este secretismo se acabe de una vez. En pocos minutos, quince para ser exactos, se hará pública la noticia del fallecimiento de mamá, y entonces no solo se enterarán los chicos, sino todo el mundo. Ya me imagino los titulares y a los periodistas delante de la puerta de casa y de la escuela. Siento náuseas, y recorro dando traspiés el pasillo hasta llegar a la biblioteca.

El brillo mortecino de las lámparas ilumina las numerosas estanterías donde descansan nobles volúmenes encuadernados en piel. Me apoyo en ellas mientras cruzo la habitación con las rodillas flaqueándome. Al fondo, junto a la ventana, hay un sillón tapizado de terciopelo granate. Ya de pequeña era mi lugar favorito de esta casa. Ahí era donde me hacía un ovillo cuando quería aislarme de los chicos, de papá, de las expectativas que el apellido Beaufort lleva consigo.

La visión de este pequeño rincón de lectura me empuja a derramar todavía más lágrimas. Me siento en el sillón, doblo las piernas y las rodeo con los brazos. Hundo luego el rostro en las rodillas y lloro en silencio.

Todo lo que me rodea me parece irreal. Como si fuera un mal sueño del que puedo despertar si me esfuerzo lo suficiente. Desearía volver al verano, hace año y medio, cuando mi madre aún vivía y Graham me abrazaba siempre que me sentía mal.

Mientras me seco los ojos con una mano, saco con la otra el móvil del bolsillo del pantalón. Cuando desbloqueo la pantalla, descubro que se me ha

manchado el dorso de la mano de rímel.

Voy a los contactos. Como siempre, Graham está guardado justo después de James en mis favoritos, incluso a pesar de que hace meses que no hablo con él. No sabe nada de nuestro bebé y menos todavía de la muerte de mi madre. He cumplido su deseo de no volver a llamarlo. Jamás en mi vida nada me había resultado tan difícil. Durante dos años hablábamos casi a diario y luego, de repente, de un día para otro, nunca más. Ha sido como internarme en un periodo de abstinencia total.

Y ahora… tengo una recaída. Marco su número de forma automática y oigo la señal al tiempo que aguanto la respiración. Al cabo de un momento desaparece. Cierro los ojos e intento con todas mis fuerzas deducir si ha descolgado o no. En ese instante tengo la sensación de que podría morir ahogada en el solitario desamparo que me envuelve desde hace días.

—No más llamadas. Habíamos quedado en eso —susurra.

El sonido de su suave y áspera voz me destroza. Los sollozos sacuden todo mi cuerpo. Me tapo la boca con la mano que tengo libre para que Graham no me oiga.

Pero es demasiado tarde.

—¿Lydia?

Percibo en su tono que está asustado, pero no puedo decir nada, solo mover la cabeza. Respiro demasiado rápido, de forma incontrolada.

Graham no cuelga. Permanece en el auricular y emite unos sonidos leves, sosegadores. Escucharlo me agita por dentro, pero al mismo tiempo me hace sentir tanta tranquilidad que aprieto más el móvil contra mi oído. Creo que su voz fue una de las razones por las que me enamoré de él, mucho antes de verlo por primera vez. Me acuerdo de esas conversaciones telefónicas que duraban horas, de que tenía la oreja caliente y me dolía, de que me despertaba y Graham seguía en el auricular. Su voz es suave y tenue, profunda y tan penetrante, como mínimo, como sus ojos, de un castaño dorado.

Con Graham siempre me sentía segura. Durante un tiempo fue mi sostén. A él debo agradecerle haber superado lo de Gregg y haber vuelto a mirar hacia delante.

Y aunque estoy por los suelos, esa sensación de estabilidad lucha por emerger de nuevo. El sonido de su voz me ayuda en cierta medida a tomar conciencia. No sé cuánto tiempo pasa, pero mis lágrimas se van agotando paulatinamente.

—¿Qué ocurre? —susurra.

No logro contestar. Todo lo que consigo es exhalar un gemido de desamparo.

Se queda callado un minuto. Lo oigo respirar un par de veces, como si quisiera decirme algo pero en el último momento se reprimiese. Habla por fin a media voz y con un tono pesaroso.

—Nada me gustaría más que salir corriendo y estar a tu lado.

Cierro los ojos, me lo imagino en su casa, junto a la vieja mesa de madera que parece que vaya a caerse en pedazos de un momento a otro. Graham dice que es una «antigüedad», pero en realidad solo la ha recogido de la basura y la ha pintado de nuevo.

—Lo sé —murmuro.

—Pero también sabes que no puedo, ¿verdad?

Algo se rompe en el salón. Oigo el tintineo del cristal, y justo después alguien grita. No sé si de dolor o de placer, pero me enderezo al instante. No debo permitir que James también se hiera físicamente.

—Siento haberte llamado —musito con la voz quebrada, dando por terminada la conversación.

Me duele el corazón cuando me levanto y salgo de ese rincón protegido para ir a ver cómo está mi hermano.

Ember

Mi hermana está enferma.

En circunstancias normales diría que no es algo extraordinario; a fin de cuentas, estamos en el mes de diciembre y en el exterior la temperatura está por debajo de cero, y allá adonde vayas hay gente sonándose la nariz y tosiendo. Tarde o temprano uno acaba contagiándose.

Pero… mi hermana nunca se pone enferma. En serio, nunca.

Hace tres días, cuando llegó a casa al anochecer y se metió en la cama sin pronunciar palabra, no sospeché que sucediera nada raro. Al fin y al cabo, acababa de terminar la maratón para ingresar en Oxford, lo que sin duda la había agotado no solo psíquica sino también físicamente. Aun así, cuando al día siguiente afirmó que estaba resfriada y que no iba a ir a la escuela, me extrañó.

Cualquiera que conozca a Ruby sabe a la perfección que aun con fiebre se arrastraría a clase por temor a perderse algo importante.

Hoy es sábado, y a estas alturas estoy de veras preocupada. Ruby apenas ha salido de su habitación. Está tendida en la cama leyendo un libro tras otro y hace como si tuviera los ojos enrojecidos a causa del resfriado. Pero a mí no me engaña. Le ha pasado algo malo, y me pone negra que no me lo cuente.

Ahora observo a través de la ranura de la puerta cómo remueve su sopa sin probar bocado. No recuerdo haberla visto nunca así. Está pálida, bajo los ojos tiene unos círculos azulados que cada día se oscurecen más. Tiene el pelo grasiento y le cuelgan unos mechones despeinados a cada lado de la cara. Lleva además el mismo jersey desde el jueves. Normalmente, Ruby es la encarnación del orden. No solo cuando se trata de su agenda o de la escuela, sino también de su aspecto. Yo ni siquiera sabía que tuviese esos harapos.

—Basta de fisgar desde la puerta —dice de repente, y me sobresalto porque me ha pillado *in fraganti*.

Hago como si mi intención fuera entrar de todos modos y cruzo el umbral.

Ruby me mira con las cejas alzadas. Luego deja la sopa junto a la cama, en la bandeja donde se la he llevado. Reprimo un suspiro.

—Si no te la comes tú, me la comeré yo —amenazo señalando con la barbilla la sopa, lo que por desgracia no obra el efecto deseado.

Ruby se limita a hacer un vago gesto con la mano.

—No te esfuerces.

Me dejo caer con un gemido de frustración en el borde de su cama.

—Estos últimos días me he esforzado de verdad en dejarte tranquila, porque ya he notado que no tienes ganas de hablar, pero… estoy muy preocupada por ti.

Ruby se sube la manta hasta la barbilla, de forma que no asoma más que la cabeza. Tiene una mirada turbia y tristona, como si lo ocurrido la abatiera ahora con todas sus fuerzas. Pero entonces parpadea y vuelve a estar aquí…, o al menos lo finge. Desde el miércoles pasado tiene en los ojos una extraña expresión. Como si estuviese presente físicamente pero con la mente en otro lugar.

—Solo estoy resfriada. Pronto se me pasará —replica en un tono uniforme, como el de esas voces muertas de ordenador que usan en la megafonía del metro o que te contestan al llamar a un servicio de atención al cliente, como si un robot ocupase su puesto.

Ruby vuelve el rostro a la pared y se tapa todavía más con la manta, una

señal inequívoca de que da por zanjada la conversación. Suspiro y voy a levantarme otra vez cuando una luz encendida en el móvil, sobre la mesilla de noche, llama mi atención. Me inclino un poco para poder ver la pantalla.

—Te llama Lin —digo en un murmullo.

—Me da igual. —La respuesta suena amortiguada.

Con el ceño fruncido, observo que la llamada se interrumpe y que poco después aparece la notificación de llamadas perdidas. Ya ha llegado a las dos cifras.

—Te ha llamado más de diez veces, Ruby. Sea lo que sea lo que ha ocurrido no puedes esconderte por toda la eternidad.

Mi hermana se limita a soltar un gruñido.

Mamá me ha dicho que le dé tiempo, pero cada día me resulta más difícil ver cómo sufre Ruby. No hay que ser un genio para sumar dos y dos y llegar a la conclusión de que probablemente James y sus chiflados amiguitos tengan algo que ver en esto.

Sin embargo, yo pensaba que ya había dejado aparcado el tema Beaufort. ¿Qué habrá pasado? ¿Y cuándo?

He intentado analizar la situación del modo en que lo haría Ruby en mi lugar y he confeccionado una lista mental:

- Ruby estuvo en Oxford para la entrevista.
- Cuando regresó, todo iba sobre ruedas.
- Por la tarde apareció Lydia Beaufort en nuestra puerta y Ruby se marchó con ella.
- Luego todo cambió: Ruby se encerró y no cuenta nada.
- ¿¿¿Por qué???

De acuerdo. Es probable que la lista de Ruby fuera más estructurada, pero al menos he enumerado los acontecimientos de una forma lógica y sé que, sea lo que sea lo que ha ocurrido, sucedió el miércoles por la tarde.

Pero ¿adónde fueron Lydia y mi hermana?

Paso la mirada de Ruby, de la que ahora solo asoma la raíz del cabello por debajo de la manta, al móvil. Sospecho que no lo echará de menos; estoy bastante segura.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí al lado —digo, aunque sé que no va a recurrir a mi ofrecimiento.

Luego me levanto con un suspiro exagerado y cojo el móvil rápida como un rayo. Lo escondo en la manga de mi holgado jersey de punto y me voy de puntillas a mi habitación.

Cuando cierro silenciosamente la puerta a mis espaldas, suspiro aliviada y en ese mismo instante ya siento remordimientos. Miro nerviosa la pared como si Ruby pudiera verme desde la cama. Es probable que no vuelva a hablarme nunca más cuando averigüe que no he respetado su intimidad. Sin embargo, es mi obligación como hermana encontrar una forma de ayudarla, ¿verdad?

Voy a mi escritorio y me siento en la silla, que emite un crujido. Entonces saco el móvil de la manga. Mi hermana no suelta prenda de lo que le sucede en la escuela, pero yo sé, por supuesto, con qué tipo de gente se relaciona en Maxton Hall: chicos y chicas cuyos padres son aristócratas, actores, políticos y empresarios, que ejercen tanta influencia en nuestro país que no es extraño oír sus nombres en las noticias. Desde hace un tiempo, sigo por Instagram a un par de compañeras de Ruby y me entero también de los rumores que corren sobre ella. La mera idea de lo que esa gente podría haberle hecho a mi hermana me revuelve el estómago.

Dudo unos instantes, después desbloqueo el móvil de Ruby y abro la lista de llamadas. Lin no ha sido la única en intentar contactar con ella: un número que no está guardado en sus contactos aparece varias veces. Sin pensarlo mucho llamo a Lin; es la única persona de la siniestra escuela de Ruby a la que al menos conozco en persona. Acerco titubeante el auricular a mi oreja. Se oye un tono de llamada y enseguida responde.

—Ruby —oigo decir a Lin entre jadeos—. Por fin. ¿Cómo estás?

—Lin… Soy yo, Ember —la interrumpo antes de que siga hablando.

—¿Ember? ¿Qué…?

—Ruby no se encuentra demasiado bien.

Lin calla un momento. Luego afirma despacio:

—Es comprensible después de lo que ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido? —replico automáticamente—. ¿Qué demonios ha pasado, Lin? Ruby no me cuenta nada y estoy preocupadísima. ¿Le ha hecho algo Beaufort? Si es así, a ese gilipollas le voy…

—Ember. —Ahora es ella la que me corta a mí—. ¿De qué estás hablando?

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres tú?

—Me refiero al hecho de que el miércoles Ruby me escribió contándome que

había hecho las paces con James Beaufort, y hoy me entero de que su madre había muerto el lunes anterior.

2

Ruby

Ember llama de nuevo a mi puerta.

Me gustaría tener la energía para echarla. Entiendo que se preocupe, pero ahora no me encuentro en situación ni de actuar ni de hablar con nadie. Ni siquiera con mi hermana.

—Ruby, Lin está al teléfono.

Con el ceño fruncido, aparto la manta de mi cara y me doy la vuelta. Ember está delante de mi cama y sostiene un móvil en la mano tendida. Entrecierro los ojos. Es mi móvil. Y en la pantalla brilla el nombre de Lin.

—¿Has cogido mi móvil? —pregunto cansada.

Siento que la indignación busca con intensidad brotar en mí, pero ese sentimiento desaparece con la misma velocidad con que ha nacido. En estos últimos días mi cuerpo es como un agujero negro que devora cualquier emoción antes de que tenga la oportunidad de llegar hasta mí.

No hay nada que realmente me afecte, nada que me apetezca hacer. Levantarme de la cama me cuesta tanto como si hubiera corrido una maratón, y llevo tres días sin bajar por la escalera. Desde que voy a Maxton Hall no he faltado ni una sola vez a clase, pero la mera idea de ducharme, vestirme y estar entre seis y diez horas rodeada de gente me supera. Sin contar con que no podría soportar ver a James. Es probable que me desmoronase como una flor marchita. O que rompiera a llorar.

—Dile que ya la llamaré —farfullo. Tengo la voz áspera, porque en estos últimos días apenas he hablado.

Ember no se mueve de su sitio.

—Es que deberías hablar con ella ahora.

—Pero no quiero hablar con ella ahora.

Lo que quiero es un poco de tiempo para poder levantarme de nuevo. Tres días no son suficientes para enfrentarme a Lin y a sus preguntas. El miércoles solo le escribí un breve mensaje. No sabe exactamente lo que pasó entre James y yo en Oxford, y en este momento no tengo fuerzas para contárselo. Ni lo que ocurrió después. Lo que más desearía sería olvidarme de toda la semana pasada y hacer como si nada hubiese cambiado. Por desgracia, eso es imposible mientras no consiga levantarme de la cama.

—Vamos, Ruby, por favor —insiste Ember—. No sé por qué estás tan triste ni por qué no me explicas nada, pero… Lin acaba de contarme una cosa. Y creo que realmente tenéis que hablar.

Lanzo una mirada sombría a Ember, pero veo en su expresión decidida que he perdido. No se marchará de mi habitación hasta que no haya hablado con Lin. En algunos aspectos somos demasiado parecidas, y la terquedad es, sin duda, uno de ellos.

Tiendo la mano, resignada, y cojo el móvil.

—¿Lin?

—Ruby, cariño, tenemos que hablar urgentemente.

Por el tono de su voz, sabe lo que ha ocurrido.

Sabe lo que James ha hecho.

Sabe que me ha partido el corazón con las dos manos, lo ha lanzado al suelo y lo ha pisoteado.

Y si Lin lo sabe, seguro que también lo sabe el resto de la escuela.

—No quiero hablar de James —advierto con voz ronca—. No quiero volver a hablar de él nunca más, ¿me entiendes?

Lin se queda callada un momento. Luego inspira profundamente.

—Ember me ha contado que el miércoles por la tarde te marchaste con Lydia.

No digo nada; toqueteo en cambio con la mano libre el dobladillo de mi manta.

—¿Te enteraste allí?

Suelto una risa apagada.

—¿A qué te refieres? ¿A que es un cabrón?

Lin suspira.

—¿De verdad Lydia no te ha contado nada?

—¿Qué debería haberme contado? —pregunto vacilante.

—Ruby…, ¿has leído el mensaje que te he enviado?

Su tono de voz es tan precavido que siento un escalofrío. Trago con la boca seca.

—No… No he mirado el móvil desde el miércoles.

Lin inspira hondo de nuevo.

—Entonces todavía no lo sabes.

—¿Qué es lo que todavía no sé?

—Ruby, ¿estás sentada?

Me incorporo en la cama.

Esta pregunta no te la plantean si no ha pasado algo sumamente terrible. De repente una imagen mucho más horrible sustituye a la de James con Elaine, drogado y en la piscina. James herido tras un accidente. James en el hospital.

—¿Qué sucede? —consigo preguntar.

—Cordelia Beaufort murió el lunes pasado.

Necesito unos segundos para asimilar lo que Lin acaba de decirme.

«Cordelia Beaufort murió el lunes pasado.»

Un silencio insoportable se cierne sobre nosotras.

La madre de James está muerta. Desde el lunes.

Recuerdo nuestros ardientes besos, sus manos que se deslizaban sin descanso por mi cuerpo y la impresionante sensación de tenerlo en mi interior.

Es imposible que James lo supiera esa tarde, esa noche. Ni siquiera él es tan buen actor. No, Lydia y él debieron de enterarse el mismo miércoles.

Oigo hablar a Lin, pero soy incapaz de concentrarme en sus palabras. Estoy demasiado ocupada planteándome si, durante dos días, Mortimer Beaufort habrá ocultado a sus hijos que su madre ha muerto. Y si ha sido así, ¿cómo se habrán sentido James y Lydia al llegar a casa y enterarse de la noticia?

Recuerdo los ojos hinchados y rojos de Lydia cuando esperaba delante de mi puerta para preguntarme si James estaba aquí. La expresión vacía e impertérrita de James al mirarme. Y el momento en que saltó a la piscina y destrozó todo lo que había surgido entre nosotros la noche anterior.

Por mi cuerpo se extiende una dolorosa palpitación. Aparto el auricular de la oreja y enciendo el altavoz. Reviso mis mensajes. Abro los de un número desconocido. Tres mensajes sin leer.

> Ruby. Lo siento mucho.
> Puedo explicártelo todo.
>
> Por favor, vuelve a casa de Cyril o dime dónde estás para que Percy pueda ir a

recogerte.

Nuestra madre ha muerto. James está totalmente desquiciado.
No sé qué hacer.

—Lin —susurro—. ¿Es cierto?

—Sí —murmura Lin—. Hoy han enviado un comunicado a la prensa y apenas media hora después la noticia aparecía en todas partes.

Nos sumimos de nuevo en el silencio. Miles de pensamientos se agolpan ahora en mi cabeza. Ya nada parece tener sentido. Nada salvo este sentimiento que me sobreviene de forma tan inesperada e intensa que las siguientes palabras que pronuncio surgen por su propia iniciativa:

—Tengo que estar con él.

Veo por primera vez el muro de piedra gris que rodea la residencia de los Beaufort. Una enorme puerta de hierro impide la entrada. Delante de ella corretean docenas de personas con cámaras y micrófonos en la mano.

—Buitres —musita Lin, y detiene el coche a unos metros de ellos. Los periodistas se ponen en movimiento al instante y se abalanzan sobre nosotros.

Lin se inclina hacia delante y aprieta el botón que bloquea desde dentro las puertas del vehículo.

—Llama a Lydia para que nos abra la puerta.

Estoy tan agradecida de que esté ahora a mi lado y de que conserve la mente clara… Sin vacilar ni un solo segundo, me ha preguntado si quería que me trajera y en menos de media hora se encontraba delante de mi casa. En este momento cualquier duda sobre cuán profunda es la amistad entre Lin y yo se ha disipado.

Saco el móvil del bolso y llamo al número que estos últimos días ha contactado varias veces conmigo.

Lydia responde pocos segundos después.

—¿Hola? —Su voz conserva ese tono nasal del miércoles por la tarde, cuando fuimos juntas a la fiesta de Cyril.

—Estoy delante de vuestra casa. ¿Podrías abrirme la puerta? —pregunto al tiempo que intento taparme el rostro con un brazo. Ignoro si eso produce el efecto deseado. Los periodistas están ahora justo al lado del coche de Lin y nos bombardean a preguntas que yo no entiendo.

—¿Ruby? ¿Qué…?

Alguien empieza a golpear el cristal de la ventanilla. Lin y yo nos sobresaltamos.

—¿Puede ser lo antes posible?

—Espera un segundo —contesta Lydia, y cuelga.

La puerta no tarda ni medio minuto en abrirse, y una persona se acerca a nosotras. Cuando está a unos pocos metros de distancia la reconozco.

Es Percy.

Al ver al chófer, mi corazón da un vuelco. Sin previo aviso, me asaltan los recuerdos de ese día en Londres que empezó bien pero acabó mal. Y de la noche que James me cuidó porque sus amigos habían sido desagradables conmigo y me habían empujado a la piscina.

Se abre paso entre los periodistas e indica a Lin que baje la ventanilla.

—Cruce la puerta y vaya hasta delante de la casa, señorita. A esta gente se la puede sancionar si pisa la propiedad. No la seguirán.

Lin asiente y, después de que Percy haya conseguido que los periodistas nos dejen pasar, conduce el coche por la extensa propiedad. El acceso es igual de ancho y largo que una carretera nacional, y está rodeado por una especie de parque cubierto de escarcha. Distingo a lo lejos una gran mansión. Es rectangular y consta de dos plantas y varios gabletes. El tejado de pizarra gris a cuatro aguas es tan lúgubre como el resto de la fachada, construida con ladrillo pero revestida de granito. Pese a la desolación que presenta, se nota a primera vista que en ella vive gente adinerada. Me parece que encaja con Mortimer Beaufort, porque es fría y tiene ese aspecto tan macizo. Sin embargo, no puedo imaginarme a Lydia y a James ahí dentro.

Lin conduce por el atrio y detiene el vehículo detrás de un deportivo negro que está a un lado de la casa, delante de la entrada de un garaje.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta, y yo asiento.

El aire está helado cuando bajamos y nos apresuramos hacia la escalera de entrada. Poco antes de llegar al primer escalón, cojo a Lin por el brazo. Mi amiga se vuelve hacia mí y me mira con curiosidad.

—Gracias por traerme hasta aquí —le digo nerviosa.

No sé qué me esperará en esta casa. Que Lin esté conmigo ahuyenta parte de mis miedos y me hace un bien inimaginable. Hace tres meses y medio esto habría sido impensable: entonces había separado tajantemente mi vida privada

de la vida en la escuela y no le había contado nada personal a Lin. Todo eso ha cambiado. Sobre todo a raíz de James.

—Cuando me necesites, dalo por hecho. —Me coge la mano y le da un breve apretón.

—Gracias —musito.

Lin hace un gesto de asentimiento y subimos la escalera. Lydia abre la puerta antes de que tengamos la oportunidad de llamar. Parece tan confusa como hace tres días. Y ahora yo también sé por qué.

—Cuánto lo siento, Lydia —digo.

Se muerde el labio inferior y baja la vista al suelo. En este momento me da igual que en realidad no nos conozcamos bien o que no seamos muy amigas. Subo el último peldaño deprisa y la abrazo. Su cuerpo empieza a temblar en cuanto cierro los brazos a su alrededor, y es inevitable que me acuerde del miércoles. Si hubiese sabido lo que había ocurrido y lo mal que se sentía, de ninguna de las maneras la habría dejado sola.

—Lo siento mucho —susurro de nuevo.

Lydia hunde los dedos en mi espalda y deja caer la cabeza sobre mi hombro. Yo la sostengo con fuerza y le acaricio la espalda mientras noto que sus lágrimas van empapando mi jersey. No puedo imaginar lo que en este momento está pasando. Si mi madre muriera…, no sé cómo lo superaría.

Entretanto, Lin cierra la puerta de la casa sin hacer ruido. Su mirada se encuentra con la mía cuando se sitúa a unos metros de distancia. Parece tan afectada como yo misma.

En un momento dado Lydia se desprende de mí. En sus mejillas se han extendido unas manchas de un rojo intenso, sus ojos están vidriosos e irritados. Levanto la mano y le aparto con una caricia un par de mechones mojados.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto con prudencia.

Niega con la cabeza.

—Ocúpate solo de que mi hermano vuelva a ser él mismo. Está descontrolado. Yo… —Tiene la voz ronca y áspera de tanto haber llorado y carraspea para poder seguir hablando—. Nunca lo había visto así. Se está destrozando y no sé, simplemente no sé cómo ayudarlo.

Al oír estas palabras mi corazón se desboca. Es abrumador el deseo que siento de ver a James y de abrazarlo como a Lydia, incluso aunque temo el encuentro.

—¿Dónde está?

—Cyril y yo lo hemos llevado a su habitación. Antes se ha desmayado.

Me estremezco al oír estas palabras.

—Puedo llevarte, si quieres —prosigue, señalando con la barbilla la escalera que conduce al piso superior.

Me vuelvo hacia Lin, pero mi amiga niega con la cabeza.

—Te espero aquí. Ve tú.

—Los chicos están al fondo, en el salón, por si quieres sentarte con ellos. Yo vuelvo enseguida —dice Lydia, señalando el otro lado del vestíbulo, de donde sale un pasillo que va hacia la parte posterior de la casa. Distingo ahora la tenue música que parece proceder de allí. Lin duda un instante, pero luego asiente.

Lydia y yo subimos juntas la ancha escalera de color marrón oscuro. Al hacerlo se me ocurre que la casa de los Beaufort es mucho más acogedora de lo que parece por fuera. El vestíbulo es luminoso y agradable. Aunque no tienen fotos de la familia colgando de las paredes como en nuestra casa, al menos tampoco hay pinturas al óleo en marcos dorados de miembros de la misma estirpe fallecidos siglos atrás, como en la casa de los Vega. Los cuadros que se exhiben aquí son coloridos e impresionistas, y si bien no causan ninguna emoción personal específica, crean una atmósfera sugestiva.

Una vez arriba giramos a un pasillo más oscuro y tan largo que no puedo evitar plantearme qué se esconde detrás de todas esas puertas. Y cómo es posible que aquí viva solo una familia.

—Ya hemos llegado —dice de repente Lydia en voz baja, deteniéndose delante de una gran puerta. Las dos levantamos la vista un instante, y luego ella se vuelve hacia mí—. Sé que es mucho pedir, pero presiento que ahora es cuando más te necesita.

Apenas si consigo ordenar mis ideas y sentimientos. Es como si mi cuerpo supiera que James está detrás de la puerta; me atrae como un imán. Y aunque no sé de qué forma espera Lydia que lo ayude, deseo estar a su lado para apoyarlo.

Lydia me toca el brazo.

—Ruby… Entre James y Elaine no hubo más que ese beso.

Me tenso.

—James enseguida salió de la piscina y se quedó tirado en un sillón. Sé que puede ser cruel, pero…

—Lydia… —la interrumpo.

—No era él.

Niego con la cabeza.

—Esa no es la razón por la que he venido.

En este momento no puedo pensar en eso. Si lo hago, si me permito pensar en James y Elaine, la rabia y la decepción pesarán más y no seré capaz de cruzar esa puerta.

—Ahora no puedo oír hablar de eso.

Por un instante se diría que Lydia está a punto de replicar, pero al final se limita a suspirar.

—Solo quería que lo supieras.

Entonces gira sobre sus talones y desanda el camino por el largo pasillo. Yo la sigo con la mirada hasta que llega a la escalera, donde la luz se proyecta ampliamente sobre una costosa alfombra. Cuando desaparece por completo de mi campo visual, me vuelvo de nuevo hacia la puerta.

Creo que nunca en mi vida me ha resultado algo tan difícil como coger ese pomo. Al poner los dedos en él noto que está frío, y mi cuerpo se estremece cuando lo giro titubeante y la puerta se abre.

Conteniendo el aliento, me detengo en el umbral de la habitación de James.

Es una habitación de techo alto, y abarca sin lugar a dudas toda la superficie del piso superior de nuestra diminuta casa pareada. A mi derecha se encuentra un escritorio con una silla de piel marrón. A la izquierda, la pared está cubierta de estanterías repletas de volúmenes de libros y de libretas, entre los que de vez en cuando asoman un par de esculturas que me recuerdan a las que vi en la filial de Beaufort. Además de la puerta por la que he entrado, hay otras dos a ambos lados de la habitación. Son de madera maciza, y supongo que una será la del baño y la otra, algo más pequeña, la del vestidor de James. En medio de la habitación hay un sofá, una mesa baja sobre una alfombra persa y un sillón de orejas.

Cruzo la habitación con sigilo. Una cama enorme está justo frente a la puerta, al otro lado de la habitación. A ambos lados de la cama hay unas grandes ventanas, pero las cortinas están echadas casi del todo, de modo que solo se proyectan dos delgadas líneas de luz en el suelo.

Enseguida veo a James.

Está en la cama, una manta de color gris oscuro le cubre gran parte del cuerpo. Me acerco con prudencia hasta poder distinguir su rostro.

Me quedo sin respiración.

Pensaba que estaría durmiendo, pero… tiene los ojos abiertos. Y su mirada me produce un escalofrío que recorre toda mi espalda.

Los ojos de James, por lo general tan expresivos, carecen de vida. Su rostro está completamente lívido.

Doy un paso más hacia él. No reacciona, no da señales de haberse percatado de mi presencia. Sus pupilas están dilatadas de forma poco natural y el olor a alcohol pesa en el aire. Me viene a la mente de inmediato la tarde del miércoles, pero aparto esos recuerdos. No he venido aquí para dar vueltas a mis sentimientos heridos. He venido porque James ha perdido a su madre. Nadie debería soportar eso en soledad. Y menos aún alguien que, a pesar de todo, me importa tanto.

Sin perder más tiempo, cubro la última distancia que nos separa y me siento con cuidado en el borde de la cama.

—Hola, James —susurro.

Se estremece como si hubiera sufrido una dolorosa caída en sueños. Acto seguido gira un poco la cabeza hacia mí. Bajo sus ojos se ven unos círculos oscuros, el cabello le cae desgreñado por la frente. Sus labios están resecos y en algunos lugares agrietados. Es como si solo se hubiese alimentado de alcohol durante días.

Cuando besó a Elaine le deseé lo peor, así de sencillo. Deseé que alguien le hiciera tanto daño como él me había hecho a mí. Deseaba vengar a mi maltratado corazón. Pero verlo ahora tan hundido no me depara la satisfacción que esperaba. Más bien lo contrario. Siento como si su dolor me alcanzara y me arrastrara hacia el fondo. Me asola la desesperación, porque no sé qué puedo hacer por él. Todas las palabras que se me ocurren en este momento se me antojan desprovistas de significado.

Levanto la mano despacio y le aparto con dulzura los mechones rubios cobrizos de la frente. Deslizo los dedos por su mejilla, con suavidad, y coloco la palma de la mano junto a su rostro frío. Me da la sensación de estar tocando algo sumamente frágil.

Reúno todas mis fuerzas, me inclino y deposito los labios sobre su frente.

James deja de respirar.

Permanecemos un momento en esta posición, como congelados; ninguno de nosotros se atreve a moverse.

Luego vuelvo a enderezarme y aparto la mano.

Un segundo después James me coge de las caderas. Hunde en ellas sus dedos y se abalanza sobre mí. Ese gesto repentino me pilla tan por sorpresa que me

quedo paralizada. James me rodea con los brazos y entierra el rostro en la curva de mi cuello. Todo su cuerpo se ve sacudido por unos profundos sollozos.

Lo abrazo con fuerza. No me sale decir nada en este instante. Yo no puedo sentir su pérdida, y tampoco quiero fingir que soy capaz de hacerlo.

Lo que sí puedo hacer es apoyarlo en estos momentos. Puedo acariciar su espalda y compartir su llanto. Puedo sentir con él y hacerle entender que no va a tener que superar esto solo, con independencia de lo que haya sucedido entre nosotros.

Y mientras James llora entre mis brazos, me doy cuenta de que he calibrado la situación de un modo totalmente equivocado.

Pensaba que después de lo que me ha hecho podía borrarlo de mi vida como si nada. Esperaba distanciarme de él lo más rápido posible. Pero ahora, al ver que su dolor también me hace sufrir a mí, sé que eso no pasará tan fácilmente.

3

James

Las paredes me dan vueltas. No diferencio arriba de abajo, únicamente puedo sentir que las manos de Ruby están ahí y me devuelven más o menos a la realidad. Está sentada en mi cama, con la espalda apoyada en el cabezal mientras la mitad de mi cuerpo descansa sobre ella. Su brazo me rodea con firmeza y me acaricia la cabeza con la mano. No me concentro más que en la calidez de su cuerpo, en su respiración regular y en su contacto.

No tengo ni idea de cuántos días han pasado. En cuanto intento recordar, todo se convierte en niebla, una niebla densa y gris, y solo aparecen dos pensamientos que me obsesionan.

Primero: mi madre ha muerto.

Segundo: besé a otra chica en presencia de Ruby.

Poco importa el alcohol que beba o lo que tome, nunca podré olvidar la expresión de Ruby en ese momento. No daba crédito, y se la veía tan dolida… Como si le hubiese destruido todo su mundo.

Hundo el rostro en el regazo de Ruby. Por una parte porque tengo miedo de que se levante y se marche en cualquier momento. Por otra, porque temo echarme a llorar Sin embargo, no sucede ninguna de las dos cosas. Ella se queda y yo, por lo visto, ya no tengo más líquido del que pueda prescindir.

Siento como si en mi interior no hubiese nada. Tal vez mi alma se ha muerto con mi madre. De otro modo, ¿cómo podría haberle hecho algo así a Ruby?

¿Cómo he podido hacerle algo así a Ruby?

¿Qué me pasa?

¿Qué demonios me pasa?

—James, tienes que respirar —musita Ruby de repente.

Al oírla me doy cuenta de que es cierto, he dejado de respirar. Y no sé durante cuánto tiempo.

Inspiro hondo y espiro con lentitud. No es tan difícil.

—¿Qué me ocurre? —Susurrar estas palabras me resulta tan extenuante que después me da la sensación de haberlas vociferado.

La mano de Ruby se detiene.

—Estás de duelo —me contesta también a media voz.

—Pero ¿por qué?

Hace un momento me había olvidado de respirar; ahora se me acelera la respiración. Me incorporo bruscamente. Me duele el pecho, al igual que las extremidades, que están como si me hubiese pasado haciendo deporte. Y, no obstante, lo único que he hecho en los últimos días ha sido reprimir todo lo sucedido.

—¿Por qué qué? —Su mirada es cálida, y me pregunto cómo logra mirarme así.

—Me refiero a por qué estoy triste. Yo no quería especialmente a mi madre.

En cuanto termino de pronunciar estas palabras, me callo. ¿De verdad acabo de decir esto?

Ruby me coge la mano y la sostiene con fuerza.

—Has perdido a tu madre. Es normal que uno esté hecho polvo cuando muere alguien que para él es tan importante.

No parece tan segura y convencida como de costumbre. Creo que ella misma no sabe cómo comportarse en una situación así. Pero que a pesar de todo esté aquí e intente apoyarme es para mí como un sueño.

A lo mejor lo es.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurra de repente, levantando con cuidado mi mano derecha.

Sigo su mirada. Todavía tengo los nudillos pringados de sangre donde se ha levantado la piel, y el resto está lleno de manchas rojas y azules.

A lo mejor no es un sueño. Y si lo es, es uno muy realista.

—He pegado a mi padre. —Las palabras surgen de mis labios sin ninguna valoración. No siento nada cuando las pronuncio. Otra cosa en mí que va mal. A fin de cuentas, cualquier persona más o menos normal sabe que no debe alzar nunca la mano a sus propios padres. Pero en el momento en que mi padre nos comunicó a Lydia y a mí que mamá había muerto, con ese tono tan indiferente y frío, ya no pude aguantar más y dije basta.

Ruby se lleva mi mano a los labios, que aprieta contra el dorso. Mi corazón empieza a latir más deprisa y un temblor me recorre todo el cuerpo. Su contacto

me calma, aunque su ternura me destroza. Todo me parece falso y auténtico al mismo tiempo.

Mis padres ya me inculcaron de niño que no debía desvelar mis sentimientos. Si lo haces, tus semejantes te conocen y pueden descubrir tus puntos flacos. En cuanto muestras tus debilidades, te pueden atacar, y eso es algo que el gerente de una gran empresa no puede permitirse. Pero no me han preparado para una situación así. ¿Qué haces cuando pierdes a tu madre a los dieciocho años? Para eso solo he encontrado una solución: intentar ocultar la verdad con alcohol y drogas, y hacer como si nada hubiese ocurrido.

Aunque ahora que Ruby está a mi lado, ya no estoy seguro de si debo seguir comportándome así. Recorro su rostro con la mirada, pasando por su cabello algo revuelto hasta llegar a su cuello. Recuerdo a la perfección la sensación de presionar con los labios la suave piel de su garganta. Lo maravilloso que era abrazarla. Estar en ella.

Ahora parece tan triste como yo. No sé si piensa únicamente en mi madre o en todo el daño que le he causado.

Pero de una cosa estoy seguro: Ruby no merecía que me comportase así. Siempre me ha hecho sentir que soy capaz de conseguirlo todo. Y sin importar lo que ha sucedido…, nunca debería haber dejado que Elaine me besara para demostrarme a mí mismo y a todos los demás que soy un gilipollas sin sentimientos que pasa de todo, incluso de la muerte de su madre. Alejar a Ruby de ese modo fue de cobardes. Y el peor error que he cometido en mi vida.

—Lo siento —digo con voz ronca. Tengo la garganta como entumecida y me cuesta un gran esfuerzo hablar—. Siento mucho lo que he hecho.

Todo el cuerpo de Ruby se tensa. Pasan unos segundos durante los cuales permanece inmóvil. Creo que incluso ha dejado de respirar.

—Ruby…

Niega con la cabeza.

—No. No estoy aquí por eso.

—Soy consciente del error que he cometido.

—James, no sigas —me susurra con vehemencia.

—Sé que no tienes ningún motivo para perdonarme. Pero yo…

A Ruby le tiembla la mano cuando se desprende de la mía. Entonces se levanta de la cama. Se alisa primero el jersey y luego el flequillo hacia abajo. Es como si quisiera recomponer su aseado aspecto exterior, ese que durante dos años me pasó inadvertido. Sin embargo es inútil, porque han pasado demasiadas

cosas entre nosotros. Nada podría conseguir que ella volviera a ser invisible a mis ojos.

—Ahora no puedo, James —murmura—. Lo siento.

A continuación cruza mi habitación. Ni siquiera se vuelve una sola vez hacia mí ni me mira cuando sale del cuarto y cierra silenciosamente la puerta tras de sí.

Aprieto los dientes cuando el escozor regresa a mis ojos y mis hombros empiezan a temblar.

No sé cuánto tiempo he permanecido en mi cama mirando la pared, pero en un momento dado me levanto con esfuerzo y salgo de ella. Fuera, ya hace mucho que ha oscurecido, y me pregunto si los chicos todavía estarán aquí. Poco antes de entrar en el salón los oigo hablar en voz baja. La puerta está entreabierta y detengo la mano en el pomo.

—Esto no es normal —musita Alistair—. Si sigue así, acabará en un coma etílico. No entiendo por qué no habla con nosotros.

—Yo, en su situación, tampoco tendría ánimos para hablar. —Es Keshav. Me sorprende que sea justo él quien dice esto.

—Pero tú conoces tus límites. En el caso de James ya no estoy seguro.

—Probablemente no deberíamos haber ido tan lejos —interviene Wren—. La verdad es que, hasta ayer, pensaba que solo quería celebrar lo de Oxford.

Permanecen unos segundos en silencio, luego Wren prosigue:

—Si no quiere hablar, tenemos que aceptarlo.

Alistair resopla.

—¿Y quedarnos mirando cómo se destroza? Ni lo sueñes.

—Puedes quitarle el alcohol y las drogas —musita Wren—, pero su madre está muerta. Y mientras él no lo acepte, no podemos hacer nada por mucho que nos joda.

Un escalofrío me recorre la espalda. Ya lo saben. La idea de tener que ver sus rostros compasivos me revuelve el estómago. Lo odio. Pero si algo me ha enseñado la visita de Ruby es que ha llegado el momento de enfrentarme a los hechos.

Así que me hago crujir el cuello, muevo los hombros y entro en el salón. Alistair está a punto de contestar, pero cierra la boca con determinación en cuanto me ve. Voy directo al carro de las bebidas y saco una botella de *whisky*. No voy a aguantar sobrio lo que voy a hacer dentro de nada. Me lleno un vaso y

me lo bebo de un trago. Luego lo dejo y me vuelvo hacia los chicos. Están todos menos Cyril. Alistair remueve el último resto de líquido en su vaso, con la mirada fija en el suelo. Kesh me observa expectante con sus ojos oscuros, al igual que Wren. Aunque ya lo saben, siento que es importante pronunciar en alto las siguientes palabras:

—Mi madre ha muerto.

Es la primera vez que lo digo.

Y me duele más de lo que esperaba. Ni siquiera el alcohol puede hacer nada para impedirlo. Justo por eso he evitado hablar con ellos. Hablar provoca aún más dolor. Bajo la vista a los zapatos para no tener que ver sus reacciones. Nunca me había sentido tan vulnerable como en este instante.

De repente oigo unos pasos que se acercan. Cuando levanto los ojos veo a Wren justo delante de mí. Me rodea con los brazos y me estrecha con fuerza.

Apoyo cansado la frente en su hombro. Me pesan los brazos como si fueran de plomo, y soy incapaz de devolverle el abrazo. Aun así, Wren no me suelta. Poco después llegan también Kesh y Alistair y me colocan las manos sobre los hombros.

En este momento sobran las palabras, aunque, de todos modos, el nudo que tengo en la garganta me habría impedido emitir cualquier sonido. Tardo un rato en sobreponerme. En un momento dado, Wren me lleva hacia el sofá mientras Alistair me ofrece en silencio un vaso de agua.

—Qué mierda —farfulla Alistair, sentándose a mi lado—. Me da una pena enorme, James.

No consigo mirarlo ni decir nada al respecto, me limito a asentir.

—¿Qué pasó? —pregunta Kesh al cabo de un rato.

Dubitativo, doy un sorbo. El agua fría me sienta sorprendentemente bien.

—Tuvo… tuvo un infarto cerebral mientras estábamos en Oxford.

Silencio. Parece como si se hubieran quedado sin respiración. Ya sabían que mamá había muerto, pero es evidente que esta información les resulta nueva.

—Mi padre nos lo contó cuando volvimos. No quería que nos salieran mal las entrevistas. —Al recordar la conversación con mi padre, el frío se apodera de mi cuerpo. Miro mi mano amoratada, la cierro en un puño y la abro de nuevo.

Wren coloca una mano sobre mi hombro.

—Suponíamos que habría pasado algo malo —murmura—. Nunca te habíamos visto así. Pero Lydia no nos contó nada y tú eras casi inaccesible…

Keshav se aclara la voz.

—Hoy por la tarde Beaufort ha realizado un comunicado de prensa. Es cuando nos hemos enterado.

Trago con dificultad.

—Simplemente no quería pensar. En nada.

—Está bien, James —dice Wren a media voz.

—Y tenía miedo de decirlo, porque entonces sería una realidad.

Por fin levanto la vista y veo los rostros conmovidos de mis amigos. Los ojos de Keshav brillan de forma sospechosa, mientras que las mejillas de Alistair han perdido el color. Ni siquiera era consciente de que los chicos conocen a mi madre desde que eran pequeños ni de que la noticia de su muerte probablemente también los afectaría. Comprendo de repente lo egoísta que ha sido mi reacción. No solo he ignorado la realidad y herido a Ruby, sino que además con mi manera de actuar he apartado de mí a mis amigos y a Lydia.

—Lo superarás. Lo superaréis —afirma Wren.

Sigo su mirada y me encuentro a Cyril y a Lydia de pie en el marco de la puerta. Las mejillas y los ojos de mi hermana están enrojecidos. Seguro que yo tengo el mismo aspecto.

—Da igual lo que sintáis ahora: no estáis solos. Nos tenéis a nosotros, ¿de acuerdo? —declara Wren, apretándome el hombro. Sus ojos castaños muestran seriedad y determinación.

—De acuerdo —contesto, aunque no tengo ni idea de si debo creerlo.

4

Lydia

Percy aparece por el pasillo cuando estoy poniéndome el collar de perlas de mamá.

—¿Está lista para salir, señorita? —pregunta, y se detiene a unos pasos de distancia de mí—. El señor Beaufort y su hermano ya esperan en el coche.

No contesto. En su lugar, cierro el broche del collar y compruebo por última vez que el moño esté bien. Luego bajo las manos con lentitud.

Contemplo mi imagen en el espejo. La encargada de planificar el entierro que papá ha contratado no solo se ha preocupado de toda la organización, sino también de que papá, James y yo hoy dispusiéramos de una estilista. «Un rímel resistente al agua te ayudará a superar el día de hoy, cariño», ha susurrado la joven.

He considerado brevemente la idea de pasar las dos manos sobre los ojos todavía húmedos por el maquillaje para destruir su obra, pero me ha detenido la mirada severa de mi padre. Solo por él tengo ahora un aspecto presentable. Incluso más que presentable. Llevo más maquillaje en la cara que en las sesiones fotográficas que hicimos para una colección de Beaufort. Me han aplicado con esmero la sombra de ojos y el discreto *eyeliner*, tres capas de rímel resistente al agua se adhieren a mis pestañas y llevo bien contorneado el rostro. De este modo mis pómulos destacan un poco más que en estos últimos tiempos.

Mi padre ha fruncido el ceño sorprendido cuando la estilista ha señalado la redondez de mi cara. Es probable que pueda ocultar el embarazo uno o dos meses más, pero ya.

En cuanto me imagino la reacción de mi familia siento como si alguien me estrangulara. Pero no debo pensar en ello. Hoy no.

—No —respondo a Percy después de un largo rato, pero doy media vuelta y me dirijo con paso enérgico a la salida.

Él me sigue en silencio. En el guardarropa se dispone a ayudarme a ponerme el abrigo, pero yo me aparto. Me mira con tanta pena que ahora no puedo soportarlo, así que yo misma paso los brazos por las mangas y salgo. Todo el atrio de nuestra residencia está cubierto de una escarcha que brilla tenuemente al sol. Bajo con cuidado los peldaños de la escalera de entrada y voy hacia la limusina negra que está aparcada justo delante. Percy me abre la puerta y doy las gracias antes de subir para sentarme al lado de James en el asiento de atrás.

En el coche la atmósfera es de abatimiento total. Ni James ni mi padre, que está en el asiento delantero, me prestan atención. Yo llevo un vestido tubo de color negro con mangas largas con volantes, y ellos van vestidos con trajes negros que se han confeccionado especialmente para esta ocasión. El color oscuro de la tela acentúa aún más la palidez de mi hermano. Aunque la estilista se ha esforzado por dar un poco de color a su rostro, no ha tenido mucho éxito. En el caso de papá, por el contrario, el maquillaje ha hecho milagros: ya no se advierten sus ojeras.

Niego con la cabeza mientras los observo. Mi familia es un auténtico montón de escombros.

El trayecto al cementerio transcurre como si me hallara en estado de embriaguez. Intento imitar a mi padre y a mi hermano y trasladarme mentalmente a otro lugar, pero es imposible a partir del momento en que frenamos y Percy suelta un improperio por lo bajo.

La entrada del cementerio está llena de periodistas.

Miro de reojo a James, pero no distingo la menor expresión en su rostro cuando se pone las gafas de sol y espera a que se abra la puerta del coche. Trago con dificultad y me ciño el abrigo al cuerpo. A continuación también me pongo las gafas de sol. La presencia de los insistentes periodistas me provoca auténtico malestar. Trato de inspirar profundamente por la nariz y espirar por la boca.

Dos de los hombres del servicio de seguridad que ha contratado Julia nos ayudan a descender del coche. Me flaquean y me tiemblan las rodillas, y cuando vamos a la capilla me siento como si estuviera en *shock*. Los periodistas y los *paparazzi* nos gritan desde atrás, pero salvo mi nombre y el de James no entiendo ni una palabra de lo que dicen. Los ignoro y avanzo a paso rápido con la espalda tensa. Una vez en la capilla, los trabajadores del cementerio nos abren las puertas para que podamos entrar sin tener que esperar.

Lo primero que veo es el ataúd, colocado delante del altar. Es negro, y sobre la superficie superior, lisa y lacada, se refleja la luz de las lámparas que cuelgan

del alto techo de la capilla.

Lo segundo es la mujer que está justo delante del ataúd. Tiene el cabello tan rojo como mamá, pero cae sobre sus hombros en unas suaves ondas. También ella lleva un abrigo negro que le llega hasta las rodillas.

—¿Tía Ophelia? —digo con voz ronca, y doy un paso hacia ella.

Se da la vuelta. Ophelia es cinco años más joven que mamá y, aunque sus rasgos son más suaves y la expresión de su rostro no es tan seria, se nota a primera vista que es su hermana.

—Lydia. —En sus ojos reconozco la misma tristeza profunda que yo siento desde hace días.

Quiero acercarme a ella y abrazarla, pero antes de que dé un solo paso adelante mi padre me agarra por el brazo. Su mirada es gélida cuando mira primero a Ophelia y luego a mí. Niega con la cabeza de forma casi imperceptible. Un sentimiento doloroso se extiende por mi cuerpo. Esto es el funeral de mamá. Tal vez no tenían la mejor de las relaciones, pero eran hermanas. Y estoy segura de que mamá habría querido que hoy estuviéramos con ella.

Sin tenerme en cuenta e ignorando mi resistencia, papá me pasa el brazo por los hombros. No es un gesto cariñoso, sino que lo percibo más como una sujeción controladora. Mientras me empuja hacia la fila de asientos reservada, me vuelvo de nuevo hacia Ophelia, que desaparece en el mar de personas vestidas de negro.

El cortejo fúnebre está acompañado por una docena de encargados de la seguridad que avanzan con nosotros y se ocupan de que ningún periodista se aproxime demasiado. Aunque la mayoría tiene el tacto suficiente para quedarse al margen del camino, algunos nos ponen las cámaras tan cerca de la cara que podría tocarlas con solo extender la mano.

Al cabo de un rato miro a James, que camina a mi lado y observa resignado la espalda de nuestro padre. Tiene la cara como cincelada en piedra, dura e impávida, y yo desearía verle los ojos. Entonces tal vez sabría cómo está. Me pregunto si habrá esnifado o bebido antes de que hayamos venido. En estos últimos días, más exactamente desde la tarde en que Ruby estuvo en nuestra casa, se ha retraído del todo y no ha hablado ni conmigo ni con los chicos. No

me lo tomo a mal. En muchos aspectos somos iguales. También yo habría necesitado algo que me ayudara a hacer frente a estos eternos y horrorosos días.

He desconectado del discurso fúnebre que parecía que no iba a acabar nunca. Si hubiera escuchado todo lo que el pastor ha dicho sobre mamá, es probable que me hubiera desmayado. En lugar de eso, he levantado un muro invisible entre mis emociones y yo, y me he concentrado en él para no ponerme a sollozar a todo volumen. Ya me imagino lo que pensaría mi padre.

Procuro volver a erigir ese muro cuando nos quedamos de pie delante de la tumba de mamá. Contemplo el hoyo negro que se ha cavado en el suelo y aparto de forma diligente toda emoción de mí. Por un momento creo que funciona. El pastor vuelve a hablar, pero yo no le presto atención y no pienso en nada.

Sin embargo, cuando el ataúd desciende por el agujero, siento de repente que el aire no me llega a los pulmones. Tengo la sensación de que algo inmenso y tenebroso se apodera de mí y me aprieta la garganta. Todos los pensamientos que he intentado reprimir en esta última hora pugnan por salir a la superficie de mi conciencia.

«El cuerpo sin vida de mamá yace en ese ataúd. No volverá nunca más. Está muerta.»

Me encuentro mal. Toso un poco, me tapo la boca con la mano y me aparto a un lado.

—¿Lydia? —Oigo a lo lejos la voz de James.

Solo soy capaz de negar con la cabeza. Intento recordar lo que papá nos ha advertido antes del funeral: «Estad derechos, quitaos las gafas de sol medio minuto como mucho, nada de lágrimas». No quería dar más dramatismo del necesario a la ceremonia delante de la prensa.

Invierto mis últimas energías en controlarme. Trato de no pensar en mamá. En que ya nunca más podré pedirle consejo. En que nunca más me llevará un té a la habitación cuando he pasado demasiado tiempo en el escritorio estudiando para la escuela. En que nunca más volverá a abrazarme. En que nunca conocerá a su nieto. En que estoy completamente sola y tengo miedo de perder también a James y a papá porque nuestra familia cada día se desintegra un poco más.

Un leve sollozo se libera de mi garganta. Aprieto con fuerza mis temblorosos labios para no emitir ningún sonido.

—Lydia —repite James, ahora con más intensidad.

Se acerca a mí, de modo que nuestros brazos se tocan a través del grueso tejido de nuestras chaquetas. Alzo la vista poco a poco. James se ha quitado las

gafas de sol y me mira con ojos sombríos. En ellos distingo algo que he estado buscando con desesperación durante la última semana, algo que me recuerda que es mi hermano y que siempre estará a mi lado.

James levanta vacilante la mano hacia mi rostro. Está congelada, pero me sienta muy bien que me acaricie la mejilla con el pulgar.

—Que se joda papá —me susurra—. Si quieres llorar, llora. ¿De acuerdo?

Esa familiaridad en sus ojos y la sinceridad de sus palabras provocan que el muro se derrumbe de una vez. Permito que los sentimientos se conviertan en un ciclón, pues James está ahí para sostenerme. Coloca un brazo alrededor de mi hombro y me aprieta contra sí. Yo escondo la cara en su pecho. Es como estar en casa, y el peso que siento en el pecho se alivia un poco. Mientras mis lágrimas caen sin cesar sobre su abrigo, contemplamos juntos cómo el ataúd se hunde cada vez más hasta llegar al fondo.

5

Ruby

El miércoles vuelvo a la escuela. He faltado más de siete días y ahora noto las consecuencias. Aunque este fin de semana Lin me dejó los apuntes, tengo dificultades para seguir la clase. Me preguntan dos veces en Historia y soy incapaz de dar una respuesta razonable. Sin embargo, mientras miro mi agenda consternada, el señor Sutton no parece ni haberse dado cuenta. Se diría que está fuera de sí, con la mente en otros asuntos. Me pregunto si pensará con tanta frecuencia en Lydia como yo en James.

Superada la mañana, estoy hecha un trapo. Me encantaría irme a la biblioteca y mirarme otra vez los apuntes de las clases que siguen, pero mi estómago protesta demasiado como para no ir a comer.

Camino del comedor, Lin me coge del brazo.

—¿Todo bien? —pregunta, mirándome de reojo.

—Nunca más volveré a faltar ni un solo día —refunfuño mientras vamos juntas al comedor—. No tener ni idea de lo que te está preguntando el profesor es la sensación más desagradable del mundo.

Lin me da un golpecito en el brazo.

—Pero lo has hecho bien. La semana que viene a más tardar ya habrás recuperado todo.

—Bueno —respondo cuando doblamos la esquina—. A pesar de todo…

Dejo la frase sin acabar.

Estamos en la sala principal de Maxton Hall. A mi derecha está la escalera que lleva al sótano.

La escalera en la que James me besó por primera vez.

El recuerdo de cómo colocó la mano alrededor de mi nuca y presionó sus labios contra los míos me invade sin preaviso. En mi mente se proyecta como si fuera una película: su boca deslizándose sobre la mía, sus manos sujetándome,

esos gestos suyos tan seguros que provocan que me flojeen las rodillas. Pero de repente mi rostro empieza a cambiar, se transforma hasta ser otro del todo distinto. James ya no me abraza a mí, sino a Elaine, y la besa apasionadamente.

Siento un fuerte pinchazo en el estómago y me cuesta un gran esfuerzo no retorcerme.

Entonces alguien me empuja el hombro y estoy de nuevo en Maxton Hall. En lugar del beso, veo la escalera que da al sótano vacía y a la gente que se dirige a la cafetería. El dolor de estómago decrece.

Inspiro hondo. Este día en la escuela no ha sido más que una montaña rusa. Cada vez que todo va sobre ruedas y llego a la cima, pienso que todo es normal y que lo superaré; pero en cuanto veo algo que me recuerda a James, desciendo a las profundidades en una vorágine de sufrimiento.

—¿Ruby? —dice Lin a mi lado; a juzgar por su cara está preocupada, y no es la primera vez en estos últimos minutos—. ¿Estás bien?

Dibujo una sonrisa forzada y asiento con la cabeza.

Lin frunce el ceño, pero no insiste. En lugar de eso continúa con la que ha sido su labor toda la mañana: distraerme. Mientras me lleva a la entrada de la cafetería me habla de los últimos títulos de Tsugumi Ōba y Takeshi Obata que ha devorado. Está tan fascinada que saco mi agenda y me apunto los dos mangas en mi lista de lecturas.

Una vez que hemos acabado de comer, llevamos las bandejas al mostrador de recogida. En la pared de al lado está apoyada una chica que no conozco. Habla con un chico, pero se calla en cuanto me ve. Abre los ojos como platos y le da un codazo al costado, no con especial discreción. Intento ignorar a los dos.

—¿No eres tú la chica a la que tiraron a la piscina en la fiesta de Cyril Vega? —pregunta avanzando un paso hacia mí.

Sus palabras me hacen estremecer. Para mí esa maldita piscina solo está vinculada a unos malos recuerdos que me gustaría sacar de mi cerebro con una lobotomía.

Espero sin responder a que la cinta siga corriendo para dejar mi bandeja y largarme de ahí.

—James Beaufort te sacó en brazos. Corren rumores de que eres su novia secreta. ¿Es cierto? —continúa.

Tengo la sensación de que las paredes de la cafetería se aproximan lentas pero seguras hacia mí. No me cabe duda de que de un segundo a otro me aplastarán.

—Si fuera su novia habría estado en el funeral —señala el chico tan alto que hasta yo puedo oírlo.

—Ya, por eso digo «secreta». A lo mejor es uno de sus trapos sucios. Ya sabes que él tiene la tira.

Se oye un fuerte chasquido.

Se me ha caído la bandeja.

Los trocitos de cristal y cerámica llenan el espacio alrededor de mis pies. Me quedo mirando un par de guisantes que ruedan por el suelo; no puedo moverme para recogerlos. Mi cuerpo está petrificado.

—Deja de decir gilipolleces. —Una voz profunda resuena a mi lado.

Acto seguido, un brazo me rodea por los hombros y me lleva fuera del comedor. A mis espaldas oigo en la distancia a Lin, que me está diciendo algo, pero la voz profunda sigue su paso imperturbable y me aleja del comedor hasta llegar a la escalera. Es entonces cuando el brazo se desprende de mis hombros y la persona se planta delante de mí. Deslizo la vista hacia arriba, por los pantalones *beige* y pasando por la chaqueta azul oscuro hasta… el rostro de Keshav Patel.

Tengo que pestañear varias veces hasta percatarme de que realmente es él quien está frente a mí. Lleva el cabello negro recogido en la nuca y se aparta hacia atrás un mechón que se le ha soltado. Luego dirige sus ojos de color castaño oscuro, casi negro, hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Creo que puedo contar con los dedos de una sola mano las veces que he oído hablar a Keshav. De los amigos de James, es el más callado. Si bien conozco aunque sea un poco a Alistair, Cyril y Wren, él es para mí un misterio.

—Sí —digo afónica, y acto seguido me aclaro la voz.

Miro a mi alrededor y caigo en la cuenta del sitio en el que estamos. Mi verdadero primer encuentro con James tuvo lugar debajo de la escalera, ocultos a los ojos de los curiosos. Aquí es donde intentó sobornarme y yo le arrojé a la cara su maldito dinero. Me pregunto si todo en esta condenada escuela va a recordarme a James.

—Bien —dice Keshav. A continuación da media vuelta, mete las manos en los bolsillos y se va.

Lo observo hasta que desaparece de mi campo visual. No ha pasado ni medio minuto cuando Lin emerge con expresión sombría del comedor y me busca con la mirada.

—Estoy aquí, Lin —la aviso, saliendo de debajo de la escalera.

—Les he dicho cuatro cosas —gruñe mientras se acerca a mí—. Menudos imbéciles. ¿Qué tenía que ver Keshav con eso?

Miro con el ceño fruncido hacia donde ha desaparecido.

—No tengo ni idea.

Esta tarde, la primera tarea del comité de actos consiste en empaquetar los regalos del amigo invisible. Los alumnos han tenido estas últimas dos semanas la oportunidad de dejarnos regalos que luego, como es tradición, se repartirán por las clases el último día antes de las vacaciones de Navidad.

Normalmente me encanta poner lazos y cintas a las cartas y los dulces y meterlos en las bolsitas de Papá Noel con las que nuestros carteros de los cursos de niveles inferiores irán de aula en aula. Pero pese a los villancicos que suenan, esta vez tengo los ánimos por los suelos.

Es probable que se deba a la gran cantidad de cartas dirigidas a los Beaufort y a que no sabemos qué hacer con ellas. James y Lydia todavía no acuden a la escuela, así que no están para recibirlas, y yo dudo de que les pareciera bien que se las enviásemos a casa. Desearía poder preguntarles simplemente si quieren las cartas o no. Puesto que no es una opción, todo el equipo acuerda por unanimidad conservarlas. A fin de cuentas, tampoco sabemos qué hay en ellas ni si alguien se ha permitido a lo mejor hacer una broma de mal gusto.

El resto de la reunión me descubro a mí misma mirando la silla vacía en la que James solía sentarse cuando cumplió con nosotros su castigo. Por lo visto, a partir de ahora todo va a recordarme a él, cuando lo que yo querría sería olvidarme de su persona y de lo que vivimos juntos. Cada vez que pienso en él siento como si alguien me metiera una mano en el pecho, agarrase mi corazón y lo estrujase.

Estoy tan increíblemente enfadada con él…

¿Cómo pudo hacerme eso?

¿Cómo?

Aunque a mí la mera idea de permitir que alguien llegue al mismo grado de intimidad conmigo como él me causa malestar, él no dudó ni un segundo en besar a otra.

Y lo peor es que ahora no es solo rabia lo que me provoca James, sino también pena y empatía. Ha perdido a su madre, y cada vez que una cólera

incontenible contra él se apodera de mí, me siento mal. Aunque soy consciente de que en realidad no tengo ninguna razón para ello.

Es injusto y cansado, y por la tarde, cuando llego a casa, estoy totalmente agotada a causa de la guerra que libran todos esos sentimientos opuestos en mi interior. El día de escuela me ha arrebatado toda mi energía y no soy capaz de comportarme como una chica alegre ante mi familia. Desde que mamá se ha enterado de la muerte de Cordelia Beaufort, me trata como si fuera de porcelana. No le he contado lo que ocurrió entre James y yo, pero, como todas las madres, tiene ese instinto que le revela determinadas cosas. Por ejemplo, que su hija sufre mal de amores.

Por la noche me alegro de poder meterme al fin en la cama. Pero, aunque estoy exhausta, paso una hora dando vueltas de un lado a otro. No hay nada más que hacer, nada que pueda interponerse entre mis recuerdos de James y yo. Coloco un brazo sobre mi cara y cierro los ojos. Invoco a la oscuridad, pero lo único que veo es la cara de James. El esbozo de su sonrisa burlona, el brillo de sus ojos, la bonita curva de sus labios.

Suelto un taco, aparto la manta a un lado y me levanto. Hace tanto frío que se me pone la piel de gallina cuando voy al escritorio y cojo mi portátil. Vuelvo a la cama y me tapo hasta arriba con la manta. Con la almohada doblada en la espalda enciendo el portátil y abro el navegador.

Introducir en el campo de búsquedas estas letras es para mí casi como hacer algo prohibido.

J a m e s B e a u f o r t

Enter.

En medio segundo aparecen 1 930 760 resultados.

¡Joder!

Justo debajo del campo de búsqueda se muestran imágenes. Imágenes de James con trajes a medida de Beaufort y de James jugando al golf con su padre y los amigos de este. En ellas aparece aseado y bien peinado, como si tuviera el mundo a sus pies.

Pero cuando veo todos los resultados de las imágenes, también descubro otras facetas menos perfectas de él. Hay una serie de fotos borrosas, hechas con móvil, en las que una versión más joven de James se inclina sobre una mesa y una línea de un polvo blanco. Fotos de él entrando y saliendo de clubes, con mujeres del brazo que seguramente son mayores que él, y en las cuales se le ve

desorientado y borracho. La diferencia entre ese James y el que va hecho un figurín con sus padres y Lydia en una gala no podría ser mayor.

Vuelvo a los resultados normales de la búsqueda. Justo debajo de la hilera de imágenes se encuentra un sinnúmero de artículos nuevos, la mayoría de ellos sobre la muerte repentina de Cordelia Beaufort. No quiero leerlos. No me conciernen, y en las noticias ya se ha informado suficiente al respecto. Sigo escroleando hasta que aparece la cuenta de James en Instagram. Abro la página sin pensar.

Su perfil es una colorida mezcla de distintas fotos. Se ven libros, la fachada especular de un rascacielos, un primer plano de una pared revestida de estuco, bancos, escalones irregulares, sus pies calzados con unos zapatos de piel en un andén, una ventana a través de la cual brilla el sol de la mañana… Si no apareciera de vez en cuando alguna foto de él con sus amigos o con Lydia, nunca habría pensado que ese fuera el perfil de James.

En las imágenes con los chicos, James tiene esa sonrisa en el rostro que a mí siempre me ha enloquecido, esa sonrisa tan increíblemente arrogante pero al mismo tiempo tan natural y atractiva que te hace sentir a la fuerza un hormigueo en el estómago.

Una foto me llama la atención. Salen James y Lydia, y los dos están riendo. Una imagen extraña. No recuerdo haber oído a Lydia reírse nunca. En el caso de James, por el contrario, me basta con ver la imagen para oír el familiar sonido. El hormigueo en el estómago se ve sustituido por un nudo de nostalgia. Echo de menos su risa. Echo de menos su forma de ser, su voz, nuestras conversaciones…, simplemente todo.

Sin darle más vueltas, guardo la imagen en mi escritorio. Sé lo absurdo que es, pero me da igual. En todos los ámbitos de mi vida actúo siempre de forma racional y reflexiva. Por una vez me permito dejarme guiar por mis sentimientos.

Las fotos más recientes del perfil de James están inundadas de expresiones de condolencia. Leo por encima los comentarios y trago con dificultad. Algunas no es que sean carentes de tacto, sino realmente crueles. ¿Se los leerá todos James? ¿Qué sentirá al hacerlo? Si yo ya lo encuentro espantoso, no quiero ni pensar en cómo le sentará a él.

Me impacta en especial un comentario de un mal gusto difícil de superar.

> **xnzlg:** quien quiera fotos del entierro de beaufort, que eche un vistazo a mi perfil.

Dejo el dedo en el panel táctil y las mejillas me arden de rabia. Clico el perfil para abrirlo y me quedo helada.

Todo el *feed* de Instagram de xnzlg está compuesto de fotos de James y Lydia, los dos vestidos de negro en el cementerio. Están recostados el uno en el otro, dándose apoyo mutuamente. James rodea con un brazo a Lydia y está muy cerca de ella, con la barbilla reposando sobre la cabeza de su hermana.

Se me inundan los ojos de lágrimas.

¿Cómo es posible que alguien haga algo así? ¿Cómo es posible que alguien fotografíe ese horrible momento en la vida de una familia, que ya de por sí está rota, solo para colgar las imágenes en internet? Nadie tiene derecho a meterse en su esfera privada de este modo.

Me seco los ojos con una mano. Intento orientarme en la página de xnzlg y denuncio el perfil. Justo después marco los comentarios bajo las fotos de James como *spam* hasta que desaparecen.

Es lo único que puedo hacer en este instante, pero no basta. Las fotos han despertado los sentimientos que he ido acumulando en el transcurso de esta última semana, y ahora apenas soy capaz de controlarlos. La pena que siento por James y Lydia es abrumadora.

Cierro el portátil y lo guardo en la funda acolchada, luego cojo el móvil y voy a los mensajes. Decido escribir a Lydia.

No sé si en el tiempo que ha pasado ya ha informado a su familia del embarazo, pero en cualquier caso debe saber que nada ha cambiado y que a pesar de todo estoy accesible si me necesita. Tecleo:

> Lydia, mi oferta sigue en pie. Si tienes ganas de hablar, dímelo.

Tras dudar unos segundos, envío el mensaje. Después me quedo mirando el móvil que sostengo en la mano. Sé que la decisión sensata sería dejarlo a un lado, pero no puedo evitarlo. Abro el chat entre James y yo de forma automática.

Parece mentira que el primer mensaje que me envió sea de hace algo más de tres meses. Me da la impresión de que desde la noche en que James me invitó a ir a Beaufort han pasado años. Me acuerdo del momento en que acabábamos de probarnos los trajes victorianos y sus padres aparecieron por sorpresa. Lo primero que pensé nada más ver a Cordelia Beaufort fue: «Quiero ser como ella».

Me quedé impresionada por el modo en que por su personalidad y sin necesidad de hacer ni decir nada se adueñó de todo el lugar. Pese a la expresión dura y la presencia de Mortimer Beaufort, no cabía duda de quién de los dos tenía la última palabra en Beaufort. Aunque nunca llegué a conocerla a fondo, sufro por la muerte de la madre de James.

Y sufro con James. Cuando estuve con él me dijo que tampoco quería tanto a su madre, pero yo sé que no es cierto. La quería, me quedó claro cuando sollozaba entre mis brazos.

Mi mirada se dirige al armario. Sin darle más vueltas, voy hacia él y abro la puerta. Me agacho. Abajo, en el último cajón, escondida detrás de una vieja bolsa deportiva, está la sudadera de James. Aquella con la que me tapó entonces, tras la fiesta de Cyril. La saco con cuidado y hundo la cara en ella. Ya casi no huele al detergente para ropa de James, pero aun así ese tejido mullido despierta recuerdos en mi interior. Cierro la puerta del armario y vuelvo a la cama. Me pongo la sudadera y me cubro los dedos con las mangas.

No entiendo cómo es posible que la rabia que siento hacia él me esté consumiendo por dentro pero que al mismo tiempo sufra tanto por él que en algunos momentos me invade la sensación de no poder soportarlo ni un segundo más.

Como ahora.

Indecisa, cojo de nuevo el móvil. Le doy vueltas entre las manos. Quiero escribir a James, pero al mismo tiempo no quiero. Quiero consolarlo y al mismo tiempo gritarle, abrazarlo y al mismo tiempo golpearlo.

Al final tecleo un breve mensaje.

Pienso en ti.

Contemplo estas palabras e inspiro hondo. Le doy a «enviar» y dejo el móvil a un lado. Detengo la mirada en el despertador que está sobre la mesilla de noche. Ya es más de medianoche y todavía estoy totalmente despierta. Aunque apague la luz no podré dormir, estoy convencida.

Me llevo la mochila a la cama y saco mis apuntes de esta mañana. Justo cuando me recuesto en la almohada y empiezo a leer, vibra el móvil. Abro los mensajes conteniendo la respiración.

Te echo de menos.

Se me pone la piel de gallina. No sé qué esperaba. Pero, en cualquier caso, no una respuesta como esta. Mientras sigo mirando esas dos palabras, llega un

nuevo mensaje.

Quiero verte.

Las palabras se desdibujan ante mis ojos, y aunque me tapa la manta y llevo la gruesa sudadera de James, tengo frío. En mi interior combaten sentimientos opuestos: la nostalgia por James, esa rabia increíble hacia él y al mismo tiempo esa pena, como si yo también hubiese perdido a alguien.

Me encantaría escribir que a mí me pasa exactamente lo mismo. Que yo también lo echo de menos y que nada me gustaría más que ir a su casa y estar a su lado.

Pero no puede ser. Siento en lo más profundo de mi ser que no estoy preparada para ello. No después de lo sucedido. No después de lo que me ha hecho. Simplemente, me hace demasiado daño.

Me cuesta un esfuerzo enorme teclear la siguiente respuesta:

No puedo.

6

Ruby

La Navidad es mi fiesta favorita.

Me encantan todos esos llamativos adornos que transforman el mundo en un País de las Maravillas. Me encanta la deliciosa comida, la música, ir a buscar regalos para mi familia o hacer manualidades y luego empaquetarlas con cariño. Por lo general, el periodo anterior a Navidad tiene algo de sobrenatural, como si Papá Noel, Jack Frost o quien sea hubiera echado polvo mágico sobre la Tierra.

Este año todo es diferente.

Bueno, no. Este año todo es igual que siempre. Solo yo soy distinta.

Los preparativos no me divierten en absoluto porque no hago más que pensar en James. Trato de distraerme y de no acordarme de él, pero no funciona. Todo lo que ocurrió el trimestre pasado se proyecta una y otra vez en mi cabeza como una película triste, hasta que tengo que salir a dar un paseo para aclararme la mente.

Hay días en los que no me levantaría de la cama y desearía poder viajar en el tiempo. Quiero volver a vivir en un mundo en el que nadie en Maxton Hall conozca mi nombre, y menos aún James. A veces me acuesto por la noche y miro la foto en la que se está riendo o la invitación para la fiesta de Halloween en la que salimos ambos. Recuerdo la sensación de sus dedos en mi mano. De sus besos. De su voz tenue susurrando mi nombre.

Las vacaciones me vienen de perlas. Al menos tengo la oportunidad de poner algo de distancia entre Maxton Hall y yo. Porque aunque James no volverá a la escuela hasta el trimestre que viene, en cada esquina que doblo y en cada habitación en la que entro me invade el pánico de pensar que podría encontrármelo ahí. Y eso no sería capaz de resistirlo. Todavía no.

Por suerte mi familia se ocupa sin problemas de distraer mi atención. Mamá y papá se pelean en la cocina y me necesitan al menos una vez al día para que

decida como árbitro si las galletas que ha preparado mamá son mejores con o sin la especia exótica que ha añadido papá. En los años anteriores solía estar del lado de mamá en la mayoría de los casos, pero compruebo sorprendida que esta vez también me gustan las creaciones de papá.

El resto del tiempo, Ember me encarga todo tipo de tareas. Hacemos unas dos mil fotos para su blog, aunque estoy segura de que la mitad de las imágenes no han salido porque me temblaban demasiado los dedos a causa del frío. Además, este año es ella quien ha pensado los regalos para la familia, lo que normalmente es mi tarea favorita antes de Navidad. Sus ideas han sido geniales: para mis abuelos hemos hecho un calendario con fotos de familia; para mi madre, una cesta llena de productos de belleza; para papá, Ember ha encontrado en los anuncios breves un nuevo y bonito especiero de los años sesenta, cuyo propietario nos lo ha dejado por solo diez libras después de regatear un poco.

—Qué dura eres negociando —observa Ember cuando lo estamos limpiando por encima en nuestro pequeño garaje. Arrugando la nariz, aparta la telaraña de la parte posterior de las estanterías—. Tal vez deberías cambiar tu orientación profesional.

Estoy colocando papeles de periódico en el suelo para que podamos empezar a pintar enseguida y esbozo una sonrisa forzada.

Un pequeño y pensativo surco se forma entre sus cejas mientras me observa.

—¿No te decides a hablar de una vez conmigo?

—¿Sobre qué? —respondo casi sin voz.

Suelta una breve risa.

—¿Sobre el hecho de por qué te comportas como un robot? ¿Sobre todo lo que te entristece?

Me estremezco al oír estas palabras. Hasta este momento Ember no se había referido a mi comportamiento, sino que ha hecho como si fuese normal que me encerrase en mi habitación para solo salir de ella en caso de extrema necesidad, y que no hable ni una palabra con nadie. No me ha presionado ni preguntado nada, por lo que le estoy increíblemente agradecida.

Por lo visto, el periodo de gracia ya ha pasado.

No sabe lo que sucedió entre James y yo en Oxford, y menos aún que después besó a Elaine. Tenía la impresión de que primero debía asimilar este asunto yo misma antes de hablar de él con alguien. Bastante esfuerzo me ha costado superar los días en la escuela. Pero Ember no solo es mi hermana, sino

también mi mejor amiga. Puedo confiar en ella. Tal vez haya llegado el momento de dejar de llevar sola esta carga.

Inspiro hondo.

—Me he acostado con James.

En realidad, esto no era lo primero que quería decir, pero ya está hecho.

Ember deja caer el plumero.

—¿Que has hecho qué?

Sin mirarla comienzo a sacar las mascarillas del envoltorio y a prepararlas. Tiro de las gomas elásticas que se colocan detrás de las orejas.

—Un día más tarde se estaba enrollando con otra chica —añado con la voz quebrada. Miro por encima de las tiras blancas de la mascarilla cuando Ember se acerca y se arrodilla a mi lado sobre el periódico.

—Ruby —dice a media voz. Me coloca con cuidado una mano entre los omóplatos y noto que se desmorona mi última barrera.

Ember y yo no hemos estado siempre tan cerca la una de la otra. Estrechamos nuestros vínculos después del accidente de papá, al prestarnos mutuo apoyo cuando a él le iba mal y estaba resentido con el mundo entero. Aunque lo comprendíamos, no fue un periodo fácil para nosotras. Solo logramos superarlo juntas.

Lo que nos une desde entonces es algo que nunca podré sentir con otra persona, y cuando ella me aprieta el hombro las palabras simplemente brotan de mi interior. Se lo cuento todo: lo de la fiesta de Halloween, lo del padre de James y las expectativas que deposita en su hijo, que tanto le hacen sufrir. Le hablo de esa tarde en la que Lydia vino a casa y fuimos juntas a la fiesta de Cyril. De James esnifando y tirándose a la piscina. Y le hablo de Elaine Ellington.

Mientras se lo relato, por el rostro de Ember van asomando todo tipo de emociones: pena, indignación, incredulidad, emoción y al final una rabia terrible. Cuando he acabado me mira con los ojos bien abiertos solo un minuto, luego me abraza y me estrecha fuerte entre sus brazos sin decir palabra. Por primera vez desde hace días ya no siento el impulso de llorar. En lugar de eso, algo cálido se extiende en mi interior y cubre mis impetuosos sentimientos, más calmados ahora.

—No sé qué debo hacer ahora, la verdad —musito en el hombro de Ember —. Por una parte, me parece horrible que le haya ocurrido esto. Pero, por otra, no quiero volver a verlo nunca más. No después de lo que me ha hecho. Me

encantaría plantarme delante de él y soltarle un par de cosas, pero no puedo porque sé lo mal que lo está pasando.

Ember se separa de mí y respira hondo. Me aparta el cabello de la mejilla y lo recoge detrás de la oreja. Entonces me acaricia suavemente con su cálida mano la cabeza.

—Lo siento mucho, Ruby.

Trago con dificultad y reúno todo el valor que me queda para decir estas palabras:

—Lo odio por eso.

Los ojos verdes de Ember están llenos de pena y de cariño.

—Yo también.

—Al mismo tiempo me pregunto si debo hacerlo.

Mi hermana niega con la cabeza y frunce el ceño.

—Estás en todo tu derecho de sentirte así, Ruby. Haces como si hubiera reglas establecidas para situaciones de este tipo, pero no las hay. Sientes lo que sientes ahora mismo.

Indecisa, suelto un gruñido.

—Y que haya días en que te apetecería propinarle un puñetazo en plena cara es totalmente legítimo, sin importar cómo le vaya a él en ese momento —continúa Ember con insistencia—. Tus sentimientos no pueden depender de los suyos solo porque esté atravesando por una mala situación. Se ha comportado como un cabrón y creo que se lo puedes decir con toda tranquilidad. Es más, se lo puedes decir al mundo entero.

Necesito unos segundos para digerir las palabras de Ember.

—Es que tengo la sensación —empiezo a hablar despacio— de que no cambia nada sean cuales sean mis sentimientos. O me duele lo de su madre o que me haya engañado. Por eso intento…

—No sentir absolutamente nada. —Mi hermana concluye la frase.

Asiento.

—No parece muy sano, Ruby.

Me quedo mirándome las manos mientras nos sumimos en silencio.

Al cabo de un buen rato, Ember suspira.

—No puedo creer que lo haya hecho. A ver, conozco la fama que tiene, pero… —Niega con la cabeza.

—De verdad que pensaba que había aterrizado en la película equivocada. Estaba como… totalmente cambiado.

—Es horrible.

—Y tampoco entiendo por qué no acudió a mí. Podría haber hablado conmigo de cualquier tema. Habríamos… —Me encojo de hombros abatida. No tengo ni idea de qué habría hecho si James hubiera acudido a mí. En cualquier caso, todo esto no habría pasado. Estoy segura.

—Creo que hablar no era precisamente lo que él quería hacer esa noche —señala vacilante Ember—. A mí más bien me da la sensación de que intentaba destruir aún más su vida sin tener en cuenta las pérdidas.

Inspiro entrecortadamente.

—En cualquier caso, entiendo que estés así. Es del todo normal que te sientas de este modo. Yo también lo odio por lo que te ha hecho.

Mi hermana vuelve a rodearme con el brazo y esta vez yo la aprieto igual de fuerte contra mí.

—Gracias, Ember —susurro.

Después de un buen rato, me separa y me sonríe con cariño.

—¿Empezamos? —Señala el especiero.

Contenta de no tener que seguir hablando de mis sentimientos, asiento. Nos ponemos las mascarillas y buscamos una música adecuada. Ember se decide por el álbum de Michael Bublé y nos ponemos a pintar juntas la estantería de especias.

—Por cierto, ya tengo más de seiscientos *followers* —anuncia mi hermana en un momento dado.

Doy un grito de alegría e insinúo una reverencia.

—Eres una *crack*.

—Estoy pensando pedir trabajo durante las vacaciones de verano a distintas empresas de ropa de Londres. —Ember no me mira, sino que se entrega concentradísima a la esquina superior de la estantería, que ya está lacada. La mascarilla me impide ver bien su rostro, pero estoy bastante segura de que se ha ruborizado.

—¿Quieres que te ayude con la solicitud?

Ember se detiene y me mira.

—¿Crees que es una buena idea?

Asiento animada.

—Hace años que tienes claro que quieres hacer algo relacionado con la moda. Yo diría que cuanto antes empieces, mejor.

Sigue pintando en silencio.

La miro pensativa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ember duda un momento más.

—Si pudiera elegir, haría las prácticas en una empresa socialmente responsable, respetuosa con el medioambiente y que al mismo tiempo confeccionara tallas grandes con estilo —explica—. Pero es dificilísimo encontrar algo que responda a estos criterios. Así que mal que me pese tendré que enviar solicitudes a todas las compañías que ofrezcan prácticas. Pero me pregunto qué sentido tiene trabajar en una empresa que ni siquiera hace ropa de mi talla, ¿sabes lo que quiero decir?

Asiento.

—Sí, pero también es importante adquirir práctica profesional. Y al menos puedes observarlo todo y pensar cómo lo harías de otro modo.

—Aun así, me provoca dolor de barriga —dice con un suspiro—. No paro de preguntarme si tal vez mi instinto me lo está desaconsejando.

—A lo mejor son solo los nervios. Piensa que hay mucha gente que te sigue. Tu blog tiene muchos lectores. Todos creen en ti y en tu visión de futuro.

—Qué guay que digas esto.

—No lo digo para sonar guay, lo digo en serio. Creo firmemente que en algún momento crearás tu propio imperio de la moda y te abrirás camino con él.

Ember sonríe de oreja a oreja resplandeciente…, a pesar de la mascarilla lo veo en el brillo de sus ojos.

—Podríamos aprovechar las vacaciones para hacer una lista de las empresas inglesas que hay que tener en cuenta, ¿o tú qué piensas? —insisto, mientras deslizo el pincel por la cara interior del especiero.

—Es una idea genial. Yo ya he empezado, porque quería escribir una guía de moda ética curvy.

Estoy a punto de contestarle que nuestro acuerdo sigue en pie, cuando llaman a la puerta lateral del garaje.

—¿Ruby?

Ember y yo nos quedamos petrificadas. Mamá no puede ver lo que estamos haciendo. Es incapaz de guardar un secreto y menos aún tratándose de un regalo para papá. Por desgracia, lo hemos comprobado más de una vez en los años anteriores.

—¡Ay de ti como entres! —grita Ember horrorizada plantándose a toda prisa delante del especiero para que mamá no lo vea si asoma la cabeza por la puerta.

—Nada más lejos de mi intención. —Oímos su respuesta apagada—. Ruby, tienes visita.

Ember y yo intercambiamos una mirada desconcertada.

—¿Será Lin? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Pasará las Navidades en China con su madre, van a visitar a unos parientes.

Los ojos de Ember se agrandan.

—¿Crees que será…? —No pronuncia su nombre, pero el corazón me da un vuelco.

—¿Quién es, mamá? —pregunto alzando la voz.

—¿Puedes hacer el favor de salir? No tengo ningunas ganas de mantener una conversación contigo a través de la puerta.

Pongo los ojos en blanco y me desprendo de una de las gomas de la oreja, de modo que la mascarilla me cae a un lado y me siento como un médico que hace un descanso en medio de una importante operación. Abro la puerta un poco y salgo. Mamá mira mi mascarilla con las cejas arqueadas y advierto que se pone de puntillas para echar un vistazo por la rendija. Cierro la puerta lo más deprisa posible a mis espaldas.

—¿Quién es? —murmuro.

En un abrir y cerrar de ojos, mamá se pone seria.

—La chica Beaufort.

Se me encoge el estómago. Es como si se repitiera la misma situación de la tarde en que Lydia vino a ver si James estaba aquí. No puede ser que haya vuelto a pasar algo malo.

«Otra vez no. Por favor, otra vez no.»

—¿Dónde está? —pregunto.

Mi madre señala en dirección al pasillo.

—En la sala de estar. Tu padre y yo estamos en la cocina, por si nos necesitas.

Asiento y me quito del todo la mascarilla. A un paso prudente voy por el pasillo hacia la sala de estar. Esta vez me armo con las sabias palabras de Ember todavía frescas en mi memoria.

Lydia está sentada en nuestro viejo sofá de flores, con las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en la mesa de la sala de estar. Lleva una blusa holgada de chifón y una falda plisada negra. Va peinada con su habitual coleta.

Ni uno solo de sus ondulados cabellos está fuera de sitio; como siempre, Lydia transmite la sensación de que todo en ella está en perfecto orden.

Sin embargo, su mirada apática indica otra cosa.

—Hola —digo en voz baja para no asustarla.

Lydia levanta la cabeza y me ve en el marco de la puerta. Dibuja una sonrisa cansada.

—Hola, Ruby.

Por unos momentos no estoy segura de qué hacer, pero me decido por acercarme a ella y sentarme a su lado en el sofá. Reprimo el impulso de iniciar una conversación ligera y preguntarle cómo le va o si está todo bien. En lugar de eso espero.

Al cabo de un rato, traga con dificultad.

—Me habías dicho que podía acudir a ti si necesitaba algo.

Por un momento la miro perpleja, luego asiento rápidamente.

—Pues claro. Cualquier cosa.

Mira indecisa hacia la puerta de la sala de estar, como si esperase ver a alguien. Es probable que tema que mis padres o Ember entren o nos oigan. Me acerco un poco más a ella.

—¿De qué se trata? —pregunto en voz baja.

Lydia emite un sonoro suspiro. Entonces estira la espalda hasta sentarse bien erguida.

—Mañana tengo una cita con la ginecóloga y necesito que alguien me acompañe.

Tardo un par de segundos en darme cuenta de lo que acaba de decir.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunto atónita.

Inspira temblorosa, aprieta los labios con fuerza y al final asiente.

—Eres la única que está al corriente.

—¿Pasa algo? ¿Tienes dolores o algo similar?

Ella niega con la cabeza.

—No, es solo un chequeo rutinario. Pero no quiero… ir sola allí.

Pienso en el esfuerzo que habrá tenido que hacer para venir hasta aquí y comunicarme esto. Hasta este momento no he sido consciente de lo sola que Lydia debe de sentirse en realidad. Yo soy la única a quien puede pedir que vaya con ella a la consulta del médico, lo cual desde luego le da cierto miedo y la inquieta.

Solo tengo una respuesta a su pregunta, y la expreso como si fuera lo más

natural.

—Por supuesto que te acompaño.

Una cosa sí es el consultorio: estéril. Las paredes son blancas y solo un cuadro cuelga de ellas. Detrás del escritorio, en el lado izquierdo de la habitación, hay una ancha ventana con las persianas cerradas; a su derecha, un rincón en el que se ha colocado una cortina de color azul claro, detrás de la cual es posible que Lydia tenga que desnudarse dentro de poco.

Nos sentamos en las dos sillas junto al escritorio y observamos a la doctora Hearst, que teclea a una velocidad supersónica en su ordenador.

Venir aquí con Lydia al principio ha sido un poco raro. Pero después, cuando la auxiliar de la médica le ha pedido que orinase en un recipiente, hemos comprendido que a esas alturas ya habíamos superado el nivel de la vergüenza.

Ahora Lydia toquetea su chal a cuadros sin dejar de mirar de reojo la puerta. A lo mejor fantasea con la idea de levantarse de un salto y escapar. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, le sonrío de forma optimista, o al menos eso intento. No sé cuál es exactamente mi tarea aquí, así que hago lo que en una situación así me gustaría que hiciera quien me acompañase. Por lo visto funciona, pues Lydia se relaja un poco.

Después de que la doctora Hearst haya terminado de escribir en el ordenador, entrelaza las manos sobre la mesa y se inclina un poco hacia delante. Su rostro es amable, pese al severo moño en el que ha recogido su oscuro cabello. Tiene muchas arruguitas junto a las comisuras de los labios, unos cálidos ojos castaños y una voz agradable y serena.

—¿Cómo se encuentra, señorita Beaufort? —pregunta.

Miro a Lydia, que a su vez mira a la doctora.

De repente suelta un sonido histérico que debe entenderse como una risa, pero se domina enseguida y carraspea como si no hubiese sucedido nada.

—Yo diría que muy bien.

La médica asiente comprensiva.

—En la última revisión se quejó de las náuseas. ¿Qué tal ahora?

—Estoy mejor. Hace una semana que ya no vomito. Aunque a veces me duele bastante cuando me levanto después de haber estado mucho rato sentada. ¿Es normal?

La doctora Hearst sonríe.

—No es algo de lo que preocuparse. Los ligamentos se dilatan mucho para dejar sitio al bebé. Puedo recetarle magnesio contra los dolores.

—De acuerdo, perfecto —contesta Lydia aliviada.

Después de la conversación, la doctora le indica que vaya detrás de la cortina para desnudarse. Yo me quedo sentada en la silla y contemplo durante la revisión el cuadro que cuelga tras el escritorio. Intento en vano adivinar qué representan todas esas formas y colores. Es una acumulación arbitraria de amarillo, rojo y azul, y probablemente uno de los cuadros más raros que he visto en mi vida. Me pregunto si no lo habrá pintado un niño.

—Todo está en su sitio —oigo decir a la doctora Hearst—. El orificio uterino está bien cerrado y mientras no sienta calambres y no haya sangre, todo está en orden.

Lydia murmura algo que no entiendo y se viste. Suspiro de alivio. Ya hemos superado este tramo.

—Puede acercarse, señorita Bell.

Entretanto, Lydia se ha tendido en la camilla que hay junto al sillón para tratamiento y se ha recogido la blusa hacia arriba. Sus dedos descansan sobre el vientre desnudo y compruebo que ya se nota con claridad su redondez.

Contesto a la sonrisa nerviosa de Lydia sentándome a su lado en una silla. La médica empuja hacia nosotras un aparato con ruedas que sospecho que sirve para hacer la ecografía.

—Y bien, ¿quiere ver a su bebé, señorita Beaufort?

Lydia asiente, visiblemente nerviosa, y yo me acerco un poco más a ella.

La médica extiende un gel transparente por el vientre de Lydia y coloca sobre ella la sonda. Contemplo como hechizada la pantalla, aunque al principio no distingo nada en ese caos blanco y negro. Pero la doctora se desliza segura por la piel de Lydia y en un momento dado la imagen cambia. Cada vez es más nítida, y…

Me quedo sin respiración. A mi lado, Lydia emite un leve chillido.

Estoy bastante segura de que lo que hay a la derecha de la pantalla es una cabecita.

—Ahí está —anuncia la doctora señalando la imagen con el dedo.

Cuando sigue moviendo el aparato, el feto cada vez se ve más nítido. Ahora incluso se reconocen unos brazos y unas piernas diminutos. Es tan tan genial…, y lo más fascinante que he visto, con diferencia, en toda mi vida.

—Uau —susurro, y la doctora me dedica una sonrisa.

Miro a Lydia. Tiene los ojos abiertos como platos mientras observa con incredulidad la pantalla.

—Un momento —dice la doctora Hearst de repente y se inclina un poco más hacia la pantalla. Por un instante aparece de nuevo el caos blanco y negro, luego vuelve a surgir la pequeña burbuja.

—¿Todo bien? —pregunta insegura Lydia.

Le pongo la mano sobre el hombro. La vacilación de la médica también me alarma a mí. El niño se ha movido, yo lo he visto claramente. No puede darnos ahora una mala noticia…, no ahora. Lydia no lo resistiría.

—Señorita Beaufort, ¿puedo proceder a la presentación? —Los ojos de la doctora Hearst brillan—. ¡El bebé número dos! —Señala un punto en la pantalla —. Se esconde un poco detrás de su hermano, por eso no se lo distingue tan bien.

Lydia toma aire. Contempla el monitor consternada cuando la doctora Hearst aproxima con el *zoom* la segunda burbujita y la imagen aumenta de tamaño. Aunque yo no aprecio nada, sé que dice la verdad.

Gemelos.

Lydia no espera un hijo, sino dos.

No puedo imaginarme lo que le pasa por la cabeza. Le doy unas palmaditas en el hombro, un poco torpes, e intento desesperadamente decir algo cuando de repente Lydia echa la cabeza hacia atrás y se empieza a reír.

La doctora y yo intercambiamos una mirada que indica que no podemos tomarnos a mal esta reacción. Es probable que la noticia haya sido un *shock* para Lydia. Después de todo lo que ha tenido que pasar en estas últimas semanas, no me extrañaría que en algún momento perdiera el control.

—Esto es una locura —dice entre jadeos al cabo de un rato, volviendo la cabeza hacia mí—. Es que… me faltan las palabras.

La doctora pulsa un par de botones del aparato y sonríe primero a Lydia y después a mí.

—Son gemelos bivitelinos. Están bien desarrollados, todo tiene un aspecto estupendo. ¿Hay gemelos en su familia, señorita Beaufort?

Lydia niega y asiente al mismo tiempo con la cabeza mientras sigue mirando la pantalla.

—Ella misma tiene un hermano gemelo —intervengo en voz baja, tratando de apartar la imagen de su hermano de mis pensamientos. Ahora mismo no se le ha perdido nada a James en mi cabeza.

—No debe asustarse —indica la doctora intentando tranquilizar a Lydia, pero me da la impresión de que ninguna de sus palabras causan el menor efecto—. La vigilaremos un poco más y le aconsejo que realice una prueba de azúcar para prevenir una diabetes gestacional. Para ello basta que pida una cita… —Sigue hablando sobre alimentación y sobre las próximas revisiones, pero yo tengo claro que Lydia no está escuchándola.

Miro su cara pálida. Necesita urgentemente algo que la tranquilice un poco. Y yo tengo una vaga idea de qué puedo hacer para lograrlo.

7

Ruby

Desde fuera, Smith’s Bakery no dice gran cosa. La panadería se encuentra en la planta baja de una casa adosada, entre mi tienda de segunda mano preferida y un servicio de repartos que siempre que he pasado junto a él estaba cerrado. La fachada de la panadería se pinta cada año, pero a causa de este clima inglés la pintura se desconcha al cabo de unas semanas y parece como si el edificio no se hubiese renovado en años. El rótulo en letra manuscrita, de un dorado verdoso, cuelga sobre la gran ventana a través de la cual, al pasar, se puede echar un vistazo a las exquisiteces que se preparan cada día. Desde pan blanco artesanal hasta *scones* y panecillos pasando por *Bakewell pudding* y pasteles, aquí hay de todo lo que a uno pueda apetecerle.

—Siempre que estoy mal, vengo aquí —le digo a Lydia, que mira la entrada de la tienda con escepticismo.

Subo un peldaño delante de ella y sostengo la puerta abierta para que pase. Antes de entrar, nos llega flotando el agradable aire del horno, y el aroma del pan recién hecho y de la canela asciende por mi nariz.

—Es mi olor favorito —confieso a Lydia—. Si hubiera un perfume que oliese a pan caliente y canela, compraría todas las existencias y me bañaría en él hasta que nunca oliera a otra cosa.

Las comisuras de los labios de Lydia se mueven casi imperceptiblemente. Al menos es una pequeña reacción, la primera desde que hemos salido de la consulta de la doctora Hearst.

Phil, el compañero de mi madre, está sirviendo a un cliente cuando llegamos al mostrador. En la pared que tiene a sus espaldas hay una serie de estanterías de madera sobre las cuales apilan hogazas y barras de pan. Sobre el mostrador hay unas cestitas con trocitos de pan con mantequilla para que los prueben los

clientes. Cojo dos al pasar y mientras me llevo uno a la boca le tiendo el otro a Lydia.

—Prueba —le digo con la boca llena—. El pan es de veras exquisito.

Lydia sigue mis indicaciones.

La panadería es pequeña y estrecha. En realidad no es el espacio adecuado para tomarse cómodamente un café, pero aun así hay dos mesas a las que sentarse. Una está junto a la puerta de la cocina, donde se prepara la masa, y la otra, tan cerca del mostrador que los clientes han de apretujarse a la fuerza contra ella cuando el local está un poco lleno.

Señalo el pequeño banco y la deteriorada mesa de madera en la parte posterior de la sala. Mientas Lydia se desliza por el banco, echa un vistazo a la panadería. No parece saber qué pensar de la tienda. Su mirada casi escéptica me recuerda a su madre y la manera en que me examinó cuando nos vimos por vez primera.

Ahuyento ese recuerdo de mi mente.

—¿Ya sabes lo que quieres? —pregunto.

Lydia aparta la vista de mí y observa con la cabeza ladeada los diferentes pasteles.

—¿Qué me recomiendas?

—Mi favorito es el *Bakewell pudding*.

—Pues entonces tomaré uno.

Asiento sonriendo y voy al mostrador justo cuando mamá sale de la cocina. Se alegra al verme y se limpia las manos en el delantal que lleva sobre la camisa a rayas con el nombre de la panadería.

—Hola, mamá, he venido con Lydia —digo deprisa, señalando con el pulgar por encima del hombro nuestra mesa—. Ha tenido un día duro y he pensado que un *Bakewell pudding* y un chocolate caliente le levantarían los ánimos —le susurro con la esperanza de que Lydia no me oiga.

—No hay nada que se resista a un *Bakewell pudding* y un chocolate caliente —responde mi madre, lanzándome una mirada de complicidad.

—Gracias, mamá.

Vuelvo con Lydia y me siento en una silla tambaleante frente a ella. Tiene la barbilla apoyada en la mano.

—¿Cuánto hace que trabaja aquí tu madre?

—Desde que tengo uso de razón. Empezó justo al terminar la escuela.

Sonríe un poco.

—De pequeña debía de ser estupendo.

—Siempre teníamos galletas —afirmo moviendo las cejas.

La sonrisa de Lydia se ensancha un poco más.

—¿Ya sabes lo que quieres hacer en el futuro? —pregunto al cabo de un rato.

Ahora su mirada se ensombrece.

—¿Qué pretendes que haga?

—Lydia, solo porque vayas a tener un bebé no significa que todos tus planes se hayan ido a la mierda.

Baja los ojos y recorre con el dedo las irregularidades de la mesa.

—Bebés —musita al cabo de un buen rato.

—¿Qué? —replico desconcertada.

—Mis planes no se han ido a la mierda solo porque vaya a tener bebés. En plural. —Vuelve a aparecer su sonrisa, más pequeña, pero no puedo evitar sonreír yo también.

No sé qué va a suceder, pero por lo pronto las dos nos echamos a reír, primero tímidamente y luego más alto. Lydia se tapa la boca con la mano, como si ella misma no pudiese entender lo que está haciendo. Esto transforma su sonrisa en un resoplido medio ahogado y no podemos evitar seguir riendo todavía más fuerte.

Justo en ese momento llega mi madre con la bandeja y nos sirve las tazas humeantes y los dos platos con el pastel.

—¿Qué es lo que es tan divertido? —pregunta.

Lydia aprieta los labios y cierra los ojos, hasta que adquiere de nuevo el control de sí misma. Luego mira a mi madre y dice con una voz perfectamente serena:

—Ruby y yo nos reímos sobre los caprichos de la vida, señora Bell. —Se inclina hacia delante y pone la nariz encima de la taza humeante—. Por cierto, esto huele de maravilla.

Mamá pestañea perpleja. Luego levanta la mano y le acaricia el brazo a Lydia. Sabe que hace poco que ha perdido a su madre y, tal como es ella, le gustaría hacer algo más que llevarle un chocolate caliente y un pastel.

—Disfrútalo.

Lydia se queda mirando a mi madre mientras vuelve al mostrador para atender a los nuevos clientes. A continuación, suspira, se acerca un poco más la taza con el chocolate caliente y la envuelve con ambas manos.

—Siempre he querido ser diseñadora en Beaufort —responde a mi pregunta.

—Puedes hacerlo… —«A pesar de todo», estoy a punto de decir, pero una mirada de Lydia basta para hacerme enmudecer.

Coge la cuchara y remueve unos segundos el chocolate caliente.

—Antes no podría haberme imaginado nada más bonito que aportar mi creatividad a Beaufort, pero mamá y papá opinaban que mis ideas eran demasiado modernas y no lo bastante tradicionales —prosigue—. Siempre he discutido con ellos porque yo quería desempeñar una función más importante que la que ellos habían planeado para mí. A diferencia de James, a mí sí me gustaría hacerme cargo de la empresa. Pero ellos siempre han pensado solo en él. Es algo decidido desde nuestro nacimiento. No importa lo que nosotros queramos. —Saca la cuchara de la taza y se la lleva a la boca. Suspira complacida.

—Odio que hayáis estado sometidos a esta presión. Y que todavía lo estéis. Me imagino que será muy difícil —murmuro antes de dedicarme a mi propio chocolate. Me sienta estupendamente bien que esté caliente, y poco a poco los dedos se me van descongelando.

Lydia parece tan triste y desesperanzada que me encantaría abrazarla.

—Cuando se mira a nuestra familia desde fuera, da la impresión de que mamá y papá nos quieren por encima de todas las cosas y solo desean lo mejor para nosotros. Deseaban. Tanto da. —Carraspea—. No puedo quejarme por haber crecido así. No sería justo. No sé cuánto te ha contado James, pero… hay ciertas cosas que han salido mal y que no se pueden arreglar.

Es inevitable que me pregunte si se refiere a su padre. Y si él solo llega a las manos con James cuando algo le disgusta, o también con Lydia. Si este último es el caso, ella me preocupa aún más.

—Solo me ha contado un par de cosas —contesto con una evasiva.

Aunque sé que Lydia lo conoce mucho más que cualquier otra persona del mundo, no quiero hablar de lo que él me ha contado. Ni siquiera después de todo lo que ha ocurrido podría traicionarlo de esta manera.

—Le va mejor, por cierto. Después del entierro ha dejado de beber. En lugar de eso, ahora entrena como un poseso.

Me acuerdo de la mirada vacía de sus ojos. De sus lágrimas. De la forma en que se agarró a mí. De los hematomas y las rozaduras de la mano.

—¿Y el asunto entre tu padre y él? —pregunto con cuidado.

—¿Sabes lo de la pelea?

Hago un gesto afirmativo.

—Papá finge que no ha ocurrido nada. Se podría decir que nunca está en casa, y cuando está, llama a James a su despacho para prepararlo para las reuniones de la junta directiva de Beaufort.

Por una parte, me alegro de que la relación entre James y su padre no haya empeorado, pero por otra sé lo que siente James hacia la empresa y la carga que debe de representar para él trabajar en Beaufort. Que todo esté sucediendo antes de lo que esperaba me hace sentir lástima por él.

—A lo mejor podéis superarlo, Ruby.

Miro los ojos azul turquesa de Lydia. Unos ojos que son exactamente iguales a los de James.

Niego con la cabeza, cansada.

—Lo dudo. Si te soy sincera, tampoco tengo ganas.

Es la primera vez que lo digo, pero es la verdad. No creo que lo que James y yo hemos sufrido se pueda dar por zanjado en algún momento. Y yo tampoco lo quiero. Sobre todo cuando pienso en todo lo que pondría en riesgo mi futuro. Es como si una sombra se proyectara sobre mis sueños solo porque se los confié a James y luego me traicionó.

—Lo podrías intentar —sugiere dulcemente Lydia, pero yo vuelvo a hacer un gesto negativo.

—Entiendo que la noticia de la muerte de vuestra madre lo haya desestabilizado, pero… —Me encojo de hombros con impotencia—. Eso no cambia nada. Lo odio por lo que ha hecho.

—Sin embargo, estabas allí cuando él te ha necesitado. Eso significa algo, ¿no te parece?

Doy vueltas al chocolate e inspiro hondo.

—Todavía siento algo por él, sí. Pero al mismo tiempo nunca he estado tan enfadada con alguien. Y no creo que esta rabia que siento vaya a desaparecer como si nada.

Callamos. El ruido del horno me suena ahora más estridente que hace unos pocos minutos, al igual que la campanilla de la puerta que anuncia la entrada y salida de los clientes.

—¿Debería haber ido sola al médico? —dice de pronto Lydia.

Levanto la cabeza bruscamente.

—¡No!

Las mejillas de Lydia se sonrojan y de golpe parece casi tímida. Me pregunto qué debe de estar pasándole por la cabeza en ese momento.

—Si hubiese sabido cómo estás, no habría recurrido a tu ofrecimiento. Yo…

—Lydia —la interrumpo con suavidad y le cojo la mano por encima de la mesa. Los ojos se le agrandan y mira nuestros dedos entrecruzados—. Te lo dije en serio. Quiero apoyarte. Nuestra amistad no tiene nada que ver con James. ¿Entiendes?

Me mira de nuevo, y creo distinguir en sus ojos un brillo revelador. No responde a mis palabras, pero me aprieta brevemente la mano. Y eso es más que suficiente.

8

James

Hace más de una hora que resuenan en mis oídos los ásperos sonidos de la guitarra de Rage Against The Machine, y siento como si todo mi cuerpo estuviera en llamas. Pero no es suficiente.

Estoy delante del aparato de cargas guiadas y agarro la barra corta que está sujeta arriba con mosquetones. Ciño los codos a mi cuerpo, levanto los antebrazos y los estiro hacia abajo, así una y otra vez. El sudor me resbala desde la frente hasta la camiseta y me tiemblan los músculos del brazo, pero me da igual. Yo sigo. Llegará el momento en que alcance el punto en que esté tan hecho polvo que en mi cabeza solo se oiga un zumbido fuerte y sin significado, y los pensamientos sobre Beaufort, mi madre o Ruby se habrán acallado. Después de haber pasado por la máquina para ejercitar los brazos, me siento sobre el banco del aparato. Cojo la barra y la presiono lentamente hacia delante. Cuando la devuelvo despacio a su sitio, percibo el tirón en los músculos pectorales.

Hasta ahora no me doy cuenta de que la puerta de la sala de *fitness* se ha abierto y de que tengo a Lydia delante con los brazos cruzados. Mi hermana baja la vista hacia mí y me dice algo, pero no la puedo oír con el estruendo que suena en mis oídos. Continúo inalterable con el ejercicio. Ella se inclina sobre mí, así que no tengo más remedio que mirarla. Suavemente sus labios forman una palabra que no necesito oír para entender.

«Idiota.»

Me pregunto qué habré hecho esta vez. Desde el entierro apenas he salido de casa y no he vuelto a beber ni una gota de alcohol. Esto último me ha resultado difícil, sobre todo en los momentos en que no podía parar de dar vueltas a pensamientos negativos. Pero he aguantado; también por Lydia, cuyo cuerpo tembloroso en el entierro de mamá me hizo recordar que es mi deber como hermano ocuparme de ella. Así que no puedo explicarme por qué está delante de

mí con las mejillas enrojecidas y expresión severa. Aunque debo admitir que verla abrir y cerrar la boca con la música a todo volumen en mis oídos da como resultado una imagen muy divertida. Parece casi un *playback*.

De repente Lydia da un paso hacia delante y me quita uno de los auriculares de la oreja.

—¡James!

—¿Qué pasa? —pregunto, quitándome el otro.

Este silencio repentino tiene algo de amenazador. Últimamente necesito rodearme de ruidos para no pensar.

—Quería hablar contigo de Ruby.

Aparto las manos de las barras y cojo la toalla. Me seco con ella el rostro y me la paso por el cuello, donde se ha almacenado el sudor. Evito mirar a Lydia.

—No sé, ¿qué…?

—Venga, James.

Siento como si llevara una corbata demasiado apretada y me estuviera estrangulando. Carraspeo.

—No tengo ningunas ganas de hablar de este tema.

Lydia me observa negando con la cabeza. Las comisuras de sus labios se curvan hacia abajo y tiene los brazos cruzados sobre el pecho. En este instante me recuerda tanto a mamá que debo apartar la vista de ella. La bajo a la toalla y me seco con ella las manos, aunque ya están secas.

—Me gustaría tanto ayudaros… A los dos.

Ante esto, solo puedo soltar una risa amarga.

—No somos dos, Lydia. Y nunca lo fuimos. La cagué.

—Si le explicas… —empieza a decir Lydia, pero la interrumpo:

—No quiere escuchar mis explicaciones. Y yo tampoco puedo reprochárselo.

Lydia suspira.

—Creo que, a pesar de todo, todavía tenéis una oportunidad. Me gustaría que la aprovecharas en lugar de atrincherarte aquí y compadecerte de ti mismo.

Recuerdo el mensaje de Ruby.

«No puedo.»

Claro que no puede. Besé a otra chica, y eso es imperdonable. He perdido a Ruby para siempre. Y que ahora venga Lydia y pretenda convencerme de lo contrario me destroza. Quería desconectar y pensar en otras cosas, pero ya no es posible. Pesadamente, pero con firmeza, la rabia vuelve a invadir mi cuerpo.

Rabia por la muerte de mamá, rabia por mi padre, rabia por mí mismo y por el mundo entero.

—¿A ti qué te importa? —pregunto. Mis dedos se crispan en el tejido de rizo de la toalla.

—Me importáis los dos. No os quiero ver sufrir, joder. ¿Tan difícil es de entender?

—Ruby no quiere volver conmigo, y no tengo intención de agobiarla. Ni tú tampoco deberías hacerlo.

Me levanto y me dispongo a ir a las dos cintas de correr que están junto a la gran ventana panorámica desde la cual se ve la parte posterior de nuestra propiedad. Pero no llego muy lejos; Lydia me detiene cogiéndome del codo. Doy media vuelta y le lanzo una mirada furibunda.

—No me mires así. Ya es hora de que vuelvas a ser tú mismo —refunfuña. Luego me clava el índice en el pecho—. No puedes apartar todo y a todos de ti.

—Yo no te aparto de mí —farfullo entre dientes.

—James…

Intento invocar la máscara de inaccesibilidad que en la escuela y en las reuniones públicas con mi familia siempre ha sido mi segundo rostro. Pero quien está frente a mí es Lydia. Nunca he tenido que esconderle nada y por eso no lo consigo. Lanzo frustrado la toalla a un lado.

—¿Qué quieres que te diga, Lydia? —pregunto ya sin fuerzas.

—Que juntos resistiremos. —Traga saliva y me acaricia con suavidad el brazo—. Pero si no eres capaz de sincerarte conmigo y te retraes, no va a funcionar.

Resoplo con desdén.

—Ni que tú me lo contaras todo. Ni que fueras tú la abierta de los dos. Siempre he tenido que sonsacarte las cosas. Me enteré de tu relación con Sutton porque te pillaron. —Aparto su mano y la miro con frialdad—. Solo porque mamá haya muerto no significa que nosotros debamos conspirar contra el resto del mundo. No nos conviertas en algo que nunca fuimos, Lydia.

Se estremece y se tambalea hacia atrás. Sin dignarme a mirarla una vez más, doy media vuelta y me pongo de nuevo los auriculares mientras camino. Si mi hermana me ha dicho algo, no la he oído. Él estridente *riff* de la guitarra ahoga cualquier desagradable realidad de mi mundo.

9

Ruby

El recuerdo de James está tan presente, incluso tras una semana sin noticias suyas, que tengo la sensación de que todo ocurrió ayer. Duermo mal. Borro sus fotografías del portátil para recuperarlas un día después y pasar los dedos por la boca sonriente de James como una psicópata. Al mismo tiempo me siento como una mentirosa porque le he dicho a Lydia que no quiero volver a verlo, aunque está claro que mi cuerpo opina otra cosa.

Echo de menos a James.

Es absurdo.

Absurdo y loco.

Y me abofetearía por ello. Me ha roto el corazón, joder. Definitivamente, no debería echar de menos a alguien que hace algo así.

La Navidad viene y se va, y por primera vez en mi vida no disfruto de las vacaciones. Las películas que vemos me parecen faltas de originalidad y las canciones que escuchamos me suenan todas igual. Aunque sé que mamá y papá se esfuerzan mucho en la cocina, la comida no me sabe a nada. Y para más inri, mis parientes no dejan de preguntarme por qué estoy tan abatida y si tiene algo que ver con el chico que me regaló por mi cumpleaños ese bolso tan bonito. Llega un momento en que ya no aguanto más y me atrinchero sola en mi habitación.

Cuando Nochevieja ya está a la vuelta de la esquina, decido que no puedo seguir así ni un minuto más. Estoy harta de sentirme de este modo. Siempre he sido una persona positiva, que se alegra de los nuevos comienzos. Me niego a que James me arrebate esa actitud.

Así que salto a la ducha sin mayor vacilación, me pongo mi ropa favorita —una falda estrecha de cuadros y una blusa holgada color crema—, cojo mi nueva

agenda y bajo, firmemente decidida a comunicar a Ember y a mis padres mis propósitos para el nuevo año.

Pero cuando entro en la sala de estar, me detengo atónita.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunto sorprendida.

Ember corre sobresaltada hacia mí, al igual que Lin, que está distribuyendo por los vasos pequeñas sombrillas de colores. También Lydia interrumpe de golpe lo que está haciendo, si bien la serpentina que tiene en la mano se independiza y se desenrolla por sí sola. Contemplamos en silencio cómo acaba en el suelo hecha un pequeño y triste montón.

Entonces mi hermana se planta delante de mí.

—¿Cómo es posible que decidas salir precisamente ahora de tu concha de caracol? —me plantea alterada—. Me aprendo la hora exacta a la que sales de tu habitación y justo hoy, cuando estoy planeando una fiesta sorpresa de chicas, bajas antes. Es que… ¡Jo, Ruby!

Las miro a las tres una por una. Luego, lentamente, una sonrisa aparece en mis labios.

—¿Vamos a celebrar la Nochevieja juntas? —pregunto con cautela.

Lin me sonríe de vuelta.

—Ese era el plan.

Cuando asimilo la información, abrazo con fuerza a Ember.

—Gracias —murmuro contra su hombro—. Creo que esto es justo lo que necesito en este momento. —Y que ella lo supiera me demuestra una vez más que me conoce mejor que cualquier otra persona en el mundo.

—Pensaba que con esto podía hacerte un poco feliz —susurra mi hermana acariciándome la espalda.

Asiento. Por primera vez desde lo que ha sucedido con James siento auténtica alegría.

—Gracias —les digo también a Lin y a Lydia, y las estrecho contra mí a una después de la otra—. Estoy muy contenta.

Luego las ayudo a repartir el resto de las serpentinas y a esparcir el confeti de color dorado rojizo. Ember conecta los dos viejísimos altavoces que compramos en un mercadillo a su portátil y, mientras busca una *playlist* apropiada, me cuenta cuál es su plan para la noche. Es evidente que se lo ha currado y lo ha planificado hasta el más mínimo detalle, por lo que me echaría a sus brazos por segunda vez. Pero me retengo y en lugar de eso la escucho con atención desde el sofá.

—He pensado que primero escribiremos en un papel los acontecimientos más bonitos del año y los compartiremos. Luego veremos una película (ahora mismo decidimos cuál) y nos zamparemos esta montaña de palomitas. —Señala un cuenco enorme que está sobre la mesa de la sala de estar. Papá suele utilizarlo para la ensalada por capas que prepara para los grandes encuentros familiares. Ahora está hasta los topes de palomitas, cuyo dulce olor a mantequilla inunda toda la habitación. A mí se me hace la boca agua—. Después nos comeremos el plato principal —continúa Ember—. Papá nos ha preparado una quiche. También hay postre, y más tarde llegaremos a lo que me parece que es la parte favorita de Ruby.

Lin levanta una bolsa medio transparente en la que puedo distinguir unas libretitas y algunos rotuladores.

Ni siquiera finjo tener que pensarlo.

—Escribiremos nuestros propósitos para el año que viene —afirmo.

Ember asiente sonriendo.

—En cuanto den las doce, o bien estaremos en coma de tanto comer o bien saldremos todas a bailar.

—Una cosa o la otra, seguro —dice Lydia cogiendo un puñado de palomitas. Se mete una en la boca y una leve sonrisa aparece en sus labios—. ¿A que es un buen plan, Ruby?

—¿Bueno? Es lo mejor que he oído desde hace un montón de tiempo. Gracias, chicas.

Entonces nos ponemos cómodas por el suelo alrededor de la mesa baja de la sala de estar. Lin ha traído un par de láminas grandes de papel de las que solemos utilizar para nuestros *brainstormings* del comité de actos y que se ha llevado a hurtadillas de la escuela. Las extendemos delante de nosotras mientras de fondo suena una lista de canciones de Keaton Henson.

—De acuerdo —empieza Ember—. Uno de mis acontecimientos estelares de este año ha sido el trabajo en mi blog y haber conseguido tantos seguidores. —Lo escribe todo en su hoja de papel.

—Pues uno de los mejores para mí ha sido cuando la galería de mi madre por fin ha dejado de estar en números rojos. Por ahora nos va realmente bien, y espero que sigamos igual el año que viene —dice Lin, que no nos mira a nosotras sino al rotulador que sostiene en la mano. Estoy sorprendida de que haya compartido con nosotras algo tan privado.

Lydia y ella no se conocen demasiado, y yo podría entender que esta

situación les resultara incómoda. Sin embargo, no parece ser el caso, lo cual me alegra mucho.

—Yo estuve una vez en vuestra galería —admite de repente Lydia—. Con mi madre.

Lin la mira sorprendida.

—¿De verdad?

Lydia asiente.

—Es realmente bonita y tiene mucho estilo. Cruzo los dedos para que el año que viene os vaya todavía mejor. Sé lo difícil que puede ser empezar de cero.

Ambas intercambian una sonrisa, y luego Lydia se aclara la voz.

—En enero hice una breve excursión a los Alpes con mi madre. Estuvimos en un balneario y lo disfrutamos mucho…, las dos solas. Era algo que no hacíamos desde hacía siglos. Creo que es mi recuerdo más bonito de este año.

—Parece precioso, desde luego —comento a media voz, al tiempo que coloco la mano en su rodilla. No sé qué debo decir, pero quiero enseñarle que sé apreciar su franqueza.

—¿Y en tu caso, Ruby? —pregunta Lin.

Por un instante se me hace un vacío total en la cabeza y no se me ocurre nada que escribir en mi hoja de papel. Pero paso revista a cada uno de los meses del año y confirmo lo bonito que ha sido en general. Aunque el asunto de James me ha puesto triste, desde septiembre han pasado muchas cosas por las que debo sentirme agradecida.

Soy la directora del comité de actos, he sacado unas notas estupendas en la escuela y me convocaron en Oxford. He conocido mejor a Lin, estoy más unida a Ember e incluso me he ganado una nueva amiga. Y por primera vez en mi vida me he enamorado.

Sin importar lo mal que haya terminado la relación entre James y yo…, cuando pienso en nuestras conversaciones, en lo que hablábamos por teléfono y en nuestros recuerdos en común, no me arrepiento de nada. Al contrario, también esta experiencia se cuenta entre los acontecimientos estelares de mi año. Incluso aunque ahora todo haya concluido.

Trago con dificultad y miro el papel blanco que está frente a mí encima de la mesa.

—No sé por dónde empezar. Pero creo que la visita a Oxford fue lo más precioso. He soñado tanto tiempo con pasear por ahí, aunque sea una vez, con mi

familia… Y estar allí… Me acordaré siempre de eso —digo emocionada y esbozando una sonrisa forzada.

—Era como estar en un cuento —añade Ember.

Asiento, dibujo una pequeña burbuja y escribo: «Excursión a Oxford».

Luego parece haberse roto el hielo Nos contamos los hechos más insignificantes y raros que recordamos de este año. Por ejemplo, Lin ganó en un supermercado un ramo de flores porque fue la cliente número mil, y una anciana le dio a Lydia una libra para que se comprara algún dulce.

En un momento dado me doy cuenta de que el ambiente ha abandonado el abatimiento del principio. En cambio, nos reímos juntas y parece como si las cuatro pudiéramos pasar una eternidad así. A eso de las ocho, papá y mamá se despiden de nosotras para irse a casa de unos amigos. Veo lo aliviados que se sienten al ver que al fin he salido de mi habitación para celebrar esta noche y que la paso junto a mis amigas.

A continuación vemos la película *Mejor solteras*. Ember la quería de regalo de Navidad porque le encanta Rebel Wilson, y cuando dos horas más tarde empiezan a aparecer los créditos, comprendo por qué. Incluso Lydia se ha reído en algunas escenas, aunque daba la impresión de que ni ella misma pudiera creer que estuviera emitiendo ese sonido.

Antes de que acaben los créditos atacamos la quiche de papá.

—Qué suerte tienes, Ruby. —Lin sostiene un tenedor cargado de quiche delante de la cara y la mira detenidamente—. Tu madre trabaja en una panadería y tu padre es cocinero. Si yo fuera tú, estaría en el séptimo cielo. Echo de menos a nuestra cocinera.

—¿Teníais cocinera? —pregunta Ember abriendo los ojos como platos.

—Sí —dice Lin encogiéndose de hombros como si fuese lo más natural—. Pero luego todo cambió en casa y tuve que aprender lo básico. Las artes culinarias de mi madre también estaban un poco oxidadas, aun así me ha enseñado muchas recetas chinas estupendas que ella aprendió de su abuela. Ahora nos lo pasamos realmente bien cocinando juntas.

Doy un mordisco a la quiche y dejo que se deshaga en mi lengua.

—Lo único que sé hacer son huevos revueltos —admite Lydia pensativa—. Debe de haber sido un cambio bestial para vosotras.

Por unos instantes Lin parece sorprendida por las palabras de Lydia, pero luego sonríe un poco.

—He aprendido a no seguir mirando atrás, sino solo hacia delante. —Coloca

el tenedor en el plato vacío y apura con los dedos las últimas migajas de su plato. Luego coge una de las bolsas y la levanta—. Y eso es lo que deberíamos hacer nosotras ahora. Ya son casi las diez.

—Oh, qué bonitos —digo cuando Lin reparte los cuadernitos entre nosotras. Son sobrios y tienen una cubierta negra con unos finos detalles de color dorado, hojas de un blanco crema y dos cintas para marcar las páginas. Justo lo que más me gusta.

—Esta va a ser mi primera agenda —dice Lydia mirando primero su cuaderno y luego a nosotras algo desorientada—. ¿Qué debo hacer?

Ember apila nuestros platos vacíos y los aparta a un lado, luego coloca el portátil en medio de la mesa del salón para que todas podamos ver la pantalla.

—Es facilísimo —afirma—. Cada año, en Nochevieja, escribimos nuestros propósitos. —Abre su cuaderno y señala la primera página—. Y para ello lo primero que tenemos que hacer es ponerle título.

Buscamos letras que nos gusten en internet e intentamos copiarlas u orientarnos con ellas. La mayor parte del tiempo trabajamos en silencio, los únicos sonidos que se oyen son el roce de nuestros rotuladores sobre el papel y la música de fondo.

Pero mientras me ocupo de los últimos detalles de mi título y rodeo el número del año próximo con un gris claro, me pongo triste de repente. El año que viene, a esta hora, todo será distinto.

Dentro de siete meses (espero), tendré en el bolsillo el título de Maxton Hall College. Y luego estudiaré (espero) en Oxford. Tendré nuevos profesores y nuevos compañeros. Una habitación en una residencia, un entorno nuevo y nuevos amigos.

Una vida nueva y emocionante.

Una vida sin James Beaufort.

La idea surge de pronto y me duele más de lo que yo había creído posible, pero trato de apartarla. Cojo un rotulador y me pongo a escribir:

Propósitos:

- Conseguir el título escolar.
- Oxford.
- Mantener un estrecho contacto con mamá, papá y Ember.
- Hacer al menos una nueva amiga / un nuevo amigo.

- No darle tantas vueltas a qué pensarán los demás de mí.

Pero mientras anoto un punto después del otro, me doy cuenta de que esto no está bien. Esta lista no es lo bastante sincera, y si lo pienso con calma, sé el motivo.

El año pasado me enamoré por primera vez y me rompieron el corazón de la forma más miserable. Algo así no se borra con tanta facilidad. Todavía necesitaré mucho tiempo para asimilarlo. Y es que las penas de amor no desaparecen solo porque se anuncie un nuevo año.

Hasta ahora no quería ver a James. Tenía la esperanza de que llegaría a olvidarlo. Pero me doy cuenta de que no puedo escribir mis propósitos mientras no se haya aclarado este asunto entre nosotros. Hay demasiadas cosas que quiero decirle. Y creo que mientras no lo haya hecho, no podré empezar un nuevo año. No podré empezar si James sigue ocupando un lugar tan grande en mis pensamientos, en mi corazón y en mi vida.

—¿Ruby? —La voz de Lin resuena lejana en mis oídos.

La miro y tomo una decisión.

Pero antes de llevarla a la práctica voy a celebrar el año nuevo con mis amigas.

James

En casa, la Nochevieja suele ser un hito. En los años pasados o bien alquilábamos una villa junto a un lago o bien celebrábamos una fiesta en Londres en un local que habíamos reservado con meses de antelación. Bebíamos hasta la madrugada y nos olvidábamos de todo lo que nos rodeaba.

Este año paso la Nochevieja solo en casa.

¿Dónde está mi padre? Ni idea. Nuestros empleados tienen fiesta hoy por la tarde y Lydia está en casa de una amiga. No me ha dicho de cuál. Desde que nos peleamos hace un par de días me ignora y solo habla conmigo cuando tiene que hacerlo.

Wren ha tratado varias veces de convencerme de que salga también este año con los chicos y él, pero no he logrado animarme. Solo de imaginarme sentado en un club londinense con el champán y la música retumbándome en los oídos,

se me eriza el vello de la nuca. No puedo seguir actuando como hasta ahora. No desde que mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados estos últimos tres meses. No cuando por dentro soy totalmente distinto a como era.

Paso la noche viendo en el portátil documentales sobre animales salvajes en la sabana de Kenia y comiendo patatas fritas y kebab de una caja de cartón del servicio de reparto. A veces consigo estar distraído cinco minutos seguidos. Pero la mayor parte del tiempo pienso en Ruby.

En las últimas semanas he comprobado lo frustrante que es que no hayamos reunido suficientes recuerdos en común. No hay fotos de nosotros dos, nada que pueda evocar lo que hemos vivido juntos. Lo único que ha quedado es el bolso que le regalé por su cumpleaños. Sigue estando al lado de mi escritorio y cada día se burla de mí. No puedo contar las veces que lo he cogido y he rebuscado en él para ver si Ruby se había olvidado algo dentro. Una nota o un objeto que me indicara que realmente lo utilizó y se alegró de tenerlo.

Tengo la sensación de que mis recuerdos empiezan a desvanecerse. El roce de la piel de Ruby contra la mía, nuestras conversaciones, su risa. Estas impresiones cada vez se vuelven más borrosas e inaccesibles, incluso el día que estuvo aquí consolándome. Lo único que recuerdo con nitidez y que no deja de dar vueltas en mi mente es su expresión cuando me vio con Elaine. Nunca la olvidaré. Y tampoco olvidaré lo que, pese al alcohol y las drogas, me provocó. En ese momento y todos los días que le han seguido.

En realidad, el plan consistía en empezar el nuevo año durmiendo, pero ya es más de la una y a cada minuto estoy más despejado. Sin pensarlo dos veces decido ir de nuevo a la sala de *fitness*. Puede que una hora en la cinta de correr no solo me canse físicamente sino también calme de una vez mi mente.

Me pongo la ropa deportiva y las zapatillas de correr y cojo el iPhone, que desde esta tarde descansa en mi escritorio sin que le haga el menor caso. Los auriculares todavía están enchufados y, como siempre, antes tengo que desenredarlos. Justo cuando voy a ponérmelos, oigo que alguien avanza por el pasillo.

Debe de ser Lydia de vuelta en casa.

Abro la puerta para desearle un feliz año nuevo y me quedo de piedra.

Mi hermana no está sola en el pasillo.

Me froto los ojos porque creo estar soñando…, pero no. Cuando vuelvo a bajar la mano sigo viendo a dos personas.

Ruby está en nuestro pasillo.

Bajo el brazo lleva un hatillo azul oscuro. No he de darle demasiadas vueltas para saber de qué se trata. Es mi sudadera. La que le puse después de la fiesta de Cyril. La que no he echado de menos en mi armario porque me gustaba saber que estaba con Ruby.

Ruby habla en voz baja con mi hermana y esta asiente. Me mira un instante, pero enseguida aparta la vista y se mete en su habitación. Me encanta saber que he espantado tanto a mi hermana que ni siquiera es capaz de desearme feliz año nuevo.

—¿Podemos hablar? —pregunta Ruby.

Estoy consternado. Hace tanto tiempo que no la veo ni la oigo…, y ahora está a apenas tres metros de mí. Mi corazón se desboca por su cercanía, me encantaría cubrir la distancia que nos separa y estrecharla entre mis brazos. Pero me limito a asentir, doy media vuelta y regreso a mi cuarto. Ruby me sigue dubitativa. Enciendo la luz y suspiro. El interior ha vivido tiempos mejores. En medio del suelo está el pantalón de pijama a cuadros que acabo de quitarme, por todas partes hay revistas diseminadas, la cama está sin hacer y es posible que huela a grasientos platos precocinados.

Además, la bolsa de Ruby está completamente a la vista sobre mi escritorio.

Ruby echa un vistazo a su alrededor y parece indecisa. Al final se sienta en el sofá más pequeño. Tiene la sudadera en el regazo.

¿Por qué de repente hace tanto calor en la habitación? Creo que necesito con urgencia un trago de agua.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto.

—No, gracias.

Me sirvo agua, pero cuando voy a levantar el vaso noto que me tiembla la mano, así que lo dejo sobre el escritorio y dirijo la vista hacia Ruby.

No dice nada.

—¿Habéis pasado una buena noche? —suelto al cabo de unos minutos, intentando desesperadamente romper el silencio que flota entre nosotros.

Ruby levanta las cejas.

—Sí —se limita a contestar.

Nada más.

Nunca me había sido tan difícil elegir las palabras adecuadas como en este momento. Es como si me hubiese olvidado de construir frases sensatas. Después de tanto pensar en todo lo que me gustaría contarle a Ruby, ahora en mi cabeza solo hay un agujero negro que se va agrandando cada vez más mientras

seguimos los dos sentados uno frente al otro, callados. Lo único que puedo hacer es mirar a Ruby. El deseo de sentarme a su lado es abrumador, pero lucho contra él y acerco la silla del escritorio al sofá, de modo que me sitúo frente a ella para que podamos vernos bien.

—Hemos escrito nuestros propósitos para este año —dice Ruby en un momento dado.

Espero a que siga hablando.

—Al hacerlo me he dado cuenta de que hay entre nosotros muchas cosas sin resolver. Así no puedo empezar el nuevo año con una buena sensación.

Se me acelera el pulso. No estaba preparado para esto. Tengo que aclararme la garganta.

—De acuerdo.

Ruby mira la sudadera sobre su regazo. Acaricia el tejido con la mano, un gesto ensimismado. Entonces la coge y la coloca sobre la mesita redonda que hay entre nosotros.

Levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Reconozco todas las emociones que aparecen en sus ojos: tristeza, dolor. Y una chispa de indignación que crece cada vez que me ve.

—Estoy tan increíblemente decepcionada contigo, James —musita de repente.

Se me encoge el pecho de dolor.

—Lo sé —susurro.

Niego con la cabeza.

—No, no sabes lo que se siente. Me has destrozado el jodido corazón. Y te odio por ello.

—Lo sé —repito con la voz apagada.

Ruby inspira hondo.

—Pero también te quiero, y eso lo dificulta todo mucho más.

—Yo… —Al cabo de unos segundos me doy cuenta de lo que acaba de decir. Me la quedo mirando, mudo.

Pero Ruby sigue hablando como si no hubiese dicho nada importante.

—No creo que lo nuestro hubiese funcionado nunca. Fue bonito, aunque pasamos muy poco tiempo juntos, pero ahora tengo que…

—¿Me quieres? —murmuro.

Ruby se estremece. Luego se yergue en su sitio.

—Eso no cambia nada. El modo en que me has tratado… Has besado a otra

el día después de que nos acostáramos.

—Lo siento mucho, Ruby —insisto, pero sé que no bastan las palabras.

—Y tampoco cambia mi propósito de empezar el año sin ti —continúa.

El dolor que me causa esta frase me impide respirar. Conozco a Ruby. Cuando se ha puesto una meta la persigue, y no deja que nadie la desvíe de su camino. Ha venido para poner punto final.

—Nunca más volverá a suceder… Nunca más volveré a hacer algo semejante —digo entre sollozos.

—Espero que sea así con tu próxima novia.

Noto que el pánico se apodera de mí.

—¡No habrá otra, joder!

Niega con la cabeza.

—De todos modos, lo nuestro nunca habría ido bien, James. Seamos sinceros.

—¿Por qué dices esto? —Me tiembla la voz de desesperación—. Claro que habría ido bien.

Ruby se levanta y se alisa varias veces con las manos la falda de cuadros.

—Tengo que regresar a casa, mis padres me esperan. —Va hacia la puerta, y saber que no puedo retenerla casi me mata.

La miro, incapaz de moverme. Este momento parece una despedida definitiva, y no estoy preparado.

—Necesito una ruptura clara. ¿Puedes comprenderlo? —pregunta, y con la mano en el pomo de la puerta me lanza una mirada por encima del hombro.

Asiento, pese a que todo mi cuerpo grita lo contrario.

—Sí, lo comprendo.

Ruby ya me ha dado tantas oportunidades… Sé que no tengo derecho a pedir otra más.

—Te… te deseo un feliz año nuevo, James. —En los ojos de Ruby se refleja el mismo dolor que paraliza mi cuerpo.

—Ruby, por favor… —consigo decir.

Pero ella abre la puerta y sale.

10

Lydia

El lunes después de las vacaciones de Navidad, James y yo debemos regresar a la escuela. Papá dice que, tras casi un mes, ha llegado el momento de volver a lo cotidiano. Pero nuestra situación en casa no tiene nada de cotidiano. Sin mamá, que antes trazaba un puente entre nosotros, las cenas con papá son una auténtica tortura. Y además la atmósfera entre James y yo sigue siendo tensa. Apenas hablamos y la mayor parte del tiempo tratamos de evitarnos. A pesar de que él suele ser la persona en cuya compañía mejor me siento.

Ahora miramos los dos por la ventanilla del coche, en silencio, mientras Percy nos lleva a la escuela. Volver allí se me antoja como una colosal pérdida de tiempo. A fin de cuentas, ahora ya sé que no voy a estudiar, aunque pueda aprobar los exámenes finales. ¿Qué sentido tiene?

Después de que Percy haya frenado delante de la entrada de Maxton Hall, baja la mampara y se vuelve hacia nosotros.

—¿Todo bien?

Asiento sin pronunciar palabra e intento sonreír. Me pregunto a veces si aún tengo el mismo aspecto que antes. Antes de que todo esto sucediera.

—Si pasa cualquier cosa —dice Percy con su voz profunda y tranquila—, estoy disponible. Y si aparecen periodistas, diríjanse al director. Está al corriente y se ocupará de que nadie los moleste.

Sus advertencias suenan casi como si se las hubiese aprendido de memoria.

Hace tiempo que tengo la sospecha de que Percy todavía no ha asimilado, como quiere hacernos creer, lo de mamá. Al fin y al cabo la conocía desde hace más de veinte años. Solo bromea muy de vez en cuando y, a veces, cuando no se siente observado, se lo ve tan triste y perdido que hasta a mí se me encoge el corazón.

—Entendido —digo, y lo saludo llevándome dos dedos a la frente.

Percy me regala al menos una sonrisa cansina antes de dirigirse a James.

—Cuide de su hermana, señor Beaufort.

James parpadea y echa un vistazo a su alrededor. Su rostro se petrifica al instante, cuando se da cuenta de que ya estamos delante de la escuela. Sin decir nada, coge su bolsa y abre la puerta. Arrojo a Percy una mirada de disculpa antes de seguir a James y salir del coche. Ya casi ha cruzado la mitad del aparcamiento cuando lo alcanzo. Cyril, Alistair, Kesh y Wren esperan en la escalera de la entrada principal.

—¡Beaufort! —Wren le tiende el puño y esboza una amplia sonrisa—. Ya era hora de que te dejaras ver por aquí.

James sube ligeramente una comisura de la boca y choca el puño contra el de Wren.

—Sin ti esto no es lo mismo —añade Kesh, cogiendo la cara de James con las dos manos. Le da un cachete amistoso en la mejilla.

Mientras, Cyril se acerca a mí y me abraza.

—Lydia —murmura en mi cabello.

Yo trago con dificultad. Su olor me resulta tan familiar que me gustaría pasar el resto del día así, con él. Pero como no es una opción, me aparto con cuidado de él.

—Buenos días —digo cansada.

Los ojos azul hielo de Cyril contemplan inquisitivos todo mi rostro. A continuación me rodea los hombros con un brazo, subimos la escalera junto con los demás y cruzamos la maciza puerta doble de Maxton Hall.

Nuestros amigos han construido una extraña formación a nuestro alrededor, seguramente para protegernos de las preguntas de los compañeros, pero no es necesario. Nadie va a hablarnos. James me lanza una mirada por encima del hombro y reaccionamos los dos del mismo modo. Nos erguimos y avanzamos por los pasillos de la escuela, tal como hemos hecho siempre.

La asamblea se dilata como de costumbre, y en un momento dado me duele la nuca del esfuerzo de estar mirando todo el rato hacia delante. Estamos sentados en la última fila y no pasa ni un minuto sin que alguien se vuelva hacia nosotros y empiece a cuchichear con la persona que tiene al lado. Los ignoro a todos. Solo cuando Lexington da la reunión por terminada y salimos del Boyd Hall puedo respirar aliviada.

—¿Habéis oído? —pregunta Alistair cuando subimos la escalera del edificio principal—. George ha destrozado su coche un día después de cumplir los

dieciocho años.

—¿Qué George? —pregunto.

—Evans —responden Wren y Alistair al unísono—. Ya sabes, el capitán del equipo de fútbol.

—Ah, ¿le ha pasado algo a él?

—Solo un rasguño en la frente. El muy idiota tiene más suerte que mollera.

—Oh, y Jessalyn se enrolló con Henry en la fiesta de Cyril. Por lo visto él se quedó dormido mientras tanto —sigue informando Wren.

—Entonces el sexo no fue especialmente impresionante —opina James con sequedad.

Todos lo miran sorprendidos. Acaba de hablar como es habitual, aburrido, con una pizca de arrogancia en la voz. Casi como el viejo James.

—Bueno, para ser sinceros —rompe Cyril el silencio—, yo también estuve a punto de dormirme una vez.

—Cyril. —Hago un gesto de desagrado. En el pasado me había ido a la cama con él más de una vez, pero prefiero no pensar en ello—. Demasiada información.

—Espero por ti que estuvieras borracho —dice James.

Cyril sonríe.

—No solo eso.

—Chicos, estamos en la escuela. ¿Podríamos mantener una conversación un poco más apta para todos los públicos? —sugiero.

Alistair se vuelve hacia mí con las cejas levantadas. Se aparta con un gesto los rizos dorados de la frente y retrocede un par de pasos.

—¿Lydia Beaufort apta para todos los públicos? Pero si tú eres peor que todos nosotros juntos.

—Bueno, yo no diría que sea peor que James —reflexiona Kesh en voz alta.

—O que yo. —Wren mueve las cejas arriba y abajo.

—Vosotros os repartís el segundo puesto en la lista. —Alistair le da un codazo en el costado y Wren se echa a reír.

Niego con la cabeza sonriendo. Me encanta que los chicos se comporten con toda naturalidad. Esto casi me da la sensación de que no ha cambiado nada. Además, distrae mis pensamientos, que es justo lo que necesito ahora. Los lunes, mi primera clase de este trimestre es con Graham, y pensar en cómo será el reencuentro me pone nerviosa. Desde la horrible conversación telefónica que mantuvimos poco después de la muerte de mamá, no he vuelto a hablar con él.

Había esperado que con el paso del tiempo fuera dejando de echarlo tanto de menos, pero sucede lo contrario. Cada día me duele más, y el único consuelo de estas últimas semanas ha sido que no tenía que verlo. Pero ahora ese respiro ya se ha terminado.

Antes de despedirnos delante del aula, James me observa con atención. Sigue resultándome complicado evaluar lo que piensa, pero no se me escapa la chispa de preocupación que hay en sus ojos. Pese a que hace días que no hablamos, sabe lo mucho que temo el momento de volver a ver a Graham.

—Vete —digo con la voz débil.

James se queda mirándome un poco más, y luego asiente.

—Llámame si necesitas algo —murmura Cyril, y me vuelve a abrazar—. Nos vemos en el descanso del mediodía.

Cierro los ojos y me permito por un par de segundos disfrutar de la sensación de que me abracen y de no estar sola. Se aparta y da un paso a un lado.

Y entonces veo a Graham.

Está justo detrás de los chicos, que impiden el paso al aula. Tiene el cabello un poco ondulado y algo más largo de como yo lo recordaba. Lleva una camisa a cuadros debajo del cárdigan y un montón enorme de papeles en las manos. Mira por el resquicio que dejan la cabeza de Cyril y la de James y sus ojos, de ese castaño dorado que antes me fascinaba, se posan directamente en mí.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. El momento parece haberse congelado y no me atrevo a moverme por temor a perder el control. Pero de repente Graham aparta la vista de mí y la dirige a Cyril. Nunca antes había visto una expresión así en su rostro. Una mezcla de alivio y frialdad que no entiendo y no puedo clasificar.

—Vamos —dice James, que ha estado observándonos a Graham y a mí. Señala con la barbilla el pasillo en el que él y los otros tienen clase en breve. Los chicos levantan la mano para despedirse y se van.

Ahora estoy sola con Graham en el pasillo. Mueve las hojas que sostiene como si quisiera ordenarlas, aunque el montón no podría estar mejor dispuesto. Nuestras miradas vuelven a encontrarse.

—Lydia… —dice ronco, y parece tan triste que se me encoge el corazón.

Niego con la cabeza.

—No.

A continuación, doy media vuelta, entro en el aula y me siento en mi sitio. Los siguientes noventa minutos fijo la vista en las vetas de la mesa de madera

para evitar mirar hacia delante.

James

El día en la escuela parece que no quiere terminar. Si no tuviera que ocuparme de Lydia, ya hace rato que me habría ido. La clase transcurre a paso de caracol y lo que explica el profesor ahí delante no podría importarme menos. En los descansos los compañeros me dan uno a uno el pésame, lo cual seguramente es algo bienintencionado, pero, llegado un momento, me harta tanto que le digo al pobre Roger Cree que cierre el pico y me deje en paz. Luego corre la noticia de que es mejor no acercarse demasiado a mí.

Pero el punto más bajo del día llega al principio del primer bloque, cuando me encuentro con Ruby en el pasillo. Nos detenemos los dos, ella a un lado y yo al otro, y nos miramos.

«Te odio por ello. Pero también te quiero, y eso lo dificulta todo mucho más.» Recuerdo de nuevo sus palabras.

Ella es la primera en apartar la vista. Sin decir una palabra, pasa por mi lado y desaparece en su aula. El encuentro no dura más de diez segundos, pero a mí se me hace eterno.

A partir de ese momento solo puedo pensar en Ruby y en lo que me dijo en Nochevieja.

Me quiere.

Me quiere, joder.

Es como si se abriera una herida en mi pecho que no quiere cerrarse, así de sencillo. Deseo respetar su decisión, pero verla y saber que la he perdido me destroza.

Al acabar las clases salgo lo más deprisa posible del edificio. Me precipito hacia el exterior con las manos en los bolsillos y la mirada hacia el frente.

Percy me abre la puerta del coche y yo musito un «gracias» al subir.

Lydia ya está allí, y su aspecto plasma el modo en que yo me siento.

Me dejo caer hacia atrás, cierro los ojos y reposo la cabeza contra el respaldo.

—Ha sido agotador, ¿verdad? —oigo decir a Lydia en voz baja.

Odio esa prudencia en su voz. Como si tuviera miedo de hablar conmigo. Sé que es culpa mía, pero al mismo tiempo me doy cuenta de lo mal que está el hecho de que mi propia hermana ya no se atreva a hablar conmigo. Dirijo la vista al minibar. He estado mucho tiempo sin probar un trago, pero justo ahora, después de este día horrible, siento la necesidad de aturdirme, da igual cómo.

Sin responder a Lydia, me inclino hacia delante y abro la portezuela. Pero antes de alcanzar la botella de vidrio con el líquido marrón, Lydia me coge de la muñeca.

—No irás a emborracharte solo porque has tenido un día de mierda —dice con una calma forzada.

Tiene razón, lo sé. A pesar de todo, no le hago caso y trato de desprenderme de su mano, suavemente pero con determinación, aunque en vano. Me ha agarrado con fuerza. Me suelto de un tirón. Lydia resbala hacia delante y se le cae la bolsa.

—Qué idiota —refunfuña, y enseguida empieza a recoger sus cosas, que se han esparcido por todas partes.

Me agacho suspirando y la ayudo.

—Lo siento. No era mi intención.

Mientras Lydia reúne inquieta y con los labios apretados todos sus trastos, encuentro un par de rotuladores y se los tiendo. Los coge sin mirarme. A continuación recojo su agenda, un par de tampones y un frasco de plástico blanco y redondo que parece un paquete de chicles. La tapa se ha soltado y voy a enroscarla cuando mi mirada se posa en lo que hay escrito.

«Vitaminas prenatales: DHA, omega-3, colina y vitamina D. Con sabor a limón, frambuesa y naranja.»

Justo al lado de la inscripción está representada la silueta de una mujer con las manos en el vientre redondeado.

Siento como si Percy hubiera pasado por un bache, pero todavía no hemos salido del aparcamiento. La sangre se acumula en mis oídos.

—¿Qué es esto? —digo casi sin voz y miro a mi hermana, al frasco y de nuevo a mi hermana.

El color desaparece de las mejillas de Lydia, que me observa con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué es esto, Lydia? —insisto ahora en un tono más imperioso.

—Yo… —Lydia solo mueve la cabeza.

Leo la etiqueta de nuevo y luego una vez más. Entiendo las palabras, pero no

su significado. Vuelvo a mirar a Lydia y abro la boca para repetir la misma pregunta, entonces…

—No son mías —replica.

Exhalo bruscamente.

—Entonces ¿de quién son?

Aprieta ahora los labios hasta que adquieren un color blanco. Sacude la cabeza; por su expresión, está sufriendo un inmenso *shock*. No quiero presionarla en absoluto, pero ha de saber que puede confiar en mí.

—Da igual lo que haya ocurrido, sabes que puedes contármelo todo, Lydia. Estoy a tu lado —le digo con vehemencia.

Sus ojos se anegan de lágrimas. Se tapa la cara con las manos y rompe a llorar. Sé la verdad sin que Lydia tenga que confesarla. Percibo en lo más hondo de mi ser cómo germinan a un mismo tiempo el susto, el miedo, el pánico, pero los contengo e inspiro profundamente.

Luego me vuelvo a sentar cerca de Lydia.

—Son tuyas, ¿verdad? —murmuro.

Le tiemblan tanto los hombros que casi no puedo entender su balbuceante «sí». Y entonces hago lo que en una situación así me parece más sensato: la abrazo y la estrecho con fuerza contra mí.

11

James

Lydia está sentada sobre su cama, toqueteando el almohadón que tiene en el regazo. Intento por enésima vez mirar de refilón, lo más discretamente posible, su vientre. Después de pasear arriba y abajo por la habitación durante media hora, intentando calmar mi pulso, me siento en uno de los sillones.

Ahora estoy seleccionando las palabras correctas, pero en mi cabeza los pensamientos se amontonan y no consigo ni pronunciar una sola frase.

«¿Cómo ha ocurrido?»

«¿Se puede saber cómo demonios vamos a ocuparnos de un bebé?»

«¿Cómo vamos a conseguir que papá no se entere?»

«¿Se puede estudiar en Oxford cuando se tiene un bebé?»

—No quería que te enteraras así.

Levanto la vista. Es evidente que Lydia está tensa. Tiene las mejillas enrojecidas y la espalda erguida como una tabla.

—Yo… yo no sé qué decir.

Me siento tan estúpido… Y a la vez me doy cuenta de lo egoísta que he sido estas últimas semanas. He lamentado mi propio destino, mi pérdida, mi mala conciencia, mi corazón roto. Todo este tiempo mi hermana sabía que estaba embarazada y creía que no podía contármelo. Claro que hay cosas que pasamos de compartir, pero no algo así. No algo tan desmesuradamente grande y que te cambia la vida por completo.

—No tienes que decir nada —susurra Lydia.

Niego con la cabeza.

—Lo sient…

—No —me interrumpe—. No quiero compasión, James. De ti, no.

Clavo los dedos en los brazos del sillón para no levantarme de un salto y empezar a deambular de nuevo por la habitación. La tela cruje bajo mis

implacables garras.

La brecha que se abrió entre Lydia y yo cuando le solté todas esas cosas imperdonables me parece insalvable. Me siento inseguro, y no sé qué puedo preguntarle y qué no. Y a ello se añade que soy un completo ignorante en tema de embarazos.

Cierro los ojos y me froto el rostro con las dos manos. Siento las extremidades pesadas, como si en las últimas horas hubiese envejecido y ya no tuviese dieciocho años sino ochenta.

Me aclaro la voz.

—¿Cómo lo has sabido?

Lydia levanta la vista sorprendida. Duda unos momentos, luego empieza a explicármelo:

—No suelo tener…, bueno…, un periodo regular, por eso al principio no sospeché nada cuando tuve unas faltas. Pero al cabo de un tiempo empecé a desconfiar porque me sentía rara. En general. —Se encoge de hombros—. Así que me compré un test de embarazo. Estábamos en Londres. Lo hice en el baño de un restaurante y casi me desmayo cuando dio positivo.

La miro sacudiendo la cabeza.

—¿Cuándo fue eso?

—En noviembre.

Trago saliva. Hace dos meses. Lydia lleva guardando este secreto dos meses, es posible que con mucho miedo y creyendo que está sola. Si esta revelación ya me ha trastornado a mí, ¿cómo se habrá sentido ella en las últimas semanas? Y además hay que sumarle todo lo que ha sucedido.

De repente lo único que deseo es superar la distancia que hay entre nosotros.

—No puedo imaginarme lo que debe de haber sido esto para ti.

—Nunca… nunca me había sentido tan sola. Ni siquiera después de lo de Gregg. Nunca habría pensado que con Graham sería todavía peor.

—¿Lo sabe? —pregunto con cautela.

—No.

Es evidente que Lydia se esfuerza para no desmoronarse, pero noto su abatimiento. Supongo que estos últimos dos meses no habrá hecho otra cosa que controlarse, esforzarse por guardar su secreto y por no mostrarle a nadie sus auténticos sentimientos. Me odio por haberla dejado en la estacada. En lugar de apoyarla, solo he pensado en mí mismo.

Pero ahora se acabó. No me hago ni la más remota idea de lo que se le viene

encima a Lydia en los próximos meses, pero en este instante tengo totalmente claro que no va a enfrentarse a ello sola.

Tomo una profunda bocanada de aire y me levanto.

Cuando me siento junto a ella en la cama, lo aparto todo a un lado: la pena, el dolor, la rabia que he sentido. Le cojo la mano con suavidad.

—No estás sola —le aseguro.

Lydia traga saliva.

—Lo dices por decir. Y la próxima vez que te enfades conmigo o con el mundo volverás a soltarme cosas horribles. —Las lágrimas resbalan por sus mejillas y le tiembla el cuerpo cuando se esfuerza por reprimir un sollozo. Verla así me destroza.

—Lo digo en serio, Lydia. Estaré a tu lado. —Inspiro hondo—. Ya no soy la persona que era después de que papá nos contara lo que ocurrió. No quiero serlo. Fue simplemente… Fue demasiado para mí. No fui lo bastante fuerte y lo lamento.

—Me estás estrujando la mano —musita Lydia.

Por un momento me siento desconcertado. Pero cuando sigo la vista de Lydia, caigo en la cuenta y enseguida la suelto.

—También lo siento por esto. —Le dirijo una sonrisa de disculpa.

—Ay, James. —De repente Lydia se inclina y apoya la cabeza sobre mi hombro. Suspiro aliviado—. Me hiciste mucho daño con tus palabras.

Le acaricio la nuca con suavidad.

Antes solíamos quedarnos así sentados. Cuando teníamos cinco años, Lydia se metía conmigo en la cama cuando tronaba y caían rayos, y también cuando cumplimos diez años y papá nos riñó a gritos porque no habíamos sacado buenas notas, e incluso a los quince, después de lo de Gregg, algunas noches llamaba a mi puerta y sin decir palabra se acostaba conmigo. Yo siempre le acariciaba la cabeza y le aseguraba que todo saldría bien, a pesar de que ni yo mismo estaba convencido de ello.

Me pregunto si ella también se acordará de esos momentos o si es una parte de nuestro pasado que ha silenciado. Los Beaufort somos muy buenos en eso de silenciar.

—Lo que dije era mentira. Tú eres la persona más importante de mi vida.

Lydia se queda helada y con cada segundo que pasa sin que ella reaccione, más desnudo me siento. Busco desesperado algo que añadir para suavizar la

tensión, pero no se me ocurre nada. Así que me decido, sin pensarlo dos veces, por plantear una pregunta que hace rato que me ronda la cabeza.

—¿Ya has ido al médico? No sé cómo evoluciona todo esto. ¿Está todo bien? ¿Y para qué son esas vitaminas? ¿Significa que tienes alguna carencia o algo parecido?

Me percato de que el cuerpo de mi hermana va desprendiéndose paulatinamente de su rigidez. Respira hondo y vuelve la cabeza hacia mí para mirarme de reojo. Yo también la miro. En el momento en que una ligera sonrisa empieza a dibujarse en su rostro, sé que lo hemos conseguido. Hemos salvado la brecha.

—Me dieron la vitamina justo en la primera revisión, creo que se la dan a todas las embarazadas al principio. Y en la última revisión todo estaba en orden. —Titubea—. Solo hubo una pequeña sorpresa.

Alzo una ceja.

—¿Otra más?

—Son gemelos.

Me quedo mirándola sin dar crédito.

—Estás de broma.

Niega con la cabeza y saca el móvil. Abre la galería y me enseña la imagen en la que sobre un fondo oscuro se distingue la iluminada silueta de un cuerpecito. Luego busca la siguiente imagen. En realidad es igual que la anterior, salvo que justo al lado de la primera silueta se reconoce claramente una segunda.

Algo da un vuelco en mi estómago y de repente me siento muy raro. Al mismo tiempo suelto una risa incrédula.

—Es demasiado fuerte para ser verdad.

Lydia sonríe.

—Yo también me eché a reír al principio, porque no me cabía en la cabeza. Bueno, aunque… me eché a reír y a llorar al mismo tiempo. Ruby debió de pensar que sufría un ataque de nervios.

Al oír el nombre de Ruby me enderezo automáticamente.

—¿Ruby estuvo contigo en el médico?

Lydia evita mi mirada y se queda con la vista fija en el móvil que sostiene en la mano.

—Sí. Ya hace tiempo que lo sabe.

Me froto la barbilla con la mano. De pronto tengo la garganta seca.

—Le pedí que no se lo dijera a nadie. Por favor, no te enfades con ella.

No puedo hacer otra cosa que sacudir la cabeza. Luego me dejo caer hacia atrás y cruzo los brazos delante de la cara.

Ruby lo sabía.

Ruby apoyó a mi hermana. Después de todo lo que le he hecho, no ha abandonado a Lydia. A diferencia de mí.

No puedo respirar.

—¿James? —susurra Lydia.

Me tiemblan los brazos, pero no consigo bajarlos. Me avergüenzo tanto… De todo. Todos los errores que he cometido como novio y como hermano se me caen encima como una piedra de diez mil toneladas de peso que no puedo aguantar.

Mi hermana me aparta los brazos y me observa preocupada. La expresión que se dibuja en su rostro es comprensiva. A continuación se tumba a mi lado y nos quedamos mirando la araña que cuelga en medio de su habitación.

—Lydia —murmuro rompiendo el silencio—. Lo he fastidiado todo.

Lydia

Nunca había visto así a mi hermano.

Aunque sabía que lo de Ruby lo había afectado, no tenía ni idea de que sufriera tanto.

Ahora que se ha quitado su máscara reconozco la vergüenza en sus ojos, pero también la profunda tristeza y el dolor que le causa la separación de Ruby. Es la primera vez que me muestra abiertamente cómo está.

Siento el intenso deseo de poder hacer alguna cosa por él y por Ruby. Es evidente que ambos todavía se quieren y que esta situación los hace sufrir.

—¿Por qué no has hecho nada aún para mostrarle lo mal que estás? —pregunto al cabo de un rato con cautela.

James vuelve la cabeza hacia mí.

—He intentado disculparme —contesta con la voz velada—. Dice que no puede perdonarme.

Nos mantenemos en silencio un momento.

—La entiendo —admito, y James se estremece de forma casi imperceptible —. Pero al mismo tiempo…, no sé. Me gustaría tanto que los dos superarais esto…

—Ruby no quiere y yo debo respetarlo. —Parece tan resignado cuando lo dice que de golpe me dan ganas de zarandearlo.

—¿Desde cuándo te rindes tan fácilmente?

James resopla.

—¿Qué?

—No me he rendido «tan fácilmente». Pienso en ella sin cesar y estoy seguro de que, joder, nunca más volveré a amar a alguien. Pero si ella ya no me quiere, entonces…

Cojo uno de los cuadernos de esbozos de la mesilla de noche y golpeo con él a James.

Se sienta de repente.

—¡Ay! ¿A qué viene esto?

Yo también me siento e ignoro los puntos negros que al hacerlo aparecen delante de mis ojos.

—¡Tienes que hacérselo ver también a ella, James! Muéstrale lo importante que es para ti y lo arrepentido que estás.

—Tú no viste cómo me miró en Nochevieja. Ni sabes lo que dijo… —Niega con la cabeza—. Está totalmente decidida a empezar este año sin mí. De ahí que no pueda volver a agobiarla con lo que siento por ella. Según ella, no tenemos nada en común y lo nuestro nunca habría funcionado.

—No tienes que dirigirte a ella y acosarla confesándole tu amor sin parar. Pero hasta que no sepa lo mucho que lamentas lo que has hecho no podrá perdonarte.

Veo que en su mente algo empieza a ponerse en marcha, y añado algo más:

—Has de demostrárselo. No con meras palabras, sino con tu actitud. Si ella dice que no tenéis nada en común, convéncela de lo contrario.

Traga con dificultad y respira pesadamente. Está luchando consigo mismo, lo veo con toda claridad.

Recuerdo nuestro viaje de regreso de Oxford. La mañana antes de que todo cambiase. Qué feliz parecía James… Además, irradiaba una paz interior que nunca había visto en él. Como si fuese la primera vez que estaba en armonía consigo mismo, como si hubiese desaparecido ese peso invisible que siempre parece llevar a cuestas. Deseo que vuelva a ese estado.

A pesar de todo, hay una cosa que debe saber.

—James —digo, y espero paciente a que me mire—. Como vuelvas a besar a alguien que no sea Ruby, yo misma te cortaré la lengua.

Él parpadea sorprendido. Luego mueve despacio la cabeza.

—No sé cómo no me he dado cuenta antes de que pasas mucho tiempo con Ruby.

Por un instante siento la tentación de sonreír, pero me contengo.

—Lo digo en serio. De verdad que me gustaría que los dos lo arreglaseis.

James exhala sonoramente.

—A mí también me gustaría. Más que cualquier otra cosa.

—Entonces lucha por ella, joder.

Durante un buen rato se queda callado, quieto, curiosamente concentrado en el techo de la habitación. Me gustaría leer su mente y saber qué está pensando en este momento.

—Lo haré —dice a media voz.

Le pongo la mano en el hombro y le doy un leve apretón.

—Bien.

Una de las comisuras de sus labios se levanta ligeramente. Es un gesto tan diminuto que es posible que cualquier otra persona no lo hubiera percibido.

—Pero primero necesito un plan.

12

Ruby

—Me pregunto si Beaufort ha llorado. —Esto es lo primero que oigo el miércoles por la tarde cuando entro en la sala de trabajo de la biblioteca.

La reunión del comité de actos empieza en media hora y quería aprovechar el tiempo para pedir prestado un libro que desde hace meses está en mi lista de lecturas de Oxford. Pero me arrepiento de haber tomado esta decisión cuando oigo una fuerte risita.

—Bueno, conmigo podría desahogarse llorando siempre que quisiera.

Me pongo de puntillas para echar un vistazo por encima de la hilera de libros, a través del espacio libre de la estantería. Veo a dos chicas que están sentadas a una de las mesas de trabajo, con las cabezas juntas sobre un libro. Es evidente que no están estudiando. Ni siquiera se esfuerzan por hablar en voz baja.

—Por lo visto está superabierto a quien se ofrezca a consolarlo. —La primera chica hace una mueca cargada de significado.

—Desde que ha heredado las acciones de la empresa está todavía más bueno. —La otra suspira—. Puede que pruebe suerte.

Me invade la cólera. Sin contar con que están en una biblioteca y me da asco la forma irrespetuosa en que hablan de James, me enfurece no poder ir a ningún sitio en esta escuela en el que no oiga su nombre.

Ya de camino he pasado junto a tres grupos que hablaban de él, y lo mismo me ha ocurrido durante toda la semana.

Y sin embargo hay un montón de chismes de los que mis compañeros también podrían ocuparse con el mismo tesón. Sorprendieron a Alistair en los baños de hombres montándoselo con uno…, y el tipo ni siquiera va a nuestra escuela. Y Jessalyn está saliendo, efectivamente, con el chico que se durmió encima de ella la primera noche que pasaron juntos. Aún sigo sin saber si debo

creerme esto último, sobre todo cuando veo la resplandeciente sonrisa que desde entonces exhibe constantemente. También se dice que, tras la muerte de su madre, Lydia se arrojó a los brazos de Cyril y que hay algo más que amistad entre ellos. Sin contar con el hecho de que Lydia está ahora ocupada con temas más importantes, dudo mucho de que eso sea cierto. No obstante, cuando el rumor se extiende por la clase de Biología y me vuelvo hacia Cyril, este cruza los brazos detrás de la cabeza con una sonrisa de satisfacción, así que por unos breves instantes ya no sé qué pensar.

Pero es de James de quien más habla la gente. A todas horas y por todas partes.

«¿Has visto las fotos de James Beaufort?»

«El pobre…»

«¿Todavía hay algo entre él y esa tal Ruby?»

No hay ocasión en que no se me forme un nudo en la garganta y sienta un pinchazo en el corazón. Me pregunto cómo voy a olvidarlo si su nombre está en boca de todos y ni siquiera puedo desconectar en la biblioteca.

Saco de un tirón el libro y doy la vuelta a la estantería hacia la zona de trabajo.

Las chicas se sobresaltan al percatarse de que no están solas. Mientras me acerco a ellas, reflexiono sobre si debo decirles algo, pero no voy a gastar energía en eso. Les lanzo una mirada de desprecio y paso de largo en dirección a nuestra sala de grupo.

Una vez que llego allí, entro lo más deprisa posible y apoyo la espalda en la puerta. Cierro los ojos, dejo caer la cabeza contra la puerta e intento inspirar y espirar tranquilamente durante unos segundos.

—Ey.

Abro los ojos.

James está sentado al otro lado de la sala. En la silla que siempre había ocupado durante el trimestre pasado, cuando el director Lexington lo obligó a participar en el comité de actos.

Parece cambiado. Tiene bastantes ojeras y distingo una ligera sombra en su barbilla, señal de que no se ha afeitado. Lleva el pelo más alborotado que de costumbre, probablemente porque le ha crecido.

Me pregunto si él también me verá distinta.

Pasan los segundos y ninguno de nosotros se mueve. No sé cómo comportarme en su presencia. Entre las horas de clase, en el pasillo, me he

limitado a ignorarlo, pero ahora somos los únicos en esta estancia.

—¿Qué haces aquí?

Tengo la voz ronca. Y sin embargo no quiero dar la impresión de que todavía ejerce alguna influencia sobre mí. Al contrario, debo hacer que piense que no me afecta para nada estar con él en una misma habitación.

—Leer. —Levanta un libro…, no, un manga. Leo el título con el ceño fruncido, aunque ya conozco la imagen de la cubierta.

James está leyendo *Death Note*. El tercer volumen.

Una vez le dije que era mi serie favorita.

Lo miro desconcertada.

—Enseguida tendremos la reunión, así que si te buscas un lugar mejor para leer… —Me separo de la puerta y me voy a mi sitio como si no estuviera notando en los oídos las pulsaciones de mi corazón.

Saco las cosas con lentitud y las distribuyo por encima de la mesa, voy a la pizarra y escribo la fecha en el extremo superior derecho. Me gustaría tener alguna otra cosa que hacer, pero tanto el portátil como las notas del orden del día están en el interior de la bolsa de Lin. Así que me siento y hago como si estuviera leyendo, concentrada en un apunte de mi agenda.

Veo con el rabillo del ojo que James ha dejado el manga en la mesa frente a él. Sus movimientos son pausados. Casi me da la impresión de que tiene miedo de asustarme. Siento su mirada sobre mí y aguanto automáticamente la respiración.

—Quiero volver a participar este trimestre en las reuniones del comité.

Me quedo helada. Sin apartar los ojos de mi agenda, pregunto:

—¿Qué?

—Si Lin y tú estáis de acuerdo, pediré la autorización a Lexington —prosigue.

Levanto la vista sin dar crédito.

—No hablarás en serio.

James me mira a su vez tranquilo. Ahora sé qué es lo que me parece distinto en él. Aunque se lo ve cansado, ya no hay en sus ojos esa falta de esperanza que advertí en Nochevieja. Ocupa su lugar una serenidad que en este momento me desgarra. Puedo ser fuerte si le va mal. Cuando está en calma me pone nerviosa. ¿Es esto lo que todos llaman «complementarse»? ¿O es que nos desequilibramos el uno al otro?

—Me lo pasé bien aquí, incluso aunque en un principio fuera reticente.

Quiero seguir involucrándome en estas tareas.

No puedo dejar de mirarlo.

—No me lo creo.

—Tú misma dijiste que se me da bien organizar y que se me echaría de menos en el equipo. Además, ha cambiado el horario de entrenamientos. El lacrosse y las reuniones solo coinciden una vez a la semana. Al entrenador Freeman no le importa.

Recojo del suelo la mochila y empiezo a rebuscar en su interior solo para apartar la vista de James. No tengo ni idea de qué significa todo esto.

Yo no soy tonta, James no está aquí porque ha redescubierto su amor por los eventos de Maxton Hall. Seguro que es por mí. Pero tiene razón en una cosa. Cuando pienso en el último trimestre y en cómo se involucró en la fiesta de Halloween debo admitir que, definitivamente, la presencia de James no perjudicó para nada al equipo. Al contrario, la fiesta fue todo un éxito gracias a sus ideas y a su esfuerzo.

Si ahora lo rechazo deberé lidiar con mi conciencia durante lo que queda de curso, y sobre todo siempre que nos falte alguien que eche una mano o que aporte una mente pensante. Como directora del equipo tengo un claro cometido, y además debería justificar ante Lexington por qué no he aceptado a James.

—Hay que someterlo a votación —digo al final.

—De acuerdo.

Trago con dificultad. Por mucho que James colabore de nuevo con el grupo, eso no significa que lo que dije en Nochevieja no fuera en serio. Separar lo privado de la vida en la escuela siempre fue mi especialidad. Y aunque en los últimos meses se hayan desdibujado algunas fronteras, en el futuro no volverá a pasarme.

—Yo votaré en contra —suelto, mirándolo fijamente.

Él apoya los brazos sobre la mesa y me mira con determinación.

—Lo sé.

No transcurren ni cinco minutos y los demás ya han votado para que James, como antiguo miembro del equipo, vuelva a integrarse en él. Entretanto, yo estoy sentada delante con las mejillas encendidas intentando que nadie se dé cuenta de lo mucho que me afecta la idea de que tener que pasar tres días a la semana en la misma habitación que él a partir de ahora.

Lin reparte los apuntes y empieza sin rodeos por el primer punto.

—¿Puede alguien hacerle un resumen a Beaufort de los preparativos que hemos hecho para la gala benéfica? —pregunta al grupo.

Deslizo la mirada por mi equipo. Normalmente estas reuniones me resultan rutinarias, pero eso ahora ya ha pasado a la historia. La mera presencia de James basta para desconcertarme y desatar un alud de recuerdos que me provocan un hormigueo por todo el cuerpo. Me acuerdo de la sensación de sus manos por mis piernas, en mi vientre y en mis pechos. De la manera en que susurraba mi nombre. De su boca y del roce de sus labios sobre los míos y sobre mi piel.

Noto que me ruborizo de nuevo y trato de contener esos pensamientos. Aquí no se les ha perdido nada. Durante dos años dominé el arte de separar la esfera privada de la escolar. Ya ha llegado el momento de volver a hacerlo.

—La gala benéfica se celebra en febrero —responde Jessalyn a la pregunta de Lin—. La junta de padres ha decidido que este año la recaudación se destine al centro familiar de Pemwick. Quieren ampliar la oferta de psicoanálisis y para ello les falta una suma importante.

—Como cada año, la fiesta ha de ser opulenta —añade Kieran—. El código de indumentaria es corbata negra, y tenemos un presupuesto alto a nuestra disposición. Lexington confía en que entusiasmemos a los invitados y los animemos a hacer donaciones.

Apunto en mi cuaderno «fiesta opulenta» y «presupuesto alto». Es absurdo, porque ya lo sé desde hace tiempo, pero no es más que una excusa para mantener la mirada baja y no dirigirla hacia James.

—El acto se celebrará en el Boyd Hall. Primero se repartirán bebidas, tentempiés y el *catering* de un chef cinco estrellas, que solicitó él mismo los servicios del centro familiar y lo hace todo gratis. Eso significa que podemos gastar un poco más en la decoración y en la animación —explica Lin—. Hemos contratado a un pianista de Londres que amenizará la velada y el punto álgido será la intervención de un grupo de acróbatas que nos han recomendado los padres de Camille.

—Algunos de ellos estuvieron en el Cirque du Soleil —resuena la voz autocomplaciente de Camille.

Estoy a punto de escribir «Cirque du Soleil» cuando me doy cuenta de lo estúpido que resulta mi comportamiento. No puedo pasar toda la hora y media sentada mirando mi hoja de papel solo porque James está aquí. Sin darle más vueltas, dejo el rotulador a un lado y atiendo a Camille, que sigue hablando:

—Van a crear una atmósfera mística.

Lin resopla a mi lado.

—Seguimos teniendo el problema de encontrar patrocinadores que quieran venir a la gala y que estén dispuestos a hacer donaciones. No podemos limitarnos a invitar solo a los padres de Maxton Hall. Además, necesitamos oradores que hablen delante de los invitados. Lo mejor sería gente a quien el centro familiar ayudó en el pasado. Eso da autenticidad al evento.

—La semana pasada dijimos que seguiríamos investigando —indico tomando por fin la palabra—. ¿Alguien ha avanzado algo?

—Han pasado de mis *e-mails*, y por teléfono o bien me han dado largas con que mejor el año que viene o me han dicho más o menos claramente que los deje en paz —responde Kieran—. Nadie tiene ganas de contar su triste historia. Y menos aún en Maxton Hall.

Los demás asienten dándole la razón.

—A lo mejor tenemos que ampliar un poco nuestro radio de acción —propone Jessalyn— y contactar con personas que no hayan acudido a este centro familiar sino a otro.

—Buena idea —digo—. También podríamos preguntar en las universidades si hay alguien en los ámbitos correspondientes que estaría dispuesto a pronunciar un discurso. —Mi sonrisa transmite más optimismo del que siento en realidad—. Lo conseguiremos. Y todavía nos queda algo de tiempo.

Se oye un murmullo de aprobación.

—Ahora que vuelves a estar en el equipo podrías encargarte de los trámites con el estudio de decoración y de despejarlo todo con Jones, el conserje —le dice de repente Lin a James—. Siempre se alegra de que alguien lo ayude a preparar el Boyd Hall.

Miro a James.

Parpadea desconcertado, pero luego pronuncia en voz baja:

—Por supuesto.

Me cuesta un gran esfuerzo reprimir la sonrisa que lucha por aparecer en mi rostro. Limpiar la sala y prepararla es una tarea que nunca nadie hace voluntariamente. Es divertido que Lin se la haya encasquetado sin más a James. Y demuestra de nuevo que es una persona encantadora.

El resto de la reunión transcurre según el plan, pese a lo cual me alegro cuando ya han pasado los noventa minutos. Lin y yo nos repartimos las tareas mientras los otros se despiden y abandonan la habitación… Todos salvo James y

Camille, que parecen recoger sus cosas con extrema lentitud. Intento no prestarles atención, pero no lo consigo. Oigo cada una de las palabras de condolencia que murmura Camille. Se me encoge el estómago y enseguida me regaño a mí misma. No quería sentir ningún dolor a causa de James ni por James. En realidad no quería sentir absolutamente nada con respecto a James Beaufort.

—Me piro —susurro a Lin.

Asiente y se despide de mí con la mano. Me echo la mochila al hombro y me dirijo hacia la puerta, con la mirada fija al frente. Justo en el momento en que voy a coger el pomo, se me adelanta una mano y la mía aterriza sobre ella. Alzo la vista y encuentro la cara de James. Estamos a tan solo unos pocos centímetros de distancia. Puedo percibir su familiar olor, herbal y un poco a miel, y también la calidez que irradia.

—Ruby —susurra.

Retiro la mano como si me hubiese quemado. Luego lo miro a la expectativa, para que o bien quite la suya o bien abra la puerta. Duda un instante, pero al final gira el pomo.

Suspiro aliviada.

—Hasta luego, Lin —digo agitada, y dejo la habitación.

Nunca había ido tan deprisa al autobús escolar, y mientras lo hago el eco de su voz resuena en mi cabeza y por todo mi cuerpo.

13

Lydia

—Increíble. —James resopla abatido. Aparta bruscamente el portátil y se vuelve hacia mí en la silla del escritorio—. Dos cancelaciones más.

Miro a mi hermano desde el sofá. Cuando me contó su proyecto de volver a colaborar en el comité de actos, al principio me asombré. Pero cuanto más pienso en ello, más acertada me parece su decisión.

A Ruby le encanta trabajar en ese equipo. Mostrarle que él no solo entiende su pasión, sino que también la comparte, es un buen primer paso. Además, durante el último trimestre James se dio cuenta de que se lo pasa muy bien organizando esas fiestas, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—Tienes que ser más tenaz. Apela a su conciencia, no a su cartera. Así irán a la gala —digo mientras tomo unos sorbos de té de la taza que rodeo con los dedos fríos. Creo que nuestra ama de llaves sabe que estoy embarazada. Ha puesto la tetera sin que yo se lo pidiera y me ha dicho por lo bajo, y con una mirada de complicidad, que me sentaría bien.

James contesta que sí ausente y vuelve a acercarse el portátil. En ese mismo momento un suave ping anuncia la llegada de un nuevo *e-mail*. Mientras James lo lee con los ojos entrecerrados, cojo una galleta. Al partirla se cae un par de migajas sobre el sofá, pero James está demasiado ocupado tecleando una respuesta para darse cuenta. Por suerte: odia a muerte encontrarse migas.

—¿Ya has hablado con Ruby? —pregunto al cabo de un rato.

Se oye el sonido que confirma el envío del mensaje y James se da la vuelta de nuevo.

—No. —Se frota el rostro con las manos—. Esta semana no era capaz ni siquiera de mirarme a la cara.

—No puedes forzarlo, está claro. Pero en algún momento tendréis que hablar —advierto suavemente—. Cuanto más tiempo pase, más grande será la brecha

entre vosotros. Hazme caso.

Mi hermano me observa un rato. Es evidente que ha sacado sus conclusiones.

—Así que sigues sin hablar con Sutton.

Me encojo de hombros.

—¿De qué vamos a hablar? Ambos somos conscientes de que es mejor así.

—Sí, pero ignora que estás embarazada. Esto lo cambia todo.

—No quiere saber nada de mí. —Me meto el resto de la galleta en la boca y mastico con lentitud—. Me lo ha dicho más de una vez. Primero, soy demasiado orgullosa para hablarle.

—¿Y segundo?

Miro a James.

—Segundo, me da miedo decírselo. No quiero ver su reacción. Yo misma he de asimilarlo todavía, y luego ya me ocuparé de lo que hago si su respuesta no es la que yo desearía.

—Lydia… —El móvil de James suena. No hace ningún gesto de ir a atenderlo, sino que sigue contemplándome con intensidad.

—¡Contesta! —le ordeno con premura—. Igual es uno de los patrocinadores.

Duda un instante. Luego coge el móvil y echa un vistazo a la pantalla.

—Owen —dice en voz alta después de descolgar—. Qué sorpresa tan agradable.

Finjo una arcada en silencio. Owen Murray es presidente de la junta directiva de una empresa electrónica y amigo íntimo de papá. Ni James ni yo podemos soportarlo, y estoy bastante segura de que el sentimiento es mutuo.

—Según las circunstancias, sí —dice James. De repente el tono de su voz se ha vuelto firme y frío—. No, no he llamado en nombre de Beaufort, sino en nombre de Maxton Hall College. A principios de febrero celebramos una gala benéfica para el centro familiar de Pemwick y estamos buscando patrocinadores.

Oigo un leve murmullo al otro lado del cable.

—Por supuesto, te enviaré los pormenores. Sería fantástico, Owen, muchas gracias.

James termina la conversación y teclea algo en su móvil. Luego se vuelve hacia mí.

—Mientras no se lo digas a Sutton, no podrás saber cómo reacciona.

—Entonces tú me aconsejas que se lo cuente.

Asiente.

—Sí. Además, creo que tiene derecho a saberlo.

Me quedo mirando mi taza. A través de lo que queda del líquido color rosa intento distinguir algún dibujo en las hojas del té.

«No más llamadas. Habíamos quedado en eso.»

Incluso si decide que a partir de ahora va a apoyarnos al bebé y a mí, ¿qué significa eso? Solo que se siente culpable, nada más. Sin embargo, lo único que deseo es estar con Graham porque él quiere. Por voluntad propia y no porque se ha visto forzado a causa de mi embarazo.

Vuelve a sonar el móvil de James. Me señala con un dedo para indicar que nuestra conversación no ha concluido y atiende a la llamada.

Me bebo el resto del té y dejo la taza vacía sobre la mesa. Luego cojo mi móvil y abro los mensajes. El número de Graham sigue guardado. No consigo borrarlo. Me basta con tenerlo y saber que podría escribirle en cualquier momento.

Reviso nuestro historial de chat. En él no solo se encuentran mensajes y fotos del día a día, sino también algunos en los que nos hemos confiado nuestros miedos y preocupaciones más profundos. Cualquier persona normal habría borrado esos mensajes en lugar de conservarlos e ir volviendo a ellos como quien pasa las páginas de un antiguo álbum de fotografías.

Por lo visto, no soy una persona normal.

Esto es lo único que me queda de él. Y no estoy preparada, así de sencillo, para desprenderme definitivamente de Graham. Para ser sincera, no sé si algún día lo estaré. Lo echo tanto de menos… Echo de menos nuestras conversaciones telefónicas, su risa viendo las malas comedias de acción, nuestros dedos entrecruzados bajo la mesa de un café. Saber que no volveré a tener todo esto creo que me va a enloquecer.

—Suena estupendo. —La voz de James penetra en mi oído. Parece tan entusiasmado que lo miro con las cejas arqueadas—. Sí, perfecto. Gracias, Alice. Hasta entonces. —Respira sonoramente y estira los brazos por encima de la cabeza.

—¿Alice? ¿Alice Campbell? —pregunto.

Se vuelve en mi dirección.

—Todavía me debe un favor.

—Prefiero no saber cuál es.

Sonríe con insolencia.

—A Ruby le encanta Alice.

No me extraña. Alice Campbell ha estudiado en Oxford y durante la carrera

montó su propia fundación cultural.

—Lo das realmente todo —comento. Me arrepiento cuando veo que James se pone serio.

—Volviendo al tema —dice en cambio, mientras mueve la cabeza.

—No se lo puedo decir. ¿Cómo voy a asistir después a su clase?

—Puedes cambiarte a mi clase de Historia.

—Llamaría la atención.

James se encoge de hombros.

—La gente se cambia sin cesar por todo tipo de razones. No creo que sea algo que llame especialmente la atención. Podríamos aludir que prefieres estudiar conmigo.

—No sé… —murmuro.

—Hagas lo que hagas —dice James—, yo te ayudaré. —Me mira con seriedad un rato y luego se vuelve de nuevo hacia su portátil.

Siento un ligero hormigueo en el abdomen y coloco la mano encima para comprobar si se trata de uno de los niños. Ya percibo algunos de sus leves movimientos, casi como si tuviera mariposas en el vientre.

Ahora que James está al corriente me va mucho mejor que antes, pero eso no cambia el hecho de que espero dos niños, voy a ser madre soltera y es posible que tenga que dejar los estudios. Aunque… a lo mejor consigo hacer los exámenes finales antes de que todo esto salga a la luz.

Me fuerzo a hacer tres respiraciones profundas y calmadas. Ahora no puedo perderme en divagaciones en torno a un futuro incierto. Tengo que superar un día tras otro. Estar preocupada todo el día no le hace bien a nadie, y menos aún a los dos pequeños que ahora deben ser mi prioridad.

—Joder —suelta de repente James. Ha cruzado los dos brazos detrás de la cabeza y mira la pantalla con los ojos como platos.

—¿Qué pasa?

James está como petrificado. Llena de inquietud me levanto y me acerco a su escritorio. Me coloco detrás de su silla y abrazo el respaldo de piel. Luego me inclino un poco hacia delante.

Lo primero que veo es la palabra «Oxford».

Lo segundo: «Felicidades, James Beaufort».

—¡Te han admitido! —exclamo.

Puesto que James sigue sin reaccionar, giro su silla hacia mí. Veo en su cara que se encuentra en estado de *shock*.

—James, te han admitido. ¡Es maravilloso! —Lo cojo por los hombros y tiro de él para abrazarlo. Se tambalea y tarda unos instantes devolverme el abrazo.

—Joder —repite.

No sé si se alegra o si se está derrumbando por dentro. Mientras lo estrecho entre mis brazos, pienso si también en mi correo me espera un *e-mail*. La vieja Lydia correría ahora como una posesa a su móvil a comprobar si a ella la han admitido. La nueva Lydia, por el contrario, no quiere saber si se le acaba de ofrecer un futuro que simplemente no puede perseguir.

Abrazo un poco más fuerte a James y me alegro de que al menos uno de nosotros consiga lo que se había propuesto.

James

—Dejamos a nuestras espaldas un periodo complicado, no es necesario que lo señale. Pero a partir de ahora podemos fijar la vista al frente, pues esto era lo que Cordelia habría querido.

Reprimo el impulso de poner los ojos en blanco o de emitir algún quejido. Mi padre no tiene ni idea de lo que mi madre realmente habría querido. Con toda seguridad, no el teatro que él está montando ahora.

Este es su primer discurso oficial como gerente ante la junta directiva de Beaufort y los jefes de departamento, y ya todos comen de su mano. En total doce hombres y mujeres beben sus palabras con expresión esperanzada mientras yo, sentado a un lado de la larga mesa de reuniones, reflexiono sobre cómo podría mirar el móvil de la forma más discreta posible.

—Si tiramos todos de la misma cuerda, podremos sacar a Beaufort del agujero emocional en que se encuentra y seguir impulsándola hacia delante. En esta nueva etapa nos veremos enfrentados a algunos cambios para los que necesitaré contar con su apoyo. En este contexto desearía expresarles ya ahora mi agradecimiento. Son ustedes nuestro capital más importante. En los próximos días, por lo tanto, deberé recurrir a su experiencia con mayor asiduidad que antes.

Deslizo la mano en el bolsillo y saco el móvil. En las horas pasadas, los chicos me han enviado un montón de mensajes para convencerme de que salga

esta noche con ellos. Hoy es mi primer día en el nuevo papel de miembro de la junta directiva de Beaufort, y en su mundo esto es algo que no hay que dejar de celebrar.

Por desgracia no estoy de humor para fiestas. Sé que, en el futuro, cada vez habrá menos oportunidades para reunirme con mis amigos y que debería aprovechar el tiempo que nos queda. Ya están enfadados conmigo porque solo voy dos veces a la semana a los entrenamientos.

A pesar de todo, solo hay una persona a la que hoy deseo ver.

Y esa persona me ignora desde hace semanas porque la he apartado de mí.

Aunque veo regularmente a Ruby en la escuela, la echo de menos.

Quiero que vuelva a mirarme sin estremecerse de dolor.

Quiero poder hablar con ella, en cualquier momento y sobre cualquier tema.

Quiero saber si la han admitido en Oxford.

—Pese al fallecimiento de mi esposa, no cambiará nada en la cultura empresarial de Beaufort —sigue diciendo imperturbable mi padre—. Es el fundamento de nuestro éxito. Cuando nos conocimos, Cordelia me explicó lo que significa trabajar en esta compañía, y tengo la intención de honrar su memoria.

Sigue un estallido de aplausos. Yo doy un par de palmadas y leo discretamente el mensaje que acaba de escribirme Cyril.

> Estamos en casa de Wren, ¿puedes hacer el favor de venir de una vez?

Envía una foto de todos con los dedos corazón en alto.

Supongo que no me queda otra. Después de esta reunión tendré que ir con ellos. En las últimas semanas no he estado muy presente, y además no me vendrá mal distraerme; de la reunión, pero sobre todo de Ruby. Haga lo que haga siempre la tengo en la mente. Es la única persona que comprendería lo terrible que resulta estar aquí sentado escuchando cómo mi padre va a gestionar el trabajo de la vida de mi madre. Aquella noche en Oxford se lo confié todo. Era la primera vez que expresaba en voz alta los pensamientos que siempre me había prohibido tener.

Ruby me entendió. No apeló a mi sentido del deber ni al significado de mi apellido. Me escuchó con atención y me infundió valor. Valor para construir un futuro que sea el mío.

Cuanto más tiempo paso aquí sentado, más fuerte es mi deseo de ver a Ruby. Y cuanto más me digo a mí mismo que esto no va bien, con más vigor crece la añoranza en mi interior.

«Tengo que verla. Así de sencillo, tengo que verla.»

—Este proyecto no solo parte de mí, sino también de mi hijo James, que a partir de ahora se preparará para su futura posición en Beaufort y que, por otro lado, acaba de ser admitido en Oxford.

Cuando oigo mi nombre y los aplausos que siguen, levanto la vista. Algunos de los compañeros y compañeras asienten mirándome amistosamente, y otros, a su vez, advierten sin problemas que sostengo el móvil por debajo de la mesa y mueven la comisura de la boca con desaprobación. Respondo a sus miradas con indiferencia, sin ocultar el móvil.

—¿Quieres tú también decir un par de cosas, James? —pregunta mi padre.

Lo miro, intentando ocultar mi sorpresa. Antes de la reunión no ha mencionado nada sobre que yo tuviera que pronunciar un discurso. Sus ojos gélidos me insisten. Si ahora no tomo la palabra, mi padre me hará la vida imposible.

Menudo cabrón. Sabía perfectamente que no habría venido si antes me hubiera avisado de que iba a exhibirme como si fuera un caballo de carreras. En lugar de eso, me pone en una incómoda situación.

Me levanto despacio y mientras lo hago me meto el móvil en el bolsillo. Miro un momento mi vaso de agua sin tocar y lamento no haber bebido nada. Siento un nudo en la garganta cuando paso la vista por los reunidos. Conozco a algunas de estas personas desde que era pequeño; a otras las vi por vez primera en el entierro de mi madre.

Me aclaro la garganta. Es como si mi espíritu se hubiese separado de mi cuerpo cuando de mi boca surgen unas palabras que no significan nada para mí.

—Mi madre se sentiría orgullosa de estar aquí y de ver con cuánto ánimo y compromiso invierten ustedes su energía en nuestra empresa.

«No tengo ni la más remota idea de si mamá realmente habría pensado esto. Ni siquiera la conocía de verdad.»

Algo se contrae en mi pecho. Considero por un instante la idea de salir corriendo de ahí sin decir palabra, pero no puede ser. El único remedio que me queda es soportar la próxima hora. Da igual cómo.

—Me alegro de poder hacer en el futuro lo que mi madre hizo y amó durante toda su vida. Nunca lograré igualarla, pero al menos intentaré seguir su ejemplo

lo mejor que pueda.

Mi mirada se encuentra con la de mi padre. Me pregunto si distingue en mis ojos que miento y si se da cuenta de que todo esto es puro teatro. Porque no es más que eso. Un espectáculo en el que todo está estudiado y no hay nada auténtico.

En mi pecho no parece haber sitio suficiente para el oxígeno, de golpe se me comprime y me cuesta inspirar. Vuelvo a pensar en Ruby. Ruby, que me dice que puedo hacer lo que yo quiera. Ruby, que ha sembrado en mí la creencia de que soy capaz de determinar yo mismo una vida propia llena de posibilidades.

—Puedo afirmar con total convencimiento que, con ustedes como compañeros, el futuro solo puede verse coronado por el éxito.

Me inclino ante los presentes antes de volver a sentarme. Un par de caras críticas se han dulcificado un poco mientras hablaba y de nuevo resuenan los aplausos.

Dirijo la mirada a mi padre y un escalofrío recorre mi cuerpo. Me hace un gesto de asentimiento, evidentemente satisfecho de mis palabras. Nunca antes me había sentido tan marioneta como hoy.

14

Ruby

Leo el *e-mail* una vez.

Otra.

Luego una tercera vez.

Vuelvo a leerlo una y otra vez, hasta que las letras se difuminan y tengo que pestañear.

—Mamá —digo.

Mi madre emite un sonido inquisitivo. Está sentada junto a mí a la mesa de la cocina y hojea ensimismada una revista de decoración.

—Mamá —repito, ahora con más vehemencia, y le acerco el portátil con el correo abierto.

Levanta la vista.

—¿Qué?

Mantengo la respiración mientras señalo ansiosa mi portátil. La mirada de mi madre sigue la dirección que le indico con el dedo. Sus ojos buscan en la pantalla. Se detiene y me mira, y luego vuelve a la pantalla. Un instante después se tapa la boca con la mano.

—No —dice con voz ahogada.

Asiento.

—Creo que sí.

—¡No!

—¡Sí!

Mamá se levanta de un salto y me echa los brazos al cuello.

—¡Estoy tan orgullosa de ti…!

Rodeo con los brazos a mi madre y cierro los ojos. Intento hacer lo que siempre hacía de niña: me concentro para guardar este momento en mi memoria para siempre. Me impregno del olor a mamá, del aroma del horno, del perfume

de las magdalenas recién hechas y de la inmensa alegría que me recorre cuando me doy cuenta de que el mayor de mis sueños ya está al alcance de mi mano.

—Estoy tan contenta… —murmuro en su hombro.

Mi madre me acaricia la espalda.

—Te lo has ganado, Ruby.

—Tengo que buscar becas —digo sin soltarla.

Su abrazo todavía es más firme.

—Ya pensarás en eso después. Ahora no. Ahora…

El timbre de la puerta la interrumpe.

—¿Abres? —pregunta mientras se separa de mí—. Seguro que Ember se ha olvidado de la llave. Así podrás darle tú misma esta maravillosa noticia.

Asiento y doblo con tanta prisa la esquina del pasillo que la alfombra resbala sobre el suelo de madera y me doy un golpe en el hombro con el armario. Pero ni esto puede evitar que abra la puerta con la cara resplandeciente…

Para quedarme helada al instante.

James está delante de mi puerta. Se está pasando la mano por el pelo y se detiene en medio de este gesto. Tiene las mejillas ligeramente coloradas y su aliento forma unas nubecillas en el gélido aire invernal. Lleva un traje gris a cuadros y corbata negra. Por lo visto ha salido de una reunión importante o va camino de ella.

Quiero cerrarle la puerta en las narices.

Al mismo tiempo quiero arrojarme a sus brazos.

Tal vez está bien que no me encuentre en situación de hacer nada. Solo me lo quedo mirando mientras siento que mi corazón se va acelerando.

—Yo… —empieza a decir, pero se le quiebra la voz.

Recuerdo el día en que vino con el pretexto de traerme un vestido para la fiesta de Halloween. Ese día también libró una lucha similar consigo mismo delante de mí: los sentimientos quieren salir de su interior, pero, de algún modo, él no consigue permitírselo.

—No puedo más, Ruby —suelta sin ser capaz de seguir conteniéndose, negando con la cabeza y levantando la vista hacia mí—. No puedo más.

Es un tono quebrado y cansino. Triste y destrozado. Como si hubiese pasado algo que ya no tuviese arreglo.

Es obvio que no puede estar solo, pero al mismo tiempo me enfada que esté aquí. Soy la última persona a la que debería acudir cuando tiene problemas. ¿Por qué viene a destrozarme en este momento? Acaban de admitirme para estudiar

en Oxford, joder. Debería estar bailando por la casa en lugar de dejarme abatir por su sufrimiento. La relación entre los dos ha terminado: él la terminó. Y no deberíamos retroceder de nuevo y aferrarnos obstinadamente a algo que ya no existe.

—¿No puedes más de qué?

—Ahora mismo vengo de una reunión en Beaufort. Lydia está embarazada. Me han aceptado en Oxford. Yo… me estoy volviendo loco.

El pecho de James sube y baja deprisa, como si hubiese corrido en una maratón. Y es posible que se sienta como si lo hubiese hecho. Sé que se encuentra bajo la terrible presión que le impone su padre y en este instante parece como si de un momento a otro fuese a caer de rodillas.

Tomo una profunda bocanada de aire.

—Comprendo lo difícil que debe de ser para ti. Pero… no soy la persona a quien tienes que acudir cuando te va mal —le digo con la mayor suavidad posible.

Sube los peldaños de la escalera de entrada con rapidez hasta quedar justo delante de mí. Sus ojos están oscurecidos y su mirada es de desesperación. Nunca lo había visto así.

—Ya no puedo mantenerme alejado de ti. Tú eres la única persona que me entiende de verdad. Te necesito. Y quiero luchar por nosotros, porque te pertenezco. Siempre seré tuyo, Ruby.

Me agarro con fuerza al marco de la puerta y lo miro totalmente desconcertada. Mi cuerpo se ve invadido a un mismo tiempo por la esperanza, el dolor y la rabia, una mezcla caótica que acelera los latidos de mi corazón y que agita todos mis pensamientos.

No puedo creer lo que acaba de decir.

No puedo creer que intente otra vez desbaratar mi vida.

De repente monto en cólera. ¿Cómo se atreve a volver a colaborar con el comité de actos? ¿Cómo se atreve a destrozarme en este momento?

—No —respondo haciendo un gran esfuerzo y negando al mismo tiempo con la cabeza—. No.

—Por favor, Ruby, yo…

—¿Sabes qué es lo que yo necesito, James? —lo interrumpo—. Necesito paz. Necesito tiempo para mí, para olvidarme de ti. Deseo que llegues a ser feliz y que compruebes que no debes dejar que tu padre determine lo que has de hacer con tu vida. Pero yo no puedo ayudarte.

Hace un gesto con la cabeza.

—Me va mejor cuando tú estás a mi lado. Entonces soy feliz… sin más.

—¡Mi vida no consiste en hacerte feliz, joder! —grito.

James se estremece y retrocede un paso. Resbala del peldaño superior y parece que va a perder el equilibrio, pero lo recupera en el último momento. Me mira, y sus ojos reflejan tal indescriptible conmoción que me quedo sin aliento.

—James —digo con la voz quebrada.

Él sacude la cabeza.

—No, tienes razón. Yo… no debería haber venido aquí.

Sin pronunciar una palabra más, da media vuelta y baja por la escalera. Atraviesa a paso ligero el jardín hasta llegar a la puertecita de madera. La abre, pasa por ella y me mira de nuevo. Tiene los ojos vidriosos, como anegados en lágrimas; si eso se debe a mis palabras o al viento cortante, no lo sé. Antes de que yo pueda decir algo, se vuelve y se va.

James

Las luces de colores del club bailan al compás sobre los rostros de mis amigos, mientras el bajo de la canción retumba en mis oídos y sacude todo mi cuerpo.

Estoy sentado en la sala en un cómodo sofá y observo a Alistair, Kesh y Cyril, que bailan con un grupo de chicas no muy lejos de mí. Wren también se ha quedado sentado. Creo que los chicos me han visto la cara y han decidido que esta noche no pueden dejarme solo. Como si fuera un jodido niño pequeño.

—¡¿Va todo bien, tío?! —me grita de repente Wren en el oído.

Alzo una ceja. Normalmente Wren es el último que quiere hablar de sentimientos. Al contrario. Ambos llevamos años perfeccionando la técnica de enterrar los problemas. Es una de las razones por las que somos tan buenos amigos.

—No me mires así. Solo estoy preocupado por ti.

Apenas entiendo un par de palabras, pero su mirada lo dice todo. Antes, cuando he entrado en el club, todos se han dado cuenta de que había pasado algo. Sin decirme nada, Cyril me ha tendido un vaso de *gin-tonic* que ahora, después de una hora larga, todavía no he tocado. El deseo de bebérmelo de un

trago es fuerte. A lo mejor así dejarían de sonar las palabras de Ruby, que se repiten en mi mente sin fin.

«¡Mi vida no consiste en hacerte feliz, joder!»

Comprendo su rabia, tiene todo el derecho a gritarme. Ir a su casa ha sido una especie de acto irreflexivo, que ni yo mismo soy capaz de explicarme *a posteriori*.

Odio esta situación. Odio no haber ido ese miércoles a su casa sino a la de Cyril, y no pasa ni un solo día en que no desee poseer una máquina del tiempo para dar marcha atrás a todo lo sucedido. Con Ruby puedo hablar, pero mis amigos y yo siempre hemos vivido según una consigna: olvida tan rápido como puedas, cueste lo que cueste.

Aparto la vista de Wren y contemplo mi vaso. El estruendo de la música no basta para silenciar mis pensamientos y por unos instantes lucho conmigo mismo. Miro a los demás. Cyril y Alistair bailan con dos chicas, mientras que Kesh está apoyado en una pared, cerca de ellos, y da sorbos a su bebida. Reflexiono sobre si levantarme e ir con ellos, pero es como si de mi cuerpo colgaran unos pesos de plomo. He de invertir casi todas mis fuerzas en inclinarme hacia delante para dejar el vaso sin tocar sobre la pequeña mesa de madera que hay frente a mí.

—Toda mi jodida vida va cuesta abajo —respondo al final. No sé si Wren me ha entendido. Sin contar con el estruendo de la música, ya ha bebido algunas copas. Pero sus ojos castaño oscuro se posan atentos en mí cuando sigo hablando —. No puedo hacer nada por evitarlo.

Al parecer me ha oído, pues se acerca un poco más hacia mí, me coge del hombro y le da un apretón.

—Tío, haces lo que has hecho toda tu vida.

—¿Que es…?

Las comisuras de la boca de Wren se alzan en una sonrisa irónica.

—Seguir. Si algo he aprendido de ti en estos últimos años es esto.

Trago saliva.

—Siempre que estoy a punto de tirar la toalla, pienso en ello. Esto me ha ayudado estos últimos días —continúa.

Mi mirada se dirige de nuevo al vaso de *gin-tonic*. Me pregunto qué significa en mi caso seguir. ¿Olvidar a Ruby y hacer como si nada hubiese ocurrido? ¿O luchar por ella?

—Sé que en este momento lo estás pasando muy mal, pero ahora deberías ser

tú quien preguntase qué me ha ocurrido estos últimos días —dice.

Las palabras de Wren me incitan a levantar la vista.

—¿Qué? —pregunto desconcertado.

Me mira él también con el ceño fruncido. Luego resopla y se frota la nuca.

—No pasa nada. Olvídalo. —Se levanta y me señala con la barbilla la pista de baile, con nuestros amigos que están bañados por una luz azul y lila. Se mueven relajados, como si nada en el mundo les preocupara.

Desde que tengo uso de razón, esta es nuestra especialidad. Fingir que nada ni nadie puede afectarnos. Como si la vida fuese un juego en el que nada tuviera una larga duración o significado. En las últimas semanas he aprendido que nos habíamos entregado a una ilusión. Todo el mundo es vulnerable y todo el mundo tiene algo que perder.

Hago un gesto negativo, pero Wren no acepta un no. Me coge de la mano y tira de mí para levantarme del sofá y llevarme a la pista. Los chicos dan gritos de júbilo cuando nos ven y abren el círculo para que podamos unirnos a ellos. Durante un rato trato de moverme al ritmo de la música, pero no lo consigo.

Estoy a punto de disculparme y de decirles que me voy cuando alguien se presenta detrás de mí y me pasa un brazo alrededor del vientre. Frunciendo el ceño, doy media vuelta y veo la cara de… Elaine Ellington.

—¡James! —exclama por encima de la música, sonriéndome.

Lleva suelto el cabello color miel, que le rodea el rostro algo enrojecido de bailar. Me desprendo de su brazo lo más rápido posible y dejo la pista para volver a nuestro rincón en la sala. Cuando llego allí me siento extraño, ansioso. Pido un agua y me dejo caer en el sofá.

Ver a Elaine me ha sentado como una patada en el estómago. El recuerdo de aquella tarde en la piscina de Cyril, que ya me acompaña las veinticuatro horas del día, se ha hecho de golpe tan presente que me he sentido invadido por una sensación de asco.

Pero no he contado con la reacción de Elaine. Al cabo de un rato se acerca a mí y se sienta a mi lado con las piernas cruzadas.

—¿Se puede saber qué clase de saludo es ese? —pregunta pasándose la mano por el cabello.

Sus ojos brillan divertidos. Está tan cerca que casi nos tocamos. Se desliza un poco más hacia mí. Todo mi cuerpo se inmoviliza cuando el olor de su perfume penetra por mi nariz.

—Solo quería decirte lo mucho que siento lo que le ha ocurrido a tu madre.

Si algún día quieres hablar o algo por el estilo, siempre estaré dispuesta a escucharte. —Coloca la mano sobre mi pierna y la sube lentamente por la tela de mi pantalón.

—Basta, Elaine —digo con voz firme, y le aparto la mano. Al mismo tiempo me hago a un lado y la miro con seriedad.

—¿He hecho algo mal? —pregunta ella sorprendida.

Niego con la cabeza.

—No. Soy yo el que lo ha hecho todo mal —contesto.

Elaine arquea una ceja.

—¿Qué te pasa?

Me encojo de hombros, pero no digo nada.

Se queda mirándome unos segundos y luego niega con la cabeza.

—Has tenido días mejores.

—Lo siento —digo—. Pero no puedo continuar.

Se separa un poco de mí.

—Lástima —suelta, levantándose—. Contigo siempre me lo he pasado muy bien.

Permanece un instante sin moverse, como si esperase que yo la retuviera. Como no hago ningún gesto y me limito a fijar la vista al frente, se marcha a la pista de baile sin decir palabra.

Me recuesto hacia atrás y miro el techo del club. Por primera vez me doy cuenta de que en él hay unas pequeñas luces que pretenden representar estrellas. De forma automática meto la mano en el bolsillo del pantalón para sacar la cartera. La abro distraído y cojo la hoja que está escondida tras mi carné de identidad.

En las últimas semanas he evitado leer la lista por miedo a sentirme después peor que antes. Levanto la hoja de modo que las lucecitas del techo casi se entrevean. Leo punto por punto lo que Ruby y yo escribimos juntos. Trago con dificultad y me percato de lo seca que tengo de repente la garganta.

Nadie en mi vida se ha interesado tanto por mí como Ruby. Nunca había tenido a nadie en quien pensar nada más despertarme y cuyo rostro recordara antes de quedarme dormido. Y nunca ha habido nadie que quisiera que mis sueños se hicieran realidad.

Todo lo que ha ocurrido me ha cambiado. Ya no soy la misma persona que era antes. Pero si hay algo por lo que quiero luchar es por Ruby.

Con esta idea en la mente, vuelvo a doblar la lista y la sostengo firmemente

en la mano mientras salgo del club.

15

Ruby

—¡Por Ruby! —grita papá.

—¡Y por Lin! —añado yo después, sonriendo a mi amiga.

—¡Y por Lin! —repiten mamá, papá y Ember a coro.

A papá se le ha ocurrido la idea de celebrar una pequeña fiesta de Oxford en casa para brindar junto con Lin por nuestro éxito. Cuando mamá y yo se lo dijimos no nos creyó al principio y pidió que le enseñáramos el *e-mail*. Mientras lo leía iba murmurando una y otra vez «no», para después abrazarme tan fuerte que cuatro horas más tarde todavía me dolían un poco las costillas.

—No puedo creer que nos hayan admitido —le susurro a Lin sobre el borde de mi copa de champán.

—Ni yo.

La idea de poder pasar los tres años próximos con mi amiga me produce un alegre cosquilleo en la barriga. Estoy tan contenta que siento como si fuera algo irreal.

—Ahora tenemos que esforzarnos todavía más, Lin —digo.

—¿No podéis pasar una tarde simplemente disfrutando? —pregunta Ember.

Mamá y papá se ríen mientras Lin y yo intercambiamos una sonrisa llena de arrepentimiento.

—Tienes razón —admito—. Pero ¡todavía pueden salir mal muchas cosas!

Lin coloca su copa de champán sobre la mesa del salón y coge un nacho, el único tentempié que hemos podido sacar de la nada rápidamente.

—Debemos aprobar nuestras asignaturas con un sobresaliente, solo entonces se garantiza nuestro ingreso.

—Y además han de darme una de las becas —añado a media voz e intentando reprimir el pánico que me invade solo de pensarlo. La asesora de estudios de Maxton Hall me ha asegurado más de una vez que mis posibilidades

de ser becaria son muy buenas y que ella, en mi lugar, no se preocuparía. Pero es fácil decirlo.

Las mejillas de Lin palidecen y deja el nacho mordido al lado de su copa.

—¿Y qué pasa si saco una mala nota en alguna asignatura? Seguro que mi abuela retira su ofrecimiento de ayudarme en la carrera.

—Chicas, ¡haced el favor de celebrar la noticia en lugar de estar preocupándoos así! —Mamá está sentada frente a las dos en nuestro sofá de flores y nos observa negando con la cabeza.

Lin y yo intercambiamos una mirada de angustia antes de coger la copa al mismo tiempo y beber un buen trago.

—Es probable que no os hubiesen admitido si fuerais de otro modo, ¿no? —señala Ember sonriendo.

No le extrañó que nos aceptasen y ha tratado de alegrarse por mí, pero sé lo mucho que la apena que me vaya de casa. Pues aunque Oxford no está lejos, es distinto que nos separe medio pasillo que un viaje en tren de dos horas. Mi hermana odia los cambios y yo estoy bastante segura de que, si de ella dependiera, nos quedaríamos a vivir en esta casa para siempre, hasta el fin de nuestros días.

Pero, aunque en el transcurso del día su estado de ánimo me entristece un poco y me pongo nostálgica ante la idea de tener que mudarme, la alegría de que me hayan admitido lo supera con creces. Y desde que James estuvo aquí he decidido que nada ni nadie me volverá a arrebatar nunca más esta alegría.

Una vez vaciada la botella de champán, Lin y yo dejamos a mis padres viendo la televisión y subimos a mi cuarto.

—Oh, mierda —musita Lin cuando cierro la puerta. Se queda mirando el móvil y, sin levantar la vista, se sienta en la silla de mi escritorio.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada.

Contesta tan rápidamente que me pongo alerta.

—¿Qué pasa?

Se encoge de hombros.

—Por lo visto también han admitido a Cyril.

Dudo un momento, y luego confieso con un susurro:

—Y a James.

—¿De verdad? Entonces la mitad de la banda de James ya está en Oxford. Alistair y Wren también lo han informado en Instagram. —Lin sigue tecleando

en su móvil. Echo un vistazo a la pantalla y veo una imagen de un tipo medio desnudo que estoy bastante segura de que se trata de Cyril.

De acuerdo, no aguanto ni un segundo más. Hace meses que sospecho que entre Lin y Cyril está pasando algo de lo que nadie tiene noticia. La manera en que se comportan el uno con el otro es muy significativa. Durante mucho tiempo pensé que se detestaban, pero a estas alturas estoy segura de que entre ellos saltan chispas cuando se enfrentan verbalmente.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con cuidado mientras me siento con las piernas cruzadas sobre mi cama.

Levanta la vista, pillada con las manos en la masa.

—Nada.

—Ya van dos veces en que dices «nada» tan deprisa que no te creo.

Lin se mordisquea el labio inferior y vuelve a mirar su móvil. Tiene las mejillas rojas como un tomate.

—Ven aquí —le digo golpeando enérgicamente un sitio a mi lado.

Mira escéptica el lugar en que reposa mi mano, pero se levanta despacio y camina en silencio hacia mí. Mientras se apoya con la espalda en el cabezal de la cama, dobla las piernas y las rodea con los dos brazos, me vuelvo hacia ella y la escruto a la expectativa. Se coloca los mechones de pelo negro detrás de la oreja. Es como si no supiera por dónde empezar.

—Sé que no te gusta hablar de estos asuntos —digo con suavidad—, pero siempre puedes contarme cualquier cosa que te preocupe.

Lin traga con dificultad.

—No hay mucho que contar.

Casi se diría que siente timidez, un atributo que desconozco en ella. Lin es una persona muy fuerte y muy segura de sí misma, que siempre se responsabiliza de sus actos y de su opinión sin preocuparse por lo que piensen los demás. Verla así ahora, de repente me inquieta.

—Desde que tengo trece años, me gusta muchísimo Cyril.

Los ojos se me abren como platos.

—¿En serio?

Asiente despacio.

—Cuando llegué a Maxton Hall, Cyril y yo íbamos juntos a un par de asignaturas. Él… no siempre era como ahora. Entonces era atento y dulce. Me hacía reír de verdad. No puedo explicar qué era exactamente lo que me fascinaba tanto, pero me gustó desde el principio.

Por un breve instante guarda silencio y se mira las rodillas. Me gustaría animarla de alguna manera, pero me reprimo. Es la primera vez que me cuenta algo sobre su vida sentimental y tengo que darle el tiempo que necesite sin interrumpirla.

—Por otra parte, desde que lo conozco Cyril está enamorado de Lydia, por lo que ya entonces estaba claro que no podría salir nada de nuestra relación. A pesar de todo, me quedé hecha polvo cuando pasó algo entre ellos dos. No lo anunciaron nunca de forma oficial, pero ya sabes lo deprisa que corre una noticia así por la escuela. Después de que ella le diera calabazas, yo lo consolé. Una cosa llevó a la otra y… —Se encoge de hombros impotente y se abraza con más fuerza todavía las rodillas.

Parece tan triste que me pregunto cómo es posible que yo no haya caído en la cuenta.

—¿Fue una sola vez o más? —pregunto tímidamente.

Lin niega con la cabeza y suelta una carcajada.

—Desde hace dos años nos acostamos semana sí semana no.

Me quedo con la boca abierta. La vuelvo a cerrar. No puedo creer que se lo haya guardado y que no me haya contado nada.

—Yo… ¿Lo sabe alguien?

Lin vuelve a negar con la cabeza.

—No. Yo tengo claro que para Cy solo existe Lydia. Y no me importa, pero por esa razón no quiero que nada salga a la luz. Me gustaría al menos conservar algo de dignidad, y procuramos que no se nos vea juntos ni nada parecido. —Duda un momento—. Además, el asunto ya se ha solucionado sin más.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que Cordelia Beaufort murió, no ha vuelto a llamarme. Es posible que esté ocupado consolando a Lydia. —Hace un gesto de resignación—. No responde a mis mensajes y en la escuela siempre está con ella.

—Yo… —Me interrumpo y sacudo la cabeza—. ¿No te resultó extraño celebrar la Nochevieja con Lydia?

Lin sonríe un poco.

—Lydia me cae bien. Y no puede hacer nada con el hecho de que justo el chico que me gusta esté irremediablemente enamorado de ella.

—No sé qué decir.

—No pasa nada, Ruby, de verdad. Solo es que habría deseado que fuera sincero conmigo. Creo que no me merezco este silencio. Me podría haber dicho

que Lydia le ha dado otra oportunidad, o lo que sea.

—No creo que esta sea la causa.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Debería darme igual. Tampoco es que esté locamente enamorada de él.

Aunque el tono de su voz es despreocupado, en la tristeza de su mirada se percibe que miente.

—Cyril es un cerdo si no es capaz de llamarte y no sabes en qué punto está vuestra relación —digo indignada.

—Sé que da esa impresión, pero los dos sabíamos dónde nos metíamos. Él nunca me prometió nada, y yo a él tampoco. Y puede ser realmente fantástico, natural y divertido. Y tierno… —Lin se pone colorada y hunde el rostro en sus manos.

—Está claro que aquí hay algo más que atracción física, Lin.

—¡Lo sé! —exclama, mientras me mira entre sus dedos ligeramente abiertos —. Yo también acabo de darme cuenta ahora que hace siglos que no lo veo fuera de la escuela. Lo echo de menos.

Al pronunciar estas últimas palabras parece tan asqueada que no puedo evitar sonreír.

—¿Habéis hablado alguna vez de esto? Me refiero, a fondo —pregunto con suavidad.

Niega con la cabeza y se ruboriza.

—Cyril y yo no hablamos demasiado cuando nos vemos.

Vaya por Dios.

—Hace mucho que somos amigas y no sabía nada. Me siento como una amiga horriblemente mala.

—Eres una amiga estupenda. Pero yo no quería contarle nada a nadie, porque…, no sé, ni idea. En cierto modo el que fuese algo secreto tenía su gracia. Pero ahora, cuando por lo visto todo ha terminado, me encuentro fatal. —Emite un profundo suspiro—. En el fondo somos iguales, Ruby. No queríamos empezar nada serio antes de ir a Oxford.

Otra de las muchas cosas que nos unen a las dos.

—Y ahora han admitido tanto a James como a Cyril en Oxford —musito.

—Sí.

Nos quedamos calladas unos minutos, absortas en nuestros propios pensamientos. Cuando cambié a Maxton Hall, perdí a todos los amigos de mi antigua escuela. Me propuse tener solo amistades superficiales y no

involucrarme en nada más. No quería dedicar energía a algo que luego me van a volver quitar.

Pero esto cambió cuando conocí a Lin. Aunque me sigue dando miedo que esta amistad también sea algo fugaz, estoy preparada para correr el riesgo. Algo en lo que esta conversación me ha reafirmado una vez más.

Cojo la mano de Lin y se la aprieto un poco.

—Puedes hablar conmigo de cualquier cosa. Quiero que lo sepas.

Esto no se lo había dicho nunca todavía, y me resulta sorprendentemente difícil expresarlo con palabras. No porque no sean las correctas, sino porque significan mucho para mí.

—Gracias. Lo mismo digo —contesta con voz ronca y muy conmovida. Gira la mano de modo que nuestros dedos se entrelazan—. Además, lo digo en serio. Puedes hablar conmigo de James cuando quieras. O de cualquier otra cosa.

Mordisqueo el interior de mi mejilla y pienso en hoy al mediodía, con James delante de mi puerta, y en todo lo que me ha dicho.

«Siempre seré tuyo, Ruby.»

Sus palabras sacuden el suelo bajo mis pies. Parecía tan decidido…, como si en su vida no hubiese nada más importante que volver a recuperarme.

—Este mediodía James ha estado aquí —confieso al cabo de un rato.

Lin me aprieta la mano con más fuerza y me mira inquisitiva.

—¿Qué quería?

Me encojo de hombros.

—Me ha dicho que me necesita. Que soy la única persona que lo entiende. Y que podría ser feliz si estuviera conmigo.

Lin toma aire con fuerza.

—¿Y…?

Me vuelvo a encoger de hombros.

Lo que le he dicho iba en serio: no me compete a mí preocuparme de que James sea feliz. Pero me arrepiento de haberle gritado. Era evidente que no se encontraba bien y es probable que realmente yo sea la única persona capaz de comprender por qué. En Oxford me dijo que nunca antes había hablado con nadie sobre sus miedos ante el futuro, y puedo imaginar lo que habrá supuesto para él que lo admitan en Oxford y la reunión en Beaufort. Sin embargo…, ya no estamos juntos. No puede cargarme con este muerto. No puedo ser la única que dé sentido a su vida. No debe ser ese el objetivo de nuestra relación.

—Quiero apoyarlo, pero al mismo tiempo no sé si puedo —susurro.

—Lo comprendo —contesta Lin—. Pero… también veo cómo te mira en nuestras reuniones. Creo que está firmemente decidido a recuperarte.

Niego con la cabeza.

—Esto es lo que quiere ahora. James es muy inconstante, seguro que dentro de dos semanas pasa algo que altera su vida y entonces desaparecerá, hará alguna locura o algo que nos perjudique y, qué quieres que te diga, yo no estoy preparada para eso. No voy a permitir que vuelva a hacerme daño.

Expreso las últimas palabras con tanta energía que Lin me mira sorprendida.

—Es justo por esto por lo que te admiro.

Parpadeo desconcertada.

—¿Por qué?

Me sonríe.

—Veo con toda claridad lo mucho que te ha dolido lo de James, lo mucho que sufres por él y su familia. Estuviste a su lado después de que él te hiriese profundamente y, ahora, sacas fuerzas de flaqueza y te concentras en ti misma. Creo que es admirable.

Todo esto suena en sus labios mucho más heroico de como yo me siento. Exhalo temblorosa.

—Antes le he dicho un par de cosas bastante feas.

—¿Todavía lo quieres? —pregunta de repente Lin.

Me estremezco.

Pienso en lo que le dije en Nochevieja. Soy incapaz de dejar de amar a James. Estos sentimientos no desaparecen por mucho que lo deseemos.

—Sí —musito.

Lin me sonríe con tristeza.

—Qué absurdo que no se pueda cortar y ya está, ¿verdad?

Suelto un gruñido de asentimiento.

—Da igual. Creo que ha llegado el momento de que volvamos al auténtico objetivo de esta tarde: celebrar nuestra admisión.

Ella asiente con vehemencia y me aprieta la mano una vez más antes de soltarla.

—Tienes razón.

Cojo el portátil y abro la web de Oxford. Pasamos las horas siguientes mirando las residencias, leyendo distintos foros y confeccionando una lista con las cosas que podemos hacer juntas cuando estemos matriculadas en Oxford.

Pero por mucho que intente distraer mi atención, las palabras de James

siguen resonando en mi cabeza durante toda la tarde.

16

Ruby

He pasado todo el fin de semana contenta por una parte porque me han admitido en Oxford y preguntándome, por otra, cómo he de comportarme si el lunes James va a la reunión del comité de eventos. A estas alturas he llegado a un punto en el que debo reconocer que mi propósito de Nochevieja de cortar de forma tajante ha fracasado. James está en todas partes. Si no es en persona, sí en mis pensamientos, y no veo que esto vaya a cambiar en un futuro cercano, menos aún cuando, dos días después, el recuerdo de sus palabras todavía me provoca un hormigueo por todo el cuerpo.

Justo ese hormigueo es el que siento cuando Lin y yo entramos en la sala después de la pausa de mediodía y James está sentado en su sitio de siempre, como suele hacer últimamente, con un libro en la mano. En esta ocasión, la última novela de John Green, según compruebo con curiosidad antes de apartar la vista con rapidez y pedir a Lin que repasemos el orden del día juntas hasta que lleguen los demás.

Los minutos se estiran como un chicle, pero por fin aparece Camille y podemos empezar la reunión.

—Doug —comienza Lin—, los carteles están gustando mucho. Ya hemos recibido varios elogios.

Doug le dedica una sonrisa mínima, algo más, al menos, de lo que nos ha dirigido a cualquiera de los demás en las últimas reuniones.

—Tal vez incluso podamos llamar la atención de algún que otro patrocinador a través de ellos.

Yo asiento.

—Por lo demás, la lista de invitados tiene muy buena pinta. Aunque lo único que me preocupa un poco es que siguen faltándonos oradores. Y ya no nos queda

tanto tiempo —señalo—. Kieran, ¿te ha llamado el profesor con quien querías hablar?

—Sí —contesta Kieran, aunque parece bastante compungido. Sospecho lo que va a decir—. Por desgracia, no tiene tiempo. Pero al menos se ha mostrado dispuesto a hacer una generosa donación.

—De acuerdo, así son las cosas. Algo es algo. —Le sonrío con ánimo—. ¿Hay alguien más que haya tenido éxito en su empresa?

Se quedan todos callados.

—Bien, entonces…

James carraspea.

Por un momento lucho conmigo misma. No quiero mirarlo, pero tampoco puedo ignorarlo. Eso solo llevaría a que los demás me hicieran preguntas que no quiero responder. O no puedo responder.

—Sí, Beaufort. —Lin interviene en mi lugar.

—Alice Campbell se ha ofrecido a pronunciar el discurso final.

Levanto la cabeza.

El aspecto de James me llama la atención. Ahora me doy cuenta de lo pálido que está. Además, tiene unos círculos oscuros bajo los ojos, como si no hubiese dormido desde el sábado.

Sigo arrepintiéndome de haberlo tratado de forma tan desagradable. No se lo merecía, y desearía poder volver a hablar con él de forma serena y explicarle por qué me enfadé tanto al verlo delante de la puerta de casa.

Debo de tener la mala conciencia reflejada en la cara, porque los ojos de James se entrecierran un poco antes de continuar hablando como si no pasara nada.

—Hace unos años, el centro los ayudó mucho a su familia y a ella a remontar. Se alegrará de podernos apoyar durante la gala. Le he dicho que la llamarías para concretar los detalles.

Me lo quedo mirando sin dar crédito. En cuanto una pequeña pero satisfecha sonrisa se esboza en su rostro, sé que esto no es una simple coincidencia. Se ha acordado de que mencioné a medias lo mucho que admiraba a Alice Campbell y su trabajo.

No sé qué hacer con esta información. Cuanto más reflexiono sobre ello, más crece el deseo de volver a hablar con él con tranquilidad.

Pienso a fondo cómo podría retenerlo un momento después de la reunión.

—Genial, Beaufort, en serio —lo felicita Lin, después de mi largo silencio

—. No sabes cuánto te lo agradezco. Si todavía tienes a más gente con quien podamos contactar, nos informas.

James se aclara de nuevo la voz.

—El Boyd Hall ya está preparado. El conserje Jones ya está informado de que el viernes que viene, a las cuatro de la tarde, se presentará la empresa de decoración.

Por unos instantes reina el silencio en la sala.

—Con lo poco que te gustaba el trabajo al principio, ahora te estás implicando a tope —comenta Jessalyn.

James no responde nada, sino que me mira de una forma que hace que se me ponga la piel de gallina.

—Es justo después de la reunión —dice Lin—. Yo sugiero que vayamos juntos, ¿os parece bien?

Un murmullo de aprobación recorre la sala.

—El próximo punto es el fotomatón —anuncia Lin, arrancándome así de mis pensamientos.

De repente una idea surge en mi cabeza. Me parece arriesgada pero también emocionante. Me daría la oportunidad de hablar con James y de disculparme. Lejos de la mirada crítica de Lin y de los oídos curiosos de Camille.

—Exacto. —Me aclaro la voz—. El sábado mis padres me prestarán el coche y podré ir a recogerlo. Aunque las piezas deben de ser bastante pesadas. —Hago acopio de todo mi valor y miro a James—. James —digo con voz firme—, ¿vendrías a recoger el fotomatón conmigo?

Por una fracción de segundo sus ojos brillan sorprendidos. Pero entonces asiente y dice, como si mi pregunta no tuviera nada de especial:

—Por supuesto.

No hago caso del leve suspiro que emite Camille, ni de la expresiva mirada que me lanza Lin. En cambio, paso el resto de la reunión contemplando mi agenda y preguntándome qué demonios acabo de hacer.

Cuando el sábado voy al aparcamiento de Maxton Hall, James ya me está esperando. Lleva vaqueros, un abrigo negro y una bufanda gris. En esos momentos está soplándose las manos para calentárselas y me planteo de manera automática cuánto rato debe de llevar allí.

Cuando me ve, baja las manos y me sonríe inseguro. No tengo ni idea de qué

significa esa sonrisa. Es una sonrisa nueva. Una con la que se pone rígido y sus ojos se entristecen. Una que ha aparecido tras nuestra separación, tras la muerte de su madre y todo lo que ha sucedido a partir de entonces.

Echo de menos su antigua sonrisa.

Reprimo el pensamiento cuando me planto delante de él. Si quiero que este día transcurra de la mejor manera posible tengo que controlarme.

—Buenos días —dice, sentándose en el asiento del acompañante de nuestro monovolumen.

Nuestro coche es viejo y está bastante destartalado, pero funciona, que es lo importante. Suerte que Ember y yo lo limpiamos ayer por la tarde, porque ahora me doy cuenta de que en el modo que tiene James de mirar el interior de vehículo hay algo peculiarmente íntimo.

Cuando descubre el ambientador Yankee Candle que se balancea en el espejo retrovisor, vuelvo a poner en marcha el motor.

—A mi madre le chiflan estas cosas —explico—. Le encantan los perfumes florales, lo cual siempre saca de quicio a mi hermana. Ember odia el olor a rosas, pero mamá lo adora.

Debería dejar de decir tonterías. A fin de cuentas, hay una razón por la que he pedido a James que me acompañara. Aun así, me es difícil tocar sin preámbulos el tema de nuestra relación fracasada. Sobre todo cuando pienso en todo el rato que nos queda de pasarlo juntos en este coche.

—A mi madre también le gustaban mucho los perfumes de flores.

Me cuesta mucho mantener la mirada en la calzada en lugar de volver al instante la cabeza hacia él. Por lo visto, James no tiene el menor problema en saltarse las conversaciones banales.

—¿La echas de menos? —pregunto a media voz.

Necesita un momento para farfullar un asentimiento.

—En cierto modo, sí. Sin ella es distinto.

—¿Hasta qué punto?

Veo con el rabillo del ojo que se encoge de hombros.

—Ya no hay un amortiguador entre mi padre y yo. Ahora es Lydia quien quiere asumir esa posición, pero lo intento todo para que no tenga que hacerlo. No debe estar entre dos fuegos, y menos ahora.

—¿Cómo le va? Hace semanas que no la veo.

—Muy bien. Creo. —Duda un instante—. Me gustaría que acabara diciéndoselo a Sutton. Aunque al mismo tiempo comprendo por qué no lo hace.

—Toda esa situación es un asco.

—Sí. —Calla un rato y luego carraspea—. ¿Y cómo te va a ti?

No entiendo cómo es posible que una conversación resulte al mismo tiempo tan normal y tan rara.

—Bien. Yo… —Carraspeo también—. A mí también me han admitido en Oxford.

—Ya lo sabía. Habrían sido unos idiotas si te hubiesen rechazado —responde —. Muchas felicidades, Ruby.

Le lanzo una mirada sorprendida. Él a mí otra seria.

No entiendo cómo lo hace. Un día está hecho polvo y se planta tembloroso delante de mi puerta, al siguiente reúne fuerzas en Maxton Hall para fingir que no ha pasado nada. Y también ahora está totalmente entero, aunque yo sé que el último sábado no transcurrió sin dejar huella en él.

—Gracias —musito. Durante unos minutos busco las palabras adecuadas para expresar lo que quiero decir a continuación. Aunque he tenido tiempo desde el lunes para reflexionar sobre ello, en este momento tengo la mente en blanco —. Siento lo que te dije el pasado fin de semana —empiezo—. Fue…

—Ruby. —James me interrumpe, pero yo niego con la cabeza.

—Quiero olvidarme de ti —digo en voz baja—. Pero portarme mal contigo no lo hará más fácil. Lo siento de verdad. Es importante para mí que lo sepas.

Noto que me mira.

—No tienes que disculparte de nada —murmura él.

No sé qué responder. Pronuncia estas palabras con amargura, y me gustaría contradecirle; pero por otra parte también tengo miedo de que la conversación tome una dirección para la que aún no estoy preparada. Quería disculparme y ya lo he hecho. Por ahora no tengo, creo, energía para nada más.

Así que me quedo callada y piso el acelerador. Entre nosotros el silencio se vuelve cada vez más abrumador, hasta que no aguanto más y enciendo la radio. La alegre música pop de la emisora que mamá siempre escucha es justo lo opuesto del ambiente cargado que reina entre James y yo. Aunque pasamos los quince minutos del resto del viaje en silencio, no hay un segundo en que no sea consciente de su presencia. Oigo su leve respiración y noto cuando se mueve a mi lado. Y aunque la calefacción no está muy alta, me sofoco al pensar en que solo tendría que estirar la mano para tocarlo.

Me alegro un montón cuando llegamos al antiguo polígono industrial y por fin puedo salir del coche. Qué bien me sienta el aire fresco en las mejillas

acaloradas.

—Tenemos que entrar por allí abajo —digo señalando un garaje sobre el que cuelga un rótulo con el nombre de la empresa.

James se coloca a mi lado, y cuando nos ponemos a caminar rozo con mi brazo el suyo.

Los dos llevamos unos gruesos abrigos.

A pesar de ello, ese roce me produce el mismo efecto que una descarga eléctrica.

De la forma más discreta posible, doy un paso a un lado y me apresuro a llegar a la entrada lateral del garaje. Me deslizo por la puerta y entro en una pequeña nave.

Miro a mi alrededor. En la página de internet esta tienda parecía más acogedora. Una mortecina luz amarilla ilumina lo imprescindible, y los techos son bajos y están llenos de telarañas. Todo tipo de aparatos electrónicos se hallan dispersos por todos lados, pero los fotomatones son los que más espacio ocupan. Hay por lo menos veinte. Desde unos pequeños altavoces suena una música tecno, a cuyo ritmo va moviendo la cabeza medio calva un hombre sentado junto a un escritorio, detrás de un estrecho mostrador.

—Qué tienda tan agradable te has buscado —susurra James, pero antes de que pueda contestar, el hombre nos ve y se levanta sonriendo.

—Tú debes de ser Ruby —dice, mientras se acerca a nosotros.

—Exacto —contesto con una inclinación de cabeza, y estrecho la mano que me tiende—. Y este es James.

Los dos se saludan con un apretón de manos.

—Yo soy Hank, y os daré unas breves instrucciones sobre el fotomatón. ¿Dais la vuelta por aquí? —Hace un gesto circular con la mano alrededor del mostrador y señala una de las cabinas.

—Os habéis decidido por esta, ¿verdad? —pregunta cuando nos detenemos delante de una.

Observo el modelo. Las paredes son negras, en la entrada cuelga una cortina roja. A un lado hay una pequeña abertura en la que está colocada una placa iluminada en la que se lee FOTOS. Justo al lado de la entrada cuelga una pequeña tabla en la que hay anotadas con rotulador blanco algunas indicaciones sobre los filtros que se pueden utilizar al hacer las fotografías. Las letras escritas a mano que se han empleado son maravillosamente floridas.

—Aquí me gustaría escribir algo más para nuestra gala. ¿Es posible, Hank? —pregunto, señalando la pequeña tabla.

Asiente.

—Tengo en algún sitio un rotulador que te daré con mucho gusto.

Le sonrío.

—Perfecto, muchas gracias.

—Bien, y ahora vayamos a la explicación: aquí dentro se ha instalado una cámara réflex que se activa a través de la pantalla táctil. En realidad es bastante fácil, solo hay que pulsar el símbolo de la cámara para ponerla en marcha. A partir de ahí tienes tres segundos hasta que se dispara la foto. Después de esto puedes editarla con los filtros o, si aun así no te termina de convencer, borrarla y hacer una nueva.

Corro un poco la cortina roja y observo la pantalla táctil.

—Es cierto que parece muy fácil.

—¿No queréis probar? —pregunta Hank con una sonrisa casi jovial.

Antes de que pueda negarme, James responde:

—Sí, por favor.

Levanto una ceja, pero él me ignora y se mete en la cabina. Sostiene la cortina abierta y me mira lleno de expectación.

—¿A qué estás esperando? ¡Pasa adentro! —dice Hank a mi lado.

Sin vacilar más, entro en la pequeña cabina y miro a James con escepticismo. Él observa concentrado la pantalla táctil.

—Tenemos que comprobar que todo esté intacto, ¿no? —pregunta a media voz.

Me desconcierta que yo misma no haya pensado en eso en lugar de estar ocupada en conservar al menos un brazo de distancia entre él y yo.

—Ruby, estás tapando la cámara.

Me deslizo con la espalda pegada a la pared hasta quedar detrás de James, que ha tomado asiento en el pequeño taburete delante de la cámara.

—Mira ahí —dice James de repente, señalando un agujerito negro en la pantalla táctil.

Me inclino hacia delante hasta alcanzar a ver la cámara por encima de su hombro. Ahora yo también aparezco en la pantalla, pero apenas logro concentrarme en la imagen borrosa de nuestras caras.

Un mechón de James me hace cosquillas en la mejilla y llega a mi nariz ese familiar olor suyo. De repente el abrigo me da un calor tremendo. James, a mi

lado, parece petrificado, creo que hasta ha dejado de respirar. Muevo despacio la cabeza y lo miro. Estoy tan cerca de él que podría tocar su piel con la boca si quisiera.

En ese momento James pulsa el disparador.

Un apagado clic me arranca de mi trance y retrocedo. Me doy cuenta entonces de por qué estamos aquí en realidad y de lo que he estado a punto de hacer.

—Parece que todo funciona —dice James como si no se hubiese percatado de las chispas que han saltado hace un par de segundos entre nosotros.

¿Acaso me he imaginado la tensión que había entre los dos?

Salgo tan deprisa como puedo y Hank ya nos espera fuera con la hilera de fotos en la mano.

—Una forma de posar bien rara, aunque habéis conseguido darle al disparador —advierte, tendiéndome las cuatro pequeñas imágenes.

No, está claro que no eran imaginaciones mías.

En la foto tengo la cabeza vuelta hacia James, mientras él mira directamente a la cámara. Y su mirada…

Trago con la boca seca.

Conozco esta mirada. Y el gesto alrededor de su boca.

James también debe de haberlo sentido. Ahora estoy del todo segura.

—Muy bonitas —afirmo con voz ronca, tratando de devolverle las fotos a Hank, pero antes de que pueda hacerlo James las coge. Sin ni siquiera echarles un vistazo, las mete en el bolsillo del abrigo.

—¿Dónde hemos de firmar? —pregunta con ese tono de voz de hombre de negocios que ya utilizó cuando estuvimos en Beaufort.

Hank nos guía de nuevo al mostrador, donde firmo tres formularios y recibo un pequeño manual para el funcionamiento y la edición de las fotos. A continuación cargamos el maletero del coche con las piezas de la cabina. Me alegro de estar fuera, al aire libre. Agradezco que me refresque las mejillas, las tengo ardiendo.

Durante el viaje de vuelta pongo de nuevo la radio, un poco más alta que antes. ¿Se puede saber cómo se me ha ocurrido que sería una buena idea pedirle a James que me acompañara aquí? Debería haberme imaginado lo difícil que resultaría estar tan cerca de él durante tanto tiempo.

Veo con el rabillo del ojo que James se desabrocha el abrigo y dobla la bufanda que llevaba al cuello.

—Si tienes calor puedo bajar un poco más la temperatura del aire —consigo decir.

—Ruby. —Qué familiar me resulta el modo en que susurra mi nombre.

Me agarro con fuerza al volante mientras hago todo lo posible por concentrarme en la carretera. El ambiente entre nosotros cada vez es más tenso, pero yo trato con todas mis fuerzas de no hacer caso.

El semáforo que tenemos delante se pone rojo, freno lentamente y dejo que el coche se deslice hasta la línea de parada. Entonces me atrevo a mirarlo. James me observa, y en sus ojos veo tantísimos sentimientos que me entran ganas de cogerlo, abrazarlo y estrecharlo contra mí.

—Solo quería decir que es…

—Por favor, no —lo interrumpo suplicándole y negando con la cabeza.

Aprieta tanto los labios que un músculo de su mandíbula empieza a temblar. Nos miramos un momento, y hay entre nosotros muchísimas palabras que no pronunciamos.

Pero ahora no puedo hablar con él. No puedo. No, si tengo la sensación de que voy a ceder de un momento a otro.

Acto seguido James aparta la vista y la vuelve al frente.

—Está verde.

Piso el acelerador. Nunca se me había hecho tan largo el camino a la escuela.

17

Ruby

—Creo que me gustaría un poco más tirando al menta —dice pensativa Ember.

Desplazo el cursor por el campo de color un poco hacia la izquierda y arriba hasta que el verde musgo se aclara y adquiere un tono más azulado.

—¿Así?

Mi hermana emite un sonido de aprobación. Guardo el color y voy a la vista previa de WordPress para que podamos observar nuestra obra.

Bellbird, el blog de Ember, ha cambiado su diseño con un nuevo logo, un tema de WordPress más moderno y una fresca paleta de colores. En la parte superior de la pantalla se muestra el último *post*, una guía de moda ética curvy, y justo debajo se encuentran tres ventanas más pequeñas con las miniaturas de los *posts* mejor puntuados. A la derecha ha añadido los enlaces a sus perfiles de las distintas redes sociales y una foto que le hice el verano pasado. En ella está en un prado lleno de flores y lleva un vestido largo de verano con un estampado floral muy escotado. Todavía me acuerdo a la perfección del momento en que un saltamontes saltó sobre ella y yo la fotografié intentando quitárselo de encima… Fue tronchante. Por desgracia, no ha escogido la imagen en la que salía gritando como foto de perfil, sino una en la que se está riendo tiernamente y se aparta un mechón de la cara. Justo debajo de la imagen se lee:

> ¡Hola, soy Ember! Bloguera de moda curvy y amante de las palabras y los pasteles. Todo lo bello me inspira. ¡Disfruta de mi blog!

—Tiene una pinta estupenda —señalo con admiración—. Tope profesional.

—Siempre dices lo mismo —contesta Ember examinando la página web con los ojos entrecerrados. En lo que respecta a su blog, es tan perfeccionista como

yo con mi agenda.

—Lo sé, pero es que es la verdad.

Repaso sus últimas publicaciones de ropa. Aunque yo misma hice las fotos, no me canso de verlas. Ember sale preciosa en ellas. Por enésima vez, me gustaría que mamá y papá no fueran tan críticos con respecto al tema de las redes sociales. Temen que Ember pueda exponer demasiado su privacidad; sin embargo, ella lleva *Bellbird* de forma muy profesional. A estas alturas tiene incluso un par de marcas con las que colabora con regularidad y que le envían sus prendas.

—Por cierto, he visto un vestido que está hecho para ti —comenta de repente mi hermana—. Necesitas uno para la gala, ¿no?

Asiento.

—¡Enséñamelo!

Se acerca un poco el portátil y su diminuto escritorio se tambalea peligrosamente. Yo enseguida cojo mi vaso de naranjada para que no se vuelque. Ya llevamos dos horas sentadas allí, codo con codo, trabajando en su blog mientras la melodiosa voz de Frank Ocean resuena por los altavoces del ordenador.

Ember abre uno de sus marcadores y vemos juntas cómo se va configurando poco a poco la página hasta mostrar un vestido que me arranca un débil suspiro. Tiene un escote en V, es negro y de una tela muy fluida, que se ciñe en la cintura pero que cae en unas suaves ondulaciones a partir de las caderas.

—¿Hay más imágenes? —pregunto, pero en ese momento mi mirada se detiene en el precio—. ¡Madre mía! ¡Cuesta más de doscientas libras! —exclamo, levantando un dedo para cerrar al instante la ventana—. ¿Por qué me enseñas algo tan caro?

Ember me coge de la mano.

—No para nosotras —dice sonriendo—. La empresa me ha pedido que colabore con ellos.

Dudo un instante. Sé que Ember está recibiendo muchas peticiones para colaborar con tiendas, pero eso no significa que tenga que aceptarlas todas.

—Llevas una eternidad buscando —prosigue mi hermana—, y este sería perfecto para un evento tan elegante, ¿o no? Podría pedirlo.

Enseguida niego con la cabeza.

—No, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros vacilante.

—Ni idea. ¿No es raro recibir algo a cambio de nada?

—¿Crees que los actores pagan por los vestidos que piden prestados a los diseñadores para los estrenos y los repartos de premios?

—Con toda sinceridad, nunca he pensado en ello —admito.

—Pues ahora ya lo sabes —replica mi hermana—. Me han ofrecido tres vestidos de prueba e incluso pagarme si escribo una reseña sincera sobre lo que pienso de cómo se adaptan las prendas al cuerpo y esas cosas. Solo me gustaría hacer una foto de nosotras dos, de cómo llevamos los vestidos y cómo nos quedan. Si es que estás de acuerdo.

Vuelvo a contemplar el vestido. Clico las imágenes siguientes y con cada foto me enamoro más de la falda amplia, de ese tejido con aspecto de ser tan suave y de las pequeñas aplicaciones que bordean el escote. Nunca he llevado un vestido tan elegante, exceptuando el que me prestaron los Beaufort el octubre pasado para la fiesta de Halloween.

—No hace falta que te lo pregunte, ¿verdad? —dice de repente, y cuando vuelvo desconcertada la cabeza hacia ella, evita mi mirada. Sonríe resignada—. Seguro que no quieres llevarme contigo, ¿no es así?

—Ember. —Suspiro y tomo aire para darle la respuesta automática. Pero entonces me detengo.

Estas últimas semanas, Ember ha estado día y noche pendiente de mí. Me ha cuidado y no ha dicho ni una sola palabra a mamá y papá sobre lo que ha pasado con James, por mucho que ellos hayan insistido.

Sé lo mucho que desea ir por una vez a una de nuestras fiestas. Y, pensándolo bien, la gala benéfica es una ocasión mejor que cualquier otra de las demás fiestas que se celebran en Maxton Hall. Es la única actividad del año en la que los alumnos, sin excepción, muestran su mejor cara. Acuden a ella demasiados nombres célebres y personas influyentes para que alguien se permita dar una imagen negativa. Se trata por eso de un ambiente elegante, y las posibilidades de que pase algo son relativamente escasas.

Ember me observa con atención. Está inmóvil, como si no se atreviera a mover ni un músculo por miedo a provocar una respuesta negativa.

—Te llevo conmigo —contesto al final.

Los ojos de mi hermana se abren como platos.

—¿Lo dices en serio? —pregunta sin dar crédito.

Inspiro hondo. Estos son los últimos meses que vamos a pasar juntas y

quiero que transcurran de la manera más bonita posible. Pronto dejaremos de vernos cada día y, aunque me alegro un montón de ir a Oxford, la sola idea me aterra.

—Pero pondré un par de condiciones —advierto con voz firme, porque quiero que Ember sepa que lo que voy a decir va en serio. Mueve la mano para que siga—. Te quedarás toda la noche conmigo. Y hablarás solo con gente que yo conozca y a la que dé el visto bueno. De verdad, no quiero que acabes con alguien raro. ¿Entendido?

Ember se me echa al cuello con tanto ímpetu que casi me caigo.

—¡Eres la mejor! ¡No voy a apartarme de tu lado ni un segundo! —exclama.

Le devuelvo el abrazo y cierro los ojos un momento. Siento un amago de preocupación y me pregunto si he tomado la decisión correcta. A fin de cuentas, soy muy consciente de lo que puede ocurrir en estas fiestas. Por otra parte, Ember pronto cumplirá diecisiete años. Es lista y segura de sí misma, y sabe lo que quiere. Quizá debería tener más confianza en ella.

Cuando Ember se separa de mí y me mira con ojos resplandecientes y una amplia sonrisa, me convenzo de que la decisión es acertada.

—Eso significa que podemos comprar ropa de forma oficial. ¡Y que yo hasta tengo la oportunidad de poder llevarla! Además, esta será la mejor entrada del blog de todos los tiempos. ¡¡Qué emocionada estoy!!

Le devuelvo la sonrisa y siento su desbordante y sincera emoción. Es la primera vez en mucho tiempo que me siento tan ligera.

—Si tú eres feliz, yo soy feliz.

Al pronunciar estas palabras la sonrisa de mi hermana desaparece de repente.

—¿Qué sucede? —pregunto.

Ember evita mi mirada. Empieza a abrir páginas de su navegador, pero no parece saber exactamente lo que está haciendo.

—No es tan importante. Es solo que no me puedo creer que estos sean de verdad los últimos meses que vamos a pasar juntas.

—Solo porque me mude a otro sitio no implica que vayamos a dejar de vernos por completo, Ember —digo con suavidad.

Ella vuelve a mirar la pantalla de su portátil.

—Sí, y tú también lo sabes.

Sacudo la cabeza con energía.

—Las cosas cambiarán un poco, pero eso no significa que no vayamos a vernos más. Cada fin de semana volveré a casa, y seguiré ayudándote con tu

blog. Hablaremos por teléfono y por Skype, te enviaré las lamentables fotos de mis almuerzos, te informaré de qué libros estoy leyendo, y…

Me interrumpe con una carcajada.

—Tendrás que prometérmelo, Ruby —dice muy seria justo después.

Rodeo el hombro de mi hermana pequeña con el brazo y la estrecho contra mí.

—Prometido.

James

La semana anterior a la gala es una de las más estresantes de mi vida.

Todavía he de recuperar todas las clases que Lydia y yo nos perdimos antes de Navidad, y además aún queda tanto que preparar para la fiesta que, en un momento dado, ya no sé dónde tengo la cabeza. Ruby y Camille el lunes deciden sustituir las bombillas del Boyd Hall por unas que emiten una luz tenue y crean de este modo una atmósfera más acogedora, así que tengo que conseguir las bombillas. El martes, el pianista decide que por una cantidad irrisoria de canciones quiere cobrar un precio mucho más alto, así que tengo que ir a verlo con Kieran para negociar que baje la suma. Durante el viaje Kieran me convence para que el miércoles escuche los ensayos del coro de la escuela y repase la lista de canciones, porque Ruby no tiene tiempo y Lin «no comprende las sutilezas de la música clásica» (cita textual). Pero el punto culminante es el jueves, cuando se convoca a todo el equipo para pulir la cubertería de plata (no entra dentro de mis tareas favoritas) y doblar las servilletas con forma de mitras de obispo (detestable). Siempre me había considerado una persona muy hábil con las manos, pero por lo visto no es así cuando se trata de seguir las instrucciones para doblar servilletas.

Los chicos me miran mal cuando llego al entrenamiento de lacrosse hecho polvo o ni siquiera asisto, pero no me hacen preguntas. Tampoco sabría cómo explicar lo que me está sucediendo.

Es como si me agarrase a un clavo ardiendo y me negara a soltarlo. En el trayecto de regreso a la escuela Ruby me dejó claro que todavía no estaba preparada para lo que yo tenía que decirle, y esto también lo respeto. Pero ese

momento en la cabina, cuando estábamos tan cerca, con los labios de Ruby a solo un par de centímetros de mi barbilla y yo notando su aliento entrecortado en mi piel… En ese instante comprendí que no estoy luchando en vano.

Y mientras haya ni que sea una chispa de esperanza para nosotros, no cederé. Nunca he sido una persona que destaque por su paciencia, pero, tratándose de Ruby, tengo todo el tiempo del mundo… o me lo buscaré. Ruby lo vale.

Pese a todo, suspiro aliviado cuando el viernes me pongo la ropa de deporte y por fin puedo volver al campo. El circuito de ejercicios que el entrenador nos ha preparado es duro, pero el esfuerzo físico me sienta bien y me distrae de mis pensamientos. Justo ahora tenemos que cargarnos unos a otros a la espalda por el campo. Aunque Alistair es bastante fuerte, al cabo de diez minutos no puede aguantar más mi peso y los dos nos caemos.

—Mierda —farfullo, rodando hasta ponerme boca arriba.

Aunque ya es febrero y se acerca el comienzo de la primavera, todavía hace un frío de muerte y el suelo está jodidamente duro. Estoy bastante seguro de que tengo rasguños en las dos rodillas.

—¡Continuad! —vocifera el entrenador Freeman, soplando con fuerza el silbato.

—¡Vamos allá! —dice Alistair, dando unas palmadas con las manos.

Se coloca de nuevo delante de mí, mientras la pareja formada por Kesh y Wren pasan de largo a nuestro lado.

—Ahora me toca a mí —respondo, señalando mi espalda.

Alistair pone los ojos en blanco, pero acepta lo que le digo y salta. Acto seguido salgo corriendo a toda pastilla, adelanto a mis compañeros de equipo tan rápido como puedo hasta que me arden todos los músculos del cuerpo y la distancia que nos separa de Kesh y Wren va disminuyendo.

Cuando estamos a la misma altura, Wren da un fuerte resoplido.

—¡Otra vez no! —Golpea a Kesh en un costado para que corra más rápido —. ¡Acelera, tío!

Con cara de obstinación, Kesh acelera el paso y yo lo sigo con Alistair espoleándome. Como me pierdo un entrenamiento a la semana, estoy bajo observación. No solo de mis amigos, sino también del entrenador Freeman. No puedo permitirme rendirme ahora, aunque cada vez que respiro el pecho me quema.

Al final Kesh y yo llegamos casi al mismo tiempo. Me falta tanto el aliento que solo consigo con un gran esfuerzo no tirarme de cuatro patas al suelo. Kesh

me tiende el puño y yo se lo golpeo, mientras Wren me da un empujón.

—Eres una bestia. ¿Cómo has podido recuperar la posición tan rápido, Beaufort?

Me encojo de hombros, todavía demasiado agotado para poder pronunciar una sola palabra.

—¡Hoy habéis trabajado realmente bien, chicos! —exclama el entrenador Freeman, mientras da varias palmadas con las manos. Pasa la mirada por cada uno de nosotros y una amplia sonrisa se dibuja luego en sus labios—. Para celebrarlo, invito a una ronda.

Vitoreamos de alegría. Freeman nos machaca en los circuitos de entrenamiento, pero solo dos veces al semestre, y casi siempre nos invita luego a comer unas hamburguesas con patatas fritas en un *pub* cercano a la escuela, con lo cual prácticamente se nos olvida lo mucho que nos ha torturado durante las horas previas.

—¿Qué estará haciendo Lexington aquí? —pregunta de golpe Cyril con la mirada fija en la entrada del campo.

Todo el equipo da media vuelta. Creo que nunca había visto al director en el campo.

—¿Habéis montado algún otro follón, chicos? —oigo que dice alguien detrás de mí cuando el entrenador se acerca a Lexington y conversa brevemente con él. Por supuesto, la pregunta va dirigida a mis amigos y a mí, pero ninguno de nosotros responde. En cambio se me agolpan las ideas. Algo malo debe de haber pasado si el director acude a nosotros. Solo me pregunto qué será.

Poco después Freeman se aproxima corriendo y da unas palmadas.

—¡Cambio de planes, chicos! Id al Boyd Hall. El comité de actos necesita ayuda para montar la fiesta de gala de mañana noche.

Me quedo helado. Son las seis de la tarde. La empresa encargada de la decoración ya debería haber acabado hace rato.

Un murmullo de indignación se extiende entre los presentes y la mirada del entrenador se enturbia.

—¿No me he expresado con suficiente claridad? ¡Al Boyd Hall, ahora mismo!

18

Ruby

Creo que Lin y yo nunca habíamos estado tan cerca de sufrir un ataque de nervios como hoy. Tal como habíamos quedado con James y los otros, a las cuatro de la tarde hemos ido al Boyd Hall para preparar la sala para mañana por la noche junto con la compañía encargada de la decoración. Pero allí no hemos encontrado a nadie más que al conserje Jones, que estaba maldiciendo a voz en grito y de forma no apta para menores por el teléfono, solo para comunicarnos después que la empresa había aceptado por error dos encargos y al final se había decidido por el más lucrativo.

Me he quedado unos minutos en estado de *shock*, nada más, pero luego me he vuelto hacia Lin. Me ha bastado con mirar sus ojos para saber que estaba repasando mentalmente todas las opciones que teníamos.

El conserje Jones nos ha contado que, después de muchos tiras y aflojas, la compañía se ha comprometido al menos a traernos en breve el material de decoración que habíamos pedido. No obstante, somos demasiado pocos para poder prepararlo todo de forma aceptable en tan poco tiempo.

Cuando el director Lexington ha aparecido de improviso y se ha quedado petrificado en medio de la sala vacía y sin decorar, habría querido que se me tragase la tierra. Le explico compungida lo que ha ocurrido, esperando que mueva decepcionado la cabeza y que se busque una nueva dirección para el equipo de eventos, pero para mi sorpresa me informa con decisión que va a buscar ayuda.

Un poco más tarde se abren las puertas del Boyd Hall y entra por ellas el equipo de lacrosse al completo. Con expresión sombría, James se ha encaminado directo al conserje Jones sin dirigirnos ni una sola mirada, mientras yo observaba cómo el director Lexington se plantaba delante del resto del equipo, nos señalaba

a Lin y a mí y decía a los chicos que a partir de ese momento nosotras les daríamos las instrucciones.

Luego he adaptado el piloto automático a la situación y he intentado comunicar a los jugadores de la forma más estructurada posible sus distintas tareas. Ha pasado hora y media desde entonces y en este tiempo ya no estoy al borde de un ataque de nervios, ni Lin tampoco.

—Cada vez va tomando más forma, ¿no lo crees? —opina a mi lado, mientras desenrollamos juntas un cable desde el escenario hasta la mesa de control a través de la sala.

Levanto la vista y contemplo el Boyd Hall. Una gran parte de la decoración ya está colocada en las paredes, el escenario está montado casi del todo y Alistar y Wren han distribuido entre los dos todas las mesas sobre la superficie libre de delante.

—Un poco más a la derecha, Ellington —oigo decir de repente al entrenador, y miro con un poco más de cuidado la distribución.

Oh, no. Entre las mesas hay demasiada poca distancia. Me acerco a Freeman y le sonrío con diplomacia.

—Muchas gracias por su ayuda, entrenador Freeman, pero si se colocan las mesas tan cerca unas de otras, nadie podrá pasar entre ellas.

Parpadea perplejo. Luego carraspea y se hunde más la gorra en la frente. Retrocede y me indica que dé un paso adelante con la otra mano.

—Alistair —digo—. Espera un segundo. —Me acerco a él y le explico cuál ha de ser como mínimo la distancia entre las mesas para que los invitados tengan espacio suficiente—. La primera fila tampoco debe estar demasiado cerca del escenario. No podemos esperar grandes donativos de los presentes si han estado tan cerca de los altavoces que se han quedado medio sordos después de la ceremonia.

Alistair me observa consternado mientras Wren resopla.

—¿Quieres decir que hemos de cambiar de sitio las treinta mesas? ¿Tienes idea de cómo ha sido el entrenamiento de hoy? Estoy que no siento los brazos.

Sonrío amablemente pero con determinación y me quedo mirándolos expectante tanto rato que al final Alistair suspira negando con la cabeza y suelta:

—¡Qué terca eres, Ruby!

Mientras Wren y Alistair colocan las mesas en el sitio correcto, Lin y yo empezamos a comprobar las conexiones de la mesa de control.

—Si esto sigue así, vamos a acabar a tiempo seguro —dice Lin, pero apenas

la oigo porque en ese momento entra James por la gran puerta.

Lleva una mesa y echa un vistazo al plano que Jessalyn le sostiene. Mira a su alrededor y se va directo al extremo más alejado de la sala, donde coloca la mesa justo en el lugar adecuado. Luego se seca la frente con el dorso de la mano.

Alistair no ha exagerado al decir que ya no siente sus brazos; todos los jugadores de lacrosse parecen ahora exhaustos. Hoy tocaba ese terrible circuito del entrenador Freeman. Puesto que ya tengo unas agujetas terribles después de los ejercicios de nuestra profesora de Educación Física, no quiero ni pensar en cómo estarán los chicos mañana.

Observo a James, que pide una botella de agua a Doug y bebe de ella con ansia. Un extraño aleteo se extiende por mi vientre. Con el cabello mojado, las zapatillas de deporte y las mejillas enrojecidas, James no tiene ninguna mala pinta, para nada. Más bien al contrario. Trago con dificultad. De repente me acuerdo de la última vez que lo vi sin aliento, sudado y con la cara enrojecida. Entonces estaba desnudo, me susurraba cosas íntimas al oído y me besaba con pasión.

—Aterriza, Ruby —dice Lin, arrancándome de mi trance—. ¿Puedes darme el cable?

—Sí. —Aparto la vista precipitadamente e intento dirigir mis pensamientos a un terreno inofensivo.

Terminamos todo el montaje a última hora de la tarde. Hemos tardado lo que nos ha parecido una eternidad en extender las tiras de tela en las ventanas y colocar las columnas de luz junto al escenario, para lo que hemos necesitado varios intentos. Se ha producido un incidente cuando se ha caído una parte del escenario y casi mata a Doug, pero por fortuna se ha salvado con solo un susto y un rasguño en el brazo que Camille le ha curado al instante con un primor sorprendente.

Hemos tenido que hacer un par de renuncias (por ejemplo, no hemos podido decorar el techo), pero en general el resultado es correcto. Sobre todo ahora que ha oscurecido y las arañas iluminan con su cálido brillo la sala.

Todas las mesas redondas ya están listas: sobre los manteles blancos hemos extendido unos caminos plateados y encima unos altos candelabros, servilletas dobladas con esmero y una vajilla de porcelana fina. En cada mesa hay un letrero que ha confeccionado Jessalyn con su número correspondiente. A los

lados del escenario cuelgan dos pantallas. Mientras que en la de la izquierda se proyecta la presentación que Doug ha preparado sobre el centro familiar, la de la derecha no parece funcionar todavía. Pero esto me lo miraré más tarde con calma, y en caso de necesidad puedo quedar con el técnico de Maxton Hall mañana por la mañana temprano. Las bombillas que James ha distribuido a principios de la semana bañan algunos puntos del salón con un tono lila azulado, y un proyector arroja pequeños círculos brillantes en las paredes.

A pesar de que todo ha tardado el doble de lo que habría costado si lo hubiesen instalado y montado los trabajadores de la compañía, y aunque no se ve tan profesional como yo habría deseado, estoy orgullosa del resultado.

Ya puedo imaginarme cómo será el ambiente de mañana por la noche: los invitados vestidos con elegancia, el delicioso aroma de la comida, la música clásica y el rostro sonriente de nuestro satisfecho director.

Miro a los chicos, que beben ávidos de las botellas de agua. Sin ellos nunca lo habríamos logrado. Me acerco al grupo con determinación y me aclaro la voz. Veinte cabezas se vuelven hacia mí. El hormigueo en la nuca delata que James también me está observando.

—Gracias por vuestra ayuda —digo, mirando a cada uno de ellos a los ojos. Solo me salto a James. Todavía estoy asustada por las ideas que su presencia ha desatado en mí, y no quiero arriesgarme a ponerme roja como un tomate delante de todo el equipo de lacrosse.

—¿Qué tal si mañana nos invitas a una copa? Aquí, en la gala —sugiere Cyril con una sonrisa irónica—. Sería…, bueno…, divertido.

—Mi oferta sigue en pie —interviene el entrenador Freeman—. Queríamos brindar por el estupendo entrenamiento en un *pub* —informa, volviéndose hacia mí.

—Una propuesta genial, entrenador —interviene Alistair dando unas palmadas—. ¿Qué, seguimos con nuestro plan original? ¿El Black Fox?

Un murmullo de aprobación recorre las filas de los chicos de lacrosse.

—Yo me encargo, como he dicho, de la primera ronda —afirma el entrenador Freeman enderezándose la gorra—. Y extiendo la invitación al comité de actos, señorita Bell. Vosotros también habéis trabajado duro.

—Yo no estaría tan seguro. Sin nosotros habrían estado bien jodidos… —murmura un tipo al que no había visto en mi vida.

—Cállate, Kenton —ordena James en un tono amenazador.

Kenton aprieta los labios.

—¡Vámonos! —grita el entrenador Freeman, señalando con la cabeza la salida.

Los demás se ponen en marcha y Doug, Camille y el resto de mis colaboradores los siguen. Nunca habría pensado que vería a los jugadores de lacrosse y a los miembros del comité de actos salir a tomar algo juntos de forma voluntaria.

Lin me da un leve codazo en el costado.

—Voy a hablar de una vez con Cyril —me susurra con una mirada resoluta —. Al menos así estarán las cosas claras.

Asiento.

—Buena idea.

—Vienes con nosotros, ¿no?

Niego con la cabeza, y la determinación desaparece de los ojos de mi amiga.

—Entonces yo tampoco voy —dice señalando la tablilla en la que apoyo los papeles—. Me quedo a ayudarte.

—Tonterías —respondo, y aprieto la tablilla contra mi pecho para que no pueda ver los puntos que todavía no he marcado con un visto bueno—. Una ocasión como esta no se volverá a presentar así como así. Ve e intenta averiguar a qué se debe su silencio. Y si tan estúpido es, le cantas las cuarenta.

Lin duda un minuto, pero cuando le señalo enérgicamente la salida, gira sobre sus talones y corre tras los demás. El golpeteo de las suelas de sus zapatos resuena por la sala, seguido de un fuerte chasquido cuando la puerta se cierra tras ella.

Entonces me dedico de nuevo a mi lista. Emito un leve suspiro al notar que esa sensación que experimento desde hace semanas en mi pecho, en mi vientre y en todo mi cuerpo se vuelve todavía más pesada en lugar de aligerarse. Me pregunto cuándo acabará esto. Aparto esos pensamientos de mi cabeza y me dispongo a revisar los puntos de la lista.

Primero voy al piano de cola, que han colocado a la derecha del escenario, y limpio con cuidado las huellas de los dedos de los ayudantes, que han quedado marcadas en la superficie negra brillante. Luego pongo una música tenue en el móvil y me lo guardo en el bolsillo posterior del pantalón. Mientras escucho la sosegadora voz del cantante de Vancouver Sleep Clinic compruebo que las tarjetas con los nombres y el número de cubiertos de cada mesa sean correctos.

—No te has ido con el grupo —suena de repente una voz a mis espaldas.

Doy media vuelta y veo a James en el umbral del Boyd Hall. Sigue llevando

la ropa de deporte y ha metido las manos en los pantalones negros de *jogging*. Su mirada es inescrutable.

—Aún me quedan cosas por hacer —respondo levantando el portapapeles.

James entra en la sala y el corazón me da un vuelco aunque todavía está a varios metros de distancia.

—¿Puedo ayudarte?

Niego con la cabeza sin pensar.

—No, no es necesario, gracias. —Luego me vuelvo hacia la mesa que está a mi lado, aunque estoy bastante segura de que acabo de revisarla.

—No tienes por qué hacer el resto tú sola. —Noto su voz más cerca que antes—. De todos modos, me siento culpable por el fallo de la compañía.

—No ha sido culpa tuya —musito.

No sé si soy capaz de estar a solas con él en una habitación. Si está delante de mí y me observa con su mirada profunda, hasta el gran Boyd Hall se vuelve diminuto de golpe. Como si no hubiera cinco metros entre nosotros sino solo unos milímetros. Todo mi cuerpo se siente atraído por él sin que pueda hacer nada por remediarlo.

Contengo el impulso de volverme e ir hacia él, aunque sé que entonces me sentiría mucho mejor. Incluso después de todo el tiempo y de todas las cosas que han pasado. Inspiro una gran bocanada de aire y reviso el portapapeles con mis notas. Si a James se le ha metido en la cabeza ayudarme, no se irá tan deprisa. Ya lo ha demostrado estas últimas semanas.

—Hay que comprobar otra vez el proyector. No se ve ninguna imagen en la pantalla de la derecha —digo al cabo de un rato, atreviéndome a dirigir la vista hacia él.

Sigue observándome con esa mirada que no puedo descifrar. Asiente.

—De acuerdo.

Se acerca a la mesa de control en el centro de la sala y yo lo sigo a cierta distancia. Por Dios, ¿por qué estoy tan tensa? No debería pasar esto entre nosotros. Aunque no sé qué debería pasar exactamente.

Lo nuestro se ha acabado.

«Se ha acabado. Se ha acabado. Se ha acabado.»

Todavía he de convencer a mi corazón de esta realidad. Y a mi cuerpo.

James se coloca detrás de la mesa de control y revisa los distintos enchufes conectados a varias tomas de corriente. Se concentra en los cables y comienza a seguirlos con la mano uno por uno para ver a qué pertenece cada uno. Luego

comprueba la parte posterior del proyector de la derecha. Saca un cable y vuelve a meterlo, pulsa el botón para encenderlo y apagarlo, frunce el ceño cuando no sucede nada.

Entonces me mira de nuevo.

—Ruby, he de decirte algo —confiesa en un susurro.

El corazón vuelve a darme un vuelco.

—¿Qué? —contesto con un hilo de voz.

James levanta el cable y lo agita.

—Está roto.

Parpadeo varias veces y consigo ver el cable que sostiene. En efecto, tiene una parte rota. De la funda de goma salen unos pequeños alambres de colores.

—Oh.

James baja con lentitud el cable.

—Da la sensación de que esperabas que te dijera otra cosa.

Ese tono de voz… Tan profundo, aterciopelado y con esa serenidad tan agradable… Se me pone la piel de gallina, aunque niego al instante con la cabeza. Sin embargo, antes de que pueda contestar nada, James prosigue:

—Si ya estás preparada para escucharme, no tengo problemas en decírtelo al fin.

Retengo la respiración. Solo puedo mirarlo, así de simple, soy incapaz de hacer ninguna otra cosa ahora mismo.

—Lo siento —dice de repente.

—James… —susurro.

—Hay tantas cosas que quiero decirte… —continúa él también en un murmullo, al tiempo que acorta un poco la distancia entre los dos. Creo que no es consciente de que su cuerpo se mueve hacia el mío, como si yo fuera un imán que lo atrae.

«Es exactamente lo mismo que me ocurre a mí», me gustaría decir. James colma todos mis sentidos, así de claro, cuando está frente a mí y me mira de este modo. Me flaquean las rodillas, el suelo bajo mis pies parece volverse líquido.

La verdad es que son tantas también las cosas que yo quiero decirle, tantas palabras…, pero no puedo pronunciar ninguna cuando me mira así. Se me seca la garganta, he de carraspear.

—Estamos aquí por la gala. Por el comité de actos. No para hablar.

—Pero yo necesito hablar contigo. Joder, Ruby, ya no soporto ni un segundo más. —Son palabras apasionadas, pero su voz sigue siendo infinitamente suave.

Como si tuviera miedo de espantarme si habla demasiado alto.

Tras sus ojos color turquesa percibo los pensamientos agolpándose. Los convierte en palabras al instante. Lo noto. El aire que nos rodea está como electrizado.

—Por favor, Ruby. No has de decir nada. Basta con que me escuches, por favor —suplica.

No puedo moverme. Cuando se acerca un poco más, me limito a quedarme ahí, con la espalda rígida y las manos temblorosas. Ahora tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder verlo.

Su mirada profunda recorre mi rostro y es como si me tocara. Su piel sobre mi piel, las yemas de sus dedos recorriendo mis mejillas, mi nariz y mi boca. Mi cuerpo aún recuerda sus caricias a la perfección.

—Lo siento —susurra.

—¿Qué es exactamente lo que sientes? —pregunto un par de segundos después con voz ronca.

En Nochevieja me propuse cerrar el capítulo «James Beaufort», pero ahora… ahora noto como si estuviéramos a punto de abrir uno nuevo.

—Todo. —La respuesta me llega al instante—. Así de simple: todo.

Se me acelera la respiración. ¿Qué hace James para que me sienta perdida y recuperada al mismo tiempo? Sus palabras ponen mi mundo patas arriba. Al mismo tiempo me parece como si me encontrase en un cuento: en medio de una sala decorada con elegancia y con el chico que tanto me importa justo delante de mí.

Pero debería concentrarme en la gala. No en estos sentimientos. No en el hecho de que me dé la sensación de estar en un cuento porque la sala esté preciosa y tenga delante el chico que tanto significa para mí.

—Lo siento —repite James. Aunque su mirada es nostálgica y está llena de dolor, veo que es franco por primera vez desde que sucedió todo. En este momento James no se guarda nada; distingo la esperanza y el cariño en sus ojos, y algo más que me corta la respiración.

Este es mi James.

Mi James.

Da igual lo que haya ocurrido entre nosotros: siempre será una parte de mí como yo la seré de él.

La idea me conmociona y sacude mi corazón herméticamente cerrado.

—Me he comportado como un idiota —murmura, acercando su mano a mi

rostro.

Todas las palabras en la punta de mi lengua desaparecen cuando siento la calidez de su mano en mi mejilla. Tengo que cerrar los ojos, porque ese momento me supera.

—Cuando mi padre me contó que mi madre había muerto, sentí como si el mundo se me hubiese caído encima y me hubiese enterrado debajo de él. No tenía la mente clara, destruí lo que había entre nosotros, y estoy muy arrepentido.

Algo en lo más profundo de mi ser se rompe: me inunda una oleada de sentimientos que creía de veras que ya hacía tiempo que había superado.

Vuelvo a abrir los ojos despacio.

—Me has hecho mucho daño —musito.

James me mira desesperado.

—Me arrepiento tanto de haberte herido, Ruby… Desearía poder dar marcha atrás.

Niego con la cabeza.

—No sé si seré capaz de olvidarlo algún día.

—No tienes por qué. Ni yo tampoco. Lo que hice esa noche fue el mayor error de mi vida. —Inspira tembloroso—. Comprendo que no puedas perdonarme. Pero debes saber que lo lamento con todo mi corazón. —Aprieta los labios y mira un momento hacia abajo. Parpadea entonces varias veces. Me doy cuenta de que está luchando por contener las lágrimas. A mí también me escuecen los ojos a causa de sus palabras.

James necesita unos segundos para recuperarse.

—Soy consciente de que tú no eres responsable de hacerme feliz, Ruby. Yo no me refería a eso. No veo en ti ningún remedio milagroso para mis males. Me expresé mal. —Se pasa la mano por la cara—. No tienes por qué perdonarme. Y no tenemos que volver a estar juntos. Solo quiero que sepas lo mucho que significas para mí. Quiero que formes parte de mi vida, no me importa de qué modo.

El pecho de James sube y baja deprisa, tiene los ojos vidriosos.

—La persona que conociste en Oxford…, así soy yo de verdad. Y deseo tener más días contigo para demostrártelo.

La noche que pasamos en Oxford fue la más bonita de mi vida, pero desde entonces no me he permitido ni pensar en ella por miedo a desmoronarme. Aunque ahora me consiento recordar. Recuerdo nuestras conversaciones. La

manera en que me contó sus temores y sus sueños. Cómo nos apoyamos el uno al otro.

Ver así a James me recuerda a Oxford. En este momento vuelve a ser el hombre que me mostró allí por primera vez. El hombre del que me enamoré.

Doy con cuidado un paso hacia delante y rodeo su cintura con los brazos.

James se pone tenso, como si esto fuera lo último que se esperaba. Me quedo quieta cuando sus brazos temblorosos me envuelven con delicadeza, como si hubiese olvidado cómo abrazarme correctamente. Cierro los ojos cuando recorre con dulzura mi espalda y vuelve a susurrar una disculpa.

Después de unos segundos deslizo las manos hacia sus caderas y las cierro agarrando la tela de su camiseta. Cuando James apoya la boca en mis sienes, siento el tacto del tejido entre mis dedos.

—Lo siento tanto… —murmura de nuevo.

—Lo sé —susurro yo.

Nos quedamos así, bajo la lámpara de araña, en medio del Boyd Hall, justo delante de la mesa de control. James me retiene casi sin fuerza, de modo que podría liberarme en cualquier momento de su abrazo si así lo quisiera. Pero eso no va a suceder, pues hacía una eternidad que no me sentía tan bien, como si después de un largo viaje por fin hubiese llegado a casa.

Las manos de James recorren mi espalda con suavidad, su aliento me hace cosquillas en el pelo y su pecho se eleva y desciende al mismo compás que el mío mientras sus palabras me invitan a creer que tal vez sí hay esperanza para nosotros.

19

Ember

Maxton Hall es el no va más.

Por supuesto que había visto fotos de la escuela en internet cuando Ruby solicitó la beca, pero contemplar en persona el imponente edificio con sus torrecillas, su gigantesca fachada y los suaves arcos de las ventanas es algo totalmente distinto.

Ruby ni siquiera ha bajado todavía del coche cuando yo ya casi he cruzado el aparcamiento. He de esforzarme para levantar el largo borde de mi vestido verde oscuro y protegerlo del barro. Anoche llovió, y los vestigios del chaparrón se ven por doquier. Aunque ya hemos preparado las fotos para el blog, no querría hacer aparición en mi primera fiesta de Maxton Hall con un vestido sucio.

—¡Espera un momento, Ember! —oigo que grita Ruby cuando llego al gran portalón de hierro fundido que da al atrio de Maxton Hall. Está provisto de unos sinuosos elementos decorativos que en el punto más elevado del arco forman las iniciales de la escuela.

La visión quita el aliento.

Saco el móvil, pongo la cámara frontal y lo sostengo en alto. Procuro que en el encuadre salgamos la gran puerta, la escuela al fondo y yo, pero no logro que salga como me habría gustado.

—¿Podrías sacarme una foto más? —pregunto a Ruby cuando se acerca a mí. Sin esperar su respuesta, me deshago de la chaqueta y se la tiendo a ella junto con el móvil—. Sería perfecto si la escuela se viera al fondo. Está tan maravillosamente bien iluminada…

—Una foto —dice Ruby colocándose en posición—. Y entramos.

Asiento.

—A sus órdenes.

Cuenta hasta tres y yo miro a cámara con una sonrisa resplandeciente.

Luego Ruby me devuelve la chaqueta, espera a que me la haya vuelto a poner y me pasa el móvil.

—Qué guapa estás —dice mi hermana.

—Tú más —replico. Entonces levanto el móvil, pongo de nuevo la cámara frontal y acerco a Ruby a mi lado—. ¡Sonríe!

Sonreímos juntas a la cámara. Después de haber pulsado al menos diez veces el disparador, Ruby se libera de mí y yo doy un rápido repaso a las fotos.

No puedo evitar sonreír al ver mis fotos delante de la escuela.

Hace apenas tres años era para mí una auténtica tortura encontrar ropa de mi talla que no solo me sentara bien sino que además fuera bonita. Las prendas XL suelen estar cortadas de una forma que me queda rara, pues yo, aunque estoy gorda, tengo cintura, y la mayoría de los diseñadores parecen pensar que todas las obesas compartimos la misma constitución. Pero eso no responde a la realidad. Por eso estoy tan contenta de los progresos que hago con mi blog: me permiten llevar un vestido como este en una velada como la de hoy y sentirme tan glamurosa como cualquiera.

Si tuviera que escribir con letras mis sentimientos, quedaría algo así:

¡KDJGDHUSGUAOHBES!

Lo que me hace pensar que seguramente paso demasiado tiempo con mi portátil.

—¿Ember? ¿Vienes?

Me apresuro a reunirme con Ruby, que está mirando su reloj. Llegamos puntuales, es posible que incluso demasiado pronto, pero mi hermana está de los nervios. Siempre se pone así antes de uno de estos eventos que organiza para Maxton Hall. Me pregunto de dónde saca las reservas de energía para los preparativos de estas fiestas. Yo ya me paso todo el día ocupada entre los deberes y mi blog, y no tengo que prepararme para los exámenes finales ni para estudiar una carrera en Oxford. A veces me da la impresión de que es un robot, un robot que de tanto en tanto aparece con unos círculos oscuros debajo de los ojos. Mamá le pregunta a menudo si no se excede un poco, pero Ruby asegura que su trabajo la divierte. Y me lo creo.

—Esto será todo —digo, pero me temo que mi voz no haya obrado el efecto tranquilizador que quería conseguir. Estoy demasiado desorientada y nerviosa.

—Gracias. —Ruby me mira de reojo con inquietud—. Todavía te acuerdas de nuestro pacto, ¿verdad?

—Me quedaré a tu lado y solo hablaré con gente a la que tú antes hayas dado

el visto bueno —recito.

Ella asiente complacida.

Pongo los ojos en blanco. A Ruby le da pánico que me haga amiga de gente que a ella no le gusta. No obstante, yo es de lo que más ganas tengo. Asisten a esta escuela hijos e hijas de políticos, actores, aristócratas y banqueros, y es la ocasión perfecta para establecer contactos. Se me da bien charlar y hacerme amiga de la gente que esté dispuesta a mirarme y que no me vaya a dejar al margen desde un principio a causa de mi peso.

Cuando entramos en el Boyd Hall, Ruby me coge del brazo.

—¡Uau! —exclamo en un murmullo mirando a mi alrededor.

La entrada a la sala es más suntuosa que cualquier otro edificio que yo haya visitado. Es incomprensible que forme parte de una escuela. Mientras que las actividades de mi instituto se celebran en un gimnasio, el suelo aquí no es de un linóleo de color verde vómito, sino de un mármol brillante. Las paredes blancas seguro que miden cinco metros de altura y están decoradas de estuco blanco y unos delicados detalles dorados. En el centro, una amplia escalinata con sinuosas barandillas de madera conduce al piso superior con galería.

No sé adónde mirar primero. Mi campo visual está lleno de trajes costosos así como de vestidos de alta costura de chifón, seda y tul, y mi corazón cada vez late más deprisa. Sin embargo, esto es solo la entrada.

Dejamos las chaquetas en el guardarropa y luego sigo a Ruby hasta la sala de actos propiamente dicha, donde me quedo sin respiración.

El Boyd Hall parece como sacado de un cuento de hadas. Ruby ya me ha contado de camino aquí todo el trabajo que tuvieron que hacer ayer, el montaje y la decoración, pero no me imaginaba que fuera tan maravilloso.

Unos camareros con bandejas con copas llenas de champán y zumo de naranja se desplazan entre las mesas, y en un piano de cola negro un músico con frac interpreta una melodía clásica que resuena por toda la sala.

—No me puedo creer que hayas organizado todo esto —susurro dando a Ruby un ligero codazo en el costado.

—Ha sido todo el equipo —responde automáticamente. Entrecierra los ojos y observa las mesas redondas en el centro de la sala alrededor de las cuales algunos invitados ya han tomado asiento; luego las mesas largas en el lado izquierdo, donde más tarde se supone que expondrán el bufé. Conozco esa mirada a la perfección: Ruby controla si todo está tal como ella ha planeado que esté.

—¡Ruby! —No conozco la voz que acabo de oír.

Vuelvo la cabeza y descubro a un chico pálido con una media melena oscura y unos bonitos ojos color ónix rodeados por unas espesas pestañas. Tiene una mandíbula pronunciada y unos pómulos altos que, en cierto modo, no encajan con su aire juvenil y su alegre y resplandeciente mirada.

—Hola, Kieran —responde Ruby, y sonríe de una forma que nunca antes había visto. Es amable, profesional, pero al mismo tiempo reservada. En cualquier caso, no es la sonrisa de mi hermana.

—Los encargados del *catering* han llegado hace diez minutos y están preparándolo todo en la habitación de al lado —dice Kieran antes de detener la vista en mí—. Hola, soy Kieran. Tú debes de ser Ember. —Me tiende la mano y yo, de forma automática, se la estrecho. Miro a Ruby perpleja. En realidad daba por hecho que nadie en esta escuela sabía nada de mí ni de nuestra familia; a fin de cuentas, Ruby nunca ha dicho ni mu sobre Maxton Hall en casa. Pensaba que la separación entre lo privado y lo escolar era estrictamente válida para ambas partes. Que este chico sepa mi nombre me desconcierta un poco.

—Me alegro de conocerte, Kieran —digo.

Cuando me suelta la mano, sonríe a Ruby y sus mejillas se enrojecen a simple vista.

«Ajá.»

Es evidente que Ruby tiene un admirador en esta escuela. No me sorprende que no me haya contado nada al respecto. Ruby casi nunca habla de sus sentimientos. A veces me pregunto cómo puede lograrlo y no estallar. Yo no sería capaz de contener de ese modo lo que siento, ni los sentimientos buenos ni los malos. Cuando me pasa algo, lo expreso en voz alta. Si estoy feliz, lo exteriorizo al momento. Ruby es más controlada que yo y mucho menos impulsiva.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Ruby y Kieran se dirigen hacia el escenario. Los sigo deprisa para escuchar durante diez minutos lo que hay que tener en cuenta en el transcurso de la velada. Miro a mi alrededor con disimulo, pero Ruby me va controlando de vez en cuando, como si tuviera miedo de que a la primera oportunidad fuera a escaparme y a tirarme a los brazos de un alumno cualquiera de Maxton Hall. Calculo cuánto tardará en relajarse un poco o en estar demasiado ocupada al menos para no estar pendiente de cada paso que doy.

Cuando la gala da comienzo, me siento al fondo, a una mesa medio vacía, de

modo que apenas puedo distinguir lo que sucede en el escenario. Estos son los asientos para el comité de actos, según me ha explicado Kieran, y, en efecto, un puñado de alumnos van llegando en intervalos irregulares y se sientan unos instantes para beber algo, volver a levantarse al cabo de tres minutos y desaparecer.

En este momento un chico joven habla sobre su depresión y explica que solo gracias a la ayuda del centro familiar consiguió recuperarse. Es una confesión muy conmovedora, que tiene a toda la sala en vilo. Veo que algunos invitados se secan los ojos con un pañuelo o asienten concentrados con el ceño fruncido. A mi lado, Kieran también parece totalmente atrapado.

—Eh —le llamo por lo bajo—. Voy un momento a buscar una bebida. ¿Quieres algo?

—Te acompaño —dice enseguida, disponiéndose a levantarse.

—Tonterías —respondo con un gesto de rechazo.

Kieran duda un momento, su mirada oscila entre mí y el orador.

—No, gracias.

Asiento y voy al bar, donde el camarero me sonríe con amabilidad y me pregunta qué quiero beber.

—Una copa de champán, por favor —contesto como si fuera lo más natural, pero o bien se me nota que tengo dieciséis años (¡casi diecisiete!) o tiene indicaciones de no servir alcohol a los alumnos, pues niega lentamente con la cabeza.

Suspiro. Así que no me queda otro remedio que probar el ponche que han colocado en el bufé junto al bar. Cojo uno de los bonitos vasos de cristal, lo expongo a la luz y observo como en un caleidoscopio los coloridos puntos luminosos que bañan la sala con un suave resplandor.

En el momento en que empiezo a verter ponche del gran cuenco en mi vaso, estalla un aplauso atronador en la sala. Es evidente que el discurso ha concluido.

Me retiro unos pasos a un lado para no bloquear el camino a otros invitados que se aproximan al bufé.

—Hola, preciosidad —suena a mi lado una voz.

Me quedo helada. Luego aprieto los dientes.

No es la primera vez que se dirigen a mí de este modo. Algunos chicos de mi escuela apostaban quién iba a ligar antes conmigo con estos piropos…, supongo que solo para divertirse.

Me pongo a la defensiva automáticamente y me vuelvo con el vaso en la

mano.

Un chico está delante de mí. Su rostro es atractivo, la boca bonita y de labios carnosos, la tez oscura, y tiene unos ojos casi negros con unas pestañas que envidio un poco por lo rizadas que son. Es algo más alto que yo, tiene el pelo corto y crespo, y una ligera sombra en la barbilla. También él va de traje, pero no se ve tan atildado como los otros invitados. Lleva la corbata un poco suelta y la chaqueta negra cortada a medida abierta. Da la impresión de que se ha esforzado por presentar un aspecto lo más negligente posible. Como si acudiera a muchas de estas presentaciones y con el tiempo se hubiera hartado de ellas.

Es probable que haya venido a hablar conmigo porque está aburrido.

Miro a mi alrededor con discreción. En esta situación, lo habitual es que haya unos cuantos chicos apostados a pocos metros de distancia de su amigo y dispuestos a divertirse a mi costa. Pero no parece que nadie esté observándonos, lo que casi acrecienta todavía más mi incredulidad.

—Hola —respondo. El tono de mi voz es duro y reservado, el puro reflejo de mis emociones.

El tipo recorre con la mirada todo mi cuerpo solo para detenerse un instante demasiado evidente en el gran escote de mi vestido.

—Nunca te había visto aquí —prosigue, volviendo la vista a mis ojos. Y cuando su rostro adquiere una expresión burlona, en mi mente se produce un clic.

Conozco a este tipo.

De acuerdo, conocerlo no lo conozco, pero lo sigo en Instagram. Su nombre de usurario es «kingfitz», pero sé que en realidad se llama Wren Fitzgerald. Su *feed* está lleno de fotos de artículos de lujo, fiestas y chicas, y a sus historias siempre sube vídeos y fotos en los que está medio desnudo o finge estar medio dormido. Yo no me lo trago. Es imposible que alguien esté tan guapo cuando acaba de despertarse.

—Porque no estudio en Maxton Hall —respondo, bebiendo un sorbo de mi vaso. Siento la boca seca y me late bastante deprisa el corazón. ¿Cómo es posible que esté tan alterada solo porque este tipo tontee conmigo?

—Ya me lo había imaginado —murmura Wren, y en las comisuras de sus labios distingo una incipiente sonrisa. Es un gesto desenvuelto, como si fuera demasiado perezoso para forzarse a sonreír de verdad. Como si eso precisara demasiada energía, que él ahorra para algo distinto, más indecente. Me acaloro solo de pensarlo—. Soy Wren —dice al final, tendiéndome la mano.

Dudo un instante. Echo otro vistazo a mi alrededor, en algún lugar deben de estar sus amigos. No me creo que esto no sea una broma. A ver, tengo seguridad en mí misma. Y la idea de que se dirijan a mí en una fiesta no me resulta del todo disparatada. Pero no un sujeto como este.

—¿Dónde están? —pregunto.

Parpadea desconcertado y baja la mano.

—¿Dónde están quiénes?

—Los amigos que te han animado a tontear conmigo.

—¿Qué es lo que te hace pensar que necesito que alguien me anime para hablar contigo?

Arqueo una ceja con ironía.

—Va, venga.

Nos miramos y los dos fruncimos el ceño. En el escenario, el pianista vuelve a tocar, pero la melodía no acaba de envolverme. Estoy demasiado ocupada intentando averiguar cuáles son las intenciones de Wren.

—Hazme caso, me basto yo solo para hablar con una chica guapa —acaba diciendo.

Voy a replicar pero me echo atrás. Entonces observo a Wren con mayor atención. Las comisuras de sus labios no se arquean como las de los chicos que me han hablado en las fiestas de la escuela, y en sus ojos tampoco hay ningún brillo malicioso.

A lo mejor de veras quiere flirtear conmigo. No porque alguien lo haya persuadido para hacerlo, no porque sea una broma tonta, sino simplemente porque me encuentra tan atractiva como yo a él.

Estoy bastante segura de que es la última persona con quien debería hablar esta noche. No sé qué pensar de la situación y no sé qué pensar de él, pero justo esto es lo que despierta mi curiosidad.

—Me llamo Ember —contesto al cabo de un rato.

—Encantado de conocerte, Ember.

Me gusta cómo pronuncia mi nombre. Casi un poco vacilante, como si estuviera practicando.

—Igualmente, Wren.

En realidad se me dan bien estas conversaciones triviales, pero en este momento no tengo ni idea de qué decir. Conozco la imagen *online* de Wren, y también sé qué impresión doy yo entre mis seguidores: siempre alegre, optimista y dispuesta a bromear. Pero hay un montón de noches que estoy deprimida y

lloro a escondidas en mi habitación. Nadie lo sabe, ni siquiera mi hermana. Por eso dudo a la hora de juzgar a gente basándome en su perfil de redes sociales. Y tengo curiosidad por saber cómo es Wren en realidad y si se esconde algo más detrás de esta fachada.

Tal vez debería hacer un esfuerzo y no ser tan reservada. Charlar un rato con él tampoco me hará daño.

—Entonces ¿a qué escuela vas? —pregunta Wren al tiempo que pilla un vaso de zumo de naranja de la bandeja de un camarero que pasa por nuestro lado—. ¿A Eastview tal vez?

Niego con la cabeza.

—Voy a la de Gormsey.

Por una fracción de segundo Wren parece quedarse petrificado. Se detiene en medio del sorbo y me mira con perplejidad, luego parpadea y se recobra.

—Suena exótico.

Me pregunto si solo me habré imaginado esa reacción suya tan extraña.

—Nadie conoce ese pueblo —digo con calma—. No eres el único.

—¿Así que has venido acompañando a alguien? —pregunta examinándome con interés.

—He venido con mi hermana. Hace más de dos años que estudia en Maxton Hall.

—Pues me alegro un montón —replica Wren.

Medito unos segundos sobre a qué se referirá.

—¿Por qué?

Ahora Wren sonríe del todo: una sonrisa con dientes y arruguitas alrededor de su boca.

—Bueno, si tu hermana no viniera a esta escuela no nos habríamos conocido. Y eso habría sido una pena. ¿No crees?

Susurra las dos últimas palabras y tiene un toque tan íntimo que se me pone la piel de gallina. No puedo hacer otra cosa que asentir, como si me hubiese hipnotizado, aunque en mi cabeza están sonando todas las alarmas y me llaman a la prudencia.

—¿Por qué me miras así, Ember? —pregunta en voz baja y su sonrisa se va desvaneciendo lentamente y se convierte en algo distinto. Da un paso hacia mí y casi nos tocamos. Tan solo debería mover un milímetro la mano para coger la suya. Me pregunto qué sentiría. Si su piel es cálida.

Me aclaro la voz.

—Yo…

Wren se acerca aún más. Tanto que siento su aliento en mis sienes. De nuevo tengo el impulso de mirar a mi alrededor, pero lo reprimo.

—¿Qué te parece si salimos y nos vamos a un sitio donde podamos…?

—Wren —lo interrumpe una voz profunda que me arranca de mi inmovilismo.

Me separo de inmediato un paso y me doy la vuelta.

Es James Beaufort.

El James que le ha roto el corazón a mi hermana mayor.

El James que besó a otra chica y fue el causante por ello de que Ruby se comportara en Navidad como una zombi enferma de amor.

Una oleada de indignación se apodera de mí, pero él sigue hablando.

—Veo que has conocido a la hermana de Ruby —dice en un tono neutro.

En los ojos de Wren aparece una extraña expresión.

—Conque la hermana de Ruby, ¿eh?

Asiento despacio y miro alternativamente a uno y a otro.

—Por lo visto tengo buen gusto —comenta con una entonación casi burlona que no tiene nada que ver con ese íntimo susurro de antes—. Si todavía te apetece…

—No creo que a Ember le apetezca. Da igual el qué. Largo, Wren —vuelve a intervenir James. El tono de su voz es autoritario, no admite réplicas. Me pregunto si siempre habla de esta manera con sus amigos, y en caso de que así sea, cómo es posible que tenga tantos a pesar de todo.

La sonrisa desaparece del rostro de Wren y de repente se lo ve bastante cabreado. Sacude la cabeza y murmura un taco no apto para menores. Luego me mira de nuevo.

—De veras me habría encantado continuar nuestra conversación, Ember.

Acto seguido, se inclina hacia delante y me da un beso en la mejilla. Cuando se aparta, no me mira a mí sino a James.

Antes de que yo pueda decir algo, da media vuelta y desaparece entre la multitud. Me toco la mejilla en el lugar en que me ha besado, mientras los ojos duros de James siguen a Wren. ¿Por qué tengo la sensación de que solo me ha besado para fastidiar a James?

—Lo siento, Ember —murmura este.

Luego sale tras Wren y yo vuelvo a quedarme sola junto al bar.

James

Encuentro a Wren en la sala de la entrada, con los chicos. Cuando entro en su pequeño círculo, Cyril levanta la mano.

—¡Beaufort! ¿A qué debemos el honor?

Lo ignoro y me quedo mirando a Wren.

—Pero ¿tú qué te has pensado? —le suelto.

No responde a mi pregunta, sino que bebe un gran trago de una petaca.

—Wren.

Pone los ojos en blanco.

—Solo he hablado con ella. No hagas una montaña de un grano de arena.

—Joder, es la hermana de Ruby. No le pongas los dedos encima.

Wren resopla con desprecio.

—Se me están quitando las ganas de ser tan considerado contigo.

Arqueo una ceja de incredulidad.

—¿Considerado? ¿Cuándo has sido tú considerado, por favor?

—¿Sabes qué, Beaufort? Que te follen —contesta, vacía el resto de la petaca de un trago y se seca la boca con el dorso de la mano.

—Wren —le advierte Kesh.

—No, Kesh. Ya estoy harto de tener que pensar siempre en los sentimientos de James. —Wren se vuelve de nuevo hacia mí—. Todo lo que nos sermoneaste en verano era pura palabrería. Ahora te saltas los entrenamientos porque colaboras con el puto comité de actos, dejas las fiestas para irte con tu novia, y cuando quiero ligar con alguien vas de mojigato. Me da la impresión de que te importamos una mierda. Ya ni escuchas cuando se te intenta contar algo.

—Eso es mentira —respondo.

Mueve la cabeza.

—¿Sabes qué? Ocúpate de tus asuntos. Al fin y al cabo, es lo único que se te da bien últimamente.

Lo miro confuso.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Wren se da la vuelta y avanza dos pasos solo para detenerse, girar sobre sus talones y señalarme enérgicamente con el dedo.

—Justo a esto es a lo que me refiero —farfulla—. Hace siglos que intento mantener una conversación normal contigo, pero no te interesa en absoluto.

—Venga, Wren.

En lo más profundo de mi ser sé que lo que dice es verdad. La última vez que salimos juntos mencionó algo a lo que yo no hice caso porque solo pensaba en Ruby. Ahora siento remordimientos.

—¿Qué dices de «Venga, Wren»? Tengo razón, y lo sabes. Lo único que ocupa tu mente es Ruby. En tu vida no cabe nada más, al parecer —dice alterado.

—Yo… —Me falla la voz. Al mismo tiempo me invade la cólera—. Tengo ahora muchas cosas en la cabeza, pero eso no tiene nada que ver con ella. —Desearía hacérselo entender de algún modo.

—Te has vuelto así desde que la conociste, por lo que no intentes protegerla. Da ganas de vomitar, ya no te reconozco.

—Tranquilízate, Wren —tercia Kesh poniéndose en medio, pero Wren lo aparta a un lado y da un paso hacia mí indignado.

—Haces como si Ruby fuera el remedio para tu, ay, mala vida. Como si fuera una santa. Pero no lo es —sisea.

Lo miro frunciendo el ceño.

—Comprendo que estés enfadado. He sido una mierda de amigo y lo siento, pero no metas a Ruby en esto. Tú no la conoces.

Wren menea la cabeza con desprecio.

—Pues resulta que conozco a Ruby bastante bien. Si últimamente me hubieras prestado más de dos segundos de atención, te habría contado lo «bien» que la conozco.

Abro la boca, pero no soy capaz de pronunciar palabra.

Conozco ese tonillo. Y sé a qué se refiere.

También Wren parece entender que se ha ido de la lengua. Aprieta los dientes tanto que se le marcan los huesos de la mandíbula.

—¿De qué estás hablando?

—Puede que este no sea el lugar adecuado para esta conversación —murmura Alistair, pero yo niego con la cabeza.

—¿A qué te refieres? —insisto.

Wren duda, pero mi mirada es inflexible. Al cabo de un par de segundos carraspea.

—Ruby y yo nos enrollamos una vez en una fiesta de vuelta a la escuela.

Se me acelera el corazón, tengo un nudo en la garganta.

—Vaya, qué sorpresa —interviene Cyril, y se diría que parece casi contento —. Todo este tiempo Ruby te ha escondido que se lo montó con tu mejor amigo.

—Cierra el pico, Cy —farfullo.

—Por lo visto no es solo esa chica normal y corriente tan amable —prosigue impertérrito—. A lo mejor ahora dejas de una vez de idealizarla.

—Una palabra más, Cy, y te juro…

—Tiene razón —me interrumpe Wren—. Si tú fueras tan importante para ella como ella lo es para ti, ya hace tiempo que te lo habría contado.

Voy hacia él y lo agarro por las solapas. No se defiende, sino que me mira sombrío.

—Sabes que te digo la verdad. De lo contrario, no te pondrías así.

Sus palabras se repiten en mi cabeza, respiro entrecortadamente. La tela del traje de Wren se desgarra de lo fuerte que lo tengo sujeto.

Es cierto que solo he pensado en Ruby. Todo este tiempo he intentado recuperarla y he descuidado todo lo demás. No solo a Lydia, sino también a mis amigos. ¿Y para qué?

¿Para qué, joder?

—¿Qué estáis haciendo? —suena un susurro enérgico a nuestro lado.

Ruby.

Vuelvo la cabeza hacia ella y siento un doloroso pinchazo en el pecho. La situación me supera. Me doy cuenta solo a medias de que detrás de Ruby hay otros invitados a la gala que observan con desconcierto lo que ocurre.

Ruby se detiene justo a nuestro lado.

—¿Qué estáis haciendo? —insiste mientras nos mira a Wren y a mí.

—James acaba de enterarse de nuestro secretito, Ruby.

La cara de Ruby se queda lívida.

Por un instante me dan ganas de pegarle un puñetazo a Wren. Pero entonces recuerdo el puño cerrado de mi padre. Lo suelto. No soporto ni un segundo más en esta sala.

—James… —susurra Ruby.

Sacudo la cabeza, doy media vuelta y me marcho.

20

Ember

Estoy un poco decepcionada.

Ruby había envuelto de tanto misterio estas fiestas que me había preparado para cualquier cosa menos para pasar la mayor parte de la noche aquí plantada y más aburrida que una ostra. Mientras Ruby corre de un extremo a otro de la sala, hablando no se sabe de qué y no se sabe con quién, yo he conseguido dos veces que alguien charlara conmigo. Una de esas personas es la hija de un empresario, el dueño de una cadena de cafés. Me ha gustado tanto su vestido que le he preguntado de qué diseñador era y si le podía hacer una foto. La otra persona era una portavoz de la escuela de Maxon Hall que ha pronunciado un discurso inaugural estupendo y por el cual la he felicitado. De todos modos, mi opinión parecía interesarle francamente poco, pues durante nuestra conversación ha estado mirando todo el tiempo a la gente que nos rodeaba como si buscara a alguien más importante con quien conversar.

Kieran apenas se aleja de mí durante toda la velada. Estoy completamente segura de que Ruby le ha pedido que me vigile. Es amable y atento, pero ya hemos agotado todos los temas de conversación y nos limitamos a mirar en silencio el escenario o nuestros vasos. Me da un poco de pena. Seguro que tiene algo mejor de lo que ocuparse que de la hermana pequeña de la directora de su equipo.

Mientras en el escenario la última oradora pronuncia un apasionado alegato en favor del amor al prójimo, busco con discreción y por enésima vez a mi alrededor a Wren. Es el único de entre todos los presentes que se ha interesado de verdad por mí esta noche. Y el interés es mutuo. Algo en él me ha fascinado, y me gustaría tener la oportunidad de conversar más rato con él y saber más de su vida.

El aplauso del público me arranca de mis pensamientos. La oradora da las gracias y abandona el escenario. Ruby ya está al pie del mismo, junto a la escalera, y la recibe. Me sorprendo al ver su cara: algo ha cambiado. La sonrisa no llega a sus ojos y me parece falsa. Pensándolo bien, no la he visto ni una sola vez en las últimas horas. ¿Habrá pasado algo? No debe de tener nada que ver con la gala, aquí todo avanza según el guion. Me planteo si debería acercarme a ella, pero desaparece con la oradora en una habitación contigua.

Suspiro.

Y en ese momento descubro a Wren.

Está apoyado en la pared junto a la gran puerta de entrada. Y me sonríe desde lejos. Por un instante estoy tentada a dar media vuelta para asegurarme de que me mira a mí, pero… no, me mira directamente a mí. Como antes.

Lo pienso dos segundos exactos. Luego me disculpo con Kieran, cuyas protestas ignoro, y me voy hacia donde se encuentra Wren. Su mirada no se aparta de mí mientras me acerco despacio a él y, de pronto, el trayecto me parece mucho más largo de lo que es en realidad.

—Has vuelto —digo cuando me detengo a cierta distancia de él.

Asiente sonriendo.

—Todavía no habíamos acabado, ¿verdad?

No sé si ha hecho adrede una pregunta tan ambigua. ¿Le habré transmitido algo equivocado al reunirme con él? Pues mientras él ha flirteado claramente conmigo, yo solo quiero hablar con él, nada más.

—No, no habíamos acabado —respondo a pesar de todo. La atención y el interés en la mirada de Wren resultan un cambio que se agradece en comparación con los rostros indiferentes del resto de los invitados. Tal vez esta noche no sea un fiasco total.

«De todos modos, sé prudente», susurra una voz en mi cabeza.

Acto seguido Wren me coge de la mano. Miro sorprendida nuestros dedos entrelazados y luego levanto la vista hacia su rostro. Arquea una ceja y me aprieta la mano al mismo tiempo, como si eso fuera lo más natural del mundo. Me resulta muy difícil entenderlo.

Wren señala la salida con el mentón.

Reflexiono unos segundos y echo un vistazo hacia atrás, por encima del hombro. Ruby todavía no ha vuelto a aparecer, y también Kieran ha desaparecido.

Él vuelve a apretarme con suavidad la mano. Creo que nunca había conocido

a un chico tan interesante como él. Opino que la cuenta de Instagram no le hace justicia. Sus fotos dan la impresión de ser algo demasiado intencionado: intencionadamente feliz, intencionadamente *cool*; pero su auténtica personalidad es mucho más guay. Y bastante misteriosa. Quiero saber a toda costa qué ha ocurrido antes. Por qué finge esta sonrisa desenfadada pero al mismo tiempo su mirada está enturbiada.

Al final asiento y salimos juntos a la zona de entrada del Boyd Hall. Una mujer con un deslumbrante y precioso vestido de color burdeos pasa por nuestro lado y yo me vuelvo para contemplarla. Cuando me fijo en el escote de la espalda con el borde de encaje, emito un leve suspiro.

Wren me mira de reojo.

—Tengo debilidad por la moda. Y los vestidos que lleva la gente aquí… Me encantaría reunir los patrones de todos ellos y coserlos después.

Observo a Wren para evaluar si esto le parece raro, pero sus ojos brillan. Señala una escalera curvada que lleva al primer piso.

—Tengo una idea.

Lo sigo, esforzándome en no pisarme el borde del vestido mientras subimos por los amplios escalones. Al llegar arriba, Wren gira a la izquierda y me conduce por un pasillo largo y oscuro.

Los corredores de mi escuela están sucios y hace tiempo que el blanco de las paredes ha amarilleado. La pintura verde oscuro lleva años desconchándose de las taquillas y los alumnos han pintado con rotulador las pocas imágenes que puedes encontrar entre las puertas de las aulas. La diferencia con este pasillo no podría ser mayor. Aquí cuelgan unos cuadros de aspecto valioso en unos pesados marcos, además de fotos de exalumnos célebres de Maxton Hall. Hay vitrinas en las que descansan joyas donadas a la escuela y también un par de esculturas realizadas en la clase de Arte.

Estoy tan ocupada observando lo que me rodea que casi choco con Wren cuando se para de golpe. Echa un vistazo a su alrededor y se sienta en un banco de madera. Da golpecitos en el sitio que queda libre a su lado y yo me siento.

—Mira —me dice indicándome con un gesto la barandilla que hay justo delante de nosotros.

Contemplo con curiosidad a través de los orificios que hay entre las barras de madera.

Una sonrisa se extiende por mi rostro. Desde ese lugar tengo la mejor vista de la entrada del Boyd Hall y puedo observar a la gente sin que nadie se dé

cuenta. Dudo que pudieran reconocernos si levantaran la mirada hacia nosotros. Esta parte de la galería está demasiado oscura.

—Eres un genio —declaro con alegría.

Wren sonríe.

—Hasta ahora nunca me habían llamado «genio».

—Entonces te concedo solemnemente este título. —Hago como si le estuviera nombrando caballero golpeando sus hombros con una espada.

En ese momento Wren vuelve a cogerme de la mano y la retiene con fuerza. Su sonrisa deja paso a otra expresión totalmente distinta. De repente su mirada es seria y significativa. En mi estómago nace un hormigueo que se extiende por todas partes.

A mí nunca nadie me ha mirado así. Es cierto, nunca.

En el lugar de donde vengo no hay chicos como Wren. A los ojos de mis compañeros soy «solo Ember». A la mayoría de ellos los conozco del parvulario o de preescolar, y ninguno me mira como si fuera deseable y única. Tengo serios problemas para respirar de forma regular.

Wren pasa la mirada por mi boca, de vuelta a mis ojos y de nuevo abajo. Sigue sosteniendo mi mano en la suya. Con la otra me aparta un mechón de la cara. Al hacerlo su pulgar acaricia mi sien y un escalofrío me recorre el cuerpo.

Entre nosotros hay un chisporroteo que con cada segundo que pasa se vuelve más vivo. Nunca había experimentado nada así. Cada segundo, cada instante, es terroríficamente bueno y emocionante.

—Perdona que haya desaparecido antes de golpe —dice a media voz—. Por lo visto hay gente que quiere protegerte a toda costa de mí.

—¿Por qué? —susurro a mi vez.

No aparta la vista de mi rostro.

—Porque me conocen.

Es lo único que dice antes de acercarse más y de poner sus labios sobre los míos. Emito un sonido de sorpresa y Wren me rodea la espalda con el brazo para apretarme más contra él. Sus labios se ablandan y se abren ligeramente. Entonces noto el sabor.

Alcohol.

Lo separo de mí al instante y me aparto un poco hacia un lado. Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Wren.

Me mira desconcertado.

—¿Qué pasa?

Mi corazón late desbocado. Aunque este probablemente haya sido el beso más breve de la historia de la humanidad, todavía puedo sentir sus labios sobre los míos.

—No me había imaginado que mi primer beso sería así —respondo. Me tiemblan las manos. Las cruzo en mi regazo y aparto la vista para no tener que ver la reacción de Wren ante mis palabras. En cambio, vuelvo a mirar a través de la barandilla hacia abajo. Una mujer joven acaba de pasar por la puerta de entrada; su vestido azul oscuro casi parece un cielo nocturno. Unos puntitos brillantes salpican la cola, de modo que con cada paso que da brillan a la luz.

—Tu primer beso, ¿eh? —De pronto el tono de voz de Wren se suaviza.

El hombre que está junto a la mujer coloca la mano sobre la espalda de ella y yo los sigo con la mirada cuando entran en la sala.

—Sí.

Durante un rato guarda silencio.

—Lo siento —dice después.

La parejita desaparece entre la multitud y vuelvo a mirar a Wren.

—He tenido una semana de mierda. Pensaba que podíamos animarnos un poco mutuamente —continúa.

—Si quieres podemos hablar de ello. Pero no estoy abierta a nada más. Y menos aún si estás borracho.

—No estoy borracho. Como mucho un poco achispado. Sé muy bien lo que acabo de hacer. Y también querría hacerlo sin haber bebido ni un solo trago de alcohol —replica con las cejas levantadas—. Solo para que lo sepas.

—De acuerdo.

Wren asiente y se sienta de nuevo en el banco. Yo me cruzo de brazos y miro la lámpara de araña que ilumina la zona de entrada.

—¿Cómo es que has tenido una semana tan mala? —pregunto al cabo de un rato.

Contiene el aliento. Por la forma en que se tensa de repente su cuerpo, me doy cuenta de que no contaba con que le hiciera la pregunta y se debate entre si quiere o no responderme.

Llega hasta nosotros el leve canto del coro de la escuela, pero apenas percibo sus dulces armonías.

Finalmente Wren inspira hondo y cierra los ojos.

—Mis padres acaban de caer en bancarrota.

—¿Qué ha sucedido?

Wren se encoge de hombros casi imperceptiblemente y cierra los ojos.

—Mi padre se ha equivocado especulando con acciones. Ha perdido casi toda su fortuna.

Madre mía. Puedo imaginar lo que debe de ser para alguien de Maxton Hall perderlo casi todo de un día para otro.

—Lo siento.

Wren aprieta los labios con fuerza y mira por encima de la barandilla.

—¿Cómo repercute esto en vosotros? —pregunto con prudencia.

—Nos mudamos. No sé lo que pasará después. Me han admitido en Oxford, pero no tengo ni idea de cómo pagaré mis estudios.

—Hay becas y cosas por el estilo. Mi hermana ha solicitado varias. Tal vez tú también podrías hacerlo —sugiero.

Él asiente ensimismado.

—Sí. Quizá.

Nos quedamos un par de minutos escuchando al coro, que canta abajo una versión de una canción pop. Me resulta un momento apacible entre nosotros, como si Wren no hubiera acabado de contarme algo tan trágico.

De improviso gira el torso hacia mí y me observa de nuevo. No sé cuánto esfuerzo le habrá costado, pero de un segundo a otro ya no tiene la mirada perdida, sino tan curiosa como al principio de la tarde.

—Ahora te toca a ti —dice—. Cuéntame algo sobre ti. Hasta ahora solo sé que Ruby es tu hermana y que te interesa la moda.

Le sonrío, insegura sobre qué voy a confiarle.

—Desde hace un año y medio tengo un blog de moda para curvy. Se llama *Bellbird*. —Empiezo con lo más importante e inofensivo. No tengo ningún problema con que la gente conozca mi blog. Estoy orgullosa de lo que hago, sobre todo ahora, después de haber rediseñado la web.

La sonrisa regresa al rostro de Wren.

—Suena genial. ¿Cómo se te ocurrió?

La pregunta me sorprende, pero de una forma agradable. Me humedezco los labios.

—Toda mi vida he estado gorda. —Hago una pequeña pausa, atenta a ver si Wren reacciona ante esta declaración, pero me asombra por segunda vez cuando continúa mirándome con atención y espera a que siga hablando—. No es porque coma sin control, como suele pensar la gente. Simplemente es así. Y tengo unos

problemas enormes para encontrar ropa bonita para mi constitución. Así que en un momento determinado empecé a coser mis propias prendas de vestir. Las comparto en mi blog desde entonces. Además, redacto artículos en los que animo a la gente a aceptarse como es.

La sonrisa de Wren no se reduce ni un milímetro. Al contrario, se vuelve incluso un poco más amplia.

—Pareces una superheroína, Ember.

Siento que el rubor me cubre las mejillas. Pero la falsa modestia no es lo mío.

—Soy una superheroína —respondo.

Ahora se echa a reír. El sonido es tan áspero y maravilloso que creo que me acordaré de él toda la noche. Por un momento me arrepiento de haber interrumpido el beso, pero en lo más profundo de mi interior sé que ha sido la decisión correcta. Si no lo hubiese hecho, me habría arrepentido mucho más, de eso estoy segura.

—Ya sé qué voy a hacer esta noche —comenta Wren al cabo de un rato.

—¿El qué?

Un destello aparece en sus ojos oscuros.

—Voy a leerme todos los artículos. Todos y cada uno de ellos.

Ahora me toca a mí sonreír.

—Pues menudo propósito te has hecho… Desde hace año y medio publico dos artículos a la semana como mínimo.

—De acuerdo… —dice arrastrando las sílabas—. Entonces es posible que necesite un poco más de tiempo.

El coro termina en ese momento y doy un breve pero caluroso aplauso. Abajo, un hombre se detiene de golpe y se vuelve hacia nosotros. Me escondo enseguida y espero que no nos haya descubierto. No tengo ni idea de si está permitido estar aquí arriba.

Wren ríe por lo bajo.

—Parece que no quieras que te pillen aquí conmigo.

—Como mi hermana se entere de que he pasado todo este tiempo con un chico en un rincón oscuro, le da un síncope.

De los ojos de Wren desaparece toda diversión. Abre la boca y la vuelve a cerrar al instante. Sea lo que sea lo que quiere decir, no consigue hacerlo. Al final suspira.

—Entonces debería llevarte debajo de nuevo. Espero que Ruby no se haya

dado cuenta de que has desaparecido.

Me siento decepcionada por unos instantes, pero quizá tenga razón.

Wren se levanta y me tiende la mano. Como si fuera lo más natural, yo se la cojo y lo acompaño por el pasillo y escaleras abajo hasta que estamos frente a frente delante de la entrada a la sala.

—Gracias por haberme salvado la noche, Ember —dice Wren, y sus palabras suenan sinceras.

Cuando me sonríe una última vez, me invade de repente el deseo de no dejarlo marchar. Pero ya ha dado media vuelta.

En mi vientre nace una sensación de anhelo. Deseo con todas mis fuerzas que este no haya sido mi último encuentro con Wren Fitzgerald.

21

Ruby

No he dormido ni un minuto.

En cambio, he pasado toda la noche pensando en lo que ha ocurrido en la fiesta. Justo ahora que James y yo íbamos acercándonos de nuevo con tanta prudencia, sufrimos este revés. Lo que más me entristece es que no he tenido la oportunidad de contarle con mis propias palabras lo que sucedió entre Wren y yo. Ya en la fiesta le he escrito diciéndole que me gustaría explicarle todo, pero aún no ha respondido. Puedo entender que lo haya decepcionado. Por otra parte, su silencio me pone mala.

Mientras estoy en la cama, miro la admisión a Oxford que he imprimido y colgado en el tablero de notas que tengo sobre el escritorio. Como ya es habitual, mi estómago da un pequeño salto de alegría, pero me acuerdo también de lo que James me dijo hace dos días:

«La persona que conociste en Oxford…, así soy yo de verdad. Y deseo tener más días contigo para demostrártelo».

Solo de pensar que ahora es demasiado tarde se me encoge el corazón. Con un suspiro de frustración me levanto y me visto. Tengo que salir urgentemente de esta habitación y distraerme, de lo contrario me volveré loca.

Me dirijo al cuarto de Ember, y cuando veo la luz que sale por debajo de la puerta suspiro aliviada.

—¿Ember? —pregunto.

—Entra —le oigo decir, y abro la puerta.

Mi hermana está tendida boca abajo sobre su cama y sonríe frente a la pantalla del móvil. Al percatarse de mi mirada curiosa, se ruboriza y lo esconde corriendo debajo de la colcha.

—¿Qué haces?

—Leo los comentarios de mi nuevo artículo. —Su respuesta me llega al instante. Si no fuera por lo roja que está, me la creería sin el menor reparo.

—Por tu aspecto, parece que te haya pillado haciendo algo indecente —bromeo mientras me siento en el borde de la cama.

—Bueno, llevo el pijama. Muy indecente tampoco puede haber sido —contesta subiendo y bajando las cejas.

Le devuelvo el gesto. Luego señalo con la barbilla el pasillo.

—¿Bajas conmigo a desayunar? No quiero enfrentarme sola al interrogatorio entremetido de mamá y papá. Seguro que me bombardean con miles de preguntas sobre ayer.

Ember suspira, pero sale de la cama y se calza las zapatillas de andar por casa. No se toma el trabajo de cambiarse. Baja con su pijama estampado con unos bonitos dibujos de ardillas y nueces. Sostiene el móvil con firmeza en la mano, y veo que este se ilumina de vez en cuando. Me pregunto si será Kieran quien le escribe. Los dos parecían entenderse bien anoche.

—Buenos días —dice papá cuando nos ve aparecer por la puerta de la cocina, y se sube las gafas de leer por la nariz. Está leyendo un libro en el Kindle que compartimos todos y que, por tanto, contiene todo tipo de títulos. Una mezcla de novelas contemporáneas, *thrillers*, fantasía y clásicos ingleses.

—Buenas —contestamos Ember y yo, y nos sentamos con él a la mesa.

—Hola —saluda mamá cuando llega a la cocina—. Ya estáis todos despiertos. —Entrecierra los ojos al verme—. Ruby, ¿no has pegado ojo esta noche?

Papá y Ember me observan curiosos.

Yo aparto la mirada y cojo una tostada.

—Claro que sí.

—Bueno, puedo entender que estés hecha polvo —dice Ember de repente. Levanto la vista sorprendida—. Nunca habría imaginado todo el trabajo que conlleva una fiesta así ni la cantidad de asuntos de los que hay que ocuparse. Es una auténtica locura.

Le sonrío agradecida.

—Puedes seguir con tus cumplidos.

Mamá me pasa la mantequilla y justo después la mermelada de manzana.

—Contadme cómo os lo pasasteis.

—Todo transcurrió según lo planeado —zanjo mientras empiezo a untar mi tostada con mantequilla—. Estoy satisfecha.

Mamá está acostumbrada a mis respuestas escuetas en torno al tema de Maxton Hall y al momento se dirige a Ember. Pero ella está ocupada tecleando un mensaje en su móvil por debajo de la mesa y no se da cuenta de que mamá le ha hablado.

—¿Por qué sonríes así, Ember? —salta papá de repente, un segundo antes de que yo le plantee la misma pregunta.

Levanta la vista al sentirse descubierta.

—No estoy sonriendo.

Papá alza una ceja mientras mamá, de un modo más enérgico, insiste:

—Cuenta lo que hiciste ayer.

Doy un mordisco a la tostada y miro a Ember tan llena de expectación como mamá y papá.

—Fue realmente bonito —dice por fin y su fascinación parece sincera—. Qué escuela tan preciosa…, internet no le hace justicia. ¡Y la ropa que llevaba la gente! Cada vestido era más bonito que el anterior.

Se sirve con un suspiro una taza de té.

—¿Eso es todo? ¿No me cuentas más? —añade mamá.

Me pregunto por qué insiste tanto. ¿Será porque por fin tiene la oportunidad de sonsacarle a alguien información sobre las fiestas en Maxton Hall? ¿O está preocupada por Ember? Esta semana nos ha costado un poco convencerla de que le permitiera acompañarme. A lo mejor se oculta otra razón.

Mi hermana no pierde la calma. Unta con toda tranquilidad una tostada con mantequilla antes de levantar la cabeza.

—He conocido a un chico. ¿Es esto lo que querías escuchar, mamá?

Me vuelvo hacia ella con brusquedad y me la quedo mirando.

—¿Se trata de Kieran? Por favor, di que es Kieran.

—¿Quién demonios es Kieran? —Papá se inmiscuye, dejando el Kindle a un lado. Nos mira alternativamente a Ember y a mí.

—Un chico muy amable del comité de actos.

Mamá suspira aliviada.

—¡Gracias a Dios! Ya pensaba que teníamos a la próxima enferma de mal de amores tendida en el sofá.

—¡Eh, que yo no he sido una enferma de mal de amores!

Mamá y papá intercambian una larga mirada que vale más que mil palabras.

—Si eso es lo que crees, cariño… —dice mamá, aunque sin su habitual sonrisa—. Venga, Ember, háblanos de ese chico.

—¡Tranquilidad! —exclama Ember, y mira indignada primero a mamá y luego a mí—. Primero, no es asunto vuestro. Segundo, no os debo ninguna explicación. Y tercero, «conocer» no significa que tenga novio. Además, le he dado calabazas y quiero ver primero cómo reacciona. Así que no hagáis una montaña de esto.

Observo fijamente a mi hermana.

—¿Quién es, Ember?

Ember contesta a mi pregunta arqueando las cejas.

—No te lo voy a decir.

—Ember, yo…

—Olvídate, Ruby. ¿Podemos seguir ahora desayunando con tranquilidad? —Muerde de forma ostensiva su tostada.

El resto del desayuno transcurre con una atormentadora lentitud. Papá intenta animar un poco el ambiente al cabo de unos minutos, pero no le sale del todo bien. En mi mente se agolpan los pensamientos. Repaso la noche anterior y medito sobre cuándo ha tenido Ember la oportunidad de hablar más de cinco minutos con un chico que no sea Kieran. En realidad, solo puede haber sido él. Pero entonces ella no haría un misterio de eso, ¿o sí?

Después del desayuno, Ember y yo llenamos el lavavajillas en silencio y subimos juntas. Antes de que se meta en su habitación me lanza una sonrisita que yo también esbozo fugazmente. En realidad no solemos pelearnos así la una con la otra, pero no puedo apartar la sensación de que ayer pasó algo de lo que habría tenido que proteger a Ember.

Suspiro y abro la puerta de mi cuarto justo en el momento en que oigo un ping en el móvil. Lo cojo al instante de la mesilla de noche. Con los dedos temblorosos abro el mensaje.

¿Podemos hablar?

Tecleo la respuesta tan deprisa que la pantalla táctil del móvil no da abasto y todas las palabras salen mal escritas, de modo que tengo que empezar de nuevo.

Claro. ¿Cuándo y dónde?

Cuento los segundos y mantengo la respiración hasta que el móvil vuelve a indicar que ha llegado un nuevo mensaje de James.

Yo saldría ahora mismo. ¿Puedo ir a tu casa?

Dudo un instante. Hasta ahora nunca le he pedido a James que viniera a casa. Presentárselo a mis padres significaría dar un paso enorme.

Pero siento en lo más hondo de mi ser que estoy preparada para ello. Puedo volver a estar en su presencia sin desmoronarme. Y que quiera hablar conmigo demuestra que, a pesar de todo lo que ocurrió ayer, le pasa lo mismo que a mí.

Así que respondo:

De acuerdo.

Después, bajo corriendo con el móvil en la mano. Mamá y papá se han instalado entretanto en la sala de estar. Papá vuelve a estar inmerso en el Kindle, mientras que mamá ha empezado a ordenar el correo de la semana. Me acerco a ellos con cautela y carraspeo.

—¿Pasa algo si viene James? —pregunto.

Mamá se detiene con el abrecartas en la mano e intercambia una mirada sorprendida con papá. Sus palabras sobre el mal de amores todavía resuenan en mi cabeza y debo hacer un esfuerzo para resistir su mirada crítica.

—Cariño, nosotros solo queremos lo mejor para ti —empieza a decir mi padre despacio—. No se nos ha escapado lo mal que has estado todo el mes de diciembre.

—Esa no era mi Ruby —lo apoya mamá en voz baja—. Lo cierto es que no quiero que vuelvas a quedar con este chico.

Abro la boca y la cierro de nuevo.

Mis padres nunca me han prohibido nada. Es probable que ayude el hecho de que nunca hayan tenido mucho que prohibirme. Mi vida siempre ha girado en torno a mi familia y a Oxford. Algo se enciende en mí. Creo que es una mezcla de desconcierto y cólera por lo que han dicho.

—James es… —Busco las palabras adecuadas. Yo no sé cómo debo explicar a mis padres lo que ha ocurrido entre James y yo.

A lo mejor puedo hacerles entender lo mucho que significa para mí. Y que mi corazón siempre estará con él. Pero necesito más tiempo para llegar a este punto. Ni yo misma sé lo que va a suceder dentro de nada.

—Por favor, confiad en mí —les suplico.

Vuelven a mirarse entre sí.

Mamá suspira.

—Tienes dieciocho años, Ruby. No te lo podemos prohibir. Si este chico viene aquí, queremos tener la oportunidad de conocerlo.

Asiento. Al mismo tiempo me pregunto si mamá habrá buscado información en internet sobre James y los Beaufort. Nunca se me había ocurrido, pero no me extrañaría que su escepticismo se basara en eso; al fin y al cabo, yo misma sé lo que se encuentra sobre James.

—¿Es vegetariano? —pregunta de repente papá, levantando la vista inquisitivo.

Reflexiono un instante.

—Creo que no.

—Bien. Quería hacer unos espaguetis a la boloñesa. James está invitado. —Esto es todo lo que papá tiene que decir. Después se concentra de nuevo en el Kindle.

—Una idea estupenda —coincide mamá, dirigiéndome una ancha sonrisa. Hace un gran esfuerzo por no mostrarse tan severa como antes, pero en su mirada brilla una chispa de incredulidad. Da una fugaz caricia a papá en el brazo, y luego coge la siguiente carta y la abre.

Creo que la conversación ha concluido, así que salgo de nuevo de la sala de estar. Entonces voy a la cocina porque desde allí se pueden ver los coches que entran en nuestra calle. De pequeñas, Ember y yo siempre nos sentábamos en el aparador para ver llegar a nuestros parientes cuando venían a visitarnos.

Al cabo de diez minutos el Rolls-Royce dobla la esquina. Salgo corriendo al momento. No quiero de ninguna de las maneras que mi padre, que le haría todo un repaso a James, sea el primero en saludarlo.

Abro la puerta antes incluso de que él haya bajado del vehículo. El aire todavía es fresco y yo cambio el peso de una pierna a otra para mantener el calor, pero no sirve de nada. Me detengo cuando él aparece en mi campo visual. Abre con habilidad la pequeña puerta de madera y levanta la vista. Cuando me ve, se detiene de forma casi imperceptible. Sus pasos se ralentizan por un breve momento y luego avanza por el jardín y sube la escalera de la casa hasta llegar frente a mí.

—Ey —me dice con voz ronca.

Me echaría a sus brazos por esa minúscula palabra. Hubo una época en que me ponía mala que saludara a todo el mundo así, pero ahora este saludo que sale de sus labios me resulta familiar. Es casi normal.

—Buenos días —contesto y le abro la puerta. Le indico con un gesto que entre.

Este momento en que cruza el umbral de la puerta con un ligero carraspeo

me resulta de enorme importancia. No sé si sabrá que es el primer chico que llevo a casa. El primero que es tan importante para mí y en el que, incluso ahora, confío tanto como para presentárselo a mis padres.

Ver a James en nuestro pequeño pasillo es muy extraño, pero al mismo tiempo me pregunto cómo es posible que tuviera tanto miedo de este instante. Todo parece ir bien.

James lleva un abrigo gris con unos discretos cuadros, pantalones negros de un tejido suave y un sencillo jersey de lana del mismo color. También sus zapatos de piel son negros. Como siempre, tiene el pelo cobrizo alborotado y algo ondulado, como si se acabara de duchar y se lo hubiera dejado secar al aire libre. Me encantaría tocarlo.

—¿Quieres darme el abrigo? —le pregunto en cambio.

James asiente ensimismado, mientras echa un vistazo a su alrededor. Sus ojos se posan justo en las lamentables fotos que cuelgan en las que salimos Ember y yo de pequeñas. En una estamos bailando en el jardín, en otra recogemos manzanas y en otra más estamos pletóricas de alegría, sonriendo desdentadas en la pequeña piscina de nuestra tía. James las mira todas mientras deja con elegancia que el abrigo resbale por sus hombros y después me lo tiende.

En serio debo hacer un esfuerzo por no quedarme contemplándolo demasiado rato. Como en estas últimas semanas me había prohibido terminantemente hacerlo, ahora me resulta más tentador.

Me concentro en colgar bien su chaqueta en el armario y luego me encamino hacia la sala de estar. James me sigue, pero antes de abrir la puerta me vuelvo un segundo y levanto la vista hacia él.

—¿Eres vegetariano?

James parpadea varias veces.

Una de las comisuras de su boca se alza cuando niega despacio con la cabeza.

—No, no lo soy.

Suspiro aliviada.

—Bien.

Cuando giro el pomo y entro en la sala de estar con James justo detrás de mí, tengo un nudo de nervios en el estómago.

—Mamá, papá, este es James —digo señalándolo.

James toma aire antes de acercarse a mi madre y tenderle la mano.

—Encantado de conocerla, señora Bell.

—Hola, James —responde mamá sonriéndole cariñosamente—. Pero llámame Helen.

No queda ni rastro de su anterior escepticismo y me pregunto si es que es una actriz fabulosa o si se muestra indulgente con James porque sabe lo mucho que lo ha afectado la muerte de su madre.

—Entendido —contesta James—. Helen.

Papá no es tan hábil a la hora de disimular sus recelos. Su mirada es fría y evaluadora, y da la impresión de estrujar la mano de James cuando se la estrecha. James no hace ninguna mueca.

Por suerte, mamá pone fin a ese desagradable momento.

—Nos gustaría invitarte a cenar esta noche, James —anuncia—. Para que todos podamos conocernos un poco mejor.

Cierro los ojos y reprimo el impulso de hacer un gesto de desesperación. Espero que James no se sienta ya desbordado por mi familia.

—Sería un placer —responde, sin embargo, y sin dudarlo ni un segundo—. No tenía ningún plan para hoy.

—De fábula —dice papá sin entusiasmo.

Después reina un lamentable silencio y cojo deprisa a James del brazo para llevarlo hacia arriba y liberarlo de esta situación. Ya en la escalera me doy cuenta de lo que acabo de hacer: he tocado a James sin ningún reparo, como si no fuera algo especial. Como si lo hiciéramos continuamente porque tenemos confianza el uno con el otro.

Me apresuro a soltarlo de nuevo.

—No he ordenado ni limpiado nada —explico cuando nos paramos delante de mi habitación.

James sacude la cabeza.

—No pasa nada. Esto ha sido casi un asalto.

Asiento y abro la puerta. Dejo que James entre primero y yo lo sigo. Es raro estar con él en esta habitación que me resulta tan íntima y donde me siento tan protegida. Automáticamente me encuentro bien, pero al mismo tiempo me cosquillea la incertidumbre acerca de qué entrañará esta conversación, qué me deparará este día.

Un sonido leve interrumpe mis pensamientos.

Para ser más exacta, una risa áspera.

Me vuelvo hacia James. Su risa suena algo oxidada, como si hiciera mucho tiempo que no se divirtiera con nada. Cuando ve mi expresión sorprendida hace

un gesto con la mano que abarca toda la habitación.

—Por favor, si a esto lo llamas «desorden», ¿cómo tienes la habitación cuando está ordenada, Ruby Bell?

Una sensación de calidez asoma en mi vientre y se extiende después por todo mi cuerpo hasta que no puedo evitar sonreír.

Ver a James aquí me encanta.

Verlo reír me hace feliz.

Me invade una ola de anhelo. Quiero ir hacia él, pero no me muevo de donde estoy y cierro despacio la puerta a mis espaldas. Con el leve clic desaparece su sonrisa.

Nos quedamos unos minutos cara a cara, mirándonos.

—Siento lo de ayer —empiezo a decir yo.

James niega despacio con la cabeza.

—Te lo tendría que haber dicho antes. Esto…

—Ruby —me interrumpe a media voz—. No me debes ninguna explicación.

Tiene razón. Lo sé. Pero a pesar de eso me encantaría dar marcha atrás para evitar la situación que se produjo ayer.

—¿Por qué te fuiste tan deprisa? —pregunto con cautela.

Traga con dificultad.

—Me superaba toda la situación, simplemente. Hacía mucho que Wren y yo no nos peleábamos así.

—Sé que para ti significa mucho la amistad con Wren —digo en voz baja—. Lo lamento.

James va a mi escritorio y recorre con el dedo los lomos de los libros que se apilan allí desde la semana pasada.

—No tienes que disculparte. En realidad no he venido aquí para hablar de Wren.

—Entonces ¿de qué? —replico de forma casi imperceptible. No entiendo adónde ha ido mi voz.

Me lanza una breve mirada y vuelve a observar concentrado el caos de encima de mi escritorio.

—¿Sabes por qué se cabreó tanto Wren? —pregunta.

Hago un gesto negativo y doy los dos pasos necesarios para colocarme a su lado.

—No.

—Estaba enfadado porque tiene la sensación de que te has vuelto más

importante para mí que cualquier otra cosa. —James hace una breve pausa antes de seguir hablando—. Y no se equivoca.

Sigue delante de mi escritorio. No me mira cuando pronuncia estas palabras tan importantes.

—James —susurro para que se vuelva hacia mí.

Satisface mi deseo y la mirada de sus ojos me impresiona. Reconozco en ella todas las emociones que también inundan mi cuerpo.

En ese momento me sobreviene una oleada tan grande de cariño hacia él que casi tengo que desviar la vista. Levanto la mano con cuidado y le aparto con una caricia el rebelde mechón de cabello que cae sobre su frente. Luego la coloco en su mejilla. Percibo la calidez de su rostro y cuando recorro su piel suavemente con los dedos, James envuelve mi mano con la suya.

No hace mucho estábamos en esa misma posición. Le acaricié la mejilla, reuní valor y le confesé que no quería perderlo. Entonces me apartó la mano de su rostro y me dio la espalda.

Ahora es el caso contrario.

James me coge la mano con determinación y cierra los ojos. Cuando acaricio su piel con el pulgar, un temblor recorre todo su cuerpo. Abre los ojos de nuevo y contiene la respiración.

—No quiero que nunca más se interponga algo entre nosotros, Ruby —musita.

Apenas puedo respirar de lo cerca que está de mí. Sus palabras, cargadas de significado, flotan en el aire, y en este segundo tengo claro que a mí me sucede lo mismo.

No quiero seguir separada de él.

No quiero seguir enfadada ni triste.

Quiero volver a sentir ese éxtasis en el que James y yo nos adentramos mutuamente. Quiero volver de una vez a hablar con él, escribir con él y compartir con él mis miedos y preocupaciones.

Quiero amarlo.

Incluso después de dos meses no ha desaparecido esa nostalgia de él que todo lo abarca. Al contrario, cada vez es más fuerte, día a día. Y no hay nada que pueda hacer para luchar contra ella.

—A mí me pasa exactamente lo mismo —susurro.

Emite un leve y desgarrado sonido y acto seguido me atrae hacia él. Me rodea con los brazos con firmeza mientras mis ojos empiezan a escocerme y las

lágrimas resbalan por mis mejillas. James murmura algo en mi pelo. Y aunque no lo entiendo, conozco en lo más profundo de mi ser el significado de sus palabras.

James

No sé cuánto tiempo permanecemos así. En un momento dado me quedo medio sentado encima del escritorio mientras Ruby se recuesta sobre mí. En mi pecho, el corazón me late tan fuerte que no estoy seguro de si ella lo oye. Tiene los brazos alrededor de mi cintura y el rostro hundido en mi clavícula. Sus lágrimas se han ido secando lentamente, pero todavía siento la humedad que han dejado a su paso.

Tomo una profunda bocanada de aire y el familiar y dulce olor de Ruby asciende por mi nariz. No me cabe en la cabeza que esto esté ocurriendo. En este segundo mi vida ha dejado de ser un montón de escombros. Todo parece ir bien. Podría quedarme para siempre así.

—Cuánto te he echado de menos —murmuro al cabo de un rato, acariciando con los labios el nacimiento de su cabello. Me gustaría pasarlos por otros sitios, pero me lo he prohibido. No voy a besarla. Ahora no, hoy no. No he venido aquí para eso.

—Y yo a ti —responde ella igual de bajo, y me da un vuelco el corazón.

Acaricio la espalda de Ruby. Un gran círculo, luego otro más pequeño. La ligera tela de su blusa tiene un tacto delicadísimo. Y tan parecido a ella…

—Lo que dije la otra vez, cuando estuve aquí…, lo siento. No quería cargarte con nada, de ninguna manera. —Tengo la sensación de que debo repetirlo a toda costa.

—Yo también lo siento. No tendría que haber sido tan cruel.

Enseguida niego con la cabeza.

—No fuiste cruel. Tenías razón al decir lo que dijiste. Yo no debería ser una carga para ti. Así no funciona una relación.

Al oír «relación», Ruby levanta la cabeza y se separa un poco de mí. Su mirada despierta se posa en mí y las siguientes palabras surgen como por sí mismas:

—Es solo que… Cuando te veo, me parece que todo en mi vida funciona bien. Siento como si estuviera en casa…, me refiero a estar en casa de verdad. Yo nunca he experimentado algo así, Ruby. Con nadie. Me haces ver que no estoy solo. Y esto es lo que más he echado de menos. Esa sensación de… estar completo.

Ruby respira entrecortadamente.

—No sé si esto tiene sentido —añado.

—Tiene sentido —contesta Ruby—. Claro que tiene sentido.

—No quiero que te veas presionada.

Ruby pasa la mirada por toda mi cara. Estoy seguro de que tengo las mejillas tan sonrojadas como las suyas. Siento calor, y también yo he tenido que esforzarme en contener las lágrimas. Pero Ruby no me mira como si pensara que soy un chiflado o un pobre desgraciado.

En lugar de eso, hay en sus ojos verdes una calidez que me llega al alma. Contempla directamente mi interior y sé que lo comprende todo.

Así es Ruby: encuentra soluciones para las tareas más difíciles. Encuentra sentido donde en realidad no debería haberlo. Y ahora encuentra algo en mí que la mueve a rodearme con los brazos.

—No me siento presionada —musita—. Ya no.

Acto seguido se pone de puntillas. Me mira un segundo a los ojos. Y entonces me besa.

Exclamo sorprendido. Por unos instantes no sé qué me ocurre, me sujeto con una mano al escritorio mientras mis dedos se incrustan con mayor firmeza en su espalda.

Ruby se acerca todavía más, hasta que ya no hay ningún espacio libre entre nosotros.

No era mi objetivo cuando llegué aquí. Pero ahora me besa y sus manos están sobre mi cuerpo y su cercanía me hace perder la razón…

—¿James? —Ruby inclina la cabeza hacia atrás y me observa insegura.

Justo en ese momento me doy cuenta de que estaba demasiado abrumado para devolverle el beso.

—Yo…

De repente los ojos de Ruby se abren como platos y se distancia un poco de mí. Traga con dificultad y sacude la cabeza.

—Lo siento. Pensaba… No quería…

—Ruby —consigo decir. Despierto de mi inmovilismo, la atraigo de nuevo

con las dos manos hacia mí. Entonces me acerco, alejo todos los pensamientos de mi mente y, por primera vez en dos meses, beso a la chica a la que amo.

Coloco una mano en su nuca y paso el otro brazo alrededor de su cintura para estrecharla con determinación contra mí. Ruby suspira en mi boca.

Madre mía.

Cuánto había echado de menos esto.

La forma en que Ruby se mueve. Su boca tan bonita. El leve sonido que emite cuando nuestras lenguas se tocan…

Le acaricio la nuca, el nacimiento del cabello, y desciendo hasta el cuello. Su piel es tan cálida y suave… Me gustaría pasar la boca por todo su cuerpo. Ruby jadea, como si desease justo lo mismo que yo.

El sonido me arranca de este trance. Me separo de ella respirando con dificultad.

Aunque hacía tiempo que no estábamos tan cerca el uno de otro, no nos sentimos preparados para más. Sigue habiendo una barrera que no puede salvarse ahora mismo, y cuando Ruby entierra el rostro en mi cuello y se limita a abrazarme, sé que ella piensa igual que yo.

Acaricio su espalda y la estrecho entre mis brazos: segundos, minutos, horas. Es como si en este momento solo existiéramos ella y yo. Solo nosotros dos en todo el mundo.

Ignoro cuánto tiempo nos quedamos así, pero cuando nos separamos parece que hayan transcurrido siglos.

Nos miramos y sonreímos. Ruby se alisa el flequillo y yo el jersey. Es evidente que ninguno sabemos qué va a suceder después.

Carraspeo.

—Debería…

—Qué tal… —Empezamos a hablar los dos al mismo momento, y nos echamos a reír.

—Tú primero —digo.

Ruby sonríe.

—Solo quería preguntar cómo le va a Lydia. Ayer por la noche no la vi.

—Está bien. De vez en cuando todavía tiene náuseas, por eso no fue a la gala.

Ruby frunce el ceño preocupada.

—Pero por lo demás todo bien, ¿no?

Asiento.

—Sí, todo en orden.

Me reconforta saber que con Ruby no he de tener cuidado con lo que digo o dejo de decir. Conoce todos nuestros secretos, no hay nada de lo que no pueda hablar con ella. No sé si algún día lograré de verdad demostrarle lo mucho que significa esto para mí.

De repente Ruby me coge de la mano y me lleva a su cama. El estómago se me encoge de pronto porque no tengo idea de qué significa eso. Pero Ruby se sienta con las piernas cruzadas sobre el colchón y me indica que me siente a su lado. En mi interior se extiende una extraña mezcla de decepción y alivio, y me coloco junto a ella.

—¿Qué tal llevas la admisión en Oxford? —pregunta.

La calidez que había en mi interior deja sitio a un frío gélido. Miro a Ruby sorprendido.

—Bueno, me puedo imaginar cuál es la respuesta —dice, dirigiéndome una sonrisa comprensiva.

—Ya sabes lo que siento con respecto a Oxford.

—Suena como si tuvieras una relación sentimental con la universidad.

Arqueo una ceja.

—Mira quién habla. No te creas que no he visto los corazoncitos que has pintado en la hoja impresa de la admisión —digo señalando el tablero que cuelga sobre el escritorio.

Ruby sonríe a sabiendas de que la he pillado.

—Vale, de acuerdo. Me has pescado. Pero, de todos modos, no has contestado a la pregunta.

Reflexiono unos minutos.

—Me alegro de que tú te alegres de la admisión. Tú te alegras por los dos, así de simple —digo con toda la diplomacia posible.

Ruby pone los ojos en blanco. Antes de que yo haya podido reaccionar, coge uno de sus cojines y me golpea con él. En un primer momento me quedo perplejo, pero enseguida espabilo.

—Esto es lo que hace siempre Lydia. Con ella no puedo defenderme por miedo a fastidiarla. Pero contigo… —En un abrir y cerrar de ojos agarro un cojín y se lo lanzo—. Contigo es distinto.

Reacciona más deprisa de lo que yo había pensado Coge el cojín que le he

arrojado y me sacude dos veces con él. Cuando intenta hacerlo una tercera vez, la aferro por la muñeca y la detengo.

Las mejillas de Ruby están enrojecidas, respira deprisa y está despeinada. Todo en mí anhela inclinarme hacia ella y besarla de nuevo.

Poco después la suelto. Carraspeo y me distancio un poco.

—¿Aceptas entonces la admisión? —pregunta Ruby al cabo de un rato.

Asiento una vez con la cabeza.

—Sí. En tu caso no hace falta preguntar, ¿verdad?

Me atrevo a mirarla ahora que el calor que me ha subido por el cuello ha vuelto a disminuir un poco. Ruby me mira con cariño y, aunque es evidente que se contiene, el brillo de sus ojos refleja lo mucho que se alegra.

—Claro que la acepto. —Duda—. Pero estoy preocupada por si no consigo ninguna beca. He reunido toda la información a mano sobre las posibilidades de recibir un subsidio, pero cada año se presenta un número increíble de estudiantes y no tengo ni idea de hasta qué punto tengo posibilidades de ganar. Sin una beca no podré permitirme estudiar una carrera. —Casi duele ver el modo en que la alegría va desapareciendo poco a poco de sus ojos para ser sustituida por el temor—. Y tampoco sé qué debo hacer.

—Estoy seguro de que tienes muchas posibilidades —afirmo con optimismo.

—En cualquier caso, no dejaré de luchar hasta el final —manifiesta decidida, y en ese momento no me cabe ninguna duda de que Ruby puede hacer cualquier cosa que se proponga.

—Mi madre siempre se comprometió a que Beaufort apoyara distintos proyectos al año. Seguro que entre ellos hay becas. Si quieres, puedo enterarme —propongo con prudencia. No estoy seguro de si al hacerlo estoy traspasando algún límite. Espero que no.

Ruby vacila un momento, pero confirmo aliviado que parece estar planteándoselo más que pensando que mi sugerencia es insolente.

—Sería muy amable por tu parte —afirma al final—. ¿Cómo están las cosas en tu casa?

Su mirada se ha enternecido cuando he mencionado a mi madre, por eso no me sorprende su pregunta.

Medito un momento.

—Todo va bien con Lydia, y mi padre… es mi padre. No lo veo mucho, y desde diciembre apenas hemos hablado.

—Pues no suena muy bien —musita Ruby.

Me encojo de hombros.

—Es mejor así. Sigo muy enfadado con él. Lydia y yo no olvidaremos en toda nuestra vida que no nos contara lo que le pasó a mi madre.

—Yo nunca me he peleado con nadie, pero creo que también me habría abalanzado sobre él.

Al imaginarme la escena estoy a punto de sonreír. Por desgracia este impulso desaparece enseguida.

—Me enerva cómo trata a Lydia —digo serio—, justo ahora que ella tiene que enfrentarse a tantas cosas.

—¿Qué es lo que hace? —pregunta frunciendo el ceño.

—Siempre la trata como si la considerase tonta, y a mí me cabrea un montón. Es como si no diera importancia al hecho de que a ella también la hayan admitido en Oxford.

Ruby hace un gesto despectivo con la boca.

—Todo lo que me cuentas de él me indigna. No me extraña que te alegres cuando está fuera de casa.

Por lo general odio estas conversaciones. Suelo cambiar de tema o evitarlo, pero con Ruby es como si fuera normal estar sentado en su cama y hablar sobre mis problemas familiares.

Creo que hasta podría acostumbrarme a hacerlo.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Ruby de repente.

Me limito a negar con la cabeza. Tengo un nudo en la garganta que no consigo deshacer por mucho que intente aclararme la voz.

—¿James? —Ruby parece insegura.

—Solo estoy contento de estar aquí —respondo con la voz ronca.

Un segundo después Ruby se arrima a mí. Coloca su mano sobre la mía y yo entrelazo mis dedos con los suyos.

—Yo también estoy contenta de que estés aquí —susurra, y todo mi cuerpo se ve invadido por una sensación de calidez.

—Y no me voy a ir tan deprisa —afirmo, mirando nuestras manos—. Ya puedes ir haciéndote a la idea.

Ruby

James y yo pasamos unos diez minutos más sin que nadie nos moleste hasta que Ember da unos golpes exageradamente fuertes en la puerta y nos trae de la cocina unas galletas por orden de mamá. James salta de la cama como si le hubiese picado una tarántula. Cuando vuelve a marcharse, mi hermana deja la puerta abierta de par en par y me lanza una mirada cargada de significado, a lo que respondo poniendo los ojos en blanco. James y yo solo hemos estado hablando, no nos hemos abalanzado desnudos el uno sobre el otro.

Si en serio eso es lo que mamá cree…, no sé qué pensar.

James, que se ha quedado indeciso en medio de la habitación cuando Ember se ha ido, señala los libros que hay en mi escritorio.

—¿Para cuándo tienes que estudiarlos? —pregunta.

Suspiro.

—En realidad debería haberlos leído ya casi todos. Pero me he retrasado mucho por la gala benéfica.

—De acuerdo —murmura James y sostiene en lo alto *El utilitarismo* de John Stuart Mill—. Este solo tiene algo más de cien páginas y yo ya lo he leído. Si quieres podemos repasarlo juntos.

Parpadeo.

—¿Quieres que estudiemos juntos?

—Claro —dice, señalando el escritorio—. ¿Tienes otra silla?

Estoy tan sorprendida que me quedo sin palabras.

Al final asiento y bajo de la cama.

—Vuelvo enseguida. No te muevas de aquí.

Corro a la habitación de Ember. Está sentada en el suelo, delante de su cama, con la espalda apoyada contra el armazón y el portátil sobre el regazo. Cuando me ve, esboza una expresiva sonrisa y se quita los auriculares.

—¿Y bien? —pregunta alargando las sílabas. Por lo visto, ha decidido en su mente poner fin a nuestra discusión de la mañana…, o quizá solo siente demasiada curiosidad como para no hacerme caso.

—¿Me prestas tu silla? —le pido.

La sonrisa de mi hermana se ensancha todavía más.

—Claro que te la presto.

Ignoro su tono insolente y arrastro la silla a mi habitación. Entretanto, James se ha instalado frente a la mesa y *El utilitarismo* descansa abierto delante de él.

—¿Estás seguro de que quieres repasar conmigo las lecturas? —pregunto cuando me siento a su lado.

Levanta la vista y sus labios muestran una pequeña sonrisa.

—Quiero hacer contigo todo lo que me permitas hacer, Ruby. —Casi en el mismo momento en que acaba de pronunciar estas palabras, hace una mueca—. No… no me he expresado bien.

El rubor se extiende por su rostro y también mis mejillas se sonrojan. Aparto la vista, paso las primeras páginas del libro y carraspeo.

—¿Necesitas un cuaderno?

James asiente al instante.

—Sí. Gracias.

Y, en efecto, durante las dos horas que siguen, repasamos juntos *El utilitarismo*. Aunque al principio me cuesta concentrarme (por una parte porque James está a mi lado, y por la otra porque se me agolpan las ideas desordenadas en la cabeza), al cabo de un rato comprendo la teoría y empiezo a formarme mi propia opinión sobre el tema. James y yo discutimos acerca de las tesis de cada uno y de nuevo caigo en la cuenta de lo condenadamente inteligente que es. Aunque ahora no tenga ganas de ir a Oxford, creo que acabará demostrándoselo a todo el mundo cuando empiece la carrera.

Cuando hemos terminado y marco con colores la última palabra clave en mi nuevo cuaderno, me recuesto con un suspiro.

—¿Y ahora? —pregunta James.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Bueno. Cuando me he atiborrado la cabeza de ideas, tengo que distraerme con algo antes de continuar —explica.

—¿Qué haces entonces? —digo con curiosidad. Es raro conocer hasta los más oscuros secretos de James pero no saber nada sobre su vida cotidiana.

—Casi siempre deporte. —James se encoge de hombros—. A veces también veo vídeos de blogs de viajeros.

Como no contesto nada, me mira con las cejas arqueadas.

—Seguro que tú también haces algo para despejarte la mente.

Dudo un momento.

—Sí, es cierto. Pero de verdad que es muy extraño. No quiero parecerte una rarita.

Las comisuras de los labios de James se levantan.

—Estoy impaciente por saber lo que vendrá.

—Prométemelo, James.

Este levanta dos dedos para dar su palabra y asiente.

Cojo el portátil y abro la lista de favoritos del navegador. Voy a mi carpeta de relajación y clico el primer vídeo guardado.

En la pantalla aparece una chica rubia que saluda en voz baja. El vídeo comienza cuando abre un paquete y lentamente pasa las manos por el papel en el que están envueltos distintos objetos. Me atrevo a mirar de reojo a James, pues, de todos modos, yo ya me sé el vídeo de memoria. Él observa la pantalla y luego a mí.

—¿Qué demonios es esto? ¿Por qué habla tan bajo? —Sus ojos vuelven a la pantalla. En el vídeo la chica rasca con sus largas uñas una esponja—. ¿Por qué hace eso?

—Es un vídeo ASMR.

La cara de James es un inmenso signo de interrogación.

—Es un fenómeno en internet —le explico—. No tengo ni idea de cómo describirlo. Son vídeos en los que la gente habla en voz baja y hace determinados sonidos, como crujidos o toquecitos suaves.

—Pero ¿por qué? —Casi provoca ternura ver lo confuso que está. Nunca lo había visto así.

—Su objetivo es tranquilizar —contesto—. A mi cerebro le funciona totalmente.

—¿Quieres decir que ves esto para relajarte? —me pregunta con incredulidad.

Asiento.

—Es como si se me pusiera la piel de gallina en la cabeza. A veces también me pongo los vídeos para dormirme.

James sonríe.

—Creo que hay que involucrarse a conciencia para que funcione. Ahora mismo estoy flipando demasiado como para que se me ponga la piel de gallina. Es cierto que es un poco… raro.

—Hay cientos de vídeos —digo, y clico el siguiente favorito de mi lista. Ahora aparece en la pantalla un médico que indica con un murmullo a un paciente que levante el brazo y cierre los ojos.

No dura mucho, y un hormigueo se extiende por mi cuero cabelludo.

James mueve la cabeza.

—Es fascinante. De una forma totalmente loca.

—Ponte esta noche uno antes de dormir. Y luego me dices si te ha funcionado —señalo con una sonrisa de experta.

—Me encantaría que fuera bien. Llevo semanas durmiendo de pena.

La sonrisa desaparece al instante de mi rostro. En realidad no quiero cargarme el buen ambiente, pero cuando dice algo así no puedo pasarlo por alto. Tengo que hacer la pregunta, aunque sea triste.

—¿Es por tu madre? —planteo con cautela.

James aguanta la respiración. Por un momento se queda inmóvil, luego exhala el aire con fuerza y asiente.

—Sí. A veces… a veces sueño con ella.

—¿Te apetece hablar de este tema?

En el vídeo, el médico prosigue su revisión y yo aprieto la barra espaciadora para pararlo.

James permanece un rato en silencio, como si estuviera buscando las palabras correctas. Vuelvo a coger con cuidado su mano, como antes, antes de que Ember nos interrumpiese. James gira la palma hacia arriba para que nuestros dedos se entrelacen.

—No había pensado que fuera a ser así —explica.

—¿A qué te refieres? —pregunto en voz baja.

Traga con dificultad.

—Sin mi madre.

Le aprieto la mano para animarlo a seguir hablando. Y eso es lo que hace.

James empieza a contarme los dos últimos meses. Primero entrecortadamente, luego de forma más fluida hasta que encuentra el hilo narrativo correcto. Me habla de sus sentimientos de culpabilidad hacia su madre, porque tiene la sensación de no haber llorado su muerte como debe ser. De sus temores en torno a Lydia, a quien acompaña cada día al despertar y al irse a dormir. De las reuniones de Beaufort en las cuales se siente como si su alma se separase de su cuerpo y como si lo observase todo desde fuera. Me cuenta que su padre les ha prohibido a Lydia y a él ir a ver a su tía Ophelia. Que Lydia necesita urgentemente encontrar una comadrona pero que tiene miedo de que se descubra el secreto. Y que a él le da pena haber desatendido a sus amigos durante todo este tiempo.

Pasamos todo el día sentados en mi habitación y hablando. No solo sobre la familia de James, sino acerca de todos los temas posibles. La escuela, el blog de

Ember e incluso mi conversación con Alice Campbell la noche anterior, que yo aún no había elaborado del todo.

Poco después de las cinco, papá me llama al móvil. Prefiere este método al de dar un grito que resuene en toda la casa como mamá o enviar a Ember a mi habitación.

—La cena está lista —anuncio.

Vamos de la mano a la puerta. Justo cuando voy a abrirla, James me retiene. Me abraza y me estrecha un momento con fuerza.

—Gracias —susurra pegado a mi oído.

No necesito preguntar por qué.

22

James

Los espaguetis del señor Bell, fantásticos.

La pasta está *al dente* y la interacción de las distintas especias, el tomate, el ajo y el chorrito de vino tinto en la salsa la hacen tan sabrosa que no puedo reprimir los gemidos de placer que salen de mi boca.

Cuando trago el primer bocado, cuatro pares de ojos se posan en mí. Toda la familia de Ruby me está observando. Me inquieta sobre todo la mirada del señor Bell. Desde que he colocado mal los cubiertos al poner la mesa, me mira con los ojos entrecerrados, como si estuviera esperando el próximo error que le confirme que no le convengo a su hija. Y, sin embargo, sé exactamente cómo colocar bien los cubiertos. A veces celebramos en casa comidas de negocios en las que hay tres juegos de cubertería diferentes en la mesa. El hecho de que antes no los haya ordenado como es debido no es porque sea tonto, sino por culpa de los nervios.

Me aclaro la voz, me enderezo y digo con total convencimiento:

—Son los mejores espaguetis a la boloñesa que he comido jamás.

La madre de Ruby me sonríe. Ember murmura algo tapándose la boca que suena a «pelota». Pero al menos el rostro del señor Bell se vuelve un poco más afable. Ahora yo también distingo que Ruby y Ember han heredado sus ojos, y no solo el color, sino además la intensidad de su mirada.

—James —dice la señora Bell, o Helen, como yo mismo me corrijo mentalmente, cuando me he metido un poco más de pasta en la boca—. ¿Sabes lo que quieres hacer después de la escuela?

Me tenso de forma automática. Pero entonces veo la expectación en el rostro de Ruby y me recuerdo que esta gente es su familia y que no tengo que fingir nada ante ella.

—Me han admitido en Oxford —respondo dubitativo, sin la dureza habitual en mi voz—. Y ahora mismo soy socio de Beaufort.

—¿Es lo que siempre habías querido hacer? —sigue interrogándome Helen.

De acuerdo. No tengo que fingir delante de ellos, pero tampoco puedo poner al descubierto toda mi vida interior ante unos casi desconocidos. No va así. Mastico despacio la pasta y, para no tener que contestar de inmediato, hago como si estuviera pensando.

—Ruby enseguida supo que quería ir a Oxford. A veces me pregunto si a todos los alumnos de Maxton Hall les ocurre lo mismo —añade, sonriendo a su hija, que está sentada a mi izquierda removiéndose inquieta en la silla.

Trago y bebo un sorbo de agua.

—No todos son como Ruby, se lo puedo asegurar.

—¿Qué significa esto? —pregunta ofendida Ruby.

—No conozco a nadie que deseara tanto como tú ingresar en Oxford. Mis amigos y yo también hemos aspirado a ello, pero estoy convencido de que nadie ha luchado por conseguirlo como tú. —Me paro unos segundos a pensar si mis palabras no suenan como si quisiera ganarme a la familia elogiando a Ruby delante de todos—. Pero a lo mejor no soy del todo imparcial.

Todos se echan a reír al instante. Por lo visto les ha parecido muy divertido. Frunzo el ceño. Todo lo que he dicho lo he dicho con franqueza. No imaginaba que se iban a reír. Un sentimiento extraño se extiende por mi vientre y engullo otro tenedor cargado de pasta para contenerlo.

Después de cenar ayudo a despejar la mesa. En casa nunca haría algo así, para eso tenemos el servicio, pero aquí todos recogen con toda naturalidad.

Comprendo que me miren con cierto escepticismo. Yo también lo haría si estuviese en su lugar.

—¿Venís un momento con nosotros a la sala de estar? —pregunta Helen cuando hemos terminado—. ¿O tienes que irte ya a casa, James?

Niego con la cabeza.

—No. No, no tengo que irme a casa.

—Si te hace preguntas que no quieres contestar, no digas nada y listo —me susurra Ruby al oído cuando salimos de la cocina, a cierta distancia de su madre —. Lamento que haya sido tan desagradable.

—No pasa nada —contesto igual de bajo—. No le des más vueltas. Tus padres me caen bien. Y Ember, por supuesto.

Esto arranca una sonrisa de los labios de Ruby. Habría preferido cogerle la mano o tocarla de otro modo, pero en ese momento entramos en la sala de estar, donde el resto de la familia ya se ha acomodado.

Me llama la atención lo ordenada que está la estancia y su decoración tan minimalista. A diferencia de la habitación de Ruby, no está abarrotada de cosas, sino abierta, con muchos espacios vacíos. Entiendo el motivo cuando el señor Bell maniobra con su silla de ruedas hasta colocarse en paralelo con el sofá. Luego maneja una especie de mando a distancia hasta que el sofá se eleva y queda a la misma altura que el asiento de la silla de ruedas. El señor Bell se desliza de un asiento al otro. Cuando descubre que lo estoy observando, siento el impulso de retirar la vista, pero lo resisto. No ha de pensar que me es desagradable verlo así; a fin de cuentas, para él es algo normal. De modo que mantengo la mirada y señalo el sofá, que desciende de nuevo.

—Nunca había visto algo así —admito con toda sinceridad—. ¿Está instalado en el sofá, o…?

El señor Bell asiente. Si mi pregunta lo ha sorprendido, no lo demuestra.

—Debajo del sofá para ser más exactos.

Ember se coloca al lado de su padre. Se apoya contra su hombro y de pronto aparece una expresión cariñosa en el rostro de él que endulza toda su fisionomía. Así es un padre que no trata a su hijo como si solo fuera un socio de negocios que quiere manipular para su propio interés.

—Sentaos —indica Helen.

Me vuelvo vacilante hacia Ruby, que decide por mí y me señala el sillón frente al sofá. Ella misma se sienta junto a su hermana.

—James, ¿has jugado alguna vez al jenga? —pregunta de repente Ember cuando su madre coloca un juego en medio de la mesa de la sala de estar que parece compuesto solo de bloques de madera.

Lo miro con incredulidad y niego con la cabeza.

—No.

Ember abre la boca un segundo.

—De acuerdo. Es… —Carraspea—. No sé qué opinar de esto.

Me encojo de hombros.

—Lo siento.

—No pasa nada —tercia Ruby lanzando a Ember una mirada que indica con toda claridad que más le vale callarse.

—Exacto —concuerda Helen—. Es facilísimo.

El señor Bell resopla.

—Eso es lo que tú dices, porque siempre ganas.

—Tonterías. —Me sonríe alentadora mientras señala la torre que ha

levantado con los bloques de madera—. Tenemos que sacar una pieza de esta torre y volver a colocarla arriba. Solo puedes utilizar una mano para retirarla, y en cada fila debe quedar al menos una pieza.

Asiento.

—Entendido.

—Y lo genial —continúa, mirando a su marido— es que siempre hay varios ganadores y solo un perdedor.

—No es cierto —interviene Ruby—. Si contamos los últimos dieciocho años, todos somos perdedores, porque mamá nunca derriba la torre.

Helen se limita a esbozar una sonrisa como respuesta, y en ese momento me doy cuenta de que no debo dejarme engañar por su conducta cariñosa, sino que he de cuidarme de ella.

El juego empieza. Yo voy justo después de Helen y saco un pequeño bloque de madera de un lateral. Me sigue el señor Bell, luego Ember y, para terminar, Ruby. Justo cuando me toca por segunda vez, la torre se viene abajo. Me aparto hacia atrás asustado cuando los bloques de madera caen en todas direcciones.

—Joder —farfullo.

—No te enfades, James, pero mira que eres malo —dice Ember.

—Solo necesita practicar un poco. —Ruby parece mucho más optimista de lo que yo me siento.

En la siguiente partida aguanto un poco mejor, pero también esta vez soy yo quien derrumba la torre. Y lo mismo en la partida que sigue. Al menos Ember y el señor Bell parecen divertirse a mi costa, y a mí con eso me vale. La cuarta partida transcurre mejor. He intentado copiar la técnica de Helen y, en efecto, el truco parece consistir en utilizar solo las puntas de los dedos y no toda la mano. Entonces me doy tiempo, aunque siento todos los ojos encima de mí. Me esfuerzo por sacar los bloques tan despacio como puedo y esta vez lo consigo.

Al final la torre se tambalea tanto que Ruby agita la cabeza abatida cuando le toca el turno. Con las mejillas ligeramente ruborizadas y la mirada concentrada se inclina hacia delante y tira de una pieza de madera. La torre se mueve cuando la retira y todos contemplamos el espectáculo como fascinados. Cuando se tambalea menos y se equilibra, suspiro aliviado. Ruby me oye y me busca por encima de la torre. Nunca olvidaré la sonrisa que se dibuja en su rostro. En serio, nunca. Llena todo mi cuerpo y durante unos segundos estoy tan cautivado por su mirada que no me doy cuenta de que Helen extiende la mano y…

Con un estallido, la torre se derrumba. Ember se levanta de un salto con un

grito triunfal y señala con el índice a su madre.

—¡Ja!

—¡James ha conseguido que mamá pierda! —grita Ruby, dando palmadas.

También el señor Bell esboza una ligera sonrisa y mira a su esposa divertido.

—Creo que tendremos que intentarlo una vez más —dice Helen, mirándome. Luego señala con la barbilla los bloques de madera caídos—. James, ayúdame a levantar la torre.

Esta familia me fascina. Su entusiasmo es contagioso y provoca que me sienta tan despreocupado como hacía tiempo no me sentía.

—Por supuesto, Helen —respondo con cierto retraso, y me incorporo para volver a construir la torre. Bloque a bloque, pieza a pieza. Exactamente como sucede con Ruby y conmigo. Y con todo lo demás.

23

Ruby

Nunca había estado tan emocionada ante la llegada del lunes como hoy. El trayecto en el autobús de la escuela me parece el doble de largo de lo habitual y, aunque normalmente lo disfruto, esta mañana estoy como una moto. Mientras recorremos los últimos metros para llegar a la escuela y el autobús por fin se detiene, me exhorto a mí misma para controlarme.

«Es un día de escuela normal y corriente. Todo es como siempre. Haz el favor de bajar el ritmo, pulso.»

Soy la última que baja del autobús. Y cuando desciendo la escalera, lo veo.

James está apoyado en la verja del campo de juego, justo frente a la parada de bus. Me mira sonriendo casi como con timidez, aunque su actitud no transmite esa impresión. Me acuerdo de la mañana, hace más de tres meses, en que me sorprendió de la misma manera. Entonces habíamos estado en una fiesta en casa de Cyril y él había intentado protegerme de las preguntas tontas de nuestros curiosos compañeros de escuela.

Esta vez no espera a que yo llegue a su lado, sino que sale a mi encuentro. Su sonrisa no se desvanece, al contrario. Ayer ya me di cuenta de la frecuencia con que sonreía cuando jugaba con mi familia. Casi no puedo creerme que este sea el mismo chico que en diciembre lloraba entre mis brazos. Qué bien sienta verlo así.

—Hola —lo saludo, alisándome el flequillo. Sopla el viento y temo que se me disperse el pelo en todas direcciones. Pese a ello, James me mira como si fuese lo mejor que le ha pasado en su vida.

—Buenos días. —Levanta la mano y me coloca un mechón rebelde detrás de la oreja. Está tan cerca de mí que hasta percibo su olor. Tan familiar. Cálido. Con un toque como a miel. Un día le tengo que preguntar sin falta qué perfume se echa.

—¿Vamos? —pregunta haciendo un gesto en dirección a la puerta de entrada.

Me da un vuelco el corazón. Todo me parece emocionante y nuevo, y eso que no es la primera vez que me viene a recoger y me acompaña hasta la clase.

—Sí —respondo, y me planteo brevemente si puedo cogerlo de la mano. No sé si ya hemos llegado tan lejos, si puedo hacerlo ni qué impacto causará en los demás. James decide por mí y envuelve mi mano en la suya. Desde mis dedos se extiende un hormigueo hacia el resto de mi cuerpo.

—¿Está bien esto? —pregunta.

—Más que bien —contesto apretando su mano.

Luego nos vamos los dos hacia el Boyd Hall. Por el camino casi no nos cruzamos con nadie que yo conozca, pero todo el mundo conoce a James. Y cada uno de ellos parece interesarse por el hecho de que vayamos de la mano. Oigo cuchichear a un par, algunas cabezas se vuelven hacia nosotros al pasar de largo. Por unos minutos me siento insegura y como mareada. Miro a James de reojo y esa sensación se debilita un poco, porque actúa como si fuera lo más normal del mundo que vayamos al Boyd Hall cogidos de la mano.

—Por cierto, quiero que quedemos un día —murmura, poco antes de entrar en el Boyd Hall.

Reprimo la sonrisa que quiere extenderse por mi rostro. Con fingido desinterés levanto una ceja.

—¿Ah, sí?

James asiente.

—Ajá. El sábado que viene. Si tienes tiempo.

Hago como si tuviese que pensarlo y James sonríe.

—Me tienes en vilo, Ruby Bell.

Ya no reprimo mi sonrisa.

—Me apetece muchísimo salir contigo, James Beaufort —contesto mirándole a los ojos para que sepa que lo digo en serio.

Mientras entramos en la sala, me susurra:

—Esperaba que me dijeras esto.

Después de la asamblea, James me acompaña a mi clase. Llegamos a la puerta en el momento en que Alistair, Cyril y Wren aparecen por el pasillo detrás de nosotros. Wren echa un vistazo a nuestras manos entrelazadas, da media vuelta y desaparece en una de las aulas. Noto que James se pone rígido y

automáticamente tengo el impulso de soltarle la mano, pero él sigue sujetando la mía con determinación.

—Buenos días, pareja —dice Alistair, dedicándonos una diminuta sonrisa.

Cyril solo hace una escueta inclinación de cabeza. Yo le devuelvo el saludo del mismo modo. No olvido lo que me dijo en diciembre y lo mucho que me dolieron sus palabras. Su amistad con James es asunto suyo, pero eso no significa que nos tengamos que caer bien.

—Buenos días —contesta James con un tono calmado y carente de cualquier emoción.

—¿Significa esto que dejarás de estar tan insoportable? —pregunta Alistair mirando nuestras manos entrelazadas.

James levanta la mano libre y le enseña el dedo corazón. Luego se vuelve hacia mí.

—Nos vemos después.

No suena a pregunta sino a afirmación, y yo asiento.

—Hasta luego —me susurra, acariciándome el dorso de la mano con el pulgar. Todo mi cuerpo vibra a causa de ese leve roce.

—Hasta luego.

Me suelta la mano y emprende el camino hacia el aula donde él y sus amigos tienen ahora clase. Cyril y Alistair van tras él y yo los sigo con la mirada hasta que James vuelve la vista atrás por encima del hombro y me sonríe. Debería ir a mi propia aula, pero estoy como congelada.

Cuando pienso en cómo empezamos, me resulta increíble que con el tiempo hayamos llegado hasta aquí: entrando en la escuela de la mano, delante de todos los alumnos de Maxton Hall.

Pero da gusto.

Y no solo eso: es como debe ser.

—Da igual adónde fuera hoy —dice Lin por la tarde, mientras se sienta en una de las sillas que hemos dispuesto en un pequeño círculo en este último cuarto de hora—. El único tema de conversación erais James y tú.

Echo un vistazo a la puerta, pero sigue cerrada. Salvo nosotras, no hay nadie más en la sala para grupos.

—¿De verdad?

Lin asiente.

—Sí. En el descanso, cuando he ido a buscar un café, casi todo el mundo en el comedor hablaba de eso.

Al escucharla siento una pizca de malestar, pero decido que no voy a inquietarme. Tenía claro que ya puedo olvidarme definitivamente de mi capa de camuflaje si recorro la escuela de la mano de James Beaufort. Al fin y al cabo, desde comienzos de curso han cambiado tantas cosas que ya me da exactamente igual que la gente me conozca o hable de mí. Bueno, me da bastante igual.

—Por cierto, reviento de curiosidad —añade Lin.

—Siento no haberte contado nada —me disculpo—. Pero ni yo misma sé exactamente qué ha sucedido en realidad. Ayer vino a mi casa y… —Esbozo una sonrisa—. Fue genial.

—¿Habéis hablado? ¿De todo?

Asiento.

—Sí. Fue muy complicado. Y no creo que podamos comportarnos como si no hubiese ocurrido nada. Pero… —Inspiro despacio y exhalo—. A pesar de todo, tengo algo así como la esperanza de que vamos a superarlo.

Entre James y yo todavía no está todo arreglado. Han pasado demasiadas cosas y aún me da mucho miedo la posibilidad de que vuelva a hacerme daño. Pero ayer me sentí feliz y quiero aferrarme a ese sentimiento mientras sea posible.

Lin suspira.

—Tiene buena pinta. Me alegro sinceramente por ti, Ruby.

Me sorprende su tono nostálgico. Entonces recuerdo que Lin se fue el viernes al *pub* con los demás para hablar en serio con Cyril. Al instante siento mala conciencia. Como me han pasado tantas cosas, me olvidé por completo de preguntarle el sábado cómo le había ido.

—¿Tienes novedades? —pregunto con cautela.

Lin aprieta los labios. Por un momento se diría que no quiere hablar del tema, pero luego suelta el aire con fuerza.

—Sí, hay novedades: que a partir de ahora solo tengo que concentrarme en Oxford.

La miro con cariño.

—¿Qué ha pasado?

Se encoge de hombros.

—Cyril me ha mandado a freír espárragos.

Inspiro hondo.

—Mierda.

—Es justo lo que suponía. Está enamorado de Lydia —continúa—. Y ahora se está haciendo de nuevo ilusiones con ella.

—¿Es lo que te ha dicho? —replico perpleja.

Asiente despacio.

—Lo ha dejado bastante claro, sí.

—Lo siento mucho, Lin. Si puedo hacer algo por ti…

—No, pero gracias. Creo que es bueno que me lo haya dicho de una vez. De lo contrario, seguro que habría ido tras él en Oxford y habría arruinado mi comienzo en la universidad. Simplemente le he dado demasiada importancia a este asunto.

Le pongo la mano en la espalda.

—No pasa nada. De verdad. Es solo que me siento aliviada por haberme liberado por fin de la incertidumbre.

Me la quedo mirando un rato más, insegura, luego le acaricio un poco la espalda y la dejo.

—El viernes deberíamos hacer una quedada de chicas, ¿qué opinas?

Lin parece indecisa, pero se obliga a sonreír.

—Más tarde te lo confirmo, ¿vale?

Permanecemos un rato sentadas en silencio una al lado de la otra y observamos las mesas que hemos reunido en la pared posterior de la habitación con el fin de ganar espacio para nuestro círculo de sillas.

—¿Crees que los demás se alegrarán? —plantea al final Lin, con un tono de entusiasmo forzado.

—Seguro —respondo—. Después del trajín del viernes, creo que todos necesitamos un día de descanso.

Justo cuando va a contestar, la puerta se abre y Jessalyn y Kieran entran en la sala.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta desconcertada Jessalyn mirando a su alrededor.

Kieran, por el contrario, se limita a murmurar un «hola» y se sienta enseguida en una de las sillas. Me pregunto si me lo estaré imaginando o si es cierto que hoy está más pálido que de costumbre. Evita mirarme y rebusca concentrado en su bolsa.

Noto que Lin me mira primero a mí, luego a él y después de nuevo a mí, pero no sé qué hacer para que no haya una atmósfera tan extraña entre nosotros.

Por suerte, en ese instante aparecen también por la puerta Camille y Doug, quienes se asombran a su vez de que hayamos cambiado la disposición de los asientos. El último que entra es James. Arquea una ceja y mira a su alrededor, cruza el círculo de sillas y toma asiento en la que está frente a mí, con una media sonrisa.

Lin carraspea a mi lado.

—Para hoy, Ruby y yo hemos pensado en daros una sorpresa —dice—. Seguro que ya lo sabéis, todos los años escolares se produce un bajón en el que de repente todo se hace más pesado. —Un murmullo de aprobación se extiende por el pequeño grupo—. Tengo la impresión de que en la actualidad nos encontramos un poco antes de este punto, sobre todo después del caos de la semana pasada. Por desgracia, no podemos tomarnos ningún descanso porque el baile de primavera está casi a la vuelta de la esquina.

—Aun así, hemos pensado en que podríamos celebrar de otro modo la reunión de hoy —añado—. Todos habéis trabajado muy duro y la gala benéfica tuvo un éxito enorme. Me parece que nos merecemos tomárnoslo hoy con más calma.

Lin se agacha y saca una bolsa de debajo de la silla. La abre y muestra dos grandes termos y varios vasos.

—Hemos pensado en celebrar la reunión de hoy con café, té y pasteles.

—¡Ooooh! —exclaman alegres Camille y Jessalyn a su lado—. Qué monas sois…

Mientras Lin reparte las bebidas, me levanto para recoger las bolsas de papel que he escondido en un rincón de la sala, debajo de la chaqueta de Lin y de la mía.

—He traído magdalenas de la panadería de mi madre —anuncio.

Cuando me coloco en el centro de nuestro pequeño círculo de sillas y levanto la tapa, Jessa se inclina al instante sobre la caja.

—Mmmm. ¡Huelen de maravilla!

—Servíos.

Mientras los demás se sirven, James se acerca un poco a mí.

—Estas no las tenías hoy por la mañana.

—Mi madre me las ha traído en el descanso de mediodía —digo con una sonrisa—. Están recién hechas.

—Son las magdalenas más ricas que he probado en mucho tiempo —afirma Camille, y Doug asiente conforme a su lado—. ¿Dónde está la panadería? —

pregunta—. Mi madre lleva semanas buscando a alguien que prepare su tarta de cumpleaños. A lo mejor podría ir a echar un vistazo.

—En Gormsey —respondo—. Es bastante pequeña, pero todo lo que tienen está muy bueno y hecho con amor. Con mucho gusto te daré una tarjeta.

—Sería estupendo —comenta Camille, y me sorprende lo sinceras que parecen sus palabras. Durante las últimas reuniones he comprobado que algo ha cambiado en ella. Se ha implicado más que de costumbre y ya no da la impresión de encontrarlo todo y a todos insoportables. Me pregunto cuál habrá sido el detonante.

—Ha sido una idea genial por vuestra parte —asegura Jessa—. La semana pasada fue realmente estresante. Además de todo el trajín para organizar la gala, también tenía una exposición en clase de Inglés.

—¿Y cómo te fue? —pregunta Lin.

—Una pifia total. Perdí el hilo y ya no había manera de darle sentido a nada.

—Me ha pasado —interviene Kieran—. Hace poco tuve un blancazo total. De repente me quedé sin palabras.

—¿De qué trataba la exposición?

—Sobre la guerra fría. —Kieran tuerce la boca en un gesto malhumorado—. ¿Y la tuya?

—*El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare.

—Ay, pobre —dice Camille—. Odio a Shakespeare.

Jessa se encoge de hombros.

—La obra no me pareció tan mala. Además, vi la película y pensé que sería un tema genial para el baile de primavera.

Me detengo con la magdalena delante de la boca.

—Sería un tema maravilloso —señalo lentamente, volviendo la cabeza hacia Lin.

—Sí… —Parece dispuesta a reflexionar—. Para la fiesta de Halloween recogimos varias ofertas de empresas de decoración. Una tenía una especie de bosque encantado. Con árboles artificiales y focos, una máquina de niebla y esas cosas.

—¿No son de esos con columpios de madera en los que te hacen fotografías?

—Sí, exacto.

—Me lo imagino a la perfección —dice Jessa, mientras Camille suspira.

—Suena genial. ¿Cuál sería el código de vestimenta?

—Podríamos ir todos vestidos de elfos —propone Doug al instante.

Por un segundo nos detenemos y nos lo quedamos mirando. ¿Quién habría dicho que el silencioso Doug tuviese predilección por el mundo de las hadas?

—Sí —digo, pero enseguida añado—. ¿Y qué tal vestidos con estampados florales para las mujeres y corbata negra con camisas color pastel para los hombres?

Jessa asiente.

—Perfecto.

Lin y yo intercambiamos una mirada. ¿Acabamos de encontrar por azar el tema para nuestro próximo evento?

—¿Cómo vamos de presupuesto? —pregunta Kieran con el ceño ligeramente fruncido. Por primera vez en esta tarde me mira a la cara—. Pinta que va a ser caro.

—Cierto, pero no tuvimos que pagar a la empresa de decoración en la gala benéfica.

James resopla despectivo. Es evidente que este tema es delicado para él. No sé por qué, pero en cierto modo me provoca ternura.

—Con el dinero que Lexington nos ha garantizado contamos con un presupuesto generoso. En realidad, debería llegarnos.

—Bien, yo lo haría —dice Camille—. ¿Qué opináis?

—¿Votamos otra vez para salir de dudas? —sugiere Lin—. Que levanten el vaso todos los que estén de acuerdo con el tema de *El sueño de una noche de verano*.

Ni un vaso se queda abajo.

Cuando veo las caras relajadas de mis compañeros de equipo, un sentimiento de afecto se apropia de mí. No sé la razón, pero me parece como si esta última media hora juntos nos hubiese unido un montón.

James

La semana transcurre volando y estos son los mejores cinco días que jamás he pasado en Maxton Hall. Ruby y yo estamos todo el tiempo posible juntos, lo cual no es sencillo dados nuestros horarios, aunque al final todo va mejor de lo que habíamos creído.

Cada mañana la voy a buscar a la parada del autobús y la acompaño a su clase. El miércoles, por tanto, insiste en acompañarme ella a mi aula, que justo ese día está en el ala este, lo que lleva a que Ruby tenga que atravesar corriendo toda la escuela para ocupar puntual su puesto en su primera clase del día. Nuestras horas libres coinciden dos veces y las pasamos en la biblioteca, donde intento concentrarme en la asignatura que debemos estudiar pese a tener la mano de Ruby en la mía. El jueves conseguimos reunirnos en la cafetería para comer, si bien me da la sensación de que mi presencia no le hace la menor gracia a Lin. De vez en cuando temo que me clave la cuchara en el ojo, pero parece capaz de controlarse bien.

Por primera vez desde la muerte de mi madre no siento que no haya esperanza. Es como si me hubiese quitado un peso enorme de encima, aunque podría prescindir sin problemas del chismorreo y de las miradas curiosas de mis compañeros de escuela.

Pero mis chicos desconfían de Ruby, y el ambiente está tenso después de lo ocurrido con Wren. Alistair nos invita a su casa el viernes por la noche, un claro intento de limar asperezas entre todos. Aunque me habría gustado pasar la velada con Ruby, sé que debo hablar con Wren. Sin contar con que el sábado pasado no intercambiamos palabra y que quiero poner fin a nuestra pelea, también me gustaría saber qué sucede en su casa. Y cómo puedo ayudarlo.

Por desgracia, Frederick, el hermano de Alistair, se ha autoinvitado a nuestra pequeña fiesta y lleva media hora soltándome el rollo. Con veintidós años es el orgullo de los Ellington: prometido en matrimonio, estudiando en Oxford y, a diferencia de Elaine y Alistair, dispuesto a conservar las tradiciones familiares. No lo soportamos, lo que se debe sobre todo a que sus padres lo han endiosado mientras que al mismo tiempo actúan como si Alistair no existiese.

—¿Es cierto que ya estás trabajando en Beaufort? —pregunta Frederick, agitando su vaso medio lleno de *whisky* en la mano.

—Pues sí —contesto sin mirarlo. Saco el móvil y compruebo si ha llegado algún mensaje de Ruby.

> ¡JAMES! ¡Alice Campbell me ha invitado a su despacho en Londres!

Siento sobre mí la mirada curiosa de Frederick y reprimo por eso la sonrisa que pugna por dibujarse en mi rostro.

> ¿Y eso?

—¿Y qué tal? —pregunta Frederick, que por lo visto ha pasado por alto mi inequívoca indicación de que no pienso someterme a su interrogatorio.

—Emocionante. —Farfullo mi respuesta estándar mientras espero que Ruby conteste—. Un gran honor.

Oigo resoplar a Cyril, aunque intenta mitigar el sonido con la mano. Él sí ha entendido el auténtico significado («Cierra el pico de una maldita vez, por favor»), a diferencia de Frederick, que vuelve a insistir:

—¡Cuéntame algo, Beaufort!

En ese momento mi iPhone se ilumina. Ruby me ha enviado un pantallazo del *e-mail* de Alice. Justo encima pone:

¡Aaaah!

> Querida Ruby:
>
> Nuestra conversación, el sábado pasado en la gala, me resultó muy inspiradora. La próxima vez que vaya a Londres, me alegraría poder recibirla en mi despacho.
>
> Cordialmente,
> Alice

Mi respuesta casi se escribe sola.

¿Cuándo vamos?

De repente Frederick me da unas palmaditas en el hombro. Giro la cabeza en su dirección y lo miro con las cejas arqueadas. Se da cuenta enseguida de que ha cometido un error y se distancia un poco. Luego carraspea.

—Me refiero a que en esta sala nosotros dos somos los únicos que hemos demostrado algo y que hemos hecho algo con nuestras vidas. Tenemos que mantenernos unidos. —Ríe como si hubiera dicho algo divertido.

Ninguno de nosotros está de acuerdo con él.

—De tu boca solo sale porquería, Frederick —señala Kesh a media voz.

Frederick suelta un bufido de indignación.

—Déjalo, Kesh. —El tono de Alistair es monótono. Siempre es así cuando está su hermano cerca. Se vuelve frío y distante, totalmente lo contrario del Alistair con quien pasamos el tiempo. Si hubiera sabido que Frederick iba a estar el fin de semana en casa, nunca se le habría ocurrido invitarnos, sino que habría intentado que le hubiésemos acogido alguno de nosotros.

—¿Qué has conseguido tú, si se puede saber? —pregunta Kesh, y su voz es tan profunda y calmada que un escalofrío me recorre toda la espalda—. Te

aceptaron en Oxford: enhorabuena. Y estás prometido: te deseo que seas muy feliz. Pero todo esto no te convierte en un superdotado, sino en un títere que no tiene agallas. —Kesh toma lentamente un sorbo del vaso sin apartar ni un instante sus ojos de color castaño oscuro de Frederick.

—Si tuvieras un mínimo de educación, nunca dirías algo así —replica Frederick cortante. Intenta parecer aburrido, pero veo un tic nervioso en su párpado.

—No tienes nada que enseñarme sobre educación. A diferencia de ti, sé que una persona no trata a su familia como si fuese escoria. Que no estés del lado de tu hermano me dice todo lo que necesito saber de ti, desgraciado…

—Keshav, joder, ¡cállate de una vez! —Alistair se pone en pie con los puños apretados. Está rojo como la grana.

—Qué buenos amigos tienes, Alistair. A mamá y papá no les faltan motivos para estar orgullosos de ti —dice Frederick, sacando el móvil del bolsillo del pantalón. Se levanta—. Si me disculpáis… Mi prometida.

Oímos que responde a la llamada y saluda a su novia con un empalagoso mote antes de salir del salón y dejarnos.

—¿Se puede saber qué demonios significa esto, tío? —masculla Alistair, todavía tieso como un palo y apretando los puños.

—Se ha comportado como un gilipollas —contesta Kesh.

—¿Y qué? Si tu familia te dice una idiotez, ¿me meto yo en medio? ¡No!

—Eso es porque mi familia nunca me trataría como lo hace la tuya. Alégrate de que esté yo para cubrirte las espaldas.

Alistair suelta un bufido desdeñoso.

—Tú solo me cubres las espaldas cuando te conviene. Puedo prescindir de eso, hipócrita de mierda.

Kesh se estremece como si Alistair le hubiese propinado un puñetazo. Mira rápidamente a Wren, a Cyril y a mí, luego se vuelve de nuevo hacia Alistair. Frunciendo el ceño, los miro alternativamente a uno y otro, pero antes de que pueda aclarar la situación o de que tenga oportunidad de hacerlo, Alistair gira sobre sus talones y se marcha por la misma puerta por la que ha salido Frederick.

—¿Qué… —empieza a decir Wren, pero en ese momento Keshav reacciona y corre detrás de Alistair. Tras él la puerta se cierra con estrépito— diablos ha sido esto?

Wren, Cyril y yo intercambiamos una mirada perpleja.

Entonces Cyril suspira y apoya la cabeza contra el respaldo de su asiento.

—No me había imaginado así esta reunión. —Teclea en su móvil y sube el volumen de la música en el salón.

—Espero que no se maten —digo al cabo de un rato.

Cyril niega con la cabeza sonriendo.

—No creo. Y si van a hacerlo, yo apostaría por Alistair.

Yo apenas lo escucho, sigo mirando hacia la puerta por la que los dos acaban de salir. Nunca había visto a Alistair y Kesh pelearse de ese modo.

Cuando Alistair reveló su homosexualidad y sus padres empezaron a tratarlo como si fuera un leproso, pasó mucho tiempo con cada uno de nosotros porque no soportaba estar en su casa. Eso nos unió más a todos, pero en especial a Alistair y a Kesh. Los padres de este último son abiertos y afables, y acogieron a Alistair como si fuese un hijo más.

—Hay algo que no va bien entre estos dos —observa Wren.

—Yo también lo he notado.

Wren levanta una ceja y por un instante parece que vaya a comentar algo, pero luego lo piensa mejor y opta por tomarse un buen trago de su *whisky* con Coca-Cola.

Suspiro.

—Wren —empiezo a decir.

Me mira con cautela.

—Es cierto que en las últimas semanas no me he comportado como un buen amigo —confieso—. Lamento de verdad no haberme preocupado más que por mis asuntos y no haber estado a tu lado.

—Tenías razones para ocuparte de ti —contesta Wren en voz baja—. Tu madre se ha muerto. He metido la pata. Lo siento.

—Debería haberme dado cuenta de que no estabas bien.

Wren se encoge de hombros.

—Este sería, por ejemplo, un buen momento para que me contaras qué te ocurre —digo—. En realidad, he venido esta noche para eso.

Wren parece dudar. Me mira por encima de la montura de sus gafas. Luego cierra un momento los ojos, como si tuviera que reunir valor.

—Nos… nos mudamos.

Me inclino un poco hacia él. ¿Lo he entendido mal?

—¿Cómo?

—Mis padres han perdido toda su fortuna. La semana pasada encontramos un comprador para la casa. En marzo nos mudamos a una casa pareada.

Me quedo mirando a Wren. Sus palabras se repiten en mi mente, pero no les encuentro el sentido.

—¿Por qué demonios no nos has contado nada? —pregunta Cyril. Se levanta de su butaca, se acerca a nosotros y se sienta junto a Wren en el sofá—. Podríamos haberos ayudado.

Esto me saca de mi estado de *shock*.

—Cy tiene razón —convengo yo—. Seguro que habría habido alguna posibilidad de conservar la casa.

Cyril asiente.

—Mis padres no habrían dudado en comprarla y habríais podido seguir viviendo en ella.

Wren levanta la mano para calmarnos.

—Ya sabéis lo orgullosos que son mis padres. Nunca aceptarían limosna. Sin contar con que habría sido raro que tus padres fueran nuestros caseros —dice Wren, volviéndose a Cyril. Pero este se limita a hacer un gesto indiferente.

—¿Cómo ha sucedido? —pregunto.

Wren suspira y se frota la barbilla.

—Papá especuló con unas acciones. Lo apostó todo a una sola carta y… perdió.

—¡Joder! —exclamo.

No sé exactamente cómo de grande es la fortuna de los Fitzgerald, pero conozco la casa en la que viven y todas sus residencias de verano. Sé en qué empresas han invertido. Que de verdad lo hayan perdido todo, y en tan poco tiempo, me resulta inimaginable.

—¿Podemos hacer algo? —pregunto al cabo de un rato.

Wren se encoge de hombros.

—Por el momento todo está hecho un lío. Y mi padre… está bastante jodido.

—Infórmanos si hay novedades —digo, y Cyril farfulla que está de acuerdo.

—Están pasando tantas cosas que ya no logro dar abasto con los asuntos de la escuela. Y ahora además he de pensar en becas para ir a Oxford. Yo… no tengo ni idea de cómo conseguirlo.

Wren hunde el rostro entre las manos y Cyril y yo intercambiamos una mirada. Estoy seguro de que pensamos lo mismo. Si las cosas se pusieran difíciles, todos nos uniríamos para darle un crédito. Seguro que cualquiera de nosotros estaría dispuesto a regalarle el dinero, pero lo conocemos lo suficiente para saber que nunca lo aceptaría.

—Lo conseguirás. Y nosotros te ayudaremos —aseguro yo, y golpeo con mi hombro el de Wren.

Este baja lentamente las manos de su rostro.

—James, lo de Ruby…

—De eso ya hace mucho tiempo —lo interrumpo.

En este momento no se trata de mí y de Ruby, sino de que Wren ha cargado con esta preocupación todo el tiempo sin que su mejor amigo lo haya notado. Eso no tendría que ser así, no entre nosotros.

Nuestra pelea ya no tiene ninguna importancia. Ahora, todo lo que cuenta para mí es que quiero ayudar a Wren. Aunque no tengo ni idea de cómo.

24

Ruby

Estoy como una moto al abrir la puerta. Percy se encuentra delante de mí e inclina ligeramente la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Señorita Bell, qué alegría volver a verla.

—Lo mismo digo, Percy —respondo, y lo sigo hasta el coche apretando contra mí el bolso de mano plateado.

Durante toda la semana James se ha negado a darme alguna pista sobre el lugar donde hemos quedado, por lo que he tenido que ir un poco a ciegas con respecto a mi indumentaria. Pero con ayuda de Ember llevo un conjunto que se ajusta a cualquier ocasión: un sencillo vestido negro, zapatos con un minitacón y el bolso de mano plateado. Me he recogido el pelo y me he puesto bastante laca en el flequillo por si pasamos algún tiempo a la intemperie y sopla el viento.

—Nos reuniremos con el señor Beaufort en el lugar —indica Percy cuando me abre la puerta y me ayuda a subir al Rolls-Royce.

Sonriendo, levanto la vista hacia él para darle las gracias, pero me detengo. Percy tiene ojeras y la tez pálida y mortecina. Además, se diría que su mente no está aquí sino en otro lugar.

—¿Cómo está usted, Percy? —pregunto.

—Estoy bien, señorita, gracias por su interés —responde mecánicamente.

Con una sonrisa cortés, cierra la puerta tras de mí y da la vuelta al coche. La mampara de separación no está subida y lo observo pensativa cuando se sienta al volante. ¿Me lo parece a mí o han aumentado las hebras blancas de su cabello tras la muerte de Cordelia Beaufort?

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para los Beaufort? —inquiero, acercándome un poco a la parte delantera.

—Más de veinticinco años, señorita.

Asiento con simpatía.

—Pues sí que es mucho tiempo.

—Ya llevaba en coche a la señora Beaufort cuando tenía veintipocos años.

—¿Cómo era?

Percy parece buscar las palabras adecuadas.

—Intrépida y valiente. Cuando todavía estaba estudiando la carrera, para disgusto de sus padres, dio la vuelta a la compañía. Pero valió la pena. —Veo en el retrovisor que sus ojos se hacen más pequeños, como si estuviera riéndose—. Siempre tuvo un sexto sentido para las tendencias. Incluso cuando su embarazo ya estaba muy avanzado seguía yendo al trabajo y lo encauzaba todo. No había nada que llevase el logo de la empresa si ella personalmente no había dado el visto bueno. Era… —Percy se interrumpe—. Era una mujer fabulosa —concluye con la voz ronca.

Me invade una ola de empatía. Da la impresión de que la señora Beaufort significó mucho para Percy. Si observo a fondo la expresión de sus ojos, diría que incluso más que eso.

—¿Realmente se encuentra bien, Percy? —susurro.

El chófer no tiene otro remedio que aclararse la voz.

—Ya me repondré en algún momento, señorita. Solo necesito un poco de tiempo.

—Claro. Si puedo hacer algo por usted… —No sé cómo ayudar a Percy, pero tengo la sensación de que es el momento de ofrecerle mi apoyo.

—De hecho, sí hay algo que puede usted hacer por mí. —Nuestras miradas se encuentran en el espejo retrovisor—. Por favor, cuide de James.

Me quedo sin aliento, estoy conmovida.

—Lo haré —digo tras un breve instante—. Prometido.

Veinte minutos más tarde ya hemos llegado. Mientras Percy aparca, miro por la ventanilla y contemplo a través del vidrio oscurecido del coche la fachada del restaurante ante el que nos hemos detenido. En cualquier caso, el camino que hemos recorrido iba en dirección a Pemwick. El entorno, sin embargo, no me resulta conocido.

Percy abre la puerta y me ayuda a bajar. Se está poniendo el sol y tiñe con una luz de color rojo anaranjado el edificio gris que tengo delante. El sinuoso

rótulo de La Cocina de Oro ya está iluminado, y cuando Percy me señala la entrada, mi corazón empieza a latir de repente un poco más deprisa.

—El señor Beaufort la espera dentro. Que se divierta, señorita Bell.

Doy las gracias a Percy y me dirijo nerviosa a la puerta. James ya está esperándome en la entrada. Sin que yo haga nada, una sonrisa se esboza en mi rostro. Me siento tan aliviada de que vuelva a irme bien con él…

Lleva una camisa negra y un traje Beaufort azul a cuadros grandes que le queda como un guante. A la derecha, en el bolsillo de la chaqueta, se distingue un diminuto monograma con sus iniciales.

James me sonríe y me contempla del mismo modo que yo a él. Se me seca la garganta cuando su mirada recorre mi cuerpo.

—Estás muy guapa —susurra.

Se me pone la piel de gallina.

—Gracias. Tú también.

Me ofrece el brazo y me conduce hacia el interior del restaurante. Está lleno, y solo distingo una mesa libre. Deduzco de inmediato que esa será la nuestra, pero James cruza una puerta lateral que da a una escalera que nos lleva hacia arriba.

Cuando hemos llegado al piso superior, me quedo sin respiración. Nos encontramos en un acristalado jardín de invierno. En el centro de la habitación hay un árbol en cuyas ramas se balancean unos farolillos con luces de colores. En el techo y a lo largo de la ventana cuelgan guirnaldas de luces que emiten un cálido resplandor y confieren al lugar una atmósfera mágica. Solo está preparada una pequeña mesa redonda.

James me acompaña hasta nuestra mesa. Se comporta como un caballero, me retira la silla y la empuja por detrás de mis rodillas para que yo pueda sentarme.

Mientras él toma asiento frente a mí, lanzo una mirada a través de la ventana. La vista es arrebatadora. Todavía se pueden ver los extensos campos que rodean Pemwick, pero estoy segura de que ese verde paisaje de colinas se verá envuelto en la oscuridad dentro de una media hora.

Como surgido de la nada, aparece un camarero que coloca una jarra de agua en la mesa antes de dejarnos la carta. La hojeo y voy levantando la vista para mirar a James. Me pregunto si estaré tan alterada porque es mi primera cita oficial con un chico o porque es James quien está sentado frente a mí y me sonríe por encima de su copa.

Le devuelvo la sonrisa.

—Esto es realmente bonito.

—Yo también lo creo. Mamá venía a veces a comer aquí con Lydia y conmigo. Tengo muy buenos recuerdos en este jardín de invierno —contesta.

Al oír estas palabras me invade una oleada de ternura y siento un cariño enorme por James. Que quiera compartir este sitio conmigo me conmueve, precisamente porque sé lo difícil que es para él la relación con su familia.

—Gracias por haberme invitado aquí.

Le cojo la mano por encima de la mesa y se la acaricio. Su mirada se oscurece.

—Quiero demostrarte que pasar el tiempo conmigo no es solo una carga. Sino que puede ser algo más.

—James… —empiezo a responder, pero el camarero vuelve a nuestra mesa y nos toma la comanda.

Me decido por unos ñoquis con queso de cabra, mientras que James escoge el muslo de pollo relleno. Luego nos quedamos solos de nuevo y yo reflexiono sobre cómo reanudar el tema. A veces desearía ser un genio de las conversaciones como Ember. Enseguida se le ocurre algo para romper el hielo en cualquier situación complicada.

—Por cierto, acabo de crear una cuenta en Goodreads —dice de repente James.

Presto atención.

—¿En serio?

Asiente.

—Quiero retomar la lista. La que… la que hicimos en Oxford. —Carraspea y creo ver avivarse en sus ojos el recuerdo de aquella noche—. Los libros me parecieron una buena forma de dar el primer paso.

—¡Es una idea genial! —exclamo—. ¿Qué tienes en tu lista?

Las comisuras de la boca de James se mueven sospechosamente. Saca el móvil y abre la *app*. Teclea unos segundos y vuelve a levantar la vista.

—Pues bien: he leído *Death Note* —anuncia.

—Ya veo —respondo—. ¿Y qué opinas?

—Fue genial. Solo hubo una cosa que me molestó en extremo —comenta muy serio.

—Creo que ya sé lo que es —contesto.

—Fue simplemente… Me desconcertó. Estuve a punto de dejar de leerlo. —

James se encoge de hombros—. Pero tenías razón con lo que dijiste.

Lo miro inquisitiva.

—Que a uno le falta una pieza importante de su educación general si no lo ha leído.

Me sorprendo.

—¿Todavía te acuerdas de eso?

Inclina la cabeza.

—Claro que todavía me acuerdo de eso. Me acuerdo de todo, Ruby.

Trago con dificultad.

—Yo también —murmuro.

Hay algo en los ojos de color azul turquesa de James que no había visto desde hacía una eternidad y en mí germina un deseo tan repentino y tan intenso que carraspeo y tengo que recurrir al vaso de agua.

—Enséñame tu lista de lecturas —le pido con voz ronca.

James parpadea un par de veces, como si necesitara un momento para recuperarse. Luego me pasa el móvil por encima de la mesa. Repaso su lista de «leídos» y me quedo boquiabierta por todo lo que veo ahí: algunos mangas, pero también toda una serie de lecturas clásicas, infantiles y para jóvenes, como *Harry Potter*, *Percy Jackson* y obras de John Green y de Stephen Chbosky.

—¿Cuándo te has leído todo esto? —pregunto asombrada.

Se encoge de hombros.

—Sobre todo por las noches, cuando no podía dormir. O en los descansos de la escuela. Busqué algo que me distrajera y los libros dieron buen resultado. Y ahora me he acostumbrado a leer antes de dormir.

—Es una nueva costumbre genial. —Sigo repasando su perfil—. ¿Puedo añadir un par de títulos a la lista de libros que quieres leer?

—No te cortes. Mientras tanto miraré un par de blogs que he empezado a seguir hace poco a ver qué cuentan.

Agito la cabeza riendo. James y sus blogs. Un día tiene que hablar con Ember, pienso, al tiempo que voy llenando más y más su lista.

—¿Todavía no has terminado? —dice James divertido.

—Has dicho que no me corte.

James ríe. Cuando llega la comida, compruebo que llevamos una hora aquí sentados hablando sin que hayamos pasado por ningún momento incómodo ni hayamos tenido que buscar desesperados un nuevo tema de conversación. Al

contrario, hacía tiempo que no hablábamos tan despreocupadamente. O tal vez nunca antes lo habíamos hecho.

La cena en el jardín de invierno es maravillosa y transcurre demasiado deprisa. James dice que quiere que mis padres tengan una buena impresión de él y que por eso me llevará a casa antes de medianoche, y yo acepto a regañadientes. Si hubiera sido por mí, nos habríamos quedado sentados bajo los farolillos conversando para siempre.

Antes de ponerme la chaqueta me acerco de nuevo a la ventana lateral de la sala. Aunque ya está oscuro como boca de lobo, la vista sigue siendo preciosa. El cielo está despejado y contemplo las estrellas en el firmamento.

Nunca había vivido una noche tan mágica, y quiero a toda costa conservarla en la memoria. Así que saco el móvil y hago una foto. Cuando compruebo el resultado debo admitir que no ha sido demasiado fiel.

James se coloca a mis espaldas, tan cerca que el vello de los brazos se me eriza. Pero no es suficiente. Me reclino hacia atrás, hasta apoyarme en él. James me rodea con un brazo. Me estrecha con fuerza, y yo echo la cabeza hacia atrás. Es un momento tan bonito, tan íntimo, que tengo que cerrar los ojos unos segundos. Oigo su respiración y la música que resuena suavemente por el jardín de invierno. De repente se me ocurre una idea.

—¿Puedo hacer una foto? —pregunto en voz baja.

Noto que dice que sí cuando los mechones de su cabello me hacen cosquillas en la mejilla. Levanto el móvil y pongo la cámara frontal.

—Sonríe —le pido.

Sonreímos los dos a la cámara, él con los brazos alrededor de mi cuerpo, y a nuestra espalda se ve el árbol con los farolillos colgando en este mágico jardín de invierno.

Decido que a partir de ahora esta imagen sustituirá a todas las demás que he robado de Instagram y almacenado a escondidas en mi portátil. Pero la idea desaparece cuando James hunde el rostro en mi hombro. Inspira profundamente y presiona los labios contra la curva de mi cuello. Me quedo sin aire, y al mismo tiempo un intenso hormigueo me recorre todo el cuerpo. Coloco mi mano sobre la suya y la aferro con fuerza mientras me inunda el deseo insaciable de estar aún más cerca de él. Me dejo caer todavía más hacia atrás, casi apretándome contra él, hasta que lo oigo tomar aire con fuerza.

De repente James ya no se mueve ni un centímetro. Mi propia respiración se acelera demasiado. Cuando aprieto su mano un segundo ya no necesitamos palabras. James me da la vuelta con un gesto impetuoso y un instante después nuestros labios se unen, sin más.

James me rodea con los brazos y me sostiene. Mis manos descansan en su pecho y las voy bajando hasta tocar su vientre, lo que le arranca un gemido. Parece tan impaciente como yo misma. En este momento me da la impresión de que no quedan más barreras entre nosotros. Somos nosotros, tal cual. Como antes, pero diferentes. Todo parece haber adquirido más sentido. Notar los labios de James sobre los míos sigue siendo tan excitante como cuando nos besamos por primera vez, pero al mismo tiempo lo conozco. Conozco ese movimiento que hace con la lengua, el tacto de sus dientes en mi labio inferior. Cuando su mano se desliza hasta mi trasero y me acerca aún más a él, noto su erección en mi cadera.

Me flaquean las rodillas. Me aprieto contra él hasta que casi tropieza hacia atrás, lo beso con más intensidad, me dejo llevar totalmente por mis sentimientos y por ese deseo ardiente que siento en mi interior.

Pero entonces separa sus labios de los míos. Todavía estoy tan arrebatada que me mareo. James, jadeante, apoya su frente en la mía. Su mano se aleja de mi trasero y se coloca detrás de mi cabeza, acariciándola suavemente.

—Tenemos que parar.

Necesito unos minutos para comprender lo que acaba de decirme.

—¿Por qué? —susurro.

Se limita a negar con la cabeza.

—¿Señor Beaufort? —Se oye de repente la voz del camarero.

James no me suelta, solo farfulla algo por lo bajo.

—Tan solo quería comunicarle que su chófer está esperando —continúa el camarero, con manifiesta incomodidad.

James se separa de mí y nuestras manos se encuentran sin que yo haga nada. Como si fuera lo más normal del mundo, salimos del restaurante de la mano, los dos con las mejillas enrojecidas y murmurando un saludo de despedida al camarero, que ya no nos mira.

Fuera me asalta una ola de aire frío. Percy está esperando delante de la limusina y nos sostiene la puerta abierta. Le doy las gracias y subo, con James justo detrás de mí. Me siento en el mismo sitio que ocupaba en el viaje hacia el restaurante. James, a mi lado.

Su mirada es oscura y sus labios están tan rojos e hinchados como percibo que están los míos. Todavía noto un leve latido en mi labio inferior… y no solo ahí. Me siento como electrizada, como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo. Apenas soy capaz de permanecer quieta de lo intenso que es el impulso de continuar desde donde lo hemos dejado.

Las farolas de Pemwick pasan de largo mientras Percy conduce el coche hacia la carretera nacional. La mampara de separación está levantada y miro hacia arriba para comprobar si la lucecita roja del interfono está encendida.

No lo está.

Vuelvo la cabeza hacia James, que ha seguido mi mirada. Sus labios están entreabiertos y su pecho sube y baja rápidamente. El beso lo ha arrebatado tanto como a mí, es evidente.

—James —susurro.

Aguanta la respiración.

Me muevo sin ser consciente. La atracción que emerge de James es tan enorme que es imposible que me quede veinte minutos ahí quieta sin hacer nada.

Me mira sorprendido cuando me acerco más a él.

—Bésame, James —murmuro.

Niega con la cabeza, pero al instante coge mi cara con las manos y aprieta sus labios contra los míos. Ambos suspiramos al mismo tiempo, los sonidos se mezclan y vibran en mi cuerpo. El mundo a mi alrededor se desvanece. Solo existimos James y yo, no hay pasado, no hay futuro. Solo nosotros y las luces que pasan de largo en la noche.

—Te he echado de menos —susurro.

Emite un sonido casi de desesperación y me besa con más pasión.

No estoy preparada para lo que hace conmigo. Nunca había pensado que podría sentirme así. Poco importa las veces que James y yo estemos juntos, siempre es grandioso. El anhelo va creciendo en mí con cada beso, un deseo insaciable de él y de su proximidad que no creo que llegue a desaparecer jamás.

Hundo las manos en su cabello y tiro de él hacia mí. Todo va demasiado deprisa, pero no lo puedo remediar. El cuerpo de James presiona el mío con solidez y yo lo necesito. En este segundo lo necesito como nunca he necesitado a nadie.

Estoy a punto de hablar cuando James se separa un poco de mí. Me mira con los ojos velados y me acaricia la mejilla con una mano antes de que su boca descienda por mi cuello.

—Yo también te he echado de menos —murmura junto a mi garganta. Me lame la piel y se me corta la respiración—. Cada vez que te veía en la escuela, quería hacerte esto.

Suspiro y cierro los ojos.

—La próxima vez puedes hacerlo sin el menor reparo. Te doy permiso —digo entre jadeos.

Suelta una risa ronca.

—Bueno es saberlo.

James va descendiendo, pero yo quiero notar su boca sobre la mía, así que tiro de él hacia arriba y lo sujeto. Su lengua juega con la mía y con la otra mano yo exploro su cuerpo. Hay demasiada ropa interponiéndose, por muy bien que le quede el maldito traje. Desabrocho el primer botón de su camisa.

—Ruby —me interrumpe en voz baja.

Sigo. Cuando voy por el tercer botón me coge por la muñeca y me detiene. Levanto la vista y me topo con sus ojos oscuros. James me mira jadeante.

Lo veo tragar saliva.

—Por lo general puedes desnudarme cuando te apetezca. De verdad. Por mí, donde quieras. Pero… —Se interrumpe y pasea la vista por el coche. Luego vuelve a mirarme—. Me gustaría que nuestra próxima vez fuera en un lugar muy especial. Y si ahora no paramos, entonces…, no sé…

Noto el rubor extendiéndose por mis mejillas. Tiene razón.

—He actuado sin reflexionar.

Sigo teniendo las mejillas calientes cuando empiezo a abrocharle la camisa despacio. Pero incluso después de haber acabado con el último botón soy incapaz de mirarlo.

—Ruby —murmura James entonces.

Hago como si quisiera arreglarle el cuello de la camisa, pese a que está en perfecto orden.

—¿Sí?

—Ruby —repite por lo bajo—. Por favor, mírame.

Inhalo y levanto la vista. Lo primero que me llama la atención es que el rostro de James está tan rojo como siento que está el mío. Lo segundo es su mirada. Es increíblemente tierna.

—Aún no estoy preparado… Creo que deberíamos ir paso a paso.

—Porque tenemos tiempo —digo casi sin voz.

—Todo el tiempo del mundo —coincide James.

Asiento y exhalo el aire entrecortadamente. Luego me recuesto en el respaldo del asiento con un suspiro y cierro los ojos. Nos quedamos callados un rato.

En un momento dado, James me coge la mano.

—Gracias por aceptar la invitación. Por quedar conmigo esta noche —susurra.

Le aprieto la mano.

—Ha sido una velada preciosa.

—Yo también lo creo.

Algo resuena en el tono de su voz que me empuja a mirarlo. Sus ojos brillan con osadía, y su sonrisa es tan insolente que por un instante me siento como desarmada.

Hace apenas dos semanas no habría considerado posible que me mirase de nuevo así, y menos aún poder volver a experimentar un momento como este con él. Me gustaría decirle muchas cosas más…, pero no puedo. Todavía no ha pasado el tiempo suficiente para hacerlo, las heridas siguen siendo demasiado recientes. James parece ir en serio, pero el miedo de que pudiera apartarse de mí de nuevo aún sigue ahí.

Intento imaginármelo dentro de un par de años. Mayor, más maduro. Más seguro de sus decisiones, sin ese carácter tan imprevisible que yo he conocido en el último medio año. ¿Qué será de mí si permito que ocupe un lugar en mi vida? ¿Seguiré teniendo entonces la certeza de que estamos hechos el uno para el otro?

Aunque… ¿a quién pretendo engañar? Para mí siempre será solo James. Nunca podría amar a otra persona como lo amo a él, de esta forma apasionada, arrebatadora, desenfrenada.

—¿En qué piensas? —susurra de repente, deslizando los dedos por mi piel.

«En que estoy enamorada de ti. En que eres el único para mí. En que esto me da miedo.»

—Estaba pensando que en el futuro tenemos que hablar más el uno con el otro. Sobre nuestros problemas. Para que no vuelva a pasar… algo malo —respondo vacilante.

James me mira con intensidad. Distingo en sus ojos una determinación que no había visto antes.

—Lo conseguiremos, Ruby.

Trago con dificultad.

—¿Estás seguro?

Asiente. Solo una vez.

—Sí, lo estoy.

Me invade una sensación de alivio. Oír hablar a James con tanta seguridad disipa un poco mis dudas.

Nos quedamos así, sentados uno junto al otro y mirando nuestros dedos entrelazados. Entonces James se recuesta hacia atrás y me sonríe.

—La mejor velada del mundo —murmura, levantando nuestras manos y besándome los dedos.

Asiento.

—Opino lo mismo.

De repente sus ojos brillan.

—Ven a vernos mañana por la tarde —propone—. A Lydia y a mí. Pediremos *sushi*.

James parece tan feliz y tan nervioso al mismo tiempo que su emoción se me contagia al instante. Ya estuve una vez en su casa y solo conservo recuerdos tristes de aquella visita. Estoy dispuesta a sustituirlos por otros más bonitos.

—De acuerdo. Mañana por la tarde. Llevaré Ben & Jerry’s.

—Perfecto. Percy irá a recogerte. —De pronto frunce el ceño—. A propósito… —Se inclina hacia delante para pulsar el botón de interfono—. Percy, ¿no deberíamos haber llegado hace rato a Gormsey?

Por unos segundos solo oímos un leve murmullo. Entonces…

—He pensado que necesitaban un rato más de… intimidad, señor.

Miro a James con los ojos como platos y él a mí igual de perplejo. Entonces me echo a reír.

James se une a mi risa y hunde el rostro en mi cuello.

25

Ruby

Veo los mensajes de Lydia en el momento en que Percy entra en la propiedad de los Beaufort.

> ¡Cambio de planes!
>
> Nuestro padre acaba de llegar a casa.
>
> Lo mejor es que le digas a Percy que dé media vuelta.
>
> ¿Ruby?

Me ha enviado el primero hace quince minutos y el último hace tres, y también tengo tres llamadas perdidas de James. Me invade el pánico cuando miro el móvil y pienso en qué he de hacer. Pero antes de que me dé tiempo de aclarar mi mente, Percy detiene el Rolls-Royce delante de la residencia de los Beaufort.

Observo con creciente inquietud que baja para dar la vuelta al coche y abrirme la puerta. Tragando con dificultad, tomo mi bolsito, en el que he metido tres tarrinas de Ben & Jerry's, cojo la mano que me tiende Percy y dejo que me ayude a salir del coche. Fuera, respiro hondo el aire fresco de la tarde y miro a mi alrededor con prudencia.

Arriba, delante de la imponente puerta veo a James y a Lydia, de pie en el umbral, esperándome. James se ha cruzado de brazos mientras Lydia me saluda con la mano brevemente. Me vuelvo hacia Percy.

—No sé cuánto tiempo estaré aquí. ¿Se quedará usted todavía un rato más?

En los labios del conductor se dibuja una pequeña sonrisa.

—Yo siempre estoy aquí, señorita Bell. Basta con que el señor Beaufort me avise y yo la llevaré de vuelta a casa. —Levanta ligeramente su gorra y vuelve a subir al vehículo, supongo que para llevarlo al amplio garaje que está al lado de la casa.

Me apresuro a subir los peldaños de la escalera de la entrada.

—Hola —susurro a los dos cuando están al alcance de mi voz—. Acabo de leer los mensajes, hace un minuto. ¿Vuestro padre está aquí?

Ambos asienten. Aunque ninguno de los dos parece demasiado feliz, James me da un breve abrazo.

—Hola —murmura en la curva de mi cuello, y todo mi cuerpo se pone de piel de gallina.

Una vez que nos hemos separado, Lydia suspira.

—Papá ha venido a casa porque al parecer quiere pasar la tarde con nosotros.

—Entonces más me vale que me vaya, ¿no? —pregunto indecisa. No quiero darles la impresión de que voy a poner pies en polvorosa en cuanto la cosa se complica. Al fin y al cabo, James también ha aguantado toda una tarde en compañía de mi familia. Pero se los ve tan infelices por el hecho de tener que estar con su padre que no quiero empeorar aún más la situación con mi presencia.

James esboza una media sonrisa.

—Me gustaría ahorrarte esta tortura.

Justo en ese momento aparece Mortimer Beaufort en el pasillo.

Cuando me descubre, sus ojos se dilatan durante una fracción de segundo.

Me pongo rígida.

—Decid a vuestra invitada que entre y cerrad la puerta, maldita sea; ¿dónde estamos viviendo? —resuena su atronadora voz.

Lydia y James abren mucho los ojos y dan media vuelta.

Nos quedamos un segundo mirándonos. Lydia es la primera en reaccionar y me tira con suavidad del brazo para que pase. Cierra la puerta a mi espalda y luego me coloco a pocos metros de distancia de Mortimer Beaufort, que me repasa de arriba abajo.

Yo hago lo mismo. Lleva un traje azul oscuro cortado a medida, y su cabello de color arena está primorosamente peinado con raya al lado y fijado con gel. Desde nuestro último encuentro se ha vuelto un poco más claro, pero la mirada de sus ojos es la de siempre: fría como el hielo, carente de la más mínima emoción. Trago con dificultad. Siento la garganta como si hubiese comido tierra.

Acto seguido me pregunto por qué permito que este hombre me altere tanto. Me da igual lo que piense de mí; al fin y al cabo, yo solo siento rabia, desprecio y rechazo hacia él, y ni una pizca de respeto.

Así que me enderezo y lo miro a los ojos.

—Buenas tardes, señor Beaufort —lo saludo.

—Papá, seguro que te acuerdas de Ruby —añade James.

El señor Beaufort inclina brevemente la cabeza. Luego se vuelve hacia James.

—La comida está lista. Vuestra… amiga está invitada.

No se digna a mirarnos de nuevo ni a Lydia ni a mí antes de dar media vuelta y meterse en una habitación al otro extremo del vestíbulo.

A mi lado oigo a Lydia exhalar bruscamente.

—Madre mía, Ruby —dice—. Lo siento muchísimo. Queríamos pasar una tarde agradable y ahora tenemos que aguantar a mi padre. En lugar de *sushi* es probable que haya *coq au vin*. —Contrae el rostro en una mueca.

James me mira con insistencia.

—Estás a tiempo de marcharte.

—Tu padre ya me ha visto.

—Da igual.

—¿Preferirías que me marchara?

James no duda ni un segundo.

—No, claro que no. Cuanto antes se haga a la idea de que formas parte de nosotros, mejor.

Mi cuerpo se llena de ternura con estas palabras. Cojo el brazo de James y le doy un pequeño apretón.

—No voy a irme. Además, me gusta el *coq au vin*. —Levanto el bolso—. Y he traído helado.

—Voy a llevarlo corriendo a la cocina —dice Lydia—. Adelantaos vosotros.

La mano de James está en la parte inferior de mi espalda cuando entramos en el comedor. Es una sala enorme, de techo alto y ventanas anchas por las cuales se contempla la parte posterior de la propiedad de los Beaufort. El verde oscuro con que están pintadas las paredes coincide con el tapizado de las sillas, y encima de la larga mesa de madera oscura y brillante cuelga una imponente lámpara de araña que fácilmente podría competir con la del salón de baile de Maxton Hall. Un profesional se ha encargado de poner la mesa, con varios juegos de cubiertos, porcelana fina y copas de vino con adornos dorados.

Pero no es solo el mobiliario y la decoración lo que diferencia este comedor, si es que se lo puede llamar así, del de nuestra casa. Es sobre todo la atmósfera que reina. Es tensa y gélida, nada que ver con el ambiente cálido y relajado en el que yo he crecido.

Al igual que aquel día en la sastrería, en Londres, Mortimer Beaufort llena con su presencia toda la sala. Su comportamiento reservado y la frialdad de su mirada se ocupan de que no haya posibilidad de sentirse mínimamente cómodo. Es sorprendente.

Nunca podría imaginarme viviendo bajo el mismo techo que ese hombre.

Tomamos asiento uno tras otro: el señor Beaufort, en la cabecera de la mesa; James, en el lado izquierdo; yo, junto a él, y Lydia, frente a nosotros. Dos auxiliares de cocina entran en la estancia y colocan delante de nosotros unos platos hondos con una sopa que emana una apetitosa fragancia. Yo imito a James y a Lydia y extiendo la servilleta de tela doblada sobre mi regazo.

—Por una bonita velada —dice el señor Beaufort levantando su copa.

Ya antes de empezar es una de las veladas más desagradables de mi existencia.

Pasamos los primeros diez minutos callados. Impera un silencio tan grande en la habitación que tengo la impresión de que al tragar o dejar la copa sobre la mesa hago un ruido tremendo y poco natural. No dejo de pensar si hay algo que podría o debería decir. Pero por muy buena voluntad que tenga no se me ocurre nada.

Miro a James, que me dedica una pequeña sonrisa.

Al final Lydia toma la palabra.

—La gala benéfica estuvo muy bien, ¿verdad, Ruby? Solo oigo cosas buenas sobre ella.

Me tranquiliza que haya elegido un tema que conozco bien y del que soy capaz de conversar.

—En efecto. Recolectamos más de doscientas mil libras, lo que supera con creces nuestras expectativas.

—¡Uau! —exclama Lydia—. ¿Lexington estaba contento?

Asiento.

—Sí, por suerte suele estar satisfecho con nosotros.

—Salvo algunas pocas excepciones —musita James.

Cuando vuelvo la cabeza hacia él, esconde su sonrisa en la copa.

Sé en qué está pensando. El día en que estuvimos sentados uno al lado del otro delante del escritorio de Lexington y castigaron a James a trabajar en el comité de actos está todavía tan presente en mi memoria como si hubiese sucedido ayer. Le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, salvo tal vez una excepción. Pero no tuvo nada que ver conmigo ni

con mi equipo.

—Ruby —interrumpe el señor Beaufort nuestra conversación, y la sonrisa desaparece al instante de mi rostro—. Al parecer es usted muy activa en la escuela.

—Sí. Llevo dos años en el comité de actos.

Asiente brevemente. Apenas revela una emoción.

—Vaya, vaya…

—De hecho, Ruby dirige el comité de actos —señala James sin apartar los ojos de su plato de sopa.

Su padre no le hace caso.

—¿Y quiere usted seguir estudiando?

—En otoño iré a Oxford.

El señor Beaufort levanta la vista interesado, y por primera vez en esta velada tengo la sensación de que repara realmente en mí.

Aguanto la respiración. Todo en mí se resiste a hablar con este hombre sobre Oxford. Para mí es un tema sagrado, no quiero que me lo destroce nadie que no tiene ni idea de lo que el hecho de estudiar en esa universidad significa para mí.

—Ah, ¿de verdad? ¿Por qué carrera se ha decidido usted?

—Filosofía, Política y Económicas —respondo.

—Es una carrera sólida. ¿Y en qué *college* se imparte?

—En St Hilda’s, señor.

Asiente.

—El mismo en el que también James ha sido admitido. Qué práctico.

Ignoro el comentario.

—Es un *college* estupendo. Las entrevistas allí… —Enmudezco. La señora Beaufort murió mientras se realizaban las entrevistas. Veo que Lydia ha detenido la cuchara a medio camino de su boca y que ahora mira ensimismada su plato—. Me gustó todo mucho y estoy impaciente por empezar —me precipito a concluir. No puedo ni imaginar lo doloroso que debe de ser para James y Lydia recordar esos días. Miro de reojo a James, pero está inmutable y se limita a seguir comiendo la sopa.

Solo los entrantes se dilatan una hora. Durante el plato principal, Lydia y yo intentamos mejorar en lo posible el ambiente y conversamos acerca de todos los temas habidos y por haber, desde películas y música hasta libros y blogs. Cuando Lydia cuenta que antes hacía *ballet*, hasta el señor Beaufort se permite esbozar

una pequeña sonrisa. Esta desaparece tan deprisa como ha surgido, y luego no estoy segura de si tal vez solo me la he imaginado.

—En el *Cascanueces* interpreté el papel más secundario del mundo, pero estaba orgullosísima —recuerda Lydia. Está cortando el pollo elegantemente guarnecido con verduras asadas. El cocinero se ha tomado tanto trabajo decorando los platos que yo apenas me atrevo a destruir su obra de arte.

—Me gustaría ver fotos, por favor.

—No te gustaría —murmura James a mi lado—. Era una de las ratitas. Las fotos son horripilantes.

—¿Cómo es que no le cuentas a Ruby que tú también asististe a clases de *ballet*? —le replica Lydia por encima de la mesa.

Cuando James le arroja una mirada asesina ella se mete con el tenedor un buen trozo de pollo en la boca y se encoge de hombros.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

En la mandíbula de James se marca un músculo.

—Lydia hacía ver que era megadifícil. Cada día se lamentaba. Yo solo quería demostrar que no tenía que tomárselo así; a fin de cuentas, todo el mundo podía dar algún que otro salto en el aire.

—Así que fue a tres clases de prueba —dice Lydia riendo—. Deberías haberlo visto. Era malísimo.

—¿Cuánto aguantaste? —pregunto con una sonrisa.

—Hasta que Lydia me prometió no quejarse más de la clase en casa.

—Eras un auténtico buen hermano —observo.

—Se hace lo que se puede —contesta James.

—Por suerte solo acudió esas tres horas. De lo contrario ya también lo habría dejado antes y no habría continuado otros dos años más —comenta Lydia.

—¿Por qué no seguiste? —pregunto.

—Por falta de disciplina —responde el señor Beaufort, como si le hubiera planteado la pregunta a él y no a Lydia—. En general, mi hija solo hace cosas que le resultan fáciles. En cuanto se enfrenta a un desafío, tira la toalla.

Un desagradable y pesado silencio se extiende entre nosotros como una nube oscura que en cualquier momento puede empezar a tronar.

Los labios de Lydia se han convertido en una línea pálida. A mi lado, James coge el cubierto con tanta fuerza que se le marcan los nudillos. El único que sigue comiendo tranquilamente es el señor Beaufort. No parece ni darse cuenta

de que con ese repugnante comentario se ha cargado el buen ambiente que reinaba en la mesa.

¿Cómo puede tener tan poca sensibilidad con lo que ocurre a su alrededor? ¿Cómo puede saber tan poco acerca de sus propios hijos?

La Lydia con la que he entablado amistad se enfrenta a cualquier reto. Tengo la sensación de que el señor Beaufort no conoce a su propia hija, si habla así de ella.

—A pesar de todo, me gustaría ver las fotos —digo rompiendo ese opresivo silencio con un tono de voz forzadamente alegre—. Estoy segura de que estabas encantadora, incluso de ratita.

Nunca había tenido que hacer de mediadora entre varias personas, al menos no como ahora, y no tengo ni idea de si esto funciona o empeorará aún más las cosas. Solo sé que quiero apaciguar los ánimos de James y de Lydia.

—Te las enseñaré después de la comida —contesta Lydia con una sonrisa forzada.

Levanta la cabeza y por un instante se diría que va a mirar a su padre. Pero luego veo que su mirada pasa de largo y se detiene en el enorme retrato de familia que cuelga en la pared, sobre la vieja chimenea. El óleo muestra a todos los Beaufort, también a la señora Beaufort con su cabello cobrizo. Cuando lo pintaron, James y Lydia debían de tener seis, siete años como máximo.

—Bien —dice de repente el señor Beaufort, limpiándose los labios con la servilleta de tela y levantándose—. Todavía tengo pendiente una conferencia telefónica. Buenas noches. —Se despide con una inclinación de cabeza y deja el comedor.

Desconcertada, miro a James y luego a Lydia, pero ninguno parece sorprendido por la súbita salida de su padre.

—Se ha ido, así sin más —susurro, contemplando la puerta de detrás de mí a través de la cual el señor Beaufort acaba de marcharse.

—Es normal, no le des más vueltas —explica Lydia, y se recuesta sobre el respaldo de su silla. Se acaricia el vientre con una sonrisa. Que pueda hacer este gesto en nuestra presencia, sin tener que pensarlo, me embarga de una calidez que agradezco de veras tras la gélida actitud del señor Beaufort.

—Siempre encuentra una excusa para escapar de situaciones incómodas —observa James, y toma un gran trago del vaso de agua—. Aunque sea él mismo el que nos obliga a crearlas. No recuerdo haberlo visto durante más de dos horas seguidas. —Resopla—. Y no es que eso me entristezca.

—Dudo que tenga una conferencia. Mamá nunca lo habría permitido —murmura Lydia.

James aguanta la respiración. Al cabo de unos minutos exhala sonoramente.

—Si lo deseas, ya estás liberada —dice, mirándome de reojo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos dar por concluida esta deprimente velada en este momento y proseguir la semana que viene.

Lydia asiente.

—Sí, no nos tomaremos a mal que prefieras marcharte.

Los miro a uno y a otro indignada.

—No voy a desperdiciar esta deliciosa comida. —Señalo con el tenedor el pollo a medio comer y luego a Lydia—. Además, no me marcharé sin ver tus fotos de *ballet*.

Lydia ríe y James mueve la cabeza sonriendo.

Me dedico de nuevo a mi plato y procuro que no se me note lo mucho que me ha afectado el encuentro con Mortimer Beaufort.

El resto de la cena se sucede con mucha más relajación, aunque me alegro de poder ir a la habitación de Lydia después del postre y cerrar la puerta a nuestras espaldas. Ahora estamos sentadas en su enorme y cómodo sofá y revisamos el viejo álbum de fotos.

—Erais encantadores. —Suspiro y señalo una imagen en la que James y Lydia están abrazados, con sus mofletitos apretados el uno contra el otro.

—En esta foto teníamos tres años. Mira qué rizos —dice Lydia, mostrando los pequeños tirabuzones de su cabeza.

—¿Ya no los tienes así?

Niega con la cabeza y se lleva la mano a la coleta.

—No. Y me alegro. Tener que controlarlos cada mañana seguramente me volvería loca.

—Pero eran tan monos… James no tenía rizos.

Miro a James, que está sentado en uno de los dos sillones que hay frente al sofá, hojeando una revista de viajes.

—Él siempre ha tenido el pelo como ahora —dice Lydia arrancándome de mis pensamientos.

Me inclino hacia delante para observar la foto con mayor atención.

—Aunque ya antes tenía esa mirada seria —observo.

Lydia suspira y pasa la página. En la siguiente aparece la imagen de un mini James enfadado sosteniendo en la mano un cucurucho vacío.

—Se le había caído el helado —explica Lydia sonriendo.

—Pobre bebé James —murmuro yo, sonriendo también.

Cuando lo miro, tiene una ceja levantada.

—Lydia, no hace falta que finjas compasión. Todavía oigo esa maliciosa risa tuya —dice con sequedad.

—¡Eso no es cierto en absoluto!

—¿Ah, no? ¿No te reíste? —replica él burlón.

—Sí, pero poco después me ofrecí a compartir mi helado contigo.

—Tenías helado de plátano. ¿A quién puede gustarle el helado de plátano, por favor?

—A mí desde luego no —intervengo.

James me señala.

—¿Lo ves?

—A los dos os falta un tornillo —dice Lydia, negando con la cabeza, y vuelve a pasar una hoja.

En las imágenes que siguen los mellizos ya tienen seis o siete años, y ahora también aparecen a su lado, cada vez más a menudo, Alistair, Wren, Cyril o Keshav.

—Qué fuerte que os conozcáis desde hace tanto tiempo —digo con admiración.

—Ya, ¿eh? A veces tengo la impresión de que somos todos hermanos.

Asiento y contemplo la imagen de un mofletudo Alistair cuyos rizos, de un rubio dorado, flotan en todas direcciones. Después mis ojos se deslizan hacia una versión de James en miniatura haciéndole una llave a un mini Wren.

—¿Habéis llegado a hablar Wren y tú? —pregunto en voz baja, volviéndome hacia James.

—Hemos hablado sobre un par de asuntos. —Duda—. Ahora le están pasando unas cuantas cosas.

—¿Algo malo? —pregunta enseguida Lydia.

James se encoge de hombros.

—Le he prometido que no diría nada.

Lydia frunce el ceño preocupada. Me percato de que durante unos segundos

lucha consigo misma porque en realidad quiere seguir preguntando, pero luego se limita a asentir.

—Entiendo. Pero ¿crees que es algo que se puede arreglar?

James asiente optimista.

—Lo superará. A fin de cuentas, nos tiene a su lado.

Lydia y yo intercambiamos una mirada escéptica.

Al mismo tiempo, me siento aliviada de que al menos en apariencia la pelea entre ellos haya llegado a su fin. La noche de mi cumpleaños, cuando James y yo estuvimos hablando por teléfono, me confesó lo importante que es para él disfrutar de este último año en la escuela con sus amigos. Lo quería pasar sin preocupaciones y sin pensar en lo que le esperaba después. La muerte de su madre le arrebató la despreocupación, pero por eso mismo es más importante aún que pueda contar con sus amigos. Y viceversa.

Poco más tarde me despido de Lydia y James me lleva a casa. Eso significa que Percy conduce hasta mi casa pero James se sube conmigo al Rolls-Royce. Permanecemos en silencio mientras abandonamos la propiedad en dirección a Gormsey.

Aunque yo no lo pretenda, es como si el encuentro con Mortimer Beaufort proyectara una sombra sobre nosotros. He visto a ese hombre tres veces en mi vida, y cada una de ellas ha terminado intentando separarnos a James y a mí. Espero tanto que James no lo permita de nuevo… Que lo que hay entre nosotros esta vez sea más fuerte que la influencia de su padre…

—¿En qué estás pensando? —pregunta de repente James. Su voz es profunda y cálida.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos azul turquesa. Un hormigueo se extiende por mi vientre.

Inspiro hondo.

—En que me gustaría pasar más fines de semana contigo.

James desliza de nuevo la mirada hacia mis ojos y hacia abajo, como si no supiera cómo resistirse.

—Me pregunto al mismo tiempo… —Me detengo.

James espera y sigue observándome.

—¿Qué te preguntas? —insiste al cabo de un rato.

—Me pregunto cómo va a continuar esto. Para ti —susurro—. Me refiero a la relación entre tu padre y tú. ¿Va a determinar él cómo has de llevar tu vida?

¿Vas a permitir que te arrincone en un lugar en el que no quieres estar en realidad?

James baja la vista y la fija en el suelo del vehículo, como si hubiera allí algo muy emocionante que descubrir. Toma una profunda bocanada de aire. Al cabo de un rato mueve la cabeza con lentitud.

—No se trata solo de él —responde con la voz ronca—. Todo depende de Beaufort, Ruby. No es la obra de la vida de mi padre lo que voy a asumir. —Trago con dificultad cuando él levanta la vista y me mira directamente a los ojos —. Yo… yo no quiero decepcionar a mi madre.

Inspiro con fuerza.

No había pensado en eso. Como es natural, todo ha cambiado con la muerte de su madre. Todo el tiempo he creído que las cosas irían bien mientras James persiguiera sus sueños y no los de su padre. Pero ahora caigo en la cuenta de que ya no se trata de eso. James no está unido a Beaufort solo por su padre. En realidad es su madre la que lo retiene.

—No la vas a decepcionar —murmuro.

—¿Y si sí lo hago? ¿Y si no consigo evitarlo? —Distingo en sus ojos una emoción que nunca antes había visto: miedo. Centellea en su mirada y parece llenar de repente todo el vehículo.

—Estoy a tu lado —digo. Son solo cuatro breves palabras, pero en ese momento pongo todo lo que puedo dar en esas pocas sílabas.

James me observa un buen rato. Parece comprender todo lo que quiero decirle con estas palabras. Poco a poco, el miedo descarnado va desvaneciéndose de sus ojos y deja paso a la confianza y a esa ternura con la que me ha contemplado durante toda la velada.

Acto seguido me coge la mano. Entrelaza sus dedos con los míos y aprieta con dulzura.

—Y yo estoy a tu lado. Pase lo que pase.

Me reclino hacia atrás y apoyo la cabeza en su hombro.

Respiro con más facilidad.

Lo conseguiremos.

James

Es más de la una y media cuando me despierto sobresaltado por un fuerte estallido. Me levanto tan deprisa que el libro electrónico resbala de mi cama y aterriza en el suelo, pero no me importa. Me precipito como un loco al pasillo en dirección a la habitación de Lydia. Pero cuando abro la puerta está sentada en su cama frotándose los somnolientos ojos.

—¿Todo bien? —pregunto.

Asiente.

—¿Qué ha sido eso?

—Supongo que papá —respondo, y noto cómo se me acelera el pulso.

No quiero bajar.

No quiero saber qué es lo que ha destrozado esta vez.

No quiero preocuparme por él, joder.

Aunque todo en mí clama que regrese a mi habitación, me encamino hacia abajo. Vuelvo a oír otro ruido. Sea lo que sea lo que hace mi padre, lo está haciendo en el comedor.

Recorro el pasillo sin hacer ruido. Según me voy aproximando, lo oigo con más claridad. Está murmurando algo, enfadado, como si increpara a alguien. ¿Tal vez a Mary o a Percy?

Poco antes de llegar al comedor, giro un poco y me coloco a la izquierda, pegado a la pared junto a la puerta.

—Desgraciada —balbucea mi padre—. No deberías haberlo hecho.

Frunzo el ceño y me acerco un poco más. ¿Con quién diablos estará hablando?

—Nunca te perdonaré. Ahora estoy solo con los dos y lo hago todo mal, y, joder, ¡vuelve a ser por culpa tuya! —grita las dos últimas palabras.

Me asomo desde mi escondite y justo a tiempo para ver cómo tira por encima de la mesa una botella llena de *whisky* contra el retrato de familia. Me quedo sin aliento cuando la botella se estrella con fuerza y el tintineo resuena como un eco en mis oídos. El líquido marrón resbala sobre mamá, sobre Lydia y sobre mí. Los colores parecen desvanecerse. El rostro de mamá se derrite como una figura de cera que se fundiera y se convierte de forma paulatina en un monstruo. Una cara grotesca que mira a mi padre desde lo alto y se burla de él.

En ese momento despierta de nuevo la ira hacia él que siempre dormita en mí y por mis venas circula un calor que solo él puede desencadenar. Aprieto los

puños y voy a entrar en la sala para pedirle cuentas cuando de repente me detiene otro ruido.

Veo desde atrás que sus hombros se agitan. Intenta coger aire varias veces, pero entonces le fallan las rodillas y cae al suelo, en medio de los trozos de vidrio. Se lleva las manos al rostro y vuelvo a oírlo.

Mi padre está sollozando.

No puedo moverme, me quedo como petrificado al verlo llorar. Pienso en todas las veces que él me ha hecho llorar a mí. Pienso en sus palizas y en sus gritos, en sus humillaciones y en la frialdad con la que siempre me mira. Recuerdo el día del entierro, cuando nos indicó cómo debíamos comportarnos. En su silencio tras la muerte de mamá.

Y noto que no siento en realidad la satisfacción que querría sentir. Al contrario: mi padre sufre. ¿Qué tipo de persona sería si ahora diese media vuelta y regresara a mi habitación?

No me resulta fácil dar el primer paso, pero lo hago. Entro en el comedor, con cuidado de no pisar los fragmentos de cristal que han resultado de su ataque de ira, y me detengo detrás de él. De forma instintiva coloco una mano sobre el hombro de mi padre y lo aprieto un instante. El llanto se interrumpe abruptamente y él aguanta la respiración.

Justo cuando voy a retirar la mano, me la coge. Me la agarra de una forma casi desesperada y yo permito que lo haga. Me invade un extraño sentimiento, un sentimiento que hace siglos que no experimentaba por mi padre.

Levanto la vista hacia nuestro cuadro. En él, papá tiene las manos sobre los hombros de Lydia, mientras que yo estoy delante de mamá y ella me rodea con los dos brazos. Aunque gran parte de los colores se han corrido, aún recuerdo a la perfección cómo era. Aún recuerdo a la perfección lo que es sentirse parte de una familia.

El sentimiento que germina ahora en mí no es más que una sombra de aquello, pero me aferro a él.

26

Lydia

Por primera vez en mi vida tengo que comprar un vestido por internet. En lugar de pasear por la Bond Street de Londres y echar como mínimo un vistazo en cada tienda, estoy sentada en la cama de Ruby clicando de una tienda a otra. Es divertido, sobre todo porque no lo estoy haciendo sola, pero me alegra solo pensar en cuando pueda volver a mis tiendas favoritas, tocar la ropa y verla de cerca.

En los próximos meses, sin embargo, no tendré esa opción. La mayoría de los propietarios de los comercios me conocen, y me parece que las posibilidades de que al observar mi vientre saquen sus propias conclusiones son considerablemente altas. Luego solo sería cuestión de tiempo que papá se enterase.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo ante la mera idea.

No, primero tendré que dedicarme al *shopping online*.

—¿Qué te parece este? —pregunta Ruby, girando el portátil hacia mí.

Arrugo la nariz.

—Parece como si a alguien se le hubiera ido la mano con las tijeras —digo, recorriendo con el dedo el dobladillo del vestido, que por detrás es mucho más largo que por delante—. A mi madre le habría enfurecido este corte. Y el color. Y el injustificado adorno de encaje del escote.

—Vale, vale —dice Ruby riendo, y cierra la pestaña—. Entonces sigamos mirando aquí. Solo hemos llegado a la página doce de las veintisiete.

Empieza a desplazarse por la web hacia abajo y observamos juntas los vestidos, de los más diversos colores y cortes, que van apareciendo en la pantalla.

—A lo mejor debería escaquearme y no asistir al baile —propongo pasado un rato.

Ruby niega de inmediato con la cabeza.

—Es tu último baile de primavera. Tienes que venir.

—Poco a poco voy deduciendo que es imposible encontrar un vestido que esconda este vientre. ¿Qué pasará si alguien se da cuenta? —pregunto señalando la pequeña colina que se esconde bajo mi jersey *oversize*.

—Ya encontraremos un vestido. No te preocupes. —Ruby parece más optimista que yo.

Aunque la doctora Hearst me ha dicho que en comparación con otras mujeres que también esperan gemelos mi vientre crece bastante despacio, yo ya lo veo enorme. En las últimas semanas me he acostumbrado a llevar la bolsa de la escuela delante, y además todas las blusas que me pongo son dos tallas más grandes que la mía habitual. James las cogió del departamento de confección sin que nadie se diera cuenta tras una de sus reuniones en Beaufort. Por primera vez me alegro de que mamá diseñara nuestros uniformes y de que se confeccionen en nuestra sastrería.

Desearía poder hacer lo mismo con el vestido para el baile de primavera. Ya me estoy arrepintiendo de haberme dejado convencer por Ruby y James para ir. Y eso que el vestido en realidad no es el mayor problema. Lo que más quiero es evitar tener que ver a Graham también fuera de las clases.

Pero eso no se lo puedo contar a Ruby y menos aún a James. No soportaría que mi hermano me mirase con compasión. No después del último miércoles, cuando se me pinzó un nervio de la espalda y me quedé tirada impotente en la cama como una cucaracha. Me dolía tanto que no podía moverme y tuve que esperar hasta que James oyó mis gritos pidiendo auxilio. Y luego me ayudó a vestirme.

Fue humillante, me gustaría borrar de mi mente toda esa mañana. Para siempre. Si ahora le digo que no soportaría encontrarme con Graham en una fiesta seguro que me verá como a una persona supervulnerable, y no quiero que pase eso.

—¿Y qué te parece este? —pregunta Ruby.

Tampoco me gusta ese vestido. Es demasiado jovial, poco glamuroso, y me recuerda a un uniforme.

—En realidad me gustaría un vestido con el que no destacara mucho.

—Nunca habría pensado que sería tan difícil encontrar un vestido para *El sueño de una noche de verano*. Ya me arrepiento de haber sugerido ese tema para el evento.

—Es un tema bonito. Y un vestido de Elie Saab encajaría a la perfección —señalo con un suspiro.

Ruby teclea el nombre en el campo de búsquedas de su navegador y suelta un gritito de admiración.

—Es cierto que encajaría a la perfección. Las aplicaciones de flores son preciosas y…, ¡madre mía, cuesta una fortuna!

—Vaya, pues sí. Pero ese no es el problema: un vestido así hay que probárselo antes, y no puedo hacerlo, así de simple.

Sin contar con el hecho de que sería una exageración presentarse así vestida al baile de la escuela. Me reservaré el sueño de Elie Saab para mi boda. O para la boda de quien sea, pues es bastante probable que todos mis amigos se casen antes que yo. Mi vida amorosa consiste sobre todo en leer mensajes antiguos de Graham y echarme a llorar, a ser posible sin que nadie se entere.

Es toda una tragedia.

—Podemos pedir ayuda a Ember —sugiere dubitativa Ruby—. Siempre encuentra ropa preciosa en internet. —Me mira con cautela—. No tenemos por qué contarle nada más que lo necesario.

—¿No crees que ella misma se lo imaginará? —pregunto con prudencia.

—Podría ser. Ember tiene un sexto sentido para los secretos —musita Ruby —. Pero aunque lo descubra, espero que sepas que ella nunca diría nada.

Respiro hondo. En las últimas semanas y meses, Ruby me ha demostrado ser una buena amiga. Tal vez incluso la mejor que he tenido jamás. No puedo imaginarme que vaya a engañarme. Y si confía en su hermana, yo también lo haré.

—Si crees que Ember puede solucionar el problema del vestido, me alegraría poder contar con ella.

La cara de Ruby resplandece. Luego se pone en pie.

—¿Cuándo piensan venir a recogerte Percy y James? ¿Nos queda algo de tiempo?

—El entrenamiento termina dentro de media hora —afirmo consultando el reloj—. Seguro que no llegan hasta las siete y cuarto.

—Perfecto. —Ruby abre la puerta y me hace una señal para que vaya con ella.

La sigo hasta el pasillo. La habitación de Ember se encuentra justo al lado de la de Ruby y la puerta está entreabierta. Ruby golpea dos veces.

—Ember, ¿estás libre? Tenemos una pequeña urgencia indumentaria.

—Por supuesto, pasad —nos contesta.

Entramos juntas en la habitación de Ember. Es igual de grande que la de Ruby y está amueblada de forma parecida. Una cama, un escritorio, otra mesa algo más pequeña sobre la que hay una máquina de coser y justo al lado un maniquí con un vestido. Se me abren los ojos como platos.

—¿Es este tu vestido? —pregunto perpleja. Habría corrido a mirarlo de cerca, pero recuerdo a tiempo que he de conservar los modales—. Hola, Ember —saludo, levantando una mano.

La hermana de Ruby está sentada en el suelo, delante de la cama, y frente a ella hay dos rollos y muestras de telas. En la cabeza lleva un moño grande y despeinado del que se han desprendido algunos mechones oscuros. Entre sus labios reposa un rotulador.

—Hola —responde entre dientes, y deja las muestras a un lado para poder coger el rotulador—. ¿Qué urgencia tenéis?

—Lydia necesita un vestido para el baile de primavera. Le encantaría que fuera uno de Elie Saab, pero por desgracia esta vez no podrá ser. ¿Se te ocurre dónde encontraría uno que se ajustara al tema de la fiesta? Ya hemos repasado las tiendas *online* que me dijiste.

—Elie Saab sería realmente perfecto. Sus vestidos son tan bonitos… —Ember suspira—. Tengo un montón guardados en mi tablero de vestidos de Pinterest.

—¿O si no…? —pregunto, acercándome al maniquí. Lanzo una mirada inquisitiva por encima del hombro a Ember—. ¿Puedo?

Asiente.

—Claro.

Observo el vestido con atención. Es de un suave color rosado, consta de una falda de tul y una parte superior con flores bordadas. Al mirarlo más de cerca me percato de que está formado por dos piezas que Ember unirá con una ancha banda de seda y que ahora se sujeta con unos finos alfileres.

—¿Lo has confeccionado tú misma?

Ember asiente.

—Es precioso —digo con toda sinceridad.

Ella se ruboriza un poco.

—Ha sido una suerte, en realidad compré el tul solo por diversión. La calidad no es especialmente buena, pero quien no sea un experto seguro que no se da cuenta cuando todo esté acabado.

De repente resuena en mi oído la voz de mi madre.

«Talento. Puro talento.»

Últimamente me suele ocurrir que surge algo que me hace pensar en ella. En las situaciones más extrañas y en los lugares más raros veo su cara u oigo su voz, y aunque sigue doliéndome mucho, también me parecen momentos bonitos y apaciguadores. Como si una parte de mamá todavía permaneciese conmigo.

—Tienes auténtico talento, Ember. Me gustaría saber coser tan bien como tú.

—¿No se aprende cuando uno crece en una familia como la tuya? —pregunta con prudencia.

Me encojo de hombros.

Todavía recuerdo que a los trece años les pedí a mis padres que contrataran a una modista para que me enseñara a coser. Quería confeccionar los bocetos que había dibujado, pero no tenía los conocimientos elementales. Papá quería ver primero mis esbozos y diseños para saber si valía la pena pagarme las clases. Pero cuando vio que había dibujado ropa para mujeres jóvenes, me despidió al instante con un bufido de desprecio.

Después fui aprendiendo a coser más o menos por mi cuenta. Pero ni las faldas ni las blusas ya hechas consiguieron convencer a mis padres de que una colección para mujeres representaría un avance positivo e importante en Beaufort. Y llegó un momento en que me resultaba demasiado deprimente pasarme horas y horas sentada delante de la máquina de coser invirtiendo sangre, sudor y lágrimas en un vestido que nunca nadie llevaría.

—Sabía coser. Ahora… ya no —respondo al cabo de un rato.

—¿Y eso?

Que Ember insista de forma tan natural es en cierto modo bonito. La mayoría de la gente se siente cohibida al hablar conmigo, como si no supiera qué puede y qué no puede preguntar. De ahí que solo hablemos de asuntos intrascendentes. Ember es una de las pocas excepciones: con ella tengo la sensación de que se interesa de verdad por lo que voy a contarle.

—Siempre quise tener mi propia colección en Beaufort, pero mis padres descartaron categóricamente incluir ropa femenina. Así que, en un momento dado, dejé de coser.

Ember me mira pensativa.

—Entonces ¿has dejado de diseñar?

—No, pero… —Pongo un gesto de indiferencia—. Lo hago solo para mí, no para Beaufort.

—Lo siento mucho —dice Ruby en voz baja, junto a mí, y Ember asiente dándole la razón—. Ahora podría soltarte lo mítico de «¡Nunca te rindas!», pero puedo imaginarme lo frustrante que ha de ser que siempre rechacen lo que ofreces. Llegaría un momento en que a mí también se me quitarían las ganas.

—Sí. —Noto que se ciernen sobre mí esos oscuros nubarrones que me arrastran a un torbellino de pensamientos lúgubres del que tardo horas en salir. Intento concentrarme en otro asunto lo más deprisa posible—. ¡Da igual, cambiemos de tema! ¿Dónde crees que podría encontrar un vestido bonito para el baile de primavera? Ruby dice que como bloguera conoces todos los trucos. —Hasta yo puedo percibir lo artificial que suena mi voz.

Ember mira el maniquí antes de volverse hacia mí.

—Todavía me queda mucha tela. Si quieres, puedo confeccionar un vestido para ti.

Por un instante permanezco muda.

Entonces me doy cuenta de que no puedo pedirle que me haga un favor así. Niego lentamente con la cabeza.

—Es demasiado trabajo. Además, la fiesta se celebra el sábado de la semana que viene.

Ember hace un gesto de rechazo con la mano.

—Tonterías. No me habría ofrecido si no me fuera a dar tiempo. Seguro que puedes traerme un par de vestidos viejos de los que tienes, ¿no? —pregunta Ember—. Haremos algo precioso, ya verás, ¡será increíble!

—Acepta su oferta, Lydia —me pide Ruby, colocándome un brazo sobre los hombros.

Estoy tan abrumada por la franqueza de ambas, por su cariño y por su buena disposición que se me hace un nudo en la garganta y los ojos empiezan a escocerme. Parpadeo e inhalo y exhalo profundamente. Debe de ser cosa de las hormonas, pero en este momento me resulta dificilísimo mantener la calma.

—Gracias —logro decir al final.

—Oh, no me des las gracias aún. Mi trabajo tiene un precio. Aunque es muy pequeño… —advierte Ember con una sonrisa casi diabólica.

Observo consternada a Ruby, que no tiene aspecto de sentirse muy satisfecha.

—Ember… —dice en un tono serio.

—Venga, Ruby. —Volviéndose hacia mí, añade—: Me gustaría ir con vosotras a la fiesta.

—¡Es una idea genial! ¿No crees? —pregunto dirigiéndome a Ruby, pero esta mira a su hermana con expresión más seria.

—A Lydia le parece bien que os acompañe.

—Todavía no me has contado quién es el misterioso chico al que conociste en la última fiesta —comenta Ruby.

—¿Qué tiene que ver él con que yo pase una estupenda noche de chicas con vosotras? —replica Ember.

Ruby levanta una ceja.

—He visto lo que habéis pedido en la empresa de decoración. Quiero a toda costa ir a ese baile de hadas. ¿Cuándo se tiene la oportunidad de asistir a un evento así? —insiste Ember.

Ruby toma una profunda bocanada de aire, mantiene la respiración un par de segundos y luego espira despacio.

—La última vez acordamos unas reglas y tú te las saltaste. Solo me preocupo.

—Ni bebí ni bailé desnuda encima de las mesas. Así que no creo que te haya dado absolutamente ninguna razón para preocuparte.

Ruby suspira. Durante un buen rato no dice nada. Parece como si estuviera repasando en su mente una lista de pros y contras.

—Siguen vigentes las mismas reglas que la vez anterior —anuncia al final—. Y esta vez las cumplirás, ¿de acuerdo?

La sonrisa de Ember se ensancha.

—¿De acuerdo? —insiste Ruby.

—Me encantará acompañaros al baile de primavera, Ruby. ¡Muchas gracias por tu amable invitación! —responde Ember triunfal. Al ver que su hermana no dice nada, resopla—. De acuerdo, me atendré a las reglas.

—Vale —dice Ruby, asintiendo con la cabeza—. Entonces ya tenemos una cita a tres para el baile de primavera.

Ember lanza un grito de alegría y me da un codazo en el costado.

—Será una pasada.

Espero que tenga razón.

27

Lydia

El vestido que Ember ha cosido es un sueño. La parte superior es de una sutil tela color champán y manga corta. Justo bajo el pecho ha añadido una falda de tul, igual que la del vestido de Ruby, sobre la que hay repartidas pequeñas flores de tela. Cae suavemente y está cortada de modo que me disimula el vientre todo lo posible. Estoy bastante segura de que lo sabe, pero, aunque me resulta extraño, no me causa ninguna sensación desagradable.

—Creo que tenemos que ir pensando en ponernos en marcha —dice Ruby mirando el reloj de mi escritorio. Es de madera oscura y unos adornos dorados decoran la esfera brillante. Me lo regaló mi padre cuando cumplí diez años. No sé por qué todavía está ahí. No es especialmente bonito, pero no puedo separarme de él.

—¿Lydia? —La voz de Ember, que oigo pegada a mí, me arranca de mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —pregunta con prudencia.

Ember tiene los ojos idénticos a los de Ruby: verdes y penetrantes. A veces me da la sensación de que las dos hermanas pueden observar el interior de una persona.

—Sí, todo estupendo. —La miro resplandeciente—. Creo que James y Percy ya llevan veinte minutos esperándonos abajo. Ahora sí que tenemos que irnos.

Ember asiente, aunque se queda en una actitud reflexiva.

—Te doy las gracias de nuevo por la sesión de belleza, Lydia —dice Ruby—. Me ha sentado muy bien tras el estrés de los preparativos. —Se acerca a mí y me da un breve abrazo.

—Las dos os habéis ocupado de que vaya vestida como es debido. Era lo mínimo que podía hacer —contesto.

He contratado a unos estilistas que se han ocupado de maquillarnos y peinarnos a Ruby, a Ember y a mí. Ahora podríamos pisar la alfombra roja. Una por la que circulen sobre todo hadas. O el mismísimo Shakespeare en persona.

Ponemos rumbo al vestíbulo, en la planta inferior, donde James y Percy ya nos están esperando. Los dos conversan y oigo reír a Percy. El sonido me conmueve. Es la primera vez, desde hace mucho tiempo, que los veo charlar despreocupadamente.

James da media vuelta y su mirada se posa, como por propia iniciativa, sobre Ruby. Sus ojos se iluminan como casi siempre que la mira o habla con ella.

—Estáis preciosas —declara, mientras Percy me sostiene el abrigo para que me lo ponga.

—Siempre dices lo mismo —le señalo.

Se encoge de hombros, con la mirada todavía cautiva en Ruby. Ella gira sobre sí misma y le dedica una amplia sonrisa.

—Me siento como una princesa.

—Es justo lo que pareces —admite James, cogiendo sus mejillas antes de inclinarse para darle un beso.

—Todavía no sé si me parece bonito o más bien asqueroso —musita Ember a mi lado.

—Es bonito —replico con toda naturalidad—. Es mucho mejor que verlos tristes a los dos.

Ruby

Ayer por la tarde, cuando vimos cómo colocaban los quince árboles artificiales en el Boyd Hall, pensé que habíamos cometido un error enorme. A la luz del día la distribución se veía rara, demasiado maciza y carente de atmósfera. Pero ahora que miro a mi alrededor, suspiro aliviada.

El suave brillo de los farolillos y de las velas, los pétalos azules y lila que hemos repartido y la dulce música clásica de la orquesta consiguen crear un ambiente de cuento de hadas en el que es evidente que los invitados, con sus vestidos élficos y sus trajes claros, se sienten a gusto.

—Ruby, todo esto está precioso. —Lydia suspira a mi lado.

—Es realmente bonito —concuerda Ember.

Señala el columpio de madera que cuelga de un árbol. Delante está nuestro fotógrafo esperando para sacar una foto de la parejita que se está colocando en posición en este momento. La chica coge la cuerda adornada con flores y su novio, que está detrás de ella, pone la mano encima de la de ella. ¡Es superromántico!

—Después nos tenemos que hacer sin falta una foto todos juntos —propone Lydia.

—Ya decía yo que valía la pena venir —contesto.

Luego empiezo a buscar a Lin con la mirada. Tengo que preguntarle si ha hablado con los del *catering* y ya ha revisado el bufé. Pero, antes de dar con ella, James me coloca con suavidad la mano sobre la espalda.

Lo miro inquisitiva.

—Sé exactamente lo que quieres hacer ahora. Pero tu turno es en… —echa un vistazo a su reloj— una hora.

—¿Te acuerdas? —pregunto divertida.

Asiente.

—Ahora todavía me perteneces a mí, no a los canapés, Ruby Bell.

Acto seguido me aparta de Lydia y de Ember. Consigo lanzar a las dos una mirada por encima del hombro antes de volver la vista hacia delante para no pisarme el vestido. Primero creo que James quiere llevarme al bar, pero entonces gira hacia un lado en dirección al columpio. Otra pareja está posando ahora y nos quedamos un par de pasos detrás del fotógrafo.

Miro a James sonriendo.

—¿En serio? Recuerdo aquellos tiempos en que aborrecías nuestras fiestas —observo—. ¿Y ahora incluso quieres una foto de pareja como recuerdo?

—Ya sabes por qué las aborrecía —oigo decir a James junto a mi oído. Se me pone la piel de gallina.

—En realidad te encantaban —apunto—. Admítelo. Todo era fachada, en realidad el DJ de la fiesta de vuelta a la escuela te pareció increíble y te daba envidia por no poder contratarlo tú para las fiestas de tu casa.

James resopla.

—Exacto.

De repente se inclina y acaricia con la boca primero mi mejilla y luego mi barbilla. Me estremezco cuando me besa en ese punto detrás de la oreja.

—En serio, estás preciosa —murmura, y yo siento su cálido aliento.

Todo mi cuerpo se estremece, y estoy a punto de abrir la boca para devolverle el cumplido cuando me sobresalta la voz del fotógrafo.

—Los siguientes —nos llama con voz hastiada. Cuando ve que me toca a mí, arquea la ceja—. Ah, es usted, Ruby.

El señor Foster y yo nos conocemos desde que organizo actos en Maxton Hall. Hace y edita también las fotos oficiales de eventos para nuestro blog, la página inicial de la escuela y la *newsletter* que Lexington distribuye una vez al mes. Es un profesional, y que se haya mostrado dispuesto esta noche a sacar las polaroids con el columpio me hace sentir aún más el respeto por él.

—Buenas noches, señor Foster —respondo.

—Creo que nunca le he sacado una foto a usted —reflexiona en voz alta, y luego señala el columpio—. Tome asiento.

—Gracias —murmuro, sentándome mientras James se sitúa detrás de mí y coloca una mano en la cuerda del columpio y la otra en mi espalda.

Incluso a través de la tela del vestido puedo sentir la calidez que emana de él. Un hormigueo recorre todo mi cuerpo y me pregunto si algún día desaparecerá esta excitación que siento cuando estoy a su lado. Espero que no.

—¡Sonrían! —dice el señor Foster, pero no hacía falta que me lo pidiera: mi sonrisa aparece por sí sola.

Después de disparar nos da la foto de la Polaroid. James sacude la lámina unos segundos antes de mirarla.

—*Kitsch* total —comento.

Yo ahí sentada en el columpio y James detrás; seguro que todas las parejas saldrán con la misma pose. Pero sé que, en el futuro, cada vez que mire esta imagen se me escapará una sonrisa.

—A mí me gusta —dice James.

Contento, la guarda en el bolsillo de su chaqueta. Luego levanta la mano y me acaricia con los nudillos la mejilla. Parece no hacerlo de forma consciente, sino sin pensar. Cuando aparta de nuevo la mano, me gustaría retenérsela y frotar mi mejilla contra su palma.

—¿Bailamos? —pregunto. Tengo que hacer algo para controlar el ardor que su caricia tierna y natural ha desatado en mi cuerpo.

James levanta sorprendido las cejas.

—¿Quieres bailar?

Asiento y le cojo de la mano. Antes de pensarlo dos veces, tiro de él hacia la pista, entre las otras parejas que ya danzan lentamente al compás de la música.

Coloco una mano sobre el hombro de James y empiezo a moverme con él. Esta vez he estudiado con Ember unos vídeos y he practicado, pero enseguida me doy cuenta de que no tengo que preocuparme por la serie de pasos que hemos aprendido. James y yo solo nos balanceamos de un lado a otro.

—Al comienzo del año nunca se me habría ocurrido que estaría hoy aquí. Contigo —murmura James en mi oído—. Estoy tan agradecido…

Sus palabras me producen un cálido cosquilleo.

—Yo también estoy agradecida de tenerte, James.

Seguimos moviéndonos al ritmo de la lenta melodía que interpreta la orquesta. En un momento dado deslizo la mano hacia arriba, hasta poder acariciar su nuca. James me estrecha tan fuerte que no cabría entre los dos ni una hoja. Noto su respiración en mi cuerpo. Es tan irregular como la mía. Cuando desprendo mi otra mano de la suya y le rodeo el cuello, James inspira fuertemente. Sus manos se desplazan por mi cintura y me acarician los costados. Trago con dificultad y cierro los ojos.

Entonces percibo sus labios por el nacimiento de mi pelo.

—James… —susurro, volviendo a abrir los ojos despacio.

Me mira con los párpados medio caídos. Dejo de respirar, asimilo su mirada. Sus hermosos ojos, la leve presión de sus labios.

—Ruby… —dice con voz ronca.

Y entonces ya no aguanto ni un segundo más. Me pongo de puntillas y él se inclina hacia mí.

Cuando nuestros labios se encuentran, es como si una corriente eléctrica circulara por mi cuerpo. Siempre me pasa con James. No logro describirlo, pero un simple beso suyo basta para poner mi mundo patas arriba y hacerme olvidar todo lo que me rodea.

James me acaricia suavemente con la lengua el labio inferior y yo le abro paso. Hundo las manos en su cabello y noto que gime en mis labios.

—Jo, a ver si alquiláis una habitación —suena una voz cortante a nuestro lado.

James se separa de mí y parpadea varias veces. Luego descubro por encima de su hombro a Camille, que está bailando con un chico de nuestro curso. Pone los ojos en blanco.

—Somos realmente malos —musito, enterrando el rostro en el hombro de James.

De repente noto que se tensa.

—Qué…

Levanto la cabeza. James tiene la vista fija en un punto por detrás de mí y me doy media vuelta para seguir su mirada.

El señor Sutton acaba de entrar en la pista con una mujer.

—¿No es esa nuestra tutora del curso de preparación para Oxford? —pregunto.

—Philippa Winfield —murmura James. Siempre se acuerda del nombre de todo el mundo, también de los que solo ha visto una vez. Creo que es un don que se adquiere automáticamente cuando naces en una gran empresa.

—Parecen tener mucha confianza entre ellos —señalo, después de que el señor Sutton haya rodeado a Pippa con el brazo.

Ella le sonríe, como lleva tacones altos los ojos de los dos están más o menos a la misma altura, y luego se inclina hacia él y le susurra algo al oído que le hace reír. Es una risa más bien tímida, que se diferencia claramente de la que muestra en la clase.

—¡Joder! —exclama James en el instante exacto en que el señor Sutton mira por encima de Pippa y su expresión alegre se desvanece.

No tardo mucho en advertir la razón.

Lydia.

Está junto a la pista y lo ha visto todo. Lydia gira sobre sus talones y deja la sala por una puerta posterior.

Quiero ir con ella, pero James me sujeta la mano con firmeza. Antes de que me dé tiempo a preguntar por qué lo hace, señala con la barbilla la dirección por la que su hermana acaba de marcharse.

El señor Sutton corre tras Lydia.

—¿Crees que es una buena idea? —pregunto dubitativa.

La expresión de James es impenetrable.

—En algún momento tienen que hablar. Además, creo que en este instante prefieren que los dejemos a solas.

Puesto que James conoce a Lydia mejor que nadie, confío en él.

—No quiero que se sienta mal —murmuro.

Tras estas palabras, James me mira con cariño.

—Saldrá adelante. Estoy convencido.

La certeza con la que lo dice y el modo en que me mira me hacen sospechar que no está pensando solo en Lydia.

Por primera vez desde que lo conozco, parece creer en su propia felicidad. Y

esto me alegra enormemente.

28

Lydia

Me arrepiento de haber venido. Debería haber confiado en mi instinto y no haberme dejado convencer. Sabía que no iba a resultarme fácil ver a Graham. Sin embargo, nunca habría contado con algo así.

Al verlo bailar con Pippa, al ver cómo le pasaba el brazo por la cintura con toda naturalidad, al ver cómo ella le sonreía y él le contestaba, al ver que la distancia entre sus caras se iba reduciendo…, ya no he aguantado más. Era demasiado, así de simple.

E incluso ahora, en el pasillo vacío, sin música ni gente a mi alrededor, el corazón no deja de palpitarme desbocado. Me encuentro mal y siento las manos pegajosas. Unos puntitos flotan delante de mis ojos. Creo que me ha subido la tensión. Coloco al instante la mano sobre el vientre, como si lograra percibir con este pequeño gesto que mis niños están bien.

—¿Lydia?

Bajo la mano y me doy la vuelta.

Graham está a un par de metros de mí, con la chaqueta abierta, el ceño fruncido y una expresión reflexiva.

—¿Qué? —pregunto de forma agresiva.

Dios, qué harta estoy de fingir ante todos que en mi vida todo va bien. Nada va bien. Tampoco ahora que él está frente a mí. Que ha corrido tras de mí cuando yo pensaba que ni siquiera se había percatado de mi presencia. Que me mira como si supiera cómo me siento, justo como pasaba antes.

No puedo apartar la vista. Lo que se ha acumulado en mí va creciendo hasta que ya no puedo frenarlo.

—¿Te lo estabas pasando bien?

Su mirada se oscurece y frunce aún más el ceño.

—Solo estábamos bailando, Lydia.

Suspiro con desdén.

—Lo que ha pasado ahí era, sin duda, algo más que «solo bailar».

Nunca nos hemos peleado, y ahora entiendo por qué. Es horrible y no me calma en absoluto increparle de este modo.

—Habría sido raro que rechazara su invitación a bailar. La gente cotillea a mis espaldas de todos modos.

Me echo a reír.

—Así que casi te lo montas con mi tutora en la pista de baile para evitar que la gente hable de tus relaciones.

Pronuncio las palabras más alto de lo que pretendo y Graham vuelve la cabeza con inquietud.

—Odio esto, Graham —digo. Mi voz es fría y trémula al mismo tiempo. Nunca me había oído hablar así—. Odio que seas incapaz de intercambiar tres palabras conmigo sin que te invada de inmediato el pánico y empieces a mirar a tu alrededor. —Aprieto los puños y contengo con todas mis fuerzas el escozor que nace en mis ojos.

—¿Crees que a mí me divierte? —replica de repente.

Yo no consigo más que emitir un amargo quejido.

También él aprieta los puños.

—¡Intento hacer lo correcto para los dos!

—¿Lo correcto? —Es increíble que acabe de decir esto—. ¿Te parece correcto estar bailando con otras mujeres… delante de mis narices?

—¿Acaso crees que lo disfruto? ¿Estar lejos de ti, haciendo como si nunca nos hubiésemos conocido? —pregunta desconcertado. Se pasa la mano por el pelo y niega con la cabeza—. Me duele más con cada jodido día que pasa.

—¡No soy yo la culpable, te lo aseguro! —Casi chillo estas palabras y luego me muerdo el labio. Respiro hondo y recuerdo lo que mi madre me inculcó durante años acerca de la templanza—. No te llamo —añado en voz baja—. No intervengo en tu clase. Joder, ni siquiera te miro. Según tú, ¿cómo he de comportarme para evitarte el dolor?

Vuelve a negar con la cabeza. Entonces se planta junto a mí con una zancada y me coge la cara con las manos.

Me quedo petrificada unos segundos. Luego le aparto los brazos. No tiene que tocarme, porque si lo hace es como si todo fuese como antes, y yo no lo soporto ni tan siquiera un segundo.

—No podemos seguir así, Lydia —dice con voz ronca.

—Ya te he dicho que yo me atengo a lo pactado.

—Yo también. Pero a pesar de eso estamos los dos hechos polvo.

Percibo que mi rabia se va disipando y que solo permanece el dolor. Un dolor que me desgarra por dentro y que me impide respirar bien.

Desearía no haberme desprendido de sus brazos. Al mismo tiempo querría haberlo hecho con más fuerza.

—Solo era un baile —susurra Graham.

Me limito a asentir. Me gustaría mirar hacia otro lado, pero no puedo. Hacía mucho tiempo que no estábamos juntos. Tengo la sensación de que he de impregnarme de cada segundo antes de que este momento ya haya pasado y yo vuelva a quedarme sola.

—Para mí no ha cambiado nada, Lydia.

Me quedo sin respiración.

—¿Qué… qué quieres decir?

Graham se acerca un poco, pero no me toca.

—Quiero decir que tú eres lo primero en lo que pienso cuando me despierto. Todo el día pienso en ti. Cuando me pasa algo divertido, es a ti a la primera a la que quiero contárselo. Oigo tu voz por la noche, al acostarme. Por Dios, Lydia, te quiero. Ya te quería la primera vez que hablamos por teléfono. Nunca dejaré de quererte, incluso a sabiendas de que no tenemos posibilidades de salir adelante.

El corazón me late enloquecido, como si acabase de correr una maratón. No me puedo creer lo que acaba de decir.

—Voy a cambiar de escuela.

Esto me arranca de mi inmovilismo. Niego con la cabeza.

—No. De ninguna de las maneras. Tú mismo dijiste que Maxton Hall es lo mejor que podría haberte pasado. Que nunca encontrarías un trabajo mejor.

—Me da igual. Quiero dedicarme de una maldita vez a ti. Quiero poder ir a tomar un café contigo, darte la mano. Y quiero que vuelva mi mejor amiga. Si para conseguirlo tengo que asumir un trabajo peor, lo haré con mucho gusto.

Sacudo la cabeza, totalmente consternada por este giro de los acontecimientos.

—Yo… No puede ser. ¿Por qué ahora de repente?

—No es una idea surgida de la nada. Desde el primer día aquí pienso en ello. Cada mañana me pregunto si Maxton Hall vale tanto como para que nos hayamos separado.

—Pero hemos… —Me interrumpo, incapaz de aclarar mi mente.

—Fue la decisión que tomamos juntos, por eso tampoco dije nada. Tenía miedo de presionarte. Pero ahora…

Las lágrimas brotan antes de que logre contenerlas. Cierro los ojos y toda yo me veo sacudida por un sollozo mudo. Esta vez, cuando Graham me toca, no me protejo, sino que me limito a apoyar la cabeza en su pecho y permito que me acaricie la mejilla.

—Siento tanto no haber podido estar apoyándote… —susurra.

En este momento casi no puedo soportar el anhelo que siento por él. Ni tampoco mi mala conciencia por no haberle contado todavía lo del embarazo ni la tristeza por la pérdida no solo de nuestra relación, sino también de nuestra amistad. Me agarro a su camisa.

—Echo de menos a mi madre. Y te echo de menos a ti. Continuamente —gimo.

—Lo sé. Lo lamento tanto… —Vuelve a acariciarme.

Su suave caricia me recuerda nuestro primer encuentro. Entonces no éramos más que unos amigos que se habían conocido por internet, pero me cogió de esa misma manera cuando una chica en el café me increpó mencionando los titulares que habían aparecido sobre mí en el periódico. Intenté que no se notara lo mucho que me habían afectado sus palabras, pero Graham enseguida se percató y me agarró del brazo. Me susurró en el oído que todo iría bien. Exactamente igual que ahora.

Su voz apaciguadora mitiga mi dolor, y cuando desliza los pulgares por mis húmedas mejillas y me asegura que lo superaremos, que volveremos a arreglarlo, me zambullo por unos instantes en ese sueño y en la ilusión de que tal vez tenga razón.

Pero entonces noto que se crispa.

—Lydia —susurra.

Me separo unos centímetros de él y sigo su mirada.

Al final del pasillo, a tan solo cinco metros de nosotros, está Cyril.

Nunca lo había visto así de pálido. Nos mira a Graham y a mí con incredulidad, una y otra vez. Abre la boca.

Pero entonces la expresión de su rostro cambia. Junta las cejas, sus ojos se convierten en dos finas líneas, y aprieta tanto los dientes que se le marcan los huesos de la mandíbula.

Acto seguido, gira sobre sus talones y desaparece en dirección al Boyd Hall.

—Mierda —musito entre dientes, separándome del todo de Graham.

—Lydia…

Niego con la cabeza y vuelvo a pasar los dedos por mis mejillas húmedas.

—Tengo que ocuparme él. ¿Hablamos después por… teléfono?

Aunque se diría que todo el cuerpo de Graham está en tensión, cuando oye mis palabras aparece en sus ojos de ese color castaño dorado una ternura que llevo meses anhelando. Me es familiar, como un pálido recuerdo que poco a poco va adquiriendo color y convirtiéndose en realidad.

—Te llamo —afirma—. Después de la fiesta.

—De acuerdo —murmuro.

Por un instante me siento tentada a abrazarlo de nuevo, pero recuerdo el rostro consternado de Cyril y doy media vuelta para correr en su búsqueda.

Corro tras Cyril tan deprisa como puedo. Lo veo poco antes de llegar a la salida del Boyd Hall.

—Cy… —digo jadeante y cogiéndolo por el codo.

Se vuelve y aparta el brazo.

—No me toques.

Sorprendida por la frialdad de su reacción, levanto las manos para tranquilizarlo. Cyril nunca me ha hablado así. También la manera en que me mira me resulta del todo desconocida: con desprecio, lleno de desdén. Niega con la cabeza.

—No me puedo creer que hayas hecho esto, Lydia.

Frunzo el ceño y lo miro a la cara.

—No estoy segura de que te puedas permitir juzgarme, Cy. ¿O debo recordarte con qué tipo de gente te has juntado tú?

Cyril se estremece.

—¿Piensas en serio que me cabrearía porque te acostaras con tu profesor?

Ahora soy yo la que se estremece. Muy cerca de Cyril se ha formado un grupito de gente que acaba de abandonar la sala.

—¿Por qué, entonces? —replico a media voz.

Emite un sonido abatido y echa la cabeza atrás para mirar hacia arriba, como si el cielo fuera a desvelarle qué debe decir. Luego vuelve a mirarme y traga con dificultad.

—Estoy cabreado contigo porque llevas una eternidad dándome largas.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué?

—Para mí solo existes tú, Lydia. Llevo años enamorado de ti.

—Pero… —digo con voz ronca—. Pero lo nuestro… no era en serio.

Es como si le hubiese propinado un bofetón. Abre la boca, pero de ella no sale ninguna palabra.

—No sabía que te sentías así —susurro.

Por segunda vez, tiendo con cuidado la mano hacia él y le acaricio el brazo. Es mi amigo, nos conocemos desde que éramos pequeños. Si hubiera sabido que sus sentimientos hacia mí eran serios, nunca habría empezado nada con él.

—¿Vas a decirme que no habías notado nada? —me pregunta con incredulidad.

Niego con la cabeza sin atreverme a contestar en voz alta.

—Así que no has notado que desde lo nuestro no he vuelto a salir con nadie más. No has notado que tras la muerte de tu madre he estado cada día, de la mañana a la noche, a tu disposición, consolándote.

—Es lo que hacen los amigos —murmuro entre lágrimas.

—Yo no lo hago por nadie —señala con amargura—. Solo lo hago por ti.

Me quedo mirándolo, incapaz de moverme. Tengo ganas de vomitar y al mismo tiempo las lágrimas me resbalan por las mejillas.

—Lo siento. Yo… no quería hacerte daño.

Cyril levanta dubitativo una mano y me seca una lágrima de la mejilla. Luego su expresión se endurece.

—Pero me lo has hecho.

Y dichas estas palabras emprende el camino hacia el aparcamiento.

29

James

Definitivamente, la noche no ha transcurrido tal como yo había imaginado.

De hecho, el plan consistía en pasar con Ruby el mayor tiempo posible: no teníamos más que un turno de una hora cada uno y el resto del tiempo disponíamos de total libertad. Quería bailar y divertirme a su lado, y besarla ante las miradas ajenas tantas veces como ella me lo permitiera.

Pero entonces Lydia ha vuelto de repente, deshecha, al Boyd Hall. Al principio hemos pensado que su conversación con Sutton había ido mal o que él le había dicho algo que la había ofendido. Cuando al final nos ha contado lo que en realidad había sucedido, he salido a buscar a Cyril.

Alistair y Keshav no tenían ni idea de dónde podía estar y he tardado siglos hasta dar con Wren, que al menos ha podido comunicarme que hacía un rato que Cyril había cogido el coche y se había marchado a su casa. Acto seguido he pedido un taxi y le he indicado a Percy que se ocupara de Lydia, Ember y Ruby.

Ahora estoy delante de la puerta de la casa de Cyril y pulso por enésima vez el timbre. Desde el exterior oigo resonar el ding-dong por toda la casa. Su coche está atravesado en el acceso de entrada y he visto luz en su planta cuando hemos entrado en la propiedad.

Llamo de nuevo. Y una vez más. Justo cuando vuelvo a levantar el dedo, se abre la puerta.

Al instante me golpea un fuerte olor a alcohol. Desde el encuentro entre Lydia y él no ha pasado más de una hora, pero Cyril ya se tambalea. Su cabello oscuro está totalmente revuelto y lleva desabrochados los botones superiores de la camisa.

—Estaba claro. Lydia envía a su perro guardián —balbucea.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

Cyril abre del todo la puerta, da media vuelta y sube por la escalera al piso superior sin volverse hacia mí. No hay ninguna luz encendida en toda la vivienda. Por lo visto, sus padres vuelven a estar fuera.

Lo sigo hasta el primer piso y directo a su habitación. La ventana está abierta, pero el olor a humo y alcohol flota pesadamente en el aire.

Cyril se sienta en el alféizar de la ventana. Distingo en el cenicero el resplandor de la colilla de un cigarrillo. La coge, aspira con fuerza y la deja de nuevo en su sitio.

—¿Y bien? —Empieza a hablar sin mirarme—. ¿Has venido para hacerme callar?

—He venido porque estoy preocupado por ti —respondo, aproximándome a él junto a la ventana.

Cyril se vuelve hacia mí con las cejas levantadas.

—Y porque Lydia está preocupada —añado.

Suelta una risa entrecortada y da otra calada. Al lado del cenicero hay una botella de *whisky* que ya no está ni medio llena. Me pregunto si se habrá bebido todo el líquido que falta en esta última hora.

Nunca me habría imaginado que iba a ver a Cyril en este estado.

—Lo siento, tío.

Cyril apaga el cigarrillo. Luego coge la botella, se la lleva a los labios y echa la cabeza hacia atrás.

—No lo entiendo —consigue decir entre dientes. Se pasa el dorso de la mano por la boca y deja de nuevo con un tintineo la botella donde estaba—. Simplemente no entiendo por qué.

No sé qué decirle. Cyril lleva años esperando acabar con Lydia. Descubrir que su espera ha sido en vano debe de haberlo destrozado.

—Habría hecho cualquier cosa por ella. Cualquier cosa —prosigue mientras niega con la cabeza. Por lo visto esto lo marea, porque se tambalea un poco hacia un lado. Lo cojo del brazo y lo aparto del alféizar.

—Lo sé —digo.

De repente Cyril me agarra con ambas manos.

—No tienes ni idea de lo que se siente, James. Esperar algo durante años y ver que todo se desmorona ante tus ojos.

Tiene el rostro contraído por el dolor. Se balancea y no puede mantenerse en pie. Sin pensarlo dos veces, lo cojo por los brazos y lo llevo hacia la cama. Le doy un pequeño empujón para forzarlo a sentarse. Cuando estoy seguro de que

ya no se cae hacia un lado, lo suelto y voy a cerrar la ventana. Luego corro las pesadas cortinas grises.

Me vuelvo hacia mi amigo. Se ha doblado y ha enterrado el rostro entre las manos. Al verlo me siento fatal. Toda esta situación es demasiado rara y Cy me da pena, pero, a pesar de todo, debo velar por Lydia. Ella es la que podría perderlo todo si su relación con Sutton saliera a la luz.

Me siento en la cama, a su lado.

—No se lo cuentes a nadie, Cy —pido con insistencia.

Él niega con la cabeza. Entonces baja las manos y me mira.

—¿De verdad crees que yo haría algo que pudiera perjudicarla?

Lo miro yo también.

—No, no lo creo.

Asiente.

Después, en silencio, fija la vista en sus manos.

—Siempre pensé que lo nuestro había sido igual de importante para los dos.

—Tampoco depende de ti. Esto está claro.

Farfulla algo y con un gemido se deja caer hacia atrás sobre la cama.

—Voy a traerte un vaso de agua —me ofrezco al cabo de un rato.

Cyril no contesta, así que me pongo de pie y bajo a la cocina. Cuando vuelvo, está otra vez sentado. He subido un cubo por si se encuentra mal por la noche y él lo mira con expresión burlona.

—Toma —digo tendiéndole el vaso.

Lo coge y se fuerza a dar un par de sorbos. A continuación lo deja sobre la mesilla de noche.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —pregunto.

—No, tío. Creo que ahora tengo que estar solo.

—De acuerdo, entonces me voy. —Señalo con el pulgar por encima del hombro.

Cyril asiente de forma escueta. Y entonces hace algo que no había hecho desde por lo menos hace diez años: se levanta y me rodea con los brazos. Al principio me coge por sorpresa, pero luego reacciono y le doy unos golpecitos en la espalda. Apoya en mí la mitad de su peso y yo lo sostengo como puedo.

—Todo se arreglará —digo en voz baja.

Cyril me suelta y evita mi mirada. Es evidente que no da ninguna credibilidad a mis palabras.

Ruby

Es la una y media cuando por fin James llega a casa. Golpea suavemente la puerta de la habitación de Lydia y la abre un poco. Cuando me ve sentada en la cama al lado de su hermana, que está durmiendo, se dibuja una sonrisa en sus labios y yo siento un hormigueo en el vientre. Me levanto con cuidado e intento moverme sin hacer ruido. La sonrisa de James se ensancha aún más cuando ve que he cambiado mi vestido por una de sus camisetas y unos *leggings* de Lydia.

Solo cuando cierro la puerta silenciosamente tras de mí me atrevo a hablar. Lydia estaba tan agotada cuando hemos llegado que no querría despertarla de ninguna manera.

—Estás aquí —saluda en voz baja.

Asiento.

—En realidad iba a marcharme con Ember, pero Lydia parecía tan abatida… No quería dejarla sola, así que le he dicho a mi madre que dormiría en vuestra casa. ¿Has encontrado a Cyril?

La sonrisa desaparece.

—Estaba bastante borracho. No sé si mañana se acordará de algo.

No es que eso me tranquilice mucho.

—Confío en Cy —añade James—. En estos asuntos, uno se puede fiar de él.

Lo miro con escepticismo, pero acabo asintiendo.

—De acuerdo.

James otea el pasillo y de nuevo dirige la vista hacia mí. Le cojo de la mano, tiro de ella y vamos juntos a su habitación.

Me siento en su enorme cama.

—¿Está Lydia mejor? —me pregunta James mientras se quita la chaqueta y se afloja la corbata. Luego se sienta a mi lado.

—Sí —respondo pensativa—. Creo que sí. El señor Sutton la ha llamado y han estado hablando un rato.

James no parece saber qué pensar de todo esto. Exhala fuerte y se frota la frente.

—¿Qué ocurre?

Suelta un gruñido.

—No quiero que Lydia acabe teniendo problemas. No sé cómo evitar que esta torre de naipes construida a base de secretos se desmorone de un momento a otro.

—No va a pasar —señalo con suavidad, acercándome a él para acariciarlo. Necesito consolarlo cuando lo veo así, y desearía poder hacer algo más que tan solo acariciarle la mejilla.

James dirige hacia mí sus ojos oscuros.

—Haría cualquier cosa por la gente a la que quiero.

Deslizo los dedos hacia su cuello. Envuelvo con la mano su nuca y acaricio con el pulgar el margen de sus cabellos.

—Lo sé.

—Tú formas parte de esa gente, Ruby.

Me detengo en medio del movimiento y trago con dificultad. De repente se me ha formado un nudo en la garganta.

—Te quiero —susurra.

Hay en su voz tanto sentimiento y al mismo tiempo tanto dolor que por unos breves instantes no soy capaz de respirar.

Pero acto seguido mi cuerpo reacciona, como por iniciativa propia, ante esa declaración. Me incorporo hasta quedar de rodillas sobre la cama y a la misma altura que James. Acerco mi boca con cuidado a la suya y le doy un breve beso.

—Yo también te quiero, James —musito, apoyando mi frente contra la suya.

James respira fuerte.

—¿De verdad?

Hago un gesto afirmativo y lo beso de nuevo.

Debería ser otro beso fugaz, pero entonces James me coge por detrás de la cabeza y lo que ha comenzado como algo suave enseguida se convierte en algo más. Pierdo el equilibrio, así que caigo hacia un lado sobre el mullido plumón. James no interrumpe ni un segundo el beso. Todas las palabras que todavía me quedan por decir se desvanecen cuando James separa mis labios con los suyos. Suspiro suavemente.

Esta vez, cuando nos apartamos, los dos nos hemos quedado sin aliento.

—Gracias por haber estado hoy a nuestro lado —murmura.

Estamos tumbados de lado, frente a frente. James me acaricia con dulzura desde la cintura hacia arriba, con la mano sobre la curva de mis costillas. Traza pequeños dibujos sobre mi piel.

Recuerdo a la perfección lo que sentía cuando me tocó por primera vez:

como si mi piel ardiera a través de la ropa cuando él me rozaba. Me pasa lo mismo ahora que desliza la mano y la detiene en mi muslo.

—Gracias por dejar que esté a vuestro lado —susurro, y le retiro un mechón rubio cobrizo de la frente. Podría pasarme siglos disfrutando del contacto de mis dedos entre sus cabellos, me encanta esa sensación.

Nos quedamos tendidos en silencio. Lo único que se oye son nuestras respiraciones regulares. No podemos desprendernos el uno del otro. Necesito tocar todo el tiempo a James para confirmar que esto es de veras la realidad. Que es cierto que nos hemos reencontrado y que esta nueva y constante confianza mutua existe.

A pesar de mis esfuerzos, llega un momento en que me pesan tanto los párpados que no puedo mantenerlos abiertos. James está allí cuando me duermo, con una mano cogiendo la mía y la otra suavemente enterrada en mi pelo.

30

Ruby

—¿Tú qué opinas? —me pregunta Lin el lunes siguiente, acercándome su agenda por encima de la mesa.

Observo las citas que ha apuntado con un rotulador lila. Entre ideogramas chinos se lee en su fina y elaborada caligrafía Mudanza a Oxford, y en el campo para el día después ha apuntado un Celebrar el ingreso con Ruby. Esbozo una amplia sonrisa. Y pese a que todavía faltan unos pocos meses, cojo el rotulador dorado del estuche, paso las páginas del resumen mensual del año de mi agenda y apunto lo mismo.

—¡Genial! —susurro justo en el momento en que anuncian la pausa del mediodía.

Lin y yo empezamos a recoger nuestras cosas, pero antes de que me eche la mochila a la espalda, el aviso suena por segunda vez, aunque es más breve en esta ocasión.

«Ruby Bell, acuda de inmediato al despacho del director Lexington», anuncia por la megafonía la voz de la secretaria del director. Todos los alumnos que están en el aula se vuelven al instante hacia mí.

Frunzo el ceño y miro el reloj que hay encima de la puerta de la clase. En realidad tenemos cita con el director Lexington poco antes de que finalice el descanso de mediodía. Si quiere verme ahora es porque ha ocurrido algo.

Se me pone la piel de gallina cuando pienso qué debe de haber pasado.

—¿Te acompaño? —pregunta Lin mientras salimos del aula.

—No, adelántate tú y ve a por la comida. —Agarro con firmeza las correas de la mochila.

—De acuerdo. ¿Ya sabes lo que quieres? Así te lo pido y no tienes que hacer cola.

—Estupendo. Lo mismo que tú.

Lin me da un breve apretón en el brazo antes de que tomemos direcciones diferentes. El trayecto hasta el despacho del director Lexington me parece hoy más largo que de costumbre. Cuanto más cerca estoy, peores cosas me imagino. Y cuando la secretaria me saluda con una mirada severa, el corazón me da un vuelco en el pecho por los nervios.

Inspiro una profunda bocanada de aire antes de golpear la pesada puerta de madera y entrar.

El saludo se me queda atascado en la garganta.

Delante del escritorio del director está mi madre.

Me imagino al instante que a mi padre le ha sucedido algo malo, que está en el hospital porque ha tenido otro accidente.

—¿Está bien papá? —pregunto al instante, corriendo hacia ella.

—Tu padre está estupendamente bien, Ruby —responde mi madre, aunque sin levantar la vista del macizo escritorio del director.

Confusa, alterno la vista entre el director y mi madre.

—Siéntese, señorita Bell —me pide Lexington, señalándome la silla vacía que se encuentra junto a mamá.

Tomo asiento vacilante.

El director entrelaza las manos sobre la mesa y luego me mira por encima de la montura de sus gafas.

—No hay nada que me importe más que el renombre de la escuela. Llevamos siglos defendiendo la inteligencia y la excelencia en esta sede. Si alguien hace algo en perjuicio de esta escuela, me enfrento a él. A estas alturas debería usted saberlo, señorita Bell.

Trago con dificultad.

—Director, yo pensaba que el baile de primavera había sido todo un éxito. Si hay algo que haya salido mal, lo siento mucho, pero… —Antes de que pueda concluir mi frase, el director abre un pequeño cajón de su escritorio y saca cuatro imágenes impresas que coloca encima de la mesa.

—Este fin de semana, uno de los miembros de la asociación de padres me ha confiado, muy preocupado, estas fotos —prosigue inalterable.

Oigo a mi madre suspirar y me inclino sobre el escritorio. Las imágenes son oscuras y al principio no distingo nada… hasta que me veo.

Son fotos mías.

Necesito un momento para ubicar la foto, pero tiene que ser de la fiesta de vuelta a la escuela. Solo allí llevé ese vestido verde.

Pero no estoy sola. Muy cerca de mí hay un hombre.

El señor Sutton.

Y parece como si estuviésemos besándonos.

Recuerdo que conversamos, pero nunca estuvimos tan cerca el uno del otro. No tengo ni idea de quién ha sacado estas fotos, pero está claro que su objetivo consiste en perjudicarnos a mí o a Sutton.

—Era una situación totalmente inofensiva. Yo…

—Señorita Bell, creo que no me entiende usted bien —me interrumpe Lexington—. Un miembro de la asociación de padres me envió las fotos y también un alumno ha confirmado haberlos visto juntos al señor Sutton y a usted.

—¡Solo estuvimos hablando! —protesto indignada.

—Ruby, cuida tu tono de voz —me reprende mi madre.

Cuando la miro de reojo, un escalofrío me recorre la espalda.

Mi madre nunca me había mirado así, como si la hubiese decepcionado enormemente. Pero antes de que pueda alegar algo en mi defensa, el señor Lexington sigue hablando y mi madre aparta la vista de mí.

—En los veinte años que llevo trabajando aquí nunca he presenciado algo así, señorita Bell. ¡No voy a permitir que la escuela pierda su buena fama a causa de una aventura sentimental!

—¡Yo no tengo ninguna aventura! —exclamo.

No me puedo creer que esto me esté pasando. Tiene que ser una pesadilla.

—Tengo novio —sigo diciendo a toda prisa—. No… no tengo ninguna relación con un profesor. Nunca la tendría, lo juro.

No puedo decir que era Lydia la que estaba con el señor Sutton. De ninguna manera. No después de todo por lo que ha pasado y todo lo que todavía la espera. Nunca abusaré así de su confianza.

—Creo que no es usted consciente de la gravedad de esta situación, Ruby —continúa el director Lexington sosteniendo las imágenes en alto—. Opino que lo mejor es que deje usted la escuela. El señor Sutton y usted quedan expulsados de Maxton Hall con efecto inmediato.

Silencio.

Es como si alguien hubiese cortado la conexión. En mis oídos solo suena un pitido. Los segundos transcurren como a cámara lenta. La boca del director sigue moviéndose, pero yo ya no oigo nada.

—No puede hacer esto —protesto jadeante—. Me han admitido en la

Universidad de Oxford.

El director Lexington no responde, recoge las fotografías y las vuelve a meter en un sobre. Es marrón y en un extremo del dorso reconozco al emisor. Entrecierro los ojos y veo una B negra y ondulada.

El corazón me da un vuelco.

No puede ser.

Ellos dos nunca habrían hecho algo así.

—¿Qué alumno ha declarado en mi contra? —pregunto sofocada.

Ahora el director Lexington me mira casi con pena.

—Eso es información confidencial, señorita Bell. Si me hace el favor de dejar ahora mi despacho… Con respecto a su expulsión, le haremos llegar un escrito. Buenos días.

Hojea una pila de papeles que tiene sobre la mesa y fija la mirada en el ordenador, señal indudable de que nos da por despachadas.

—¡¿Sabe usted hasta qué punto me he dejado la piel por esta escuela?! —estallo.

El director dirige la vista lentamente hacia mí.

—No me obligue a llamar al personal de seguridad, señorita Bell.

—¡Solo porque soy becada y no tengo unos padres ricos que puedan pasarle pasta cuando corre un rumor sobre mí, no tiene derecho a echarme de la escuela como si nada!

—¡Le ruego que se comporte! —exclama indignado el director Lexington.

—Es usted un desgraciado de…

—¡Ruby! —interviene con rotundidad mi madre. Me coge del brazo y me levanta de la silla.

Sin pronunciar ni una sola palabra me arrastra a través del despacho hacia la sala de espera. Estoy rabiosa y no aparto la vista de Lexington en los tres metros que me separan de la puerta hasta que mi madre la cierra.

Esto no ha sucedido. No puede ser verdad.

Me vuelvo hacia mi madre negando con la cabeza.

—¿Te lo puedes creer? ¿Hasta qué punto tiene que estar alguien enfermo para imaginarse algo así? —pregunto.

Mamá solo sacude la cabeza y evita mirarme. En lugar de eso se centra en un punto por encima de mi hombro.

—Sabía perfectamente que pasaría algo así cuando te dejamos venir a esta horrorosa escuela.

Me estremezco y mis ojos se abren como platos.

—Qu… ¿qué?

Mamá hace un gesto de incredulidad.

—Ruby, ¿cómo has podido hacerlo?

—¡Te estoy diciendo que no he hecho nada! —protesto.

Si ni siquiera mi propia madre me cree, no sé qué he de hacer. Me invade la desesperación, fluye por mis venas y me impide respirar.

—Mamá, tienes que creerme… Yo jamás besaría a un profesor.

—Tampoco me habría imaginado nunca que nos engañarías para dormir con tu novio, pero por lo visto las cosas han cambiado estos últimos meses.

La miro con la boca abierta.

Mamá inspira hondo y lanza un suspiro.

—Ahora no tengo nada más que decirte, Ruby. Estoy sumamente decepcionada.

Los ojos se me inundan de lágrimas. Intento hablar, pero soy incapaz de encontrar las palabras. Siento el cuerpo como si estuviera anestesiado. Lo único que me pasa por la cabeza es la pregunta de quién demonios ha hecho estas fotos.

—Mamá…

—Por favor, vuelve a casa en el autobús —me interrumpe y traga con dificultad—. Ahora tengo que hablar con tu padre.

—Yo no he hecho nada, mamá.

Sin responder a mi réplica, se ajusta el asa del bolso en el hombro, da media vuelta y desaparece por el pasillo.

Me quedo sola.

Las palabras del director se repiten sin cesar en mi cabeza.

«Quedan expulsados de Maxton Hall con efecto inmediato.»

Expulsados. Poco antes de que acabe el segundo trimestre. Antes de tener la oportunidad de hacer el examen final. Aunque en casa cuelgue en el tablero el *e-mail* impreso con la admisión en Oxford.

Sin el título, ya puedo olvidarme de Oxford.

Todo por lo que he trabajado en los últimos once años.

La toma de conciencia de lo que acaba de suceder me golpea con toda su fuerza. Pierdo el equilibrio y tengo que sujetarme a la mesa de la secretaria, porque todo gira a mi alrededor. Solo consigo abandonar el despacho sin venirme abajo haciendo acopio de todas mis fuerzas.

Grupos de alumnos vienen hacia mí en el pasillo, todos alegres por el descanso del mediodía, y mis pies quieren llevarme con toda naturalidad en dirección al comedor. Pero ya no puedo ir al comedor.

Ya no puedo reunirme con el comité de actos.

«Quedan expulsados de Maxton Hall con efecto inmediato.»

En realidad ya no debo ni siquiera estar en este pasillo.

«Quedan expulsados de Maxton Hall con efecto inmediato.»

A mi lado oigo una voz familiar:

—¿Ruby?

Lo miro con los ojos velados por las lágrimas. Delante de mí está James. Cuando se da cuenta de lo consternada que estoy, me coge dulcemente por los brazos.

—He oído que te llamaban al despacho del director. ¿Qué ha pasado? —pregunta con vehemencia.

No consigo hacer nada más que sacudir la cabeza. Expresarme con palabras es demasiado tremendo, y además, si lo hago, esta pesadilla se hará realidad. Solo soy capaz de dejarme caer sobre James y rodearlo con los brazos. Hundo el rostro en su chaqueta y dejo fluir las lágrimas por unos breves instantes. Hasta que siento de nuevo la tierra firme bajo mis pies.

—El director Lexington… me ha expulsado de la escuela —consigo decir al cabo de un rato. Me separo de James y levanto la vista hacia él. Me seca las lágrimas con una mano; está desconcertado—. Por lo visto alguien me hizo unas fotos con el señor Sutton en las que parece que nos estemos besando.

La mano de James se detiene en mi mejilla.

—¿Qué?

Solo puedo negar con la cabeza.

James se separa de mí y me mira con los ojos como platos.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Alguien le ha enviado unas fotos al director en las que parece que yo tenga un lío con Sutton —insisto en un susurro. Me seco los ojos con las manos temblando. Algunas personas me miran al pasar y reconozco un par de ojos azul hielo.

—No puede ser —señala James.

—¿Por qué no? —se entremete Cyril—. Tú eres el que hizo esas fotos, Beaufort.

Aturdida, paso la mirada de uno a otro.

—¿Qué? —musito.

James no reacciona. Está mirando a Cyril. Este último se encuentra frente a nosotros con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos.

—Venga. Confiésalo —le pide a James.

—¿Qué chorradas estás diciendo, Cyril? —pregunto, clavando los dedos en el brazo de James.

Cyril levanta una ceja, desafiante.

—Pregúntaselo, Ruby. Pregúntale quién hizo esas fotos.

Vuelvo a mirar a James, que está allí inmóvil.

—¿James? —murmuro.

Cuando pronuncio su nombre, parece despertar de su inmovilismo. Se vuelve hacia mí y traga con dificultad.

Lo miro a los ojos.

El pánico se apodera de mí.

No puede ser.

—¿Quién hizo esas fotos?

También la respiración de James se acelera. Levanta lentamente una mano, como si quisiera tocarme pero no se atreviera.

—No es…

—¿Quién, James?

James abre la boca de nuevo, pero no dice nada. Cierra los ojos, traga. Una vez. Dos veces.

Cuando vuelve a abrir los ojos, es como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el pecho.

—Tiene razón, Ruby.

El suelo bajo mis pies se rompe en miles de pedazos.

—Yo soy el que hizo las fotos.

Y me desplomo.

Epílogo

Ember

Me siento como una delincuente.

Mi mirada se dirige al reloj, al mostrador y al camarero que está detrás, a mi capuchino y de vuelta a la puerta del café. Y el círculo vuelve a empezar.

Cada nuevo minuto parece transcurrir más despacio. Nunca me había sentido como una criminal, ni cuando mamá me pilló en Smith's Bakery cogiendo una magdalena por detrás del mostrador sin que ella me hubiera dado permiso.

La mala conciencia de ahora no puede compararse con eso. Esta vez estoy haciendo algo realmente prohibido.

La inquietud no me deja estar quieta. No paro de moverme en la silla y me pregunto si el capuchino ha sido de veras una buena elección. La verdad es que no suelo beber café, pero ayer por la noche dormí tan poco que pensé que la cafeína me sentaría bien. Es probable que hubiera sido mejor no hacerlo.

Todavía faltan diez minutos.

Me pregunto cómo voy a aguantar. Por un instante pienso en recoger mis cosas, levantarme y desaparecer para regresar al cabo de trece minutos y hacer como si acabara de llegar. Pero me parece un poco exagerado.

Tanta emoción me vuelve loca.

Normalmente no hay nada que me haga perder la calma tan deprisa. Normalmente tampoco hago novillos a escondidas de mis padres ni quedo con un chico al que en realidad no conozco demasiado bien.

Hojeo abstraída el montón de folletos informativos y solicitudes de programas promocionales y becas. En muchos aún hay pegados pósits con los que Ruby ha marcado cosas importantes con un sistema de colores que sin duda tiene algún tipo de sentido.

Suena el timbre del café. Levanto la vista y de repente todo parece ocurrir a mi alrededor como a cámara lenta.

Ha venido, en efecto.

Su mirada se desliza por la gente del café. Por unos segundos frunce el ceño, y entonces me encuentra en la mesa junto a la pared. Levanto indecisa la mano para saludarlo. Las arrugas de su frente se esfuman al instante y una sonrisa aparece en sus labios.

Se aproxima despacio a mí. Lleva una chaqueta de cuero negro con un cuello ancho sobre una camiseta gris con un bolsillo en el pecho, vaqueros oscuros y botas pesadas. Una indumentaria genial, informal pero al mismo tiempo estilosa. Hasta ahora solo lo había visto con traje; estaba impaciente por saber cómo se vestía en su tiempo libre.

La media sonrisa no desaparece de su rostro cuando se sienta en una silla frente a mí.

Mi corazón se dispara. Veo en su mirada toda esa oscuridad en la que quiero indagar, en la que voy a indagar…

—Buenos días, Ember —dice Wren Fitzgerald.

Lentamente mis labios esbozan una sonrisa.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi editora Stephanie Bubley, que ha colaborado en la confección de esta novela intentando siempre sacar el máximo partido a mis historias. También debo mi agradecimiento a mis agentes Gesa Weiß y Kristina Langenbuch Gerez, así como a la editorial LYX, que ha hecho posible esta serie de novelas y se ha esforzado para que lleguen a manos de sus lectores.

Doy las gracias a mi lectora de pruebas Laura Janßen por sus comentarios sobre los capítulos de Ember, en cuya revisión me ha brindado una valiosa ayuda. Mi agradecimiento también a Kim Nina Ocker, que siempre está dispuesta a escucharme y a la que está dedicado este libro. Gracias a Sara Saxx y Bianca Iosivoni por las horas de escritura compartidas y la motivación vinculada a ellas.

Mi marido Christian merece todo mi agradecimiento, siempre me ha guardado las espaldas para que yo encauzara por el buen camino a Ruby y a James, y me ha ayudado en el coche a construir la trama cuando yo andaba perdida.

Y por último deseo dar las gracias a todos los lectores que me han acompañado a Maxton Hall. Siempre me alegro de ver su entusiasmo por Ruby, James y compañía. ¡Nos leemos pronto!



MONA KASTEN (Hamburgo, Alemania, 1992). Antes de dedicarse a la escritura, estudió Biblioteconomía y Ciencias de la Información. Vive con su marido y sus gatos en el norte de Alemania.

Le encantan todas las formas de cafeína y dar largos paseos por el bosque. Sus dos aclamadas series de novelas, *Again* y *Save* se han convertido en todo un fenómeno editorial en su Alemania natal, donde ya han conquistado a más de un millón de lectores, llegando a los primeros puestos de las listas de ventas, además de haber cruzado fronteras y llegado hasta países tan diferentes como Italia, Francia, Holanda, Polonia, Rumania, Bulgaria, Serbia, Eslovenia, República Checa, Rusia o Hungría.